
Un desastre perfecto
VERÓNICA ESPINOSA
LORENA MURIÉN

© **2026** Verónica Espinosa & Lorena Murién
SafeCreative © **2606156110693**
instagram.com/lorenamurien_
instagram.com/veronicaespinosa.autora
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28

29

30

31

32

33

34

Epílogo

Agradecimientos

Sobre las autoras

1

HELEN

Junio, 2026.

Subo al Marine IV con una carpeta bien sujeta bajo el brazo, el uniforme bien planchado y una certeza clavada en el pecho: este crucero no puede salir mal. No *debe* salir mal. De hecho, no voy a permitir que nada lo estropee. El sol de la mañana se derrama sobre la cubierta como una sábana dorada que ilumina cada superficie con un brillo casi cegador, y por un segundo tengo que entornar los ojos para adaptarme a tanta luz.

Inspiro la mezcla de aromas que siempre hay en el barco antes de zarpar mientras cuento mentalmente. *Uno, dos, tres*. Funciona. Casi siempre funciona para centrarme y recuperar el control.

—Vaya seriedad, oficial de seguridad a bordo —murmura Gonzalo jocoso detrás de mí, mientras carga una caja pesada de chalecos reflectantes—. ¿Estás bien? Porque cualquiera que te mire saldrá cagado de miedo.

Me vuelvo hacia él con una ceja alzada, manteniendo en todo momento mi compostura.

—Perfecto. Ese es exactamente el efecto que busco en mi primer día por aquí.

Gonzalo sonríe y sí, consigue irritarme, porque se nota que no se ha pasado tres noches seguidas revisando las rutas de evacuación, simulacros de emergencia, planos, informes de mantenimiento y listas interminables de personal hasta que las letras han comenzado a bailar por mi cabeza como hormigas en plena coreografía.

—Pues enhorabuena, jefa —se burla otra vez—. Si el barco se incendia, el fuego se disculpará educadamente y se apagará por su cuenta solo para no contrariarte.

No quiero reírme, pero lo hago un poco, *muy* poco, lo justo para parecer humana y no un robot andante.

—Si el barco se incendia no se te ocurrirá hacer ningún chiste —respondo mientras entro al pasillo principal sin detenerme—. Seguirás el protocolo B-17, sección tres, punto cuatro, al pie de la letra y sin saltarte ni una coma. ¿Queda claro?

—Qué mujer tan romántica —replica él con sorna.

—Soy un sueño hecho realidad —ironizo.

—Más bien una pesadilla con acreditación en las altas esferas.

Lo fulmino con la mirada, pero antes de que pueda verme Gonzalo ya se ha adelantado hacia la zona técnica. A veces agradezco de verdad que exista. No solo porque sea competente en su trabajo, que lo es, sino porque sabe sacarme una sonrisa o hacerme soltar el aire cuando se me ha olvidado cómo respirar. Y llevo semanas enteras sin saber muy bien cómo hacerlo, conteniendo la presión, las expectativas y el miedo a fallar otra vez.

Este crucero es importante. No importante en el sentido rutinario de que hay que hacerlo bien, sino importante de verdad, de esos que marcan un antes y un después en tu carrera profesional. «Si esto sale mal, Helen, volverás a empezar desde cero. Otra vez con las maletas medio hechas, los camarotes que nunca llegan a sentirse como un hogar, y los jefes que te prometen con una sonrisa falsa que te tendrán en cuenta para el próximo puesto fijo, como quien lanza caramelos desde una carroza en carnaval».

Lo que yo llamo, un futuro súper perfecto.

La verdad es que estoy cansada de demostrar una y otra vez que soy buena en lo que hago, que no cometo errores graves como muchos otros han hecho, que puedo coordinar equipos estando bajo presión, apagar crisis antes de que se descontrolen y mantener la

calma cuando todos a mi alrededor pierden los nervios. Estoy especialmente cansada de ser siempre la provisional, la que llena huecos, pero nunca se queda en un lugar concreto.

Las oficinas centrales de Transmarine llevan meses evaluando perfiles para el nuevo puesto de supervisión de seguridad operativa en tierra, entre otros. Un puesto estable, con horario fijo, una mesa propia y la posibilidad de tener una planta que probablemente se me muera porque nunca he sabido cuidar nada que dependa de mí más de dos semanas seguidas. Pero al menos sería mío. Y por eso, este crucero es mi carta de presentación definitiva, y tengo toda la intención de entregarla impecable, sin una sola mancha que pueda empañar mi trayectoria.

Camino por el interior del Marine IV con la planilla abierta sobre la carpeta, revisando los nombres del equipo de a bordo organizados por departamentos. Todo parece estar en su lugar correspondiente y bajo control, hasta que deja de serlo de golpe. Me detengo en seco en mitad del pasillo y mi dedo se queda clavado sobre un nombre que no debería aparecer ahí bajo ninguna circunstancia.

«Maika Aranda. Coordinadora de animación.»

Durante un instante, el barco entero parece inclinarse bajo mis pies, aunque sé perfectamente que sigue atracado, sólido, enorme y perfectamente estable. La que pierde el equilibrio soy yo, y la sensación me recorre la columna como un escalofrío inesperado.

—No… —murmuro.

La palabra se me escapa tan baja que apenas la oigo, pero la siento nacer desde un lugar oscuro y antiguo, cubierto de polvo, de rencor y recuerdos que preferiría no tener que remover. Leo el nombre otra vez, como si el papel pudiera corregirse por sí solo o la tinta fuera a reorganizarse. Pero no ocurre. El nombre sigue ahí, insolente e inamovible, exactamente igual que ella.

«Maika». La última vez que la vi llevaba unos pendientes ridículos que llamaban demasiado la atención, una sonrisa capaz de

arruinar las decisiones más sensatas y una facilidad absolutamente criminal para convertir cualquier situación en un caos con música de fondo. Al principio hubo tensión entre nosotras. No me gusta admitirlo ni siquiera ahora, pero la hubo. De esa tensión que surge cuando alguien te irrita profundamente y, aun así, notas cada vez que entra en una habitación. De esa que te lleva a discutir por tonterías solo para tener una excusa para seguir mirándola. De esa que una persona prudente ignora y una idiota alimenta sin medida.

Yo intenté ser prudente. Pero Maika fue simplemente Maika, con toda su intensidad.

Y al final, me convertí en una idiota.

Luego llegó aquel evento multitudinario. Miles de asistentes, cambios de última hora, un escenario secundario mal señalizado y una decisión improvisada de ella que desordenó por completo el flujo de acceso. La gente se acumuló donde no debía, el equipo de seguridad tuvo que intervenir de forma precipitada y los directivos buscaron a alguien a quien culpar. Y me culparon a mí, por supuesto. Recuerdo con claridad la sala de reuniones, las caras tensas de los superiores, mi informe abierto sobre la mesa y Maika callada al otro lado, con una expresión que nunca me dijo nada. Quizá sintió culpa. Miedo. Cobardía. Todo mezclado. Pero al final, yo cargué con el peso del desastre. Y ella desapareció.

Y ahora está aquí, en mi barco, en mi última oportunidad real de conseguir el puesto que tanto deseo.

Aprieto la carpeta con tanta fuerza que el borde se me clava en la palma de la mano.

—Ni hablar —murmuro para mí misma.

—¿Decías algo? —pregunta Silvia, una de las supervisoras de cubierta, que aparece a mi lado con una *tablet* en la mano.

Levanto la vista rápido, intentando recomponer el gesto.

—No, nada importante. Solo revisaba la lista del personal.

—Animación llega hoy también. Creo que su coordinadora ya se está instalando en su camarote.

«Claro que sí. Porque el universo no sólo tiene sentido del humor, sino también una mala leche bien afinada.»

—Perfecto —respondo, y aunque parezco convincente, tengo muy claro que no es para nada así—. Necesito comprobar los camarotes de la tripulación, la señalización y las rutas hacia los puntos de reunión de emergencia.

Silvia asiente.

—Todo tuyo. Cubierta tres, zona C. Están terminando de asignar las habitaciones.

—Gracias.

Me alejo antes de que pueda notar que me arde la cara. «No estoy nerviosa. No estoy nerviosa. No. Estoy. Nerviosa.», me repito mentalmente. «Estoy enfadada. Es distinto. Mucho más digno y controlable. Claro que sí.»

Bajo por las escaleras internas hacia la zona de tripulación, y el ambiente cambia de inmediato. Arriba, el Marine IV muestra su mejor y más brillante versión, como si estuviéramos en el mismo paraíso. Sin embargo, abajo baila en sintonía con la prisa constante de quienes hacen que todo parezca fácil y un trabajo sencillo desde afuera. Aquí es donde está la maquinaria humana real. No hay margen para tonterías, y sobre todo, para que Maika Aranda tenga voz en esta ecuación.

Mientras avanzo, reviso de forma automática las señales de emergencia, los extintores y los planos plastificados junto a las puertas. «Vale, al menos, todo está en orden». Mi respiración comienza a recuperar su ritmo habitual. Pero entonces oigo una risa al fondo del pasillo. Una puñetera risa que reconocería incluso rodeada de un gran bullicio en mitad de un concierto de Bad Bunny. Mi cuerpo reacciona a traición; noto cómo se me tensa el estómago, se me seca la boca y algo muy molesto me golpea justo debajo de las costillas. «No, Helen. Ni se te ocurra.»

Levanto la mirada, y veo a Maika Aranda, al final del pasillo, apoyada contra el marco de una puerta como si el barco entero la hubiera estado esperando solo a ella. Lleva unos pantalones claros que le sientan de vértigo, una camiseta blanca metida por dentro y el pelo recogido con varios mechones sueltos acariciándole frente y mejillas. Tiene la piel dorada por el sol, los labios curvados en una sonrisa distraída y esa presencia magnética que siempre me ha parecido una falta de respeto para los que queremos hacer bien nuestro trabajo y no tener accidentes por estar babeando.

¿He dicho babeando?

Parece que sí, porque de hecho, está más guapa. Muy, muy guapa. «Joder qué rabia», me digo. Y yo, por desgracia, sigo teniendo ojos y memoria.

Maika gira la cabeza en ese momento y me ve. La sonrisa se le congela en los labios. Durante unos segundos no ocurre nada más. Solo se escucha el movimiento habitual en esta zona del crucero. Y un segundo después, ella se endereza.

—¿Helen?

Mi nombre en su boca me molesta. No porque suene mal, sino porque suena demasiado bien, demasiado atrayente, delicioso, espectacular, fantasioso y… familiar.

—Maika —respondo con educación, aunque mi mente ya esté calibrando empujarla por la borda a pesar de conocer las consecuencias.

Sus ojos bajan un instante a mi carpeta y luego regresan a mi cara.

—No sabía que estabas asignada al Marine IV.

—Yo tampoco sabía que Transmarine había bajado tanto sus estándares de selección.

Una sombra cruza su expresión. «Bien. Le he dado donde más duele». Esto no debería darme ninguna satisfacción, claro, pero me la da.

—Ya veo que sigues igual de encantadora —apunta, entrecerrando los ojos.

—Y tú sigues apareciendo donde nadie te ha pedido que lo hagas.

Maika suelta una carcajada. Sin ningún tipo de humor, claro está.

—Trabajo aquí, igual que tú.

—Eso estoy intentando asimilar.

Da un paso hacia mí. El pasillo no es grande, pero de pronto parece mucho más estrecho. Su perfume llega antes que ella; un toque de algo fresco y cítrico, quizá con unas notas florales. Me enfada notar esos detalles. Y sí, me enfada todavía más recordarlos con tanta nitidez.

—Yo creo que podemos comportarnos como adultas —propone ella.

Casi me atraganto con la respuesta.

—Qué propuesta tan innovadora viniendo de ti.

—Helen…

—No —la corto y levanto la mano para que no se le ocurra añadir nada más—. No uses ese tono conmigo.

—¿Qué tono? —pregunta, aunque sé que entiende a qué me refiero.

—El de «voy a comportarme como una persona normal ahora que ya ha pasado todo».

Su mandíbula se tensa visiblemente. Durante un segundo veo algo detrás de sus ojos, algo parecido al cansancio o al arrepentimiento. Y no quiero verlo, porque no me conviene en absoluto.

—Han pasado unos cuantos años desde aquello —me recuerda.

—Sí. Es lo que tiene el tiempo. Que pasa, aunque una no reciba las disculpas que se merecía.

La frase sale antes de que pueda vestirla con más diplomacia. Maika aparta la mirada hacia un lado y ese gesto pequeño, casi imperceptible, me confirma mis sospechas.

—No fue tan sencillo como parece —intenta explicarse.

—No, claro que no. Para mí tampoco fue sencillo sentarme frente a dirección mientras me dejaban como la responsable de una decisión que no tomé yo.

—Helen, te juro que intenté explicarlo en su momento —se justifica, dejando caer los brazos a cada lado de su cuerpo.

—¿Cuándo? ¿Después de desaparecer del mapa?

Sus ojos regresan a los míos, y ahora ya no queda rastro de la sonrisa que tenía antes.

—No desaparecí. Tuve que encargarme de… unos asuntos.

—Curioso —apunto, y hago un chasquido con la lengua—. Debí confundirte con el hueco enorme que dejaste cuando más falta hacía que alguien hablara en mi defensa.

Una puerta se abre a nuestra derecha y un chico de cocina asoma la cabeza, nos mira, detecta el nivel de tensión en el aire y vuelve a cerrarla con un cuidado que casi resulta admirable. Maika lo nota. Yo también. En otra circunstancia podría parecer hasta gracioso. De hecho, lo es un poco.

—No quiero tener problemas contigo.

La miro con atención. No quiero fijarme en cómo se le ha suavizado la voz ni pensar que hay algo vulnerable en esa frase. No quiero recordar que antes, mucho antes del desastre, Maika conseguía derretir mis defensas precisamente así.

—Entonces no los provoques —respondo con sequedad.

—No he hecho nada.

—Todavía —puntualizo.

Sus labios se separan, como si fuera a contestar con una de sus frases rápidas, esas que antes me daban ganas de discutir y besarla siguiendo el mismo orden. Pero a diferencia de otras veces, se contiene. «Qué novedad».

—Voy a coordinar el departamento de animación —me recuerda—. Y tú estarás al frente de seguridad, supongo que nuestros equipos tendrán que colaborar en más de una ocasión. Por eso lo decía.

—Mis chicos colaboran sin problema con cualquiera que siga las instrucciones al pie de la letra.

—¿Y yo no sé seguirlas? —pregunta, desafiante.

La miro de arriba abajo sin poder evitarlo. «Mmmm no. Error». Porque mi mirada registra su cuello, su clavícula, sus manos, la curva de su boca apretada.

Sacudo la cabeza en mi imaginación y vuelvo a sus ojos con la dignidad recompuesta, aunque planchada a toda prisa.

—Tú sabes hacer que las instrucciones parezcan simples sugerencias decorativas.

Maika arquea una ceja.

—Y tú sabes convertir una reunión de cinco minutos en un juicio internacional en toda regla —contraataca.

—Es un talento que he perfeccionado con los años. De hecho.

—Agotador, sin duda.

—Eficaz sobre todo.

Qué batallita. *Qué* batallita. Por favor, que bajen todos los Dioses y se apiaden de mí.

Porque rápido, algo parecido a una sonrisa auténtica le roza los labios. Y mi cuerpo, sumamente traicionero, la detecta como si fuera una bengala en mitad de la noche.

—Ya veo que sigues teniendo respuesta para todo —murmura ella.

—Y tú sigues pensando que eso es una invitación a discutir eternamente.

—Ah, ¿es que no lo es?

La pregunta queda suspendida entre nosotras, demasiado cerca de algo que no debería existir. Mi pulso se acelera y lo odio con todas mis fuerzas. Odio que Maika pueda seguir alterando mi temperatura corporal con una simple frase. Odio que una parte mínima de mí, imbécil y probablemente privada de oxígeno durante demasiado tiempo, recuerde la tensión sexual que había entre nosotras como si hubiera sido algo bonito. Porque no lo fue. Más bien se pareció a una trampa. Y yo no caigo dos veces en la misma.

—Escúchame bien —digo, dando un paso hacia ella. Maika no retrocede. Claro que no. Sería demasiado fácil—. Este crucero es importante para mí. Mucho más de lo que imaginas. No voy a permitir ningún tipo de error, improvisaciones ni numeritos de animación que pongan en riesgo a los pasajeros, a la tripulación o mi propia paciencia.

Sus ojos brillan con un destello conocido.

—¿Tu paciencia también está incluida en el protocolo?

—En muchos anexos. Y con advertencias en negrita, para que te los revises.

Esta vez sí sonríe abiertamente. Y yo tengo que apretar los dientes porque no debería provocarme ninguna gracia. Ninguna.

—De acuerdo —acepta—. Trabajaré contigo dentro de lo establecido.

—Trabajarás según las normas, punto.

—Qué manera tan fría de decir: «bienvenida a bordo, Maika, qué alegría verte después de tanto tiempo».

—La alegría se me ha quedado arriba, en la cubierta.

—Qué pena. A mí me hacía cierta ilusión este reencuentro.

La miro con incredulidad.

—¿Por qué siempre coqueteas cuando alguien está a punto de estrangularte?

Maika inclina la cabeza y su sonrisa se vuelve un poco más peligrosa.

—Porque creo que esa persona no se atrevería a hacerlo de verdad.

Mi corazón da un golpe absurdo, fuerte y ridículo en mi pecho. El pasillo parece quedarse sin aire. No sé qué contestar, y eso me irrita casi tanto como su presencia. Porque yo siempre tengo una respuesta preparada, un muro listo, una salida elegante o cruel según convenga.

Así que hago lo único sensato, que es recomponerme sin más.

—No confundas autocontrol con falta de ganas.

Su risa baja y breve me recorre la piel como una corriente eléctrica inesperada.

—Lo tendré presente.

Abro la carpeta y señalo la planilla, aunque en realidad necesito mirar cualquier cosa que no sea su boca.

—La reunión de coordinación será mañana a las nueve en punto. En el salón técnico dos. Necesito que lleves el plan completo de actividades, aforos previstos, necesidades técnicas de sonido, horarios y cualquier evento que implique el desplazamiento de los pasajeros.

—Lo tendré listo, no te preocupes —asegura ella.

—Y sin sorpresas, Maika.

—Por supuesto —dice ella entonces—. Ah, y Helen.

Levanto la vista.

—¿Qué?

Maika me mira. Menos desafiante. Y durante un segundo aparece la Maika que recuerdo de los momentos en que no

estábamos peleando, sino comiéndonos a besos en algún rincón entre su camarote y el mío. La que sabía escucharme y se quedaba conmigo al final de una jornada interminable.

—No he venido a joder nada. Te lo prometo.

La frase me alcanza donde no quiero que lo haga. Porque suena sincera. Porque una parte de mí quiere creerla desesperadamente. Y porque otra, mucho más inteligente y herida, recuerda perfectamente lo caro que me salió confiar en ella la primera vez. Y por eso, cierro la carpeta.

—Eso ya lo veremos.

Paso por su lado. Y sigo caminando sin más.

—¡Helen! —dice a mi espalda.

Me detengo, aunque sé que no debería.

—¿Qué?

—También me alegra verte.

Cierro los ojos un instante y echo la cabeza hacia atrás. Porque cualquier respuesta sería demasiado reveladora. Si usara el sarcasmo, le daría importancia. Y si me giro, quizá vea en su cara algo para lo que no estoy preparada.

Así que avanzo por el pasillo con la espalda recta y el corazón completamente fuera de control. Cuando doblo la esquina, me apoyo un segundo contra la pared fría. Solo uno. Una sacudida interna, leve pero insistente, me da el primer aviso de una tormenta que todavía no aparece en los mapas meteorológicos pero que ya tiene forma real.

Maika Aranda está a bordo. Y yo tengo la terrible y clara sensación de que este crucero acaba de volverse mucho más complicado.

2

Maika

Siempre que subo a un navío nuevo, me invade la misma sensación que la primera vez que pisé la cubierta de uno. Siento impaciencia, curiosidad… como si estuviera a punto de abrir una puerta cuyo destino ignoro, pero que, aun así, ansío cruzar con todo mi ser. El corazón se me acelera, no por nerviosismo, sino por esa mezcla de expectación y vértigo que acompaña a los nuevos comienzos en alta mar.

A esta hora de la tarde, el sol cae sobre la cubierta con fuerza y baña la madera y el metal con un brillo cálido. Siempre lo interpreto como una buena señal, un pequeño guiño del destino que me recuerda que, a pesar de todo, las cosas siempre salen bien.

—¡Maika! —grita una voz conocida.

Levanto la cabeza y sonrío. Hugo, del departamento de restauración, se acerca con los brazos abiertos.

—¡Pero bueno! —respondo con una carcajada sincera—. ¿Otra vez coincidimos?

—Transmarine no puede vivir sin nosotros, ya lo sabes —contesta él, guiñándome un ojo con complicidad.

—Eso, o es que nadie más está dispuesto a trabajar tantas horas seguidas como tú.

Se ríe y nos damos un abrazo rápido, de esos que se dan las personas que han compartido demasiados embarques como para andarse con formalidades innecesarias.

—¿Vienes como oficial? —pregunta mientras se aparta un poco.

—Sí, exacto.

—Entonces este crucero va a ser divertido.

—Conmigo siempre lo son —afirmo con convicción.

Y lo digo completamente en serio. Para mí, cada embarque tiene algo especial, casi mágico. Esa energía comienza incluso antes de que los pasajeros suban a bordo. Es ese instante suspendido en el tiempo en el que el barco aún no se ha convertido en un escenario lleno de expectativas ajenas. Todavía nos pertenece solo a nosotros, a la tripulación, a quienes conocemos cómo suena de verdad por dentro, con todos sus secretos y sus ritmos propios.

Todo eso forma parte de las noches largas, las risas compartidas y los pequeños problemas que surgen y se resuelven en equipo.

—En fin, te dejo. Que tengo mucho trabajo.

—Ya nos iremos viendo —responde él.

Avanzo hacia el interior del barco saludando a más caras conocidas: Carmen, de recepción, que me dedica una sonrisa cálida y me pregunta rápidamente cómo estoy; Pavel, de mantenimiento, que levanta la mano desde lejos mientras da instrucciones a alguien; y una chica nueva de limpieza que me observa con curiosidad porque todavía no sabe quién soy, aunque intuye que pronto lo descubrirá.

El área de animación tiene ese efecto. Cuando formas parte de este departamento, se hace imposible pasar desapercibida, y yo nunca he querido ser invisible. Nunca lo he sido. Me gusta conectar, moverme entre la gente, hacer que las cosas funcionen y que los pasajeros se lleven un recuerdo inolvidable. Aunque con Helen por aquí, las cosas se me antojan un poco más tensas.

Solo pensar en ella hace que mi estómago se contraiga de una forma extraña, como si una mano invisible lo apretara.

Después de nuestro encuentro, me tomé unos segundos para calmar el calor traicionero que me subió por el cuello. No sé por qué imaginaba que después de tantos años, el encuentro iba a ser

sencillo. Pero no lo fue, fue peor. O mejor. Todavía no lo tengo muy claro. Su presencia en el barco no solo me sorprendió, sino que una vez que nuestras miradas se encontraron, el mundo entero se paralizó. Ella no sabía que compartiríamos travesía, y la sorpresa, seguida inmediatamente de esa tensión, me hizo ver que sigue igual. Aunque no la recordaba tan atractiva, la verdad.

Aprieto los labios con fuerza y decido regresar al interior. El pasillo principal de la zona de tripulación huele a detergente industrial y al metal que nunca nos abandona. Es un olor familiar, casi doméstico, como si el buque entero respirara profundamente antes de llenarse de vida, de historias… «Y encuentros entre las sombras.»

Aprieto los labios con fuerza. «No. No voy a pensar en eso. No debo. No es profesional, no es inteligente y, desde luego, no es prudente». Sin embargo, mi mente no está por la labor, se rebela y los recuerdos del pasado me invaden con una nitidez dolorosa.

Markus, mi mejor amigo en tierra, tenía razón cuando me dijo que las cosas no serían fáciles, que verla lo removería todo y que Helen reduciría nuestra historia a un muro tan congelado como el iceberg que provocó el hundimiento del Titanic. Aunque no me extraña, porque lo que pasó en aquella sala de dirección, no fue fácil para ninguna de las dos.

. . .

Tres años atrás.

Después del desastre que se armó en el barco, Helen y yo fuimos convocadas a una reunión. Yo estaba sentada frente a una larga mesa, con las manos apoyadas sobre los muslos para disimular que me temblaban. Había demasiada gente, demasiadas carpetas abiertas y un silencio tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Helen se encontraba a mi derecha, recta, seria, segura de sí misma, con esa postura que parecía decir que el mundo entero podría derrumbarse que ella, seguiría sosteniéndolo sin problemas. Su

presencia, allá donde fuera, llenaba cualquier espacio, pero aquel día lo hacía de una forma abrumadora.

Sobre la mesa descansaban informes, planos, cronogramas y, sobre todo, el informe de incidencias. Mi error estaba resaltado en rojo. Ese error que yo provoqué por haber auxiliado a un compañero que no se encontraba bien, ese error que yo provoqué al improvisar una solución bajo tanta presión.

—Necesitamos entender por qué se modificó el flujo de acceso sin la autorización correspondiente de seguridad —dijo uno de los responsables.

Lo recuerdo enfadado, muy enfadado.

Helen abrió entonces su carpeta, y dejó sobre el escritorio un informe personal con fecha y hora de lo que se había pactado concretamente.

—Como verá ahí, no tuvimos ningún conocimiento de lo que sucedió —respondió segura, como siempre.

—Según este registro… —continuó el hombre—, la decisión partió del equipo de coordinación del evento. Y ese equipo lo formaban ustedes dos.

En aquel momento, mi silencio, pesado y cobarde, inundó la sala.

Helen se giró apenas hacia mí, como si confiara plenamente en que fuese a hablar, a defendernos a las dos, a explicar por qué actué de la manera en la que lo hice con la mejor intención de evitar un desastre mayor… pero con la mala suerte de ocasionar algo peor. Sus ojos verdes me buscaron durante lo que me pareció una eternidad, transmitiendo esa confianza que tenía puesta en mí y que de alguna manera me había ganado después de habernos acostado más de dos o tres veces.

Abrí la boca, pero las palabras se negaron a salir. No porque no quisiera arreglarlo, sino porque el miedo me paralizó. En aquel instante, reconocer públicamente que había improvisado una

solución rápida, suponía asumir una responsabilidad directa que podía dejarme en la calle. Y no podía permitirlo, no cuando dependía de ese dinero para seguir pagando las costosas facturas de la residencia de mi abuela, la mujer a la que le debía la vida. Así que me callé y me convertí en una cobarde y despreciable persona.

Helen supo en aquel instante que la había abandonado a su suerte y volvió la vista al frente sin apenas verse afectada por mi decisión.

—Vuelvo a repetir que las decisiones que tomó el equipo de seguridad, fueron las correctas.

—Si es así, tendremos que revisar paso a paso cada una de las decisiones que se tomaron —añadió otro superior con tono definitivo—. No podemos permitir fallos de este tipo. No con un barco plagado de miles de personas.

Yo permanecí callada, hundida en mi asiento, dejando sola a la única persona que no debería haber abandonado jamás, a la admiraba y en quien había encontrado una conexión real.

. . .

—Menuda idiota —murmuro para mí misma con rabia.

No debería haberme callado. Nunca debí hacerlo. O al menos, merecía la explicación de por qué lo hice. Y ahora Helen cree exactamente lo que cualquier persona en su situación pensaría con razón: que la utilicé y que, en vez de contar la verdad, dejé que todo cayera sobre sus hombros y desaparecí.

Camino hacia mi camarote, paso la tarjeta por el lector y la puerta se abre. Es pequeño, ordenado y temporal, como todos los camarotes que he tenido a lo largo de estos años.

Me siento un momento. Solo uno, porque si me quedo más tiempo del necesario entre estas paredes es posible que empiece a darle demasiadas vueltas a la cabeza, y pensar nunca ha sido mi

fuerte. El trabajo, en cambio, sí se me da bien. Siempre ha sido mi refugio.

Lo fue desde que tuve que empezar a buscarme la vida para darle un presente digno a mi abuela.

Así que… puedo hacer esto, estoy segura. Puedo trabajar con Helen como dos personas adultas y profesionales. Podemos coordinarnos, respetarnos mutuamente e ignorar el pasado. Ignorar el presente. Ignorar lo que acaba de ocurrir en ese pasillo y cómo mi cuerpo ha reaccionado al verla.

«Ya. Seguro.»

Me dejo caer sobre la cama y me cubro la cara con las manos, dejando escapar un suspiro largo y tembloroso. Vale. No. No va a ser fácil en absoluto. Porque Helen sigue enfadada, pero no solo por eso. Sino por cómo me ha mirado, como si yo fuera un error que no tiene ninguna intención de repetir. Y no puedo culparla. En su lugar, probablemente sentiría lo mismo.

Lo que sí puedo hacer es ser profesional hasta el último detalle y demostrarle que ahora puede confiar en mí. Aunque sea tarde. Aunque quizá no sirva de nada. Aunque ella no quiera escucharme ni darme la oportunidad de explicarme.

Me incorporo y me levanto con decisión. Tengo que revisar algunos horarios, los equipos, el material, las listas de bienvenida, los ensayos y el sonido… Todo lo que siempre hago. Todo lo que me mantiene en movimiento y evita que piense demasiado en cómo ese uniforme de seguridad le marca la cadera de una manera que no debería afectarme después de tanto tiempo, o en cómo su mirada todavía tiene el poder de desestabilizarme.

Sacudo la cabeza.

No. No voy a pensar en eso. No voy a recordar aquella noche en cubierta, ni cómo discutimos durante media hora sobre protocolos solo para terminar follándonos en la oscuridad. No voy a recordar cómo me sentí en sus manos, ni mucho menos a lo que sabe su piel. No voy a recordar la de besos que nos dimos. Ni cómo

el mundo parecía reducirse a nosotras dos cada vez que nos miramos.

Vale, vale. Ya sé lo que estáis pensando.

Sí. Va a ser complicado. Mucho más de lo que quiero admitir.

Porque mi cuerpo ha reaccionado a Helen como si no hubieran pasado los años, como si no hubiera existido aquella reunión, como si no hubiera silencios dolorosos, errores ni culpa acumulada. Y eso es lo peor de todo. Puedo convencer a mi cabeza de muchas cosas, puedo repetirme que soy una profesional y que esto es solo trabajo, pero mi cuerpo se niega a escuchar.

Salgo del camarote con la carpeta bajo el brazo y me obligo a respirar hondo varias veces. Ahora toca trabajar, aunque por dentro sepa que será una batalla constante.

Y aunque hacerlo con Helen no va a ser sencillo, porque sigue enfadada conmigo —además de mirarme como si yo fuera el caos personificado—, también sé que cuando la he visto hace unos minutos, con la espalda recta, la carpeta en la mano y esa mirada capaz de atravesar el acero, no solo he sentido culpa. He sentido algo que nunca desapareció y que, al parecer, sigue tan vivo como el primer día.

3

Helen

La reunión comienza a última hora de la tarde, tal como estaba en los horarios. Eso, al menos, me tranquiliza un poco. Solo un poco.

El salón técnico dos carece por completo de glamour. Se trata de una sala rectangular, iluminada por luces blancas demasiado crudas. En el centro preside una mesa larga de superficie gris y, al fondo, una pantalla donde ya tengo proyectado el plano principal del Marine IV. Frente a mí, todos fingen estar despiertos, aunque algunos ya llevan el cansancio colgado del cuello.

Tengo mis informes perfectamente ordenados, los planos marcados con colores, los protocolos impresos y una lista detallada de puntos que pienso repasar sin desviarme ni un solo milímetro. En seguridad he aprendido que la improvisación suele disfrazarse de creatividad hasta que alguien tropieza, grita o acaba en la enfermería.

Maika entra tres minutos antes de la hora. Exactamente tres minutos antes. Lleva el uniforme de la empresa, el pelo recogido en una coleta alta y una libreta repleta de papeles sueltos. «Papeles sueltos en una reunión de coordinación. Genial». De inmediato, siento cómo mi presión arterial empieza a redactar su carta de renuncia.

—Buenas tardes, casi noches a todos —saluda ella.

Varios responden con entusiasmo. «Traidores.»

Maika se sienta justo enfrente de mí. Porque, claro, si el universo puede elegir entre facilitarme la vida o colocarme a Maika Aranda a la distancia perfecta para observar sus labios mientras habla, elige la segunda opción y se ríe a gusto.

—Bien —digo yo, tomando el control antes de que alguien convierta esto en una charla informal de bienvenida—. Vamos a revisar los recorridos de evacuación y el control de flujo para los eventos nocturnos que el crucero tiene preparados.

Maika abre su libreta.

—Perfecto —responde con toda tranquilidad.

El capitán Duarte ocupa la cabecera de la mesa. A su lado se encuentran los jefes de operaciones, restauración, mantenimiento y recepción. Todo el equipo clave del crucero. Gente que espera que esto funcione.

Yo también espero que funcione, aunque una parte de mí, la más sincera y menos conveniente, sabe que desde que Maika ha cruzado la puerta la reunión esto se ha convertido en una jugada a los dardos.

Proyecto el primer plano.

—Para la fiesta de apertura, el escenario estará en la cubierta ocho. Aforo máximo recomendado: trescientas ochenta personas. Dos vías principales de evacuación hacia las escaleras B y C, y una vía secundaria por el pasillo lateral que conduce a los ascensores bloqueados para uso operativo. Habrá personal de seguridad en estos cuatro puntos.

Señalo cada zona con el puntero láser.

Y cómo no, Maika levanta la mano. «Dios, pero si no han pasado ni dos minutos. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?»

Vale, me tengo que centrar.

—Sí, Maika —digo y, lamentablemente, me sale con retintín.

—¿Puedo intervenir?

—Para eso estamos aquí —contesto.

—La vía secundaria por el pasillo lateral no va a funcionar como esperáis si colocamos la música y la barra cerca de la entrada.

La gente siempre se mueve hacia donde ve luz, bebida o a un grupo de personas bailando.

Un par de personas sonríen. Yo, por supuesto, no.

—La señalización estará perfectamente visible —replico.

—Sí, pero una pasajera con una copa en la mano, sandalias elegantes y nulo sentido de la orientación no leerá esa señalización. Te lo digo por experiencia —apunta, con una sonrisa profesional en los labios—. Seguirá al grupo, al ruido o al señor que cree saberlo todo porque ya se ha hecho tres cruceros y lleva una camisa con palmeras.

Silvia, de cubierta, suelta una risita. La miro y se recompone al instante.

—Entiendo tu observación —hablo—, pero la señalización forma parte del protocolo de evacuación.

—No estoy diciendo que la quites. Propongo que la acompañes con personal de animación o seguridad que guíe el movimiento desde el principio. Si acostumbramos a los pasajeros a circular en dos direcciones desde el inicio, en caso de incidente no sentirán que les cambiamos el mapa del mundo de repente.

La observo en silencio unos segundos. Odio admitir que la idea tiene sentido.

—El personal de animación no está formado para dirigir evacuaciones.

—No hablo de evacuaciones propiamente dichas, sino del flujo previo. De evitar congestiones antes de que aparezcan.

—Las congestiones se evitan limitando el aforo y delimitando los espacios.

—También leyendo a las personas.

Ahí está la diferencia esencial. Para Maika, las personas son olas: se sienten, se anticipan, se acompañan. Para mí, son variables: se calculan, se contienen, y se protegen.

Y lo peor es que las dos tenemos razón. Pero solo una cuenta con protocolos impresos y respaldados, además de una asignación que me he ganado a pulso.

—Leer a la gente no sustituye un plan de seguridad —le respondo.

—Nunca he dicho eso.

—Pero es lo que has insinuado.

—No. Tú has decidido interpretarlo así.

El silencio se instala sobre la mesa, y las miradas van de ella a mí como si asistieran a un partido de tenis.

El capitán Duarte entrelaza las manos.

—Sigamos con el punto concreto.

Asiento.

—Mi propuesta se mantiene.

Maika apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Y la mía consiste en añadir dos animadores en movimiento. Uno cerca de la barra y otro junto al acceso lateral. Sin chaleco, ni aspecto de polis. Solo orientando a la gente de forma natural. La gente obedece mejor cuando no siente que la están corrigiendo todo el tiempo.

Si su idea fuera absurda, sería fácil desmontarla. Pero Maika nunca ha tenido ideas absurdas. Caóticas, imprevisibles y peligrosamente encantadoras, sí. Absurdas, no.

—Necesito garantías de que eso va a funcionar —exijo.

—Tendrás nombres, posiciones y horarios.

—Y comunicación por radio.

—No todos mis animadores llevan radio durante los eventos —me aclara.

—En los eventos bajo supervisión del equipo de seguridad, sí.

—Claro…

Su respuesta flota en el aire mientras recibo una de sus sonrisas. Deseo lanzarle el puntero láser, pero soy una profesional. Toda una profesional. Además, probablemente lo atraparía al vuelo y me soltaría alguna respuesta irritante.

Pasamos al siguiente plano.

Poco a poco, la temperatura de la sala parece subir. O quizá solo soy yo. Maika me mira directamente y, por un instante, todo se estrecha: la mesa, los planos, las voces, incluso el aire. Tiene los ojos oscuros, vivos. Y de repente, recuerdo otra sala, otro plano, otra discusión. Ella inclinándose sobre la mesa, riéndose porque yo había calificado su propuesta de «estadísticamente irresponsable».

«—Me encanta cuando me insultas con metáforas», me dijo entonces.

Yo casi sonreí. Casi.

Regreso al presente antes de que mi memoria cometa una imprudencia mayor.

—La seguridad no se basa en buenas intenciones —afirmo después de revisar otro de los protocolos.

Esto es lo más parecido a una batalla campal.

—Ni las personas funcionan como simples líneas en un plano —replica.

—Las líneas en un plano salvan vidas cuando todos pierden la calma.

—Y alguien con experiencia de campo puede evitar que la pierdan antes.

Nos miramos. No sé quién respira primero. Solo sé que la sala está demasiado quieta.

El capitán Duarte carraspea.

—Señoritas… —nos pide que le miremos.

Las dos nos volvemos hacia él.

—Queda claro que tenéis enfoques distintos —continúa—. Y este barco necesita ambos. Helen, tu responsabilidad es garantizar que nada se salga de los márgenes de seguridad. Maika, la tuya es que esos márgenes puedan aplicarse a pasajeros reales, no ideales.

Maika asiente. Yo también, aunque me cuesta.

—Necesito que lleguéis a un acuerdo antes del simulacro general —añade—. No quiero dos planes paralelos. Quiero uno solo.

«Uno solo. Con Maika. Fantástico».

—Por mi parte no hay problema —dice ella.

La miro. No pienso dejar que gane este *round*.

—Por la mía tampoco.

Mentira. Hay muchos problemas. El primero lleva camisa azul claro y tiene la mala costumbre de mirarme como si todavía pudiera atravesarme y leer todo lo que llevo dentro de mí.

El capitán da por cerrado el punto y continuamos con la reunión. Pero cada vez que Maika habla, mi cuerpo la registra sin perderme un solo centímetro. Están sus labios, su voz, sus manos, la forma en que inclina la cabeza al escuchar, la facilidad con la que transforma una objeción en una propuesta práctica. Y me molesta. Me molesta porque no quiero sentir admiración por ella. No quiero recordar que hubo un tiempo en que esa capacidad para adaptarse me parecía brillante, que verla improvisar con una sonrisa mientras yo sostenía la estructura del plan me hacía sentir que juntas podíamos controlar cualquier cosa.

«Juntas». Qué palabra tan peligrosa.

Cuando la reunión termina, recojo mis documentos sin mirar a nadie.

—Helen —dice Maika desde el otro lado de la mesa.

No levanto la vista de inmediato. Necesito un segundo para procesar lo mucho que me calienta escuchar mi nombre en sus

labios.

—¿Sí?

—Te enviaré la propuesta antes de las doce.

—Hazlo antes de las once.

Su boca se curva en una sonrisa.

—Claro. Antes de las once.

—Y sin dibujitos en los márgenes.

—Eso no puedo prometerlo.

Gonzalo, que aparece detrás de mí, suelta una carcajada.

Lo miro.

—¿Algo que aportar?

—No. Yo soy un mueble —replica.

—Pues sé más silencioso.

Maika ríe por lo bajo y su risa me persigue hasta el pasillo.

Salgo de la sala con la frustración apretándome las costillas. No es solo la discusión —las discusiones sé manejarlas—. Es ella. Es la manera en que aparece, habla, mueve el aire, el oxígeno que me permite respirar y, de pronto, todo lo que yo he construido para mantenerla lejos parece hecho de papel.

Llego a mi camarote con la carpeta contra el pecho, cierro la puerta y, por fin, disfruto del silencio. Dejo los documentos sobre la mesa y me siento.

Debería ducharme, descansar o dejar de pensar en Maika. En cambio, abro el portátil y busco los informes históricos del último par de años del departamento de animación en el Transmarine. No sé por qué lo hago. Bueno, en realidad sí lo sé. Necesito demostrarme algo. Necesito confirmar que mi desconfianza tiene fundamento profesional y no solo una cicatriz que tiene nombre y apellidos.

Filtro por coordinadora: Maika Aranda, y enseguida aparecen los registros. Cruceros anteriores, eventos nocturnos, incidencias

reportadas. Cruzo los datos con la media de la flota y me quedo paralizada. «No puede ser». Los eventos coordinados por Maika presentan menos incidencias que la media.

Cierro los ojos.

—Maldita sea.

«Esto no cambia nada», me repito con firmeza. «Que sea buena en su trabajo no borra lo que hizo. No borra aquella reunión, ni mi nombre señalado en un informe que no merecía, ni las semanas en las que me pregunté si mi carrera se hundiría por un silencio ajeno. No cambia nada».

Vuelvo a mirar la pantalla. Maika es buena. No, es excelente. Y yo ya lo sabía. Lo sabía antes de enfadarme, antes del desastre, antes de que su ausencia y su falta de apoyo me doliera tanto.

Y rápidamente, los recuerdos se abren como una puerta. Una noche de discoteca en otro barco. Luces violetas sobre la cubierta, el mar negro alrededor salpicado de reflejos de luna, la música vibrando bajo mis zapatos. Maika en medio de la pista, rodeada de pasajeros, bailando con naturalidad. Reía, giraba, levantaba las manos y guiaba a un grupo entero sin que nadie notara que estaba trabajando. Hacía que la gente se moviera exactamente hacia donde ella quería, como si fuera una coreografía espontánea.

Yo la observaba desde una esquina con la radio en la mano. Debería haber estado revisando los accesos. Lo hacía, más o menos. Pero ella brillaba. No de forma exagerada, sino porque se sentía cómoda en el caos, entendía la alegría de las personas y eso le permitía conseguir lo que buscaba. Donde yo veía riesgo, ella veía ritmo, y también pasión.

En un momento, Maika giró hacia mí, me miró y sonrió. Todo el ruido del mundo pareció bajar de volumen. Recuerdo que pensé: «Cuidado, Helen, vas a caer.»

Y vaya si caí.

Sacudo la cabeza, suelto un suspiro y regreso al presente. Apoyo los codos en la mesa y me paso una mano por la cara. Esto es ridículo. Estoy en el Marine IV para demostrar que merezco estabilidad, no para desenterrar un pasado que debería permanecer junto al sarcófago de Tutankamón. Maika es una compañera de trabajo.

Pero mi corazón, que al parecer vive en su mundo, late por ella.

Cierro el informe. El siguiente paso es trabajar juntas en un plan común. «Un solo plan». El capitán tiene razón. El barco necesita orden. Y, por mucho que me pese, también necesita a Maika.

«No voy a permitir que me distraiga y vuelva a desordenarme».

Pero cuando mi memoria insiste en mostrarme a Maika bailando bajo luces violetas, con la piel dorada y sus ojos brillando más que la luna, sé que el problema no es que no la soporte. El problema es que una parte de mí, absurda y testaruda, nunca la ha dejado de echar en falta.

«Será mejor que me dé una ducha y me ponga a trabajar».

4

Maika

Helen se marcha de la sala con la espalda recta, la carpeta bien sujeta contra el pecho y un paso firme que no deja lugar a dudas. No mira una sola vez atrás. Pero yo, sí la sigo hasta que desaparece por la puerta.

—Jefa —me llama alguien.

Parpadeo y regreso al salón técnico dos, donde mi equipo me observa con una mezcla de curiosidad, nervios y ese temor tan particular que surge cuando se acaba de presenciar una discusión profesional entre dos mujeres capaces de prender fuego a una cubierta solo con mirarse.

—¿Sí? —respondo, recuperando la sonrisa con naturalidad.

Nico, uno de los nuevos animadores, levanta la mano como si estuviéramos en clase.

—¿Nos van a hacer un entrenamiento de seguridad?

—Sí.

Tres caras se descomponen al instante.

—¿Tipo… evaluación profesional? —pregunta Lara, apretando su libreta contra el pecho.

—No exactamente —aclaro.

—Eso significa que sí —murmura Nico por lo bajo.

Me apoyo en el borde de la mesa y cruzo los brazos, observándolos con calma.

—A ver, nadie os va a lanzar al mar si confundís una salida de emergencia con una puerta de servicio. Tranquilos.

—Pues yo diría que Helen sí —interviene Iván con una media sonrisa.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Helen puede parecer demasiado estricta, pero sabe reconocer cuándo se equivoca.

El silencio que sigue es de los buenos.

—¿Segura? —insiste Lara, arqueando las cejas.

—Bueno… —Inclino ligeramente la cabeza—. Quizás antes te pida pruebas, tres informes, una reconstrucción completa de los hechos y una disculpa firmada por duplicado, pero al final lo reconoce. Es más flexible de lo que aparenta.

Nico traga saliva con dificultad.

—No estás ayudando mucho.

—Claro que os ayudo. Os estoy preparando para lo que viene. Es parte de mi trabajo.

Se ríen y el ambiente se relaja un poco. Eso me encanta. Me gusta ver cómo los hombros descienden, cómo las manos aflojan el agarre de los bolígrafos y cómo el miedo inicial se transforma en atención. Los equipos funcionan mejor cuando no se sienten juzgados desde el primer minuto.

Y yo necesito que respiren. Porque este crucero les va a exigir mucho. Porque Helen supervisará cada detalle; cada movimiento, cada ruta, cada gesto y cada coma de mi propuesta. Y yo no debería sentir esta mezcla tan absurda de irritación y ganas de demostrarle que sigo siendo buena en lo mío.

—Bien —continúo, y doy una palmada para recuperar el ritmo —. Vamos a repasar la programación. Y antes de que alguien pregunte, sí, habrá cambios. Siempre los hay. Un crucero sin cambios es como un cóctel sin hielo.

Lara sonríe con complicidad.

Abro mi carpeta. Mis papeles no están tan ordenados como los de Helen, eso es evidente. Los míos lucen llenos de flechas, notas al margen, pequeñas estrellas, recordatorios escritos a toda prisa y un dibujo horrible de una gaviota que garabateé durante una llamada eterna con Markus. Pero sé dónde está cada cosa. Bueno, más o menos.

—La bienvenida a los pasajeros será en la cubierta principal, música en vivo, presentación del equipo y una dinámica ligera para romper el hielo. Nada invasivo. Nadie quiere que le obliguen a bailar con una maleta en la mano y el sudor corriéndole por la frente.

—Gracias a Dios —suspira Iván.

—No cantes victoria tan pronto porque esa misma noche, está la fiesta de bienvenida y ya sabemos cómo son las fiestas.

Él gime de forma teatral.

—Yo no vine al mar para sufrir.

—Viniste a trabajar en animación. El sufrimiento viene incluido en el uniforme, me temo.

Las risas vuelven a llenar la sala. Avanzo por el programa completo. Y mientras hablo, observo a mi equipo. Me gusta el desafío de tener a un equipo nuevo. Algunos toman notas con la seriedad de quien cree que un error en la libreta podría hundir el barco. Otros escuchan con los ojos brillantes, llenos de esa electricidad que recuerdo perfectamente haber sentido en mi primer embarque.

—Lo importante —continúo—, es entender que la animación no consiste en gritar más fuerte que la música ni en perseguir a los pasajeros con una sonrisa hasta que se rindan. Se trata de leer el ambiente, de saber quién quiere participar y quién prefiere observar desde lejos con cara de «si me sacas a bailar, te denuncio».

Nico anota algo rápidamente.

—¿Eso lo ponemos literal en el guion?

—Solo si quieres que Helen me retire el derecho a usar la palabra.

Las risas regresan, pero el nombre de Helen se queda flotando en mi boca como una piedrecita dentro del zapato: molesta e imposible de ignorar.

—Seguridad nos va a exigir ser muy profesionales —añado, ya más seria—. Y se la daremos. No porque nos vigilen constantemente, sino porque en un barco no hay margen para hacer las cosas a medias. Si un evento se descontrola, no basta con sonreír y cambiar de canción. Tenemos que saber hacia dónde mover a la gente, cuándo bajar la intensidad, cuándo cortar una dinámica y cuándo pedir apoyo inmediato.

Los miro uno a uno, con intención.

—La diversión también se cuida con rigor.

Lara asiente despacio, procesando mis palabras.

—¿Y si nos equivocamos?

La pregunta se abre paso dentro de mí y me toca el corazón. Quizá porque conozco demasiado bien lo que ocurre cuando uno se equivoca. Y, sobre todo, lo que sucede cuando no se tiene el valor de admitirlo.

—Entonces lo corregimos —respondo—. Rápido, sin dramatismos y sin esconder nada. Los errores no hunden a los equipos. Mantener el silencio, sí.

Durante un segundo veo a Helen en aquella reunión del pasado, sentada a mi lado, esperando que yo dijera la verdad.

—Por eso quiero que comuniquéis cualquier duda, cualquier incidencia, cualquier cosa que os parezca rara. Aunque sea pequeña. Aunque creáis que me voy a enfadar. Solo me enfado cuando alguien improvisa una conga junto a una escalera —bromeo.

Iván levanta la mano con curiosidad.

—Dime que eso nunca te ha pasado de verdad.

—No queréis saberlo.

—Ahora sí queremos —insiste con una sonrisa.

—Otro día. Cuando confiéis plenamente en mí y ya no podáis renunciar al equipo.

La reunión termina con menos tensión de la que empezó, lo cual ya supone un pequeño triunfo. Les asigno sus tareas, repasamos horarios y confirmamos el ensayo de bienvenida en cubierta.

—Vamos arriba —propongo—. Necesito ver cómo os movéis con espacio, viento real y sin paredes que os salven de hacer el ridículo.

—Qué motivadora eres —murmura Nico—. Y yo que creía que iríamos a cenar.

—Lo haremos después. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. O ahora.

—Deberías dar charlas motivacionales —comenta Lara.

Salimos en grupo hacia la cubierta principal. Al subir, todos se percatan de cómo cambia el barco cuando el sol se apaga. Dejamos atrás los pasillos estrechos de tripulación, las luces blancas y frías, y emergemos bajo el cielo abierto oscuro. Las luces de la cubierta lo bañan todo con un brillo especial. El agua se extiende alrededor del puerto como una lámina azul intenso salpicada de destellos de plata. Todavía no hemos zarpado, pero el Marine IV parece impaciente. Lo noto bajo mis pies, en esa vibración leve de maquinaria viva que transmite energía.

Mi equipo se dispersa movido por la curiosidad.

—Bien —empiezo, y alzo la voz para que me escuchen bien—. Punto de entrada de pasajeros por allí. Música aquí. Recepción visual desde este lateral. Necesito energía, pero sin invadir a la gente, ¿de acuerdo? Sonreímos, acompañamos y orientamos. No les atacamos. Hay animadores que ven a un pasajero tímido y sienten la necesidad

irrefrenable de acompañarlo todo el tiempo para que no se sienta incómodo.

—Eso suena muy exagerado.

—Lo es, por desgracia.

Les pido que repitan la secuencia de bienvenida: un saludo cálido, indicación hacia recepción, invitación al evento de apertura y circulación fluida hacia escaleras o ascensores según sea necesario.

Mientras se mueven, voy corrigiendo esos pequeños detalles que hacen de nuestro trabajo, algo perfecto.

No me sorprende ver que Helen está en un extremo de la cubierta, junto a la barandilla, revisando algo en su *tablet*. Sola, como siempre. Atenta. Un poco apartada, como si necesitara observar el mundo desde la distancia para que no la afecte. «Cómo odio esos pantalones…». El uniforme le queda impecable. Es una observación objetiva. Terriblemente objetiva. Los pantalones oscuros, la camisa sin arrugas, acompañando a su pelo perfecto y sedoso. Parece hecha de control, de líneas rectas y de decisiones difíciles.

Nada en ella invita al acercamiento y, sin embargo, yo quiero acercarme. «Qué perfecto desastre.»

Me quedo mirándola más tiempo del prudente. Helen parece notar mi mirada porque levanta la vista y nuestros ojos se encuentran. No sonríe, ni mucho menos me dedica un gesto de desaprobación. Solo existe esa intensidad suya, directa y sin adornos. Una mirada que siempre parece hacer dos cosas a la vez: advertirme que no cruce cierta línea y preguntarme por qué me da tanto miedo cruzarla.

El pecho se me aprieta. Porque de pronto no veo solo a la coordinadora estricta que acaba de desmontar media propuesta en la sala. Veo a la mujer con la que me acosté repetidas veces, a la que empecé a conocer, a la que dejé sola. A la que esperó una verdad que nunca llegó. Yo creí que el tiempo lo diluiría todo. Pero

fui muy ingenua. Porque el tiempo no diluye lo que nunca se enfrenta. Solo lo hunde más hasta que, un día, vuelve a flotar.

Helen aparta la mirada primero y eso me deja clavada en el sitio.

—Maika —me llama Lara—. ¿Así está bien?

Tardo un segundo en reaccionar.

—Sí. Perdón. Repetid desde la entrada.

Mi voz suena normal. Soy buena fingiendo normalidad. Eso también lo aprendí con el tiempo.

El ensayo continúa. Los chicos mejoran rápido, se relajan, ríen y encuentran su propio ritmo. Les pido que imaginen pasajeros reales: una familia cansada tras el viaje, una pareja mayor que necesita indicaciones claras, un grupo de amigas deseosas de diversión, alguien mareado, alguien perdido o alguien que finge no necesitar ayuda, pero mira todos los carteles al revés. Ellos responden bien.

Sin embargo, una parte de mí permanece en el extremo de la cubierta, donde Helen sigue trabajando como si nada pudiera distraerla. Nunca pensé en ella como alguien triste, apagada o solitaria. Antes la veía fuerte, imposible de alcanzar, brillante. Una mujer hecha para resolver problemas mientras los demás somos incapaces. Pero quizá siempre le costó confiar en las personas y yo, con mi cobardía, le confirmé que confiar en alguien era una mala idea.

Cuando terminamos la primera ronda, les doy libertad para ir a cenar y descansar. Ellos se dispersan, comentando lo aprendido. Me quedo junto a la barandilla, con la carpeta apoyada contra el pecho. Helen sigue al otro lado, más lejos ahora. La observo mientras habla con un técnico. Señala un tramo de cubierta, escucha con atención y asiente.

Esta mujer no pierde el tiempo. No adorna nada. Todo en ella resulta eficiente, incluso la manera en que frunce el ceño tiene un

propósito claro. Pero yo sigo recordando a otra Helen. La que, años atrás, se quedó conmigo después de un evento desastroso y yo fingía que no estaba agotada.

«—Si sigues sonriendo así, se te va a romper la cara», me dijo aquella noche.

Yo me reí. Ella me ofreció un café de máquina y durante una hora nos quedamos ahí, observando el horizonte en silencio. A mí me gustaba, me gustaba mucho, y yo a ella. Quizá por eso dolió tanto. Porque no traicioné a alguien cualquiera. Traicioné a alguien que, a su manera torpe y preciosa, había empezado a dejarme entrar en su corazón.

Helen vuelve a mirarme y no aparto los ojos. Tampoco sonrío. Solo la miro. Y durante un segundo brevísimo, algo cambia en su expresión. Después ella baja la vista a su *tablet* y se aleja.

—Maika —dice Lara detrás de mí—. ¿Vienes a cenar con nosotros?

—Claro.

Lara engancha su brazo al mío mientras caminamos hacia el restaurante de tripulación, Nico sigue hablando demasiado alto y los demás se suman a la conversación con esa facilidad que siempre he envidiado en algunas personas.

Yo camino con ellos, escuchando a medias, dejando que el ruido de grupo me arrastre. El Marine IV aún no ha zarpado y yo ya siento que el viaje ha comenzado. Y lo peor, lo absolutamente peor, es que una parte de mí está deseando descubrir a dónde nos llevará todo esto.

5

Helen

Maika me envió la propuesta exactamente a las diez y cuarenta y siete de la noche, trece minutos antes de la hora límite que le había marcado. Por supuesto que lo hizo. Alardeando, como si necesitara demostrarme que no solo es capaz de cumplir las instrucciones al pie de la letra, sino que puede permitirse el lujo de adelantarlas lo suficiente como para resultar irritante.

Abrí el archivo en mi portátil con una limonada con hielo al lado y la firme intención de desmantelarlo. Buscaba cualquier pequeño fallo, cualquier cabo suelto que me permitiera mantener intacta la cómoda y prejuiciosa opinión que tenía de ella.

El problema fue que el documento era impecable. Ordenado, claro y jodidamente práctico. Incluía nombres, ubicaciones exactas en las vías de evacuación, rotaciones de personal, canales de radio asignados, puntos de apoyo y observaciones detalladas sobre el comportamiento habitual de los pasajeros durante los eventos nocturnos. Incluso incorporó notas preventivas sobre los «puntos calientes»: esas zonas de la cubierta de paseo donde los cruceristas tienden a apelotonarse para hacerse fotos con el atardecer o colapsar el flujo esperando el turno del bar.

Leí cada línea apretando los labios. No había ni rastro de la Maika caótica que yo recordaba. Había aportado justo lo que nuestros superiores nos habían pedido en la reunión de oficiales: una capa de psicología humana aplicada al frío plano de evacuación. Algo difícil de rebatir sin que pareciera que me aferraba a mi orgullo con ambas manos y un silbato de emergencia entre los dientes.

No, no y no. No me gustaba. No me gustaba en absoluto que tuviera razón.

Guardé el archivo en la carpeta del simulacro general y me obligué a apagar el ordenador. Lo hice porque soy una profesional y porque, aunque me escociera admitirlo, algunas de sus propuestas merecían una oportunidad. Solo algunas. Quizá varias. Pero ni de lejos todas.

Los inicios de temporada son críticos, y toda la tripulación —desde el primer oficial hasta el último limpiador— tiene que actuar con una profesionalidad impecable. El simulacro general de la tripulación, horas antes de que comience el embarque de los miles de pasajeros que llenarán el barco, es nuestra última red de seguridad. Mi equipo de oficiales de seguridad estaba listo. Yo estaba lista. Solo faltaba ver si el circo de animación de Maika sabría mantenerse en su sitio.

. . .

A la mañana siguiente, el sol de puerto ya castiga la cubierta. Maika aparece con puntualidad, escoltada por sus supervisores de animación y con una botella de agua helada en la mano. Lleva el pelo recogido en una coleta más alta de lo estricto, violando ligeramente el manual de imagen de la compañía, y las gafas de sol apoyadas sobre la cabeza. Parece tranquila. Demasiado tranquila para mi paz mental.

—Buenos días, oficial Müller —saluda al acercarse.

—Buenos días —respondo.

—Hemos revisado los canales de radio y las asignaciones de las Estaciones de Ensamble —comenta, deteniéndose a un metro de mí.

—Lo sé. Me ha llegó tu correo.

Su boca se curva en una sonrisa apenas perceptible, de esas que te dan ganas de abrir el manual de navegación y golpearla con él.

—Así que lo has leído… —suelta, con un tono cantarín.

—Ese suele ser el objetivo cuando se presiona el botón de enviar, ¿no?

—Me alegra ver que el departamento de seguridad domina la tecnología básica —replica con una ironía afilada.

La miro fijamente, sosteniéndole el pulso. Ella no pestañea.

Detrás de nosotras, Gonzalo, carraspea para disimular una risa que amenaza con romper la formación.

—Gonzalo —digo sin desviar los ojos de Maika—, ve a revisar la Estación de Ensamble B.

—Por supuesto. La Estación B me implora que vaya —contesta él, batiéndose en retirada.

«Imbécil».

Maika inclina la cabeza, divertida.

—¿Hoy también vas a fingir que mis sugerencias son una amenaza contra la seguridad marítima internacional? —pregunta la sabelotodo.

—Depende enteramente de si pretendes seguir las normativas o no.

—Prometo contener mi impulso natural de sembrar el caos.

—Eso sí que sería un simulacro digno de ver —respondo.

Su sonrisa pierde el filo habitual y, por un instante, se cuela en sus ojos un matiz más blando, casi cercano al cansancio.

—Helen, de verdad. Quiero que esto salga bien —afirma.

La frase me obliga a bajar un grado mi escudo. Solo uno. Un milímetro.

—Yo también —admito.

Y me callo el resto. Porque añadir más implica reconocer que he analizado su propuesta hasta las tantas de la madrugada, que sus notas sobre los flujos de personas son brillantes y que una parte

de mí se ha quedado colgada de su manera de entender a los pasajeros.

Pero claro, eso no lo voy a decir en voz alta

El simulacro general comienza diez minutos después. Por los altavoces de cubierta resuena la alarma general de prueba: siete pitidos cortos y uno largo. Agarro el walkie-talkie desde mi posición de control en la cubierta ocho.

—Aquí Control de Seguridad. Posiciones iniciales para el ejercicio de abandono. Animación, controlad el flujo de acompañamiento hacia las escaleras de evacuación Bravo y Charlie. Confirmad recepción.

Las respuestas saltan en cascada, rompiendo la estática de la radio.

—Seguridad Alfa, confirmado.

—Seguridad Bravo, en posición.

—Animación en el Atrio central, confirmado.

—Animación en pasillo de babor, confirmado.

La voz de Maika entra al final, limpia y segura.

—Coordinación de Animación, confirmada. Listos para el desalojo simulado.

No entiendo por qué su voz filtrada por el transmisor de la radio me resulta todavía más peligrosa. Quizá porque, al no poder verle la cara, mi imaginación se toma libertades traicioneras recreando la curva de sus labios.

El ejercicio avanza con fluidez.

Anoto las rotaciones, pero entonces, en la pantalla táctil y a través de los prismáticos, detecto la primera brecha. Lara, una de las animadoras nuevas, abandona su punto fijo junto al ascensor antes de tiempo y se desplaza hacia una columna para interceptar a un grupo masivo de «pasajeros» que se ha quedado estancado.

Frunzo el ceño, apretando el botón para hablar.

—Animación pasillo de babor, mantén la posición fija asignada en el plano —ordeno de inmediato.

La réplica de Maika salta antes de que la subordinada pueda siquiera disculparse.

—Ha pivotado porque el grupo no tenía línea de visión hacia la escalera Charlie. Desde su punto ciego no veían la salida.

—Ese movimiento no está estipulado en el protocolo de evacuación —replico.

—No, pero va a funcionar mejor así, ya lo verás —insiste Maika.

Observo el monitor de circuito cerrado con la simulación. Efectivamente, el tapón humano podría avanzar. Pero que tenga razón no disminuye mi taquicardia.

—Los puntos de seguridad no son orientativos, Maika. Si el puente de mando cuenta con ella en un punto, tiene que estar en ese punto.

—Lo sé —contesta ella—. Tú solo… confía en mí.

Hacia el final del ejercicio, el equipo técnico simula el bloqueo por incendio de uno de los pasillos principales de la cubierta de paseo. Mi equipo activa la ruta alternativa de inmediato, pero noto que los animadores, al moverse de forma menos encorsetada que mis guardias, logran que la masa humana reaccione al cambio de dirección de inmediato, sin pararse a protestar o a dudar.

Debería alegrarme. Pero no lo hago.

Cuando suenan los tres pitidos que dan por concluido el ejercicio, el tiempo global de evacuación es… impecable. Reúno a los jefes de sección en la cubierta de botes para el *debriefing* mientras el sol ya empieza a derretir el asfalto del puerto.

—El ejercicio ha sido conforme a las normas —anuncio, repasando las métricas en mi *tablet*—. Pero hay una falta grave de disciplina táctica en los puntos móviles. La seguridad del barco no puede depender de corazonadas individuales que no se notifican al

puente de mando. Os recuerdo que tenemos superiores y reglas que cumplir.

Maika da un paso al frente, interponiéndose físicamente entre su subordinada y mi mirada de oficial.

—Han sido orden mía —asume, mirándome de frente—. Les he ordenado corregir sus movimientos en caso de bloqueo.

—Y yo te recuerdo que no tienes la autoridad para alterar un plan de evacuación visado por Capitanía —señalo, clavando mis ojos en los suyos. Empiezo a pensar que el resto de la tripulación va a terminar cobrando entrada por ver nuestros turnos de réplica.

—No me digas que el plano es sagrado, Helen. Porque los planos no tienen en cuenta el factor pánico —reclama ella, dando un paso más.

—Explícate, entonces. Delante de todos.

Maika señala hacia el vestíbulo de babor.

—El plano está diseñado sobre un pasillo vacío, pero con cuerpos reales, la señal de salida desaparece. Si Lara se queda rígida en su esquina, la oirán, sí, pero la gente necesita una referencia visual. Y con solo avanzar tres pasos, el flujo girará sin detenerse.

Me guardo el impacto del argumento.

Gonzalo, a mi lado, teclea con un entusiasmo sospechoso en su *tablet*, conteniendo la respiración. Todo el mundo espera mi veredicto. Maika la primera.

—Está bien. Estudiaré los datos —cedo, manteniendo la voz monocorde.

Ella arquea una ceja, desafiante.

—¿Eso significa que lo vas a valorar de verdad o que va directo a una carpeta mental titulada «tonterías que dice Maika para desquiciarme»?

Alguien del fondo suelta un bufido para tapar una carcajada y, rápido, lo fulmino con la mirada.

—Significa que lo revisaré. Y punto.

—Entendido.

—Envíame esos parámetros modificados por escrito —añado, intentando recuperar el control de la situación—. Con sus límites estrictos.

Maika asiente, y sus ojos chispean.

—Lo tendrás en tu mesa esta tarde.

—Antes de las seis —preciso.

—A las cinco cuarenta y siete, para mantener la rutina —responde con una media sonrisa descarada.

No quiero sonreír. De verdad que pongo todo mi empeño en mantener la cara de póker reglamentaria, pero la comisura de mi boca sufre un espasmo de rebeldía durante una fracción de segundo. Ella lo caza al vuelo, por supuesto. Sus ojos se iluminan con un triunfo tan evidente que me dan ganas de ordenarle un inventario completo de los tres mil chalecos salvavidas del barco solo para bajarle los humos.

—No te acostumbres, Maika —le advierto en voz baja.

—Jamás. Soy una mujer de estrictas costumbres —replica con una inocencia que no se cree ni ella.

—¿Desde cuándo? —murmura Gonzalo de fondo.

Maika se lleva la mano al pecho.

—Gonzalo, me hieres. Qué poca fe en mi evolución profesional.

Por primera vez desde que este gigante de acero se ha convertido en nuestro campo de batalla, la tensión no se siente como un cabo a punto de romperse. Aunque sigue ahí, vibrando en el aire caliente.

Doy las últimas órdenes de guardia y disuelvo la formación. Mientras el resto se dispersa hacia los comedores de tripulación,

Maika se retrasa un segundo, quedando a mi altura mientras yo finjo una concentración absoluta en la pantalla de mi *tablet*.

—Buen trabajo —dice, rebajando el tono a una frecuencia que parece diseñada solo para mis oídos.

Alzar la vista es un error.

—El simulacro ha sido... aceptable —contesto.

Su sonrisa se ensancha, mostrando un hoyuelo que me desbarajusta el latido del corazón.

—Eso, en el idioma cerrado de la oficial Müller, significa: «Gracias, Maika, eres un puto genio».

—Yo no hablo ese dialecto —sentencio.

—Todavía —susurra ella.

Y sin más, se da la vuelta antes de que pueda articular palabra, dejándome quieta, viéndola avanzar por la cubierta soleada hasta que cruza las puertas.

«Estás jodida, Helen. Jodida y sin botes salvavidas».

. . .

Horas más tarde, aprovechando el cambio de turno y la absoluta soledad de la Sala de Control de Seguridad, me encierro a revisar las grabaciones de las cámaras. No dejo constancia en el diario de bitácora, evidentemente.

En las pantallas, la cubierta se despliega desde cuatro ángulos distintos. Busco cada secuencia en la que el equipo de animación haya podido cometer algún error. Pero lo que encuentro, son soluciones muy prácticas medidas en un tiempo extraordinario.

Me echo hacia atrás, golpeándome el labio inferior con el dedo índice. Once segundos pueden parecer una minucia para cualquier civil que compre un billete de crucero para beber margaritas en la piscina. Para un Oficial de Seguridad, once segundos son la diferencia entre un pasillo despejado y una avalancha humana, entre

un desalojo limpio y una tragedia. Y, para mi absoluta desgracia, la intuición de Maika lo ha previsto antes que todos mis manuales de procedimiento.

Apoyo los brazos en la mesa, exhausta.

—Esto no cambia nada —me digo a mí misma en la penumbra de la sala.

Trabajo en el informe preliminar durante una hora más. Redacto las modificaciones del Plan de Emergencia e introduzco la figura de los «puntos de apoyo dinámicos bajo supervisión directa de seguridad». Me cuido mucho de escribir «Propuesta de la Coordinadora de Animación», por supuesto.

Parezco una idiota intentando ocultar el sol con un dedo.

Trabajar con Maika ya no es el caos ingobernable que recuerdo de años atrás. Es irritante, desafiante y pone a prueba mi paciencia, sí, pero también me lo está haciendo muy fácil. Y, rápidamente, el pasado me golpea: antes de que me rompiera los esquemas y me decepcionara, Maika me fascinaba. Y descubrir que esa fascinación sigue intacta es lo que de verdad me aterroriza.

Porque el rencor es una emoción limpia, estructurada. Tiene un origen, un archivo asignado y una fecha de caducidad que tú controlas. Pero la atracción, en cambio, es un naufragio sin supervivientes ni cuaderno de bitácora.

Y yo no me puedo permitir un naufragio en mi impecable hoja de servicios.

6

Maika

La noche cae sobre el Marine IV como una sábana de un azul oscuro bordada con luces dispersas. Desde la cubierta principal, el puerto se transforma en otro mundo. Como si el mar te suspirara en el oído.

Mañana a primera hora se abrirán las pasarelas de embarque, subirán los pasajeros y este gigante de acero dejará de pertenecernos solo a nosotros. Pero esta noche todavía es nuestro. Y para dar fe de ello, tenemos el ensayo general de la gala de bienvenida con la iluminación de noche y la tripulación de soporte.

—Nico, si vuelves a saludar a la gente como si estuvieras vendiendo un seguro de vida, te reasigno directamente al club infantil —le advierto por el intercomunicador, aunque sin dejar de sonreír.

No quiero parecerme a Helen y amedrentar al personal. Ni mucho menos. El barco necesita vida, no un consejo de guerra.

Nico se lleva la mano al pecho con su habitual dramatismo shakespeariano. A su lado, Lara suelta una risa limpia mientras se ajusta la petaca del micrófono inalámbrico. Las luces robotizadas recorren la cubierta de paseo iluminando las mesas dispuestas para el pasaje; la tarima central, la pista de baile exterior y los accesos laterales se tiñen de destellos dorados y violetas que van y vienen, jugando con las sombras.

Este momento es mi debilidad. Ese instante suspendido antes de que el crucero comience, repleto de infinitas posibilidades. Y, cómo no, para poner la guinda al pastel de este escenario, está Helen.

Observa la escenografía desde la distancia, apoyada en la barandilla de la cubierta superior. Sus ojos siguen los movimientos

de mis chicos al milímetro, como si su cerebro fuera un superordenador capaz de calcular cada posible colisión antes de que ocurra.

Me doy cuenta de que no busca el fallo para machacarnos en el informe. Los busca para protegernos. Y esa sutil diferencia, aunque ella intente camuflarla con su fachada de hielo, es lo que me arranca una sonrisa involuntaria. «Será mejor que dejes de mirar ese culo tan bien puesto dentro del pantalón de uniforme», me fustigo mentalmente. Respiro hondo, me guardo el descaro en los bolsillos y me dirijo hacia ella.

—Si sigues perforando la cubierta con esa mirada, vas a conseguir que la madera se ruborice —comento en cuanto me planto a un par de pasos de su posición.

Ella no se asusta, pero sus hombros se tensan un milímetro bajo la camisa blanca de oficial.

—Ya sabes que no me puedo permitir improvisaciones en un evento de esta escala. Mañana tendremos a tres mil personas aquí arriba sedientas de alcohol y fiesta.

—Dale un respiro al protocolo, Müller. Por mucho que te empeñes en cuadrar los vectores… el mar siempre tiene sus propios planes.

En ese instante, por fin, levanta la vista y me clava esos ojos suyos.

—Espero que no estés diciendo eso en tu papel de coordinadora —suelta.

—Lo digo como alguien que sabe que los humanos no somos fichas de ajedrez.

Su boca se mueve apenas, un milímetro, casi esbozando una sonrisa. Casi.

Lo apunto en mi marcador como una pequeña victoria, ridícula y confidencial, pero victoria al fin y al cabo.

—He revisado tu propuesta de distribución —comenta, consultando su *tablet* de trabajo—. De hecho, me he pasado la mitad de la guardia repasándola. —¿Es cosa mía o hay un rastro de timidez en su voz?—. Creo que el acceso central del atrio va a saturarse en cuanto se dispare el flash de las fotos de bienvenida. Hay que blindar esa zona.

—Tranquila, jefa. Ya lo tenemos mapeado.

Frunce el ceño, contrariada.

—Lo dices con demasiada ligereza.

—Porque conozco el ganado. —Sí, he dicho «ganado», y me encanta cómo Helen abre la boca por la sorpresa—. La gente sube a bordo emocionada, con el móvil cargado y la absurda idea de que, si no inmortalizan los primeros treinta segundos de navegación, el barco entero desaparecerá como por arte de magia. Es inevitable.

—Entonces deberíamos acordonar ese flanco y redirigir el flujo —sugiere ella, buscando la solución más geométrica.

—Mala idea.

Su ceja izquierda se arquea con ese gesto tan jodidamente característico y… sexi.

—¿Por qué, según tu vasta experiencia? —me desafía.

—Porque si plantas una cuerda roja, conviertes el punto en una fruta prohibida. La gente verá la barrera, se detendrá a mirar y pensará que se está perdiendo algo mejor. Somos así, Helen, como abejas a la miel —le digo, encogiéndome de hombros—. En cambio, si dejas el espacio abierto y colocas a dos personas estratégicamente aquí y aquí… —Deslizo mi dedo sobre la pantalla de su *tablet*, cuidando muchísimo de no rozar sus dedos. No vaya a ser que la Oficial de Seguridad se me derrita por combustión espontánea—. Los guiaremos sin que se den cuenta hacia el sector de babor, donde el espectáculo visual ya está en marcha. Cero retenciones, continuidad natural y los tienes metidos en el ambiente del viaje desde el minuto uno.

Helen baja la mirada hacia la trayectoria de mi dedo y después analiza el plano.

—¿Te refieres a colocar dos animadores?

—Mejor: uno de animación y otro de recepción. El de recepción te liquidará las típicas dudas de «dónde está mi camarote» o «a qué hora abre el buffet», y el mío los engatusará con el programa de la noche.

—¿Y el pasillo de la izquierda?

—Lo reservamos como una vía rápida. Para los oficiales, la tripulación que necesita cruzar y los repetidores que pasan de las fotos y solo tienen prisa por cazar una hamaca.

Esta vez sí que sonríe. Es un destello rápido, apenas un pestañeo, pero sucede. Y yo, que debería estar atenta a las frecuencias de los micrófonos, y a los tripulantes que fingen ser turistas bailongos, me quedo completamente encallada mirando esa mínima curva de sus labios. Como si alguien hubiera encendido la iluminación de gala solo para mí.

«Qué desastre de mujer soy».

—Tiene sentido —reconoce Helen.

Solo dos palabras. Pero me calientan la piel más que toda la brisa tropical del mar.

—Perdón, creo que tengo interferencias en radio. ¿Puedes repetirlo? —me burlo, entornando los ojos con picardía.

La rigidez reglamentaria regresa a su rostro de inmediato.

—No abuses de tu suerte, Maika.

—No, en serio. Debería grabar esto y reproducirlo por megafonía. «Tiene sentido», por la mismísima e infalible Helen Müller. Esto va directo al diario de bitácora del barco.

—Te recuerdo que puedo retirarte la acreditación de acceso a esta cubierta si me lo propongo —amenaza, pero sus ojos se entrecierran con diversión.

—Eso suena mucho más propio de ti —admito, soltando una carcajada.

Nos sostenemos la mirada durante unos segundos que se estiran más de la cuenta. La tensión flota entre nosotras, espesa, viva y peligrosamente magnética.

Helen rompe el magnetismo volviendo los ojos a la pantalla.

—¿Tienes controlado el arranque? Los primeros diez minutos del show de cubierta son críticos para la seguridad del pasillo exterior.

—Tengo claro que nadie se va a sentar en los primeros diez minutos, Helen. La gente necesita reconocer el terreno, ubicarse, decidir si el ambiente les convence. Empezamos con algo de percusión, transiciones de luz y una bienvenida visual que los invite a moverse. El discurso formal del Capitán vendrá después, cuando ya estén colocados.

—Bien. Entonces el mensaje debe repetirse por los altavoces antes de que la coreografía principal termine.

—Exacto.

Me río por lo bajo, disfrutando de este toma y daca. Ella no se ríe, pero sus ojos brillan con una intensidad que no le conocía. De pronto, un eco del pasado me golpea el pecho. Es esa misma complicidad de hace años. Como si, por debajo de los reproches, las armaduras y los galones, todavía existiera una frecuencia oculta en la que nos entendemos y nos complementamos a la perfección.

—¡Maika! —me llama Lara desde la tarima, sacándome del trance—. ¿Probamos la entrada con la iluminación?

Me giro hacia el escenario, carraspeando para recuperar el tono.

—¡Sí! ¡Voy abajo!

Nico me levanta el pulgar desde la mesa de mezclas. Helen observa el despliegue con esa atención felina que la caracteriza.

—Me quedo supervisando todo —me avisa—. Estoy en el canal tres de la radio si surge cualquier problema.

—Recibido, canal tres.

Me coloco el auricular en la oreja y bajo las escaleras hacia el escenario con una sensación extraña bailándome en el estómago.

La música del ensayo general empieza a atronar por los altavoces principales y las luces se deslizan sobre la cubierta, un mar de tonos violetas y dorados que rebotan en las barandillas y se pierden en el mar oscuro.

—¡Bienvenidos al Marine IV! —exclama Lara frente al micrófono con una energía arrolladora—. Esta noche da comienzo…

—Suelta un poco el aire, Lara —le indico a través de la línea interna—. Imagina que le estás hablando a alguien a quien te alegra de verdad tener en casa.

Lara asiente, respira hondo y repite la entrada.

Al otro lado de la piscina central, veo a Helen dar una orden breve e imperativa por su walkie-talkie. De inmediato, Gonzalo se desplaza hacia el acceso de popa, disolviendo un grupo de tripulantes de cocinas que empezaba a taponar la salida de emergencia.

Durante la siguiente media hora, el ensayo es un baile perfectamente ensayado.

Seguimos así. Veinte minutos. Cuarenta. Una hora entera. La cubierta principal cobra vida. La música sube de revoluciones, los focos juegan con las siluetas y las risas del equipo se vuelven reales. Aunque todos sabemos que es un maldito simulacro, algo en la atmósfera empieza a oler al verdadero viaje que arranca mañana.

Helen y yo casi no cruzamos palabra por las radios, pero trabajamos en una sincronía que me asusta.

Al cabo de una hora, el ensayo concluye y la tripulación estalla en aplausos. Helen baja de la cubierta superior con la *tablet* bajo el

brazo. Siento la vibración de sus pasos antes incluso de tenerla al lado.

—El flujo ha mejorado notablemente con los cambios de posición —comenta, deteniéndose a una distancia prudencial—. Se evitarán por lo menos tres cuellos de botella.

—¿Eso significa que mañana no vamos a naufragar bajo una avalancha humana en la primera noche?

—Significa que el resultado es conforme a las expectativas —precisa ella.

—Vaya, otra frase entusiasta para enmarcar en mi oficina.

—No tenses la cuerda, Maika… —me reprende.

—Perdón. Es que cuando eres tan desprendida con los elogios, una se abruma —ironizo.

Helen entrecierra los ojos otra vez. Ahora distingo el cansancio de la guardia, el rigor del cargo y, tal vez, una sombra de humor oculta detrás de tantas directrices y leyes marítimas.

—Buen trabajo —añade un segundo después.

Esta vez me quedo sin una réplica ingeniosa. Porque lo dice en serio.

—Gracias —consigo responder, y tengo que obligarme carraspear.

Durante un instante, el bullicio de los técnicos recogiendo el cableado de la cubierta desaparece. Solo quedamos ella y yo, con los reflejos dorados del puerto dibujándole el perfil, el mar en calma de fondo y esa mirada profunda que me hace sentir terriblemente viva. Quiero decirle que ella también ha estado inmensa. Quiero confesarle que lamento cómo terminaron las cosas y que no hay un solo día en que no me acuerde de lo que dejamos a medias. Pero me muerdo la lengua. Estamos en mitad de una cubierta, hay oficiales alrededor y no tengo ningún derecho a reabrir esa herida solo porque esta noche hayamos sido capaces de trabajar juntas sin saltarnos a la yugular.

—Mañana saldrá bien —me limito a decir—. Todo el crucero irá rodado.

—Eso espero.

—Seguro que sí —insisto, recuperando el descaro—. Porque estarás tú vigilando.

Las comisuras de sus labios tiemblan, resistiéndose a ceder.

—Y tú estarás arrastrando a los pasajeros a tu terreno para que nadie tenga tiempo de pensar.

—Somos un equipo bastante peculiar, Müller.

—Eso no te lo voy a discutir, Maika.

No sé cuál de las dos empieza a sonreír primero. Quizá yo. Quizás ella. Quizá ninguna y solo es un efecto óptico provocado por las luces y mis propias ganas de que ocurra.

Helen baja la vista hacia la *tablet*, rompiendo el hechizo.

—Subiré las observaciones definitivas al sistema antes de medianoche.

—Haré lo mismo con mi informe —le aseguro.

Esta vez, Helen no se da la vuelta de inmediato para huir hacia el puente de mando. Se demora un segundo más. Solo uno, mirándome en silencio. Noto ese segundo como si el barco entero hubiera contenido la respiración. Luego, asiente con un gesto breve y se aleja hacia donde la espera Gonzalo, que me clava una sonrisa burlona desde la distancia.

«Algún día de estos lo tiro por la borda, lo juro».

Me quedo sola en mitad de la pista exterior mientras mi equipo termina de recoger los micrófonos. Estoy agotada, empapada de sudor por la adrenalina, con los pies destrozados por los zapatos y varios mechones rebeldes escapándose de la coleta. Pero tengo un calor extraño en el pecho. Mañana todo irá bien.

Me digo que las mariposas no tienen nada que ver con la forma en que Helen ha pronunciado ese «buen trabajo». Nada que

ver con haber sentido que, durante un par de horas, nuestros mundos no eran incompatibles, sino que encajaban a la perfección. Nada que ver con el deseo absurdo de que se hubiera girado una última vez antes de cruzar la puerta.

Y con ese pensamiento, mi corazón, que es un traidor y no entiende de rangos oficiales, decide que la noche de puerto acaba de volverse un poco más luminosa. Al menos, hasta que el caos real de los pasajeros desembarque mañana en mi cubierta.

7

Helen

Al día siguiente.

El embarque de los pasajeros va impecable. Demasiado impecable. Y aunque ese orden debería aliviarme, solo consigue mantener mi sistema de alerta encendido, a la espera de que el caos organizado de un crucero reclame su espacio Pero la verdad, es que no sucede nada.

El flujo de personas avanza de maravilla. Las colas en el atrio se disuelven antes de consolidarse. Los viajeros localizan las recepciones, los ascensores y sus respectivos camarotes sin esa fricción tensa que suele reinar durante las primeras horas a bordo. Y yo, a mi pesar, sé exactamente a quién debo atribuirle el mérito.

Los puntos móviles de animación que sugerí ayer están funcionando. Las rutas dinámicas que diseñó Maika son tan intuitivas que el pasaje avanza relajado, desahogando las arterias principales del barco. No pienso admitir en voz alta que ha hecho un trabajo extraordinario, pero mientras observo desde la barandilla de la cubierta ocho cómo Lara redirige a una familia numerosa hacia los ascensores panorámicos de estribor antes de que colapsen el acceso central, tengo que aceptar que Maika tenía razón.

Otra vez.

Cuando el Marine IV larga amarras y pone rumbo a Marsella, por fin me permito liberar la tensión de los hombros. El puerto se reduce a una línea geométrica en el horizonte y el Mediterráneo se abre ante nosotras, inmenso y cobalto.

Los cruceristas empiezan a despojarse de la rigidez de la rutina en tierra. Las voces ganan volumen, las risas se vuelven más sueltas y esa prisa ansiosa del principio desaparece. Yo, en cambio,

sigo escaneando el entorno en busca de algún riesgo. Alguien debe conservar la cabeza fría a bordo.

Estoy en el comedor de oficiales con una bandeja de comida intacta y el ordenador portátil abierto cuando Maika se deja caer —literalmente— en el asiento de enfrente. Trae un plato de pasta, una botella de agua y su energía característica.

—No me digas que estás redactando las órdenes de guardia mientras comes —comenta con una media sonrisa, mientras desenrosca el tapón de la botella sin apartar la vista de mí.

Levanto los ojos de la pantalla.

—Reviso las zonas de reunión y los flujos para la fiesta de esta noche.

—Claro. Qué ingenua he sido al pensar que estarías tomándote un descanso —ironiza.

Trato de concentrarme en el plano, pero la luz de la tarde que entra por el mamparo acristalado le da de lleno en la cara, dibujándole sombras perfectas. Lleva la camiseta sin mangas azul oscuro del uniforme de entretenimiento marcándole el cuerpo.

Aunque no debería estar fijándome en eso.

—El embarque ha sido un éxito rotundo —añade, enrollando los espaguetis con el tenedor—. Puedes bajar las revoluciones, Müller.

—Respiro a las revoluciones que exige mi cargo —replico.

—Helen, tienes que relajarte.

Maika sonríe, y el cruce de nuestras miradas ya no me produce la habitual descarga de irritación.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente? —pregunta, inclinándose hacia adelante de forma que su hombro casi invade mi espacio aéreo.

—Los accesos laterales al escenario principal de la cubierta nueve —respondo, y señalo la pantalla—. El DJ va a concentrar a la

mayor parte del pasaje joven allí arriba.

—¿Demasiada gente según tus manuales de contingencia o según la realidad de una noche de verano?

La miro fijamente. Ella mastica despacio, sosteniéndome el pulso con esa fingida inocencia.

—Ambas variables suelen coincidir, Maika.

—Ya… —murmura, pasándose la punta de la lengua por el labio inferior.

Decido ignorar el movimiento y concentrarme en la pantalla; mi autoridad depende exclusivamente de simular que su proximidad no altera mi ritmo cardíaco.

Amplío el plano de seguridad del sector de popa.

—Justo aquí —indico, marcando el pasillo técnico de babor—. Este tramo me parece demasiado estrecho si necesitamos despejar la zona con rapidez.

Por eso odio ir de crucero en crucero. Siempre me toca trabajar el triple.

Maika deja el tenedor sobre el plato.

—Porque lo es.

—Vaya, gracias por el diagnóstico.

Ella arquea la ceja izquierda

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Con esa expresión de «acabo de anotarme un tanto y voy a recrearme en ello el resto de la travesía».

Maika suelta una carcajada, y me descubro guardando ese sonido en la memoria.

—No necesito tanto tiempo —responde—. Tengo muy buena memoria para los aciertos.

Mi corazón da un vuelco absurdo antes de recuperar el compás. Me obligo a cerrar la pestaña del plano antes de que el rubor me delate.

—Después de la guardia quiero inspeccionar esa zona sobre el terreno —anuncio.

—Estupendo. Te acompaño.

No lo propone como una opción.

—Bien.

Terminamos de comer hablando de las normativas y algunas anécdotas. Supongo que ya podéis intuir quién propone cada tema.

Mientras tanto, me esfuerzo por mantener la rigidez reglamentaria mientras me detalla cómo una pasajera en su último crucero amenazó con denunciar al departamento de entretenimiento porque sostenía que el bingo estaba manipulado.

—¿Y lo estaba? —pregunto, sintiendo cómo cede la tensión de mi mandíbula.

—Helen, el premio era una visera de la compañía y una botella de vino espumoso que llevaba tres horas bajo el sol.

—Hay personas que han iniciado motines por mucho menos, créeme —respondo, y esta vez no puedo evitar que una sonrisa real altere mis facciones.

Maika se ríe con ganas, atrayendo las miradas de dos oficiales de máquinas de la mesa contigua. Y yo me obligo a continuar con mi seriedad habitual.

. . .

Una hora más tarde, subimos por la escala interior hacia la cubierta nueve. El Marine IV se desliza con un cabeceo noble. Fuera, el sol empieza su declive, tiñendo el mar de un tono cobrizo y denso. En la zona del escenario exterior, los técnicos de iluminación ajustan los

focos robotizados mientras el DJ de a bordo testea los graves con una base de electrónica que reverbera contra las estructuras.

Comienzo la verificación de las distancias de seguridad con la cinta métrica digital, anotando las lecturas en la *tablet*. Maika me sigue de cerca. Demasiado cerca.

—Ahí vas a tener un punto ciego —indica, señalando la barra de cócteles de babor.

—Coincido. El radio de giro es insuficiente.

—Tal vez si colocamos una mesa alta de apoyo junto al acceso, la gente se detendrá antes de entrar al pasillo.

—No. Bloquearía la visual del personal de seguridad —rebato, midiendo el ancho de la vía—. No quiero obstáculos fijos.

—Entonces la otra opción es dejar personal de animación en el vértice para que desvíen la atención hacia el centro de la pista antes de que se sature el lateral.

La miro de reojo, sosteniendo la *tablet* contra el pecho.

—¿Todas tus soluciones tácticas consisten en utilizar a tus subordinados como escudos humanos?

—No son escudos, Müller. Es psicología aplicada al espacio —responde con una seguridad que me deja boquiabierta—. Y tú misma has visto que funciona.

No replico porque no tengo argumentos técnicos para rebatirla. Avanzamos por el flanco derecho del escenario y compruebo que la distancia real entre la barandilla y la carcasa del cableado es aún menor de lo que indicaba el plano original. Qué sorpresa.

—Vamos a tener que esforzarnos un poquito más —bromea ella.

Justo cuando voy a responder, Maika da un paso atrás para abrir paso a un marinero que arrastra una lona de protección.

En ese instante, el barco experimenta un sutil cambio corregir el rumbo. Pero Maika pierde el apoyo, su bota resbala y se cae hacia adelante.

Todo sucede en una fracción de segundo. Sus manos buscan un punto de sujeción seguro y se aferran a mis antebrazos. El impacto de su peso me desplaza hasta que mi espalda choca contra el mamparo de acero del puente. Y su cuerpo queda pegado al mío.

Lo primero que me invade es un golpe de calor, físico y desestabilizador. Luego llega su aroma, nítido y cercano, y la posición exacta de sus labios, situados a escasos centímetros de mi boca.

«Mierda. Joder. ¿Qué hago?»

El ruido ambiental se apaga, sustituido por el sonido rítmico de su respiración, que se ha vuelto tan acelerada como la mía. Nos sostenemos la mirada en silencio, mis ojos descienden a su boca antes de obligarse a regresar a sus pupilas, que se han oscurecido por completo. Siento la presión de sus dedos en mis brazos, y la certeza absoluta de que mis defensas se están desmoronando a una velocidad alarmante.

«Mierda. Mierda. *Mierda*.»

La aparto casi de un empujón y carraspeo. Por suerte, la *tablet* no ha sufrido consecuencias peores.

—¿Estás bien?

—Sí. Claro —respondo.

La observo, odiando mi incapacidad para ocultar el temblor de mis propias manos.

—Ha sido el movimiento del barco —dice.

—Lo sé. —Nos miramos durante unos segundos—. Será mejor que sigamos.

La atmósfera se enrarece. Mi mente, habitualmente metódica y eficiente, se niega a procesar las lecturas técnicas y se empeña en

reproducir en bucle la textura de su piel y la proximidad de su boca.

—Si modificamos la barrera de paso hacia… —me interrumpo cuando Maika avanza por el pasillo estrecho.

—¿Helen?

—¿Qué? —respondo, demasiado rápido.

—Te preguntaba si prefieres situar los relevos de seguridad en los accesos de la discoteca o mantener el perímetro exterior libre.

Tardo un segundo más de lo debido en recuperar el hilo de la conversación, todavía atrapada en el recuerdo del brillo de sus labios bajo la luz del atardecer.

—Mantén el perímetro libre —consigo articular—. Pero con comunicación directa con el puente.

—Entendido.

Esto es un error táctico de consecuencias previsibles.

Conozco perfectamente el destino de este trayecto si me permito ceder ante Maika Aranda; la lección me costó. No voy a cometer el mismo error dos veces. Sin importar lo que pase a nuestro alrededor.

Maika cierra su carpeta en cuanto terminamos y me sonríe.

«No, por favor. No me sonrías».

—Creo que, si sigues analizando este sector, vas a terminar encontrando un fallo estructural en los remaches del casco.

—No tientes a la suerte.

—Al menos hemos conseguido cerrar el plan sin incidentes —comenta, reduciendo la distancia entre las dos.

La frase es simple. Hemos vuelto a ser el equipo que funcionaba sin necesidad de órdenes de unos superiores que, a saber por qué, han preferido dejar que sigamos trabajando juntas.

—Sí —me limito a contestar.

Nos quedamos un instante en silencio bajo la brisa nocturna, que empieza a refrescar la cubierta.

Maika es la primera en romper la inercia, dando un paso hacia la salida de la cubierta.

—Voy a reunir a los chicos para el *briefing* previo a la apertura.

—De acuerdo. Yo pasaré por el puente para validar las órdenes finales.

—No esperaba menos de ti, Müller.

Aunque emplea su habitual tono burlón, ya no me molesta tanto. Y eso no es bueno, nada bueno.

Maika se aleja hacia el acceso de la tripulación y yo permanezco unos segundos más junto a la barandilla, fija en el rastro de espuma blanca que el barco deja sobre el agua. Intento aplicar la lógica para reordenar el caos interno que me ha dejado la tarde, pero el método científico no funciona. Porque el rencor del pasado ya no es un aislante lo suficientemente grueso; ahora mismo, lo único que ocupa mi mente es el calor residual de su cuerpo contra el mío y el hecho intolerable de que he estado a punto de acortar la distancia para besarla.

—Estoy jodida…

8

Maika

La fiesta de bienvenida siempre encierra una dosis de locura minuciosamente coreografiada, y yo disfruto de ambas facetas por igual.

La cubierta principal resplandece bajo el despliegue lumínico del escenario exterior. A nuestro alrededor, el Mediterráneo se extiende como un lienzo oscuro salpicado de destellos plateados, mientras la brisa nocturna arrastra esa vibración inequívoca de los estrenos. Navegamos con rumbo fijo hacia nuestra primera escala, y el pasaje ya vibra con la electricidad de quien estrena vacaciones.

A mi alrededor se despliega el catálogo habitual de la primera noche: risas que compiten con los altavoces, el repiqueteo de los tacones, camisas demasiado abiertas, niños que desafían la gravedad cerca de la piscina y parejas que se inmortalizan contra el horizonte. Movimiento puro y duro. Y nuestro trabajo consiste en lograr que todo este engranaje parezca fortuito y carente de esfuerzo.

Mi equipo ocupa sus posiciones estratégicas. Los observo por el retrovisor de la cabina técnica mientras se ajustan los pinganillos. Lara respira hondo antes de tomar el micro; Nico repasa sus líneas de diálogo moviendo los labios en silencio e Iván simula estar calmado mientras revisa la escaleta por quinta vez. Los miro con una punzada de ternura; me recuerdan a mis propios inicios, a esa adicción a la adrenalina que te atenaza el estómago justo antes de que se enciendan los focos.

«Venga, vamos a por ello», me digo

Presiono el PTT de la radio.

—Posiciones definitivas, equipo. Que empiece el espectáculo.

Las confirmaciones entran en cascada, limpias y profesionales:

—Recepción en babor activa.

—Sector proa cubierto.

—Pasillo técnico despejado.

—Barra de popa operativa.

La cubierta se satura a una velocidad endiablada, superando las estimaciones de la aplicación de a bordo. Perfecto y alarmante a partes iguales.

—Ojo con los niños en la zona de la piscina, por favor —recojo por el canal interno—. Que no se ganen el centro de la pista todavía.

—Recibido, jefa —responde Lara.

La música incrementa los decibelios de manera progresiva. Las luces violetas y doradas barren las hileras de hamacas, encendiéndose en los cristales de las copas y perdiéndose en el mar.

Helen está en el flanco derecho del escenario, ligeramente apartada del flujo principal de pasajeros. Escanea el espacio con la radio aferrada en la mano derecha, analizando el comportamiento de la masa como si pudiera predecir un cuello de botella antes de que se formalice. Viste el uniforme de gala; la camisa oscura se entalla a su cuerpo de una forma que ya lo considero un peligro público para mi concentración. Lleva el pelo recogido de forma estricta, despejándole las facciones y acentuando esa expresión severa que ya no soy capaz de etiquetar como simple frialdad. Ahora distingo el peso de la responsabilidad, el rigor y esa necesidad casi patológica de blindar el entorno para que nadie sufra el menor rasguño.

Los focos del escenario la barren de forma intermitente, dibujando contrastes afilados sobre su piel. Mi memoria física, que no atiende a rangos ni a pasados tormentosos, se encarga de evocar el calor de su cuerpo contra el mío hace apenas unas horas en el pasillo técnico. Un escalofrío nítido me recorre el estómago.

«Concéntrate, Maika».

El DJ lanza la primera transición fuerte y el pasaje responde al unísono. Los accesos respiran con desahogo y los flujos dinámicos demuestran que el diseño de seguridad que peleamos esta tarde en el comedor funciona. Aunque Helen preferiría tragarse un cabo de amarre antes que admitir mi victoria en el diseño espacial.

Activo la frecuencia.

—Lara, corta la progresión en la escala de babor. Desvía el grupo hacia la barra.

—Entendido.

En un giro limpio, mi mirada se cruza con la de Helen. Son solo unos metros de distancia, pero la conexión sigue ahí, sobreviviendo a los años. Una pareja cruza entre nosotras interrumpiendo la línea visual. «Mejor. Estamos de servicio y lo último que necesito es meter la pata frente a todo el departamento de seguridad».

La presentación oficial arranca. Lara domina la tarima con soltura y el equipo de animación se despliega abriendo el pasillo central según lo previsto. La masa se relaja, baja las defensas y se entrega al ritmo del barco.

—Maika —la voz de Iván entra por radio con un punto de urgencia—. Tenemos una baja en el sector central.

—¿Incidencia médica? —me alarmo, localizando su posición.

—No exactamente. Una crucerista con un vestido de lentejuelas rojas ha tomado a Leo como rehén en la pista de baile.

«Será posible…»

Enfoco la zona y la risa se me escapa. Allí está Leo, atrapado por una mujer diminuta de avanzada edad que se mueve con una agilidad sorprendente. La señora lo hace girar sobre la pista mientras mi animador intenta mantener el tipo con una expresión de absoluto desconcierto.

Lara suelta una carcajada por el canal interno y yo me llevo la mano a la boca.

—Cubre su puesto, Iván —ordeno entre dientes—. A Leo lo damos por perdido para esta ronda. El resto, manteneros en vuestro lugar.

Echo un vistazo hacia el flanco derecho y compruebo que Helen ha presenciado la escena. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y las comisuras de los labios ligeramente arqueadas hacia arriba. Una sonrisa sutil, casi imperceptible, pero suficiente para desmontar el rigor del uniforme. Es un espectáculo visual que debería estar catalogado como riesgo laboral. Porque Helen Müller es el mayor peligro que el universo haya podido crear.

Rompo las distancias y me planto a su lado antes de que la lógica me frene.

—¿Evaluando los riesgos de un posible infarto en la pista? —pregunto en voz baja.

Helen recupera la compostura de inmediato, aunque el brillo en sus ojos delata que no ha sido lo bastante rápida.

—Superviso el comportamiento del pasaje, nada más. El exceso de entusiasmo suele terminar en contusiones y haciendo trabajar a la enfermería.

—Admite que la señora tiene mejor juego de piernas que todo tu equipo, Müller.

Su mirada regresa a la pista, donde Leo acaba de sufrir una vuelta de tuerca definitiva.

—Justo en su orgullo… —murmura Helen.

Y me sorprende —solo un poco— que haya sido capaz de bromear.

Nos quedamos junto a la barandilla, compartiendo el espacio mientras el Capitán sube al estrado para el brindis protocolario. El pasaje frena el ritmo, los teléfonos móviles se elevan para capturar el momento y la cubierta se apacigua durante unos minutos. Los niños, sin embargo, continúan su propia yincana sorteando las mesas de servicio.

—Atención, damas y caballeros… —comienza el capitán, levantando una mano para llamar la atención.

Algunos aplauden, otros graban vídeos. Y Helen sigue a todo el mundo con la mirada.

—Todo va a pedir de boca —le digo, acercándome un poco más.

Ella asiente apenas.

—Por ahora.

—Venga Helen...

Me mira. Las luces doradas del escenario atraviesan sus ojos y, por un segundo, olvido por completo lo que iba a decir. Está preciosa.

—Disfruta un poco y relájate —termino diciendo.

Su ceja se arquea con ironía.

—¿Me estás dando instrucciones?

—Solo consejos amistosos —respondo con una sonrisa.

—Qué concepto tan inquietante —murmura, y esta vez no aparta la mirada.

El brindis concluye, el DJ recupera el control de la mesa y la música electrónica vuelve a elevar la temperatura. Los pasajeros se reorganizan y, en cuestión de minutos, un grupo especialmente animado inicia una conga que comienza a serpentear entre las mesas como una corriente incontrolable.

—Tienes que relajarte. Mira cómo la gente disfruta —insisto con cariño.

—Estoy relajada. No me gustan las formaciones en movimiento sin un guía de seguridad en la cabecera —protesta.

—Cómo no… Pero deberías relajar un poco esa mandíbula tan bonita.

Mierda, he hablado antes de pensar.

Y, por supuesto, ella tenía que reaccionar.

Por primera vez, detecto una vacilación real en sus facciones. Se vuelve hacia mí y guarda silencio, una pausa prolongada donde la barrera reglamentaria parece ceder ante las dos. Mi propia respiración se acompasa a la suya. Sin embargo, el pragmatismo de Helen regresa rápido. Parpadea, reajusta la *tablet* bajo el brazo y da un paso hacia el pasillo técnico.

—Voy a cómo van los accesos de la cubierta superior —anuncia.

Y antes de que pueda despedirme, se zambulle entre la multitud.

Me quedo con la palabra en la boca y la sensación frustrante de haber chocado contra un muro de hormigón justo cuando la puerta empezaba a ceder. La sigo con la vista mientras corta el flujo de la conga con elegancia; el pantalón del uniforme subraya el movimiento decidido de sus caderas y… «Concéntrate de una vez, Maika». Definitivamente, Helen debería venir con un aviso de riesgo para la salud.

Sostengo la mirada en su trayectoria mucho más tiempo del que dictaría la etiqueta profesional, hasta que la veo tomar posición junto al acceso de babor, idéntica a sí misma, como si esta breve pausa no hubiera existido.

—Jefa —Lara aparece a mi lado—. ¿Va todo bien?

Desvío la atención hacia mi asistente, tratando de recuperar el control de mi corazón desbocado.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

Lara ensancha la sonrisa, cruzándose de brazos.

—Porque estabas analizando el perímetro de Helen con una intensidad que no viene en los manuales.

Suelto una carcajada.

—Müller es una anomalía constante en este barco, Lara. No te confundas.

—Ya, claro. Si tú lo dices… —alarga la frase mientras da media vuelta para regresar a la animación de la pista.

Regreso la vista a la cubierta. La fiesta está en su punto álgido: la conga ha duplicado su tamaño, los camareros se desplazan entre los grupos y la música unifica el ambiente bajo el cielo abierto. Ninguno de estos tres mil pasajeros imagina el diseño invisible que sostiene su noche perfecta.

Y Helen sigue en su esquina. Vigilante. Hermética. Distante. O tal vez no tanto como se esfuerza en demostrar.

Al menos, no delante de mí.

Respiro hondo y me doy ánimo mental. La situación se está volviendo compleja. Ya no es solo el magnetismo físico, ni la sombra del desastre de aquel último crucero, ni la culpa que arrastro. Es darme cuenta de que no sé cuánto voy a poder aguantar sin comerle la boca.

9

Helen

Cuando el grueso del pasaje se retira por fin a sus camarotes, el Marine IV parece liberar el aire que ha contenido durante la jornada. Un buque de este tonelaje nunca guarda un silencio absoluto; cruje de manera casi imperceptible, vibra con un latido constante y respira con la vida propia de sus máquinas. Fuera, el Mediterráneo castiga el casco con un oleaje dócil y rítmico. Pero aquí, en las áreas confinadas para la tripulación, el personal exprime un respiro necesario antes de continuar con la travesía.

Estoy sentada en una de las banquetas del bar de tripulación, sosteniendo un combinado sin alcohol entre las manos. Y estoy agotada. No hemos registrado incidencias graves en el informe diario, y esa lectura cuantitativa debería bastarme para acabar bien la jornada. Sin embargo, mi mente analítica se obstina en repasar las primeras horas de un crucero que ya me ha traído demasiadas sorpresas.

Aunque la única sorpresa que realmente me mantiene aturdida y sin capacidad para pensar con claridad es Maika.

Remuevo los hielos con la pajita. En el extremo opuesto de la barra, dos oficiales de puente conversan en un susurro monótono; un técnico de máquinas bosteza frente a un tercio de cerveza y por la megafonía ambiental suena una pieza de jazz a tan bajo volumen que parece el eco residual de la fiesta de cubierta.

La puerta se abre y Gonzalo entra con los brazos en alto, como si hubiera ganado una batalla.

—¡Mi oficial favorita ha sobrevivido! —exclama a viva voz.

Lo miro con toda la poca energía que me queda y lo apunto con mi vaso.

—No hagas tanto ruido, por favor.

Gonzalo ignora mi advertencia con su habitual impertinencia, y me rodea los hombros con un abrazo excesivo que me obliga a encogerme.

—Estoy orgulloso de ti —afirma, apretujándome.

—Que me sueltes ya, joder —protesto.

—No reprimas el cariño. Deberías dejarte querer un poquito más.

—Estoy reprimiendo las ganas de lanzarte el cóctel por encima.

—Eso también computa como una forma de interacción humana, ¿no? —responde, regalándome una sonrisa.

Lo aparto con un leve empujón. Gonzalo se acomoda en la banqueta contigua, visiblemente satisfecho de haber roto mi rigidez, y le hace una señal al camarero para que le ponga una copa. Después, apoya los antebrazos sobre la madera y me mira con curiosidad.

—A ver, analicemos los hechos. ¿Qué tal el primer día en el caos? —pregunta mientras le sirven.

Bajo la vista hacia el fondo de mi vaso.

—He navegado en peores condiciones.

—Qué exagerada —comenta entre risas.

—Lo asumo con la exigencia de este uniforme.

Gonzalo recibe su copa y le da un trago generoso, saboreándola con parsimonia.

—Los rumores que circulan afirman que trabajas de maravilla con Maika —añade.

Levanto la mirada despacio y lo observo con atención. Él mueve las cejas dos veces seguidas, como un completo idiota.

—¿Tú también vas a empezar con eso? —pregunto, molesta —. Pensaba que estabas de mi lado.

—Me llevo bien con las dos, no es nada personal —dice, y se encoge de hombros.

Abro la boca para responder; la cierro de inmediato y vuelvo a abrirla, incrédula.

—Perdona, ¿qué clase de traición es esta? —exclamo.

—Una muy equilibrada y diplomática, diría yo —contesta Gonzalo sin perder la sonrisa.

—Pero tú eres mi mejor amigo, así que más vale que aquí no la menciones.

Gonzalo levanta ambas manos en señal de rendición.

—Vale, vale. No nombraré a la mujer que no debe ser nombrada.

—Gonzalo… —le advierto.

—Una coordinadora de animación que está bastante buena —insiste, divertido.

—Gonzalo.

—Sí, sí. Esa mujer de sonrisa peligrosa y una mirada que quita el hipo.

—Te estás excediendo.

Lo fulmino con la mirada, tensando la mandíbula. Él sostiene la sonrisa un segundo más antes de dar por finalizada la provocación.

—Está bien, haré voto de silencio —responde, aunque sus ojos siguen brillando con picardía.

Pasamos los siguientes minutos en un mutismo cómodo, y valoro que decida cambiar de tercio. Gonzalo puede resultar exasperante en sus formas, pero posee una intuición innata para

detectar cuándo necesito silencio, aunque su ironía siempre intervenga justo antes de que mis propios pensamientos colapsen.

—Ahora de verdad —habla, ya sin rastro de burla en la voz—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada —confieso con un suspiro profundo.

—Eso se nota a simple vista —afirma él.

—Gracias por confirmármelo —respondo con una media sonrisa.

—Me refiero al tema de las oficinas centrales. ¿Sientes que todo va por buen camino?

Trago saliva, confrontando la realidad. Ese es el verdadero motivo por el que sigo analizando protocolos cuando el sentido común me dice que debería estar durmiendo a pierna suelta. La razón por la que no tolero desviaciones de la norma, ni roces imprevistos que reactiven una memoria emocional que debería estar extinta, ni atracciones absurdas —y sexis— que llevan el nombre de Maika Aranda.

—Te diría que sí —admito con honestidad—. Por eso no quería que las cosas se complicaran desde el principio.

Gonzalo no pregunta a qué cosas me refiero. Porque lo sabe perfectamente.

—El embarque fue de maravilla —señala para animarme—. Y la fiesta de bienvenida ha salido mejor de lo que esperábamos. Los equipos respondieron con profesionalidad y no hubo incidencias serias.

—¿Y con el resto de departamentos? ¿No ha habido ningún problema? —pregunto, buscando algo con lo que sentir que debo tener el control.

—Ninguno en absoluto —responde Gonzalo.

—Bien —murmuro, más para mí que para él.

—Helen, todo va a ir rodado —añade, y levanta su vaso en un brindis—. Estoy convencido de que seguirán así durante el resto del crucero.

Choco mi vaso con el suyo con cuidado.

—No digas eso. Es tentar demasiado a la suerte.

—Yo creo que las desgracias te tienen miedo —afirma poco después—. Así que debes de estar tranquila.

—Más vale que así sea —respondo, y por primera vez en muchas horas noto cómo mi cuerpo empieza a comprender que el día ha terminado.

Ya no necesito estar en todas partes al mismo tiempo. Puedo simplemente sentarme, disfrutar de algo frío y dejar de calcular rutas de evacuación durante unos minutos.

—Por cierto —continúa él—, cuando paremos en Marsella, te llevaré a un restaurante increíble que conozco. Vas a querer repetir seguro.

—Genial, porque si no me distraigo un poco, acabaré volviéndome loca —admito con una risa cansada.

—Ese es el espíritu. Comida deliciosa, un buen descanso, una copa tranquila y quizás una conversación en la que no aparezca ni una sola vez la palabra «protocolo».

—No prometo imposibles —respondo antes de esbozar una sonrisa.

—Y después podríamos acercarnos a la playa. Así cogemos algo de color.

Lo miro de arriba abajo con expresión escéptica.

—¿Lo dices en serio? Porque más bien deberías intentar no quemarte como una gamba al sol —le advierto.

—Qué poca fe tienes en mí —protesta entre risas.

—Realismo puro y duro.

Volvemos a brindar, y esta vez dejo que la sonrisa aflore sin contenerme en absoluto. La conversación se diluye de forma natural y Gonzalo se termina su bebida, me da un golpecito suave en el hombro y se pone en pie.

—Descansa, señorita protocolos. Te lo mereces.

—Tú también —respondo con afecto.

—Y no te pongas a trabajar más esta noche.

—No acepto órdenes tuyas —replico con sorna.

—Ya lo sé. Por eso las doy de todas formas. Buenas noches.

Lo observo mientras se marcha y, cuando la puerta se cierra tras él, el bar regresa a una tranquilidad casi excesiva. Termino mi cóctel y dejo el vaso vacío sobre la barra. Podría irme ya a mi camarote. Debería hacerlo, de hecho. Mañana será otro día exigente, con los pasajeros ya instalados y el barco aproximándose a Marsella. Pero no deseo encerrarme entre cuatro paredes. Necesito aire fresco. Necesito conectar con el mar.

Subo hacia la cubierta principal empleando los pasillos de servicio, completamente desiertos a estas horas. La iluminación nocturna del Marine IV baña los mamparos con un tono dorado y atenuado.

Al cruzar el acceso hacia la cubierta de paseo, la brisa del Mediterráneo me impacta de frente, con una intensidad térmica que me despeja de golpe. Cierro los ojos durante unos instantes y dejo que mis sentidos se vean arrastrados por el aroma a salitre del mar, por el rumor constante de los motores, por el vaivén del agua contra el casco y la inmensidad oscura que se extiende ante mí.

«Cómo me gustan estos momentos».

El mar se despliega vasto, bajo un cielo libre de nubosidad donde la luna traza una línea temblorosa sobre la superficie del agua. Disfruto de esa tregua durante un minuto, hasta que la realidad del barco decide situar el elemento de mayor riesgo de este contrato exactamente en mi trayectoria.

«No me jodas».

Maika está en el extremo de popa, apoyada sobre la barandilla, con la mirada fija en la estela del buque. El viento de la marcha desordena su pelo suelto, moviéndolo con total libertad por su rostro. Ahora parece tranquila, cansada y, sobre todo, más auténtica que nunca.

Mi cuerpo reacciona antes incluso de que mi mente pueda procesar la escena. Esta jugarreta del destino —aunque no sé qué esperaba estando dentro de un barco, la verdad— provoca que mi corazón se acelere de forma traicionera, y el recuerdo de su cercanía en el pasillo regresa como un fogonazo de calor repentino.

Me quedo inmóvil donde estoy.

Ella todavía no me ha visto.

O eso creo.

Solo tengo claro que, de pronto, la noche ya no se siente tranquila en absoluto. Y que debería marcharme por donde he venido. Pero en cuanto me giro, su voz atraviesa la distancia que nos separa.

—¿Te apetece pasar un rato conmigo?

10

Maika

—Mmmmm, esto es la gloria.

La brisa nocturna del Mediterráneo acaricia mi piel con esa paz traicionera que solo el mar sabe ofrecer, impregnada de sal y de promesas flotando en el aire. Me apoyo en la barandilla de la cubierta superior. A estas horas, las luces de los puentes más altos derraman tonos dorados y azules que tiemblan sobre la madera del suelo. El choque constante de la proa contra las olas se funde con el murmullo grave y sordo de los motores, una vibración constante en los pies que me recuerda que no hemos dejado de movernos. Y también, que el verano está a la vuelta de la esquina, aunque el viento en alta mar todavía conserve esa frescura deliciosa.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que una silueta recorta la luz al otro extremo de la cubierta. Incluso tras una jornada interminable, Helen está preciosa, aunque el viento del norte se ha cobrado su pequeña venganza enredando algunos mechones rebeldes alrededor de su rostro.

No esperaba encontrármela aquí, aunque una parte de mí —la más insensata— confiaba en que sucediera. Helen, al igual que yo, busca la paz residual que recorre el barco cuando el pasaje por fin se recoge en sus camarotes o se encierra en el casino. Ambas nos miramos a la distancia, y a lo largo de esos segundos en los que solo se escucha el mar, el corazón me da un vuelco salvaje en el pecho.

—¿Te apetece pasar un rato conmigo? —Las palabras se escapan de mi boca antes de que mi sentido común pueda activar los frenos.

Sé que es arriesgado. Sé que no es lo ideal, pero no he podido evitarlo. Helen me mira en silencio. Durante un segundo que

se me hace eterno, creo que va a dar media vuelta para regresar a su camarote. Para mi sorpresa, no lo hace. Camina hacia mí sin apartar sus ojos de los míos y, cuando llega a mi lado, el aroma de su perfume borra de golpe el olor a salitre. Me arrastra directo a lo que pasó hace unas horas en el pasillo alrededor del escenario.

—¿Disfrutando de un rato de paz? —pregunta mientras se apoya en la barandilla y clava la mirada en el horizonte.

—Como tú… —respondo.

Helen gira el rostro hacia mí y yo la imito. Permanecemos en silencio unos instantes, contemplando el reflejo de la luna titilando sobre la estela del barco. El gigante de acero se mueve con un balanceo suave, casi imperceptible, un cabeceo rítmico e hipnótico que nos acerca a Marsella y nos aleja, milla a milla, de tierra firme.

—Me ha encantado cómo ha ido todo en la fiesta de bienvenida —comento, girándome un poco para observarla mejor—. De verdad. Tus chicos y mi equipo han encajado de maravilla. Los pasajeros se lo han pasado en grande y, lo mejor de todo, es que nadie ha acabado en la sala de enfermería. Aunque esos niños que pretendían saltar en la piscina de popa a oscuras…

Helen esboza una media sonrisa que le ilumina el rostro de un modo nuevo. Es la primera vez que la veo sonreír así desde que descubrimos que tendríamos que compartir este contrato. Y la tensión que había en mi pecho, empieza a desaparecer.

«Dios, no me sonrías así, o voy a olvidar dónde estamos».

—Por increíble que parezca, ha salido bien —dice ella, y su tono adquiere un matiz juguetón que me pilla de sorpresa—. Tú tampoco has estado nada mal. Al final, va a resultar que trabajamos mejor juntas que por separado. Aunque he de reconocer que no lo tenía claro. Pensé que nos pasaríamos todo el rato discutiendo por cada decisión.

—¿Pensaste? Yo creo que estabas predispuesta a hacerme un consejo de guerra a la primera de cambio —comento, soltando una

pequeña risa y sacudiendo la cabeza—. Aunque no te lo reprocho. Lo nuestro nunca ha sido fácil.

No menciono aquella reunión, ni la verdadera razón por la que todo terminó saltando por los aires entre nosotras. Siento el peso de la culpa naciendo en mi estómago y apoyo los codos en la barandilla, tan cerca de los suyos que ya puedo percibir el calor de su cuerpo.

«Ojalá pudiera romper las distancias…»

—Pero es bueno ver que podemos coordinarnos —admito, dedicándole una mirada cómplice—. Los protocolos son mucho más precisos si unimos tu rigidez y mi caos creativo. Es… reconfortante.

Helen asiente lentamente, con la mirada fija en el fondo oscuro de las aguas. La luna dibuja con nitidez la línea de su perfil y el movimiento de su pelo.

—Reconfortante, ya —repite, y baja la mirada hacia sus manos—. Para serte sincera, pensaba que me veías como la oficial más estricta e insoportable con la que te habías cruzado en una naviera. Pero sí, encajamos. Hacemos un buen equipo.

—Eso es porque esta noche el mar está en calma y sin incidencias —continúo, permitiendo que mi cuerpo se incline hacia el suyo—. Lo importante será mantener esta sincronía cuando el viento sople de cara y las cosas se desvíen de ruta.

Al cruzar los brazos sobre la barandilla, mis dedos rozan por accidente —o no— el dorso de su mano. Helen no se aparta. Al contrario, contiene el aliento. Su mirada desciende de inmediato a mis labios y, durante un segundo, noto cómo el tiempo se dilata. Lucho contra el impulso casi irresistible de acortar los escasos centímetros que nos separan desde el día en que cometí la estupidez de dejarla marchar.

—No esperaba que esto fuera tan… fácil —murmuro con sinceridad, volviendo los ojos hacia la inmensidad oscura del horizonte—. Creí que seguiríamos manteniendo las distancias,

comportándonos como dos extrañas que comparten comedor. Pero estar aquí, así… se siente bien. Muy bien.

Helen se gira por completo. Sus ojos, de un verde grisáceo que la luz de la luna tiñe de plata líquida, me clavan en el sitio con una intensidad que me vacía los pulmones.

—Ni yo —admite en un murmullo que apenas compite con el rumor de los motores—. Pensaba que la prudencia ganaría. Pero aquí estamos. Y la verdad… me alegra equivocarme. No es fácil coincidir con alguien que te mantiene el pulso en este mundillo, Maika. Y bueno… tú le das otra vida a las cosas.

Mis dedos, guiados por el instinto, acarician su muñeca, justo donde terminan los galones de su manga. No sé quién da el paso definitivo. Pero de pronto, nuestras bocas se encuentran con una urgencia salvaje que me nubla la vista.

El beso no es un tanteo; es una colisión de necesidades acumuladas. Mis labios se abren bajo los suyos con un gemido ahogado cuando su lengua busca la mía con una avidez que no le conocía a la estricta oficial de seguridad. Sabe dulce, a un toque afrutado, un sabor que me hace perder la cabeza. Mis manos suben por su nuca, enredándose en su pelo, rompiendo cualquier rastro de decoro para atraerla más hacia mí. Ella responde con la misma ferocidad, presionando su cuerpo contra el mío hasta que mi espalda choca contra la barandilla de la cubierta.

El metal frío se clava en mi columna, pero no me importa nada. Solo existo para sus manos; una que está anclada con firmeza en mi cintura, mientras la otra se desliza por mi costado, y sube por mi espalda con una lentitud tortuosa, memorizando cada curva. Nuestras respiraciones se mezclan. La beso con más profundidad, devorándola, y ella me devuelve el ritmo. El mundo entero, la tripulación, los pasajeros… todo se reduce a esto. Al calor húmedo de su boca, el roce de sus dientes en mi labio inferior, el modo perfecto en que nuestros cuerpos encajan, como si el propio astillero nos hubiera diseñado para este preciso instante.

Mis dedos descienden por su cuello, rozando los botones de su camisa hasta la clavícula. Helen tiembla. O tal vez soy yo la que tiembla de la cabeza a los pies. Nuestras caderas se buscan con una necesidad apremiante que hace que el pulso me truene en los oídos. Helen jadea contra mis labios y me muerde el labio inferior con una delicadeza dolorosa que me arranca un escalofrío.

—Maika… —susurra, pegada a mi boca.

Temo que la razón regrese a ella, así que la retengo con otro beso, esta vez más lento, recreándome, saboreando cada rincón de su boca, memorizando su textura y el modo en que su respiración se desboca cuando mis dedos logran colarse bajo su ropa, al tocar la piel desnuda y ardiente de su espalda. Ambas estamos ardiendo. El deseo late entre mis piernas con una intensidad exigente, recordándome dónde estamos y lo prohibido de la situación.

Estamos expuestas, completamente pegadas contra la barandilla de la cubierta, a la vista de cualquier cámara de seguridad o de algún oficial de guardia que decida hacer la ronda. Siento sus dedos apretando mis caderas, descendiendo hacia mi muslo, y en mi cabeza se cruza la bendita locura de que me da igual que nos descubran, que me da igual el contrato, si me toca aquí mismo, bajo las estrellas.

Entonces, el hechizo se rompe.

El sonido de una puerta abriéndose en la cubierta inferior, resuena en la noche.

Helen se separa de golpe.

Es un movimiento brusco, casi violento. Me suelta como si quemara y da dos pasos hacia atrás, pegándose una mano al pecho mientras intenta recuperar el aire. Tiene los labios hinchados, encendidos, y sus ojos verdes, miran a su alrededor con auténtico terror.

—Helen… —Doy un paso hacia ella, extendiendo una mano.

—No. —Niega con la cabeza, y levanta las manos para frenarme—. Lo siento mucho. Esto es una locura. Necesito… pensar.

Se pasa una mano temblorosa por el pelo, tratando desesperadamente de alisarse la ropa y recuperar la compostura que hace un segundo había volado por los aires. Retrocede otro paso, y después otro más, aunque sus ojos siguen gritándome otra cosa.

Antes de que pueda detenerla, se da la vuelta. Cruza la cubierta a paso rápido, y desaparece por la zona que conduce a los camarotes de la tripulación, dejándome sola con el sonido del mar.

Me llevo dos dedos a los labios, rozando la sensibilidad y el calor que Helen ha dejado grabados en ellos. A pesar del vacío de la cubierta, una sonrisa lenta e inevitable se dibuja en mi rostro mientras el viento del Mediterráneo vuelve a azotarme la cara.

Su sabor sigue en mi lengua. Su calor, marcado a fuego bajo mi ropa. Y aunque su mente de oficial la haya hecho huir, sé perfectamente que la travesía es muy larga. Que esto no ha terminado. Al contrario. Acaba de empezar.

—Y esta vez… no pienso huir.

11

Helen

A la tarde siguiente.

Todavía no me puedo creer que Gonzalo me haya traicionado de esta manera.

Estoy tumbada sobre una toalla azul, bajo un sol implacable que parece empeñado en asar con deliberada lentitud toda la costa de Marsella. El calor se me ha pegado a la piel y, por más protector de factor cincuenta que me unte, siento que voy a terminar mi descanso con una insolación de manual. A mi lado, mi supuesto mejor amigo —porque a partir de ahora ya no lo es— bebe con total tranquilidad un refresco con limón y hielo, como si no acabara de vender mi estabilidad emocional y mi reputación al indomable departamento de animación del barco.

—Te juro que no sabía que vendrían todos —asegura él, sin el menor rastro de vergüenza, reajustándose el bañador.

Lo observo por encima de las gafas de sol y entrecierro los ojos. Si las miradas matasen, Gonzalo ya estaría flotando a la deriva en el Golfo de León.

—Claro. Y yo no tengo ni idea de cómo funcionan los sistemas de extinción por CO2 de la sala de máquinas —ironizo.

Gonzalo esboza una sonrisa descarada, de esas que sabe que me sacan de quicio y que, al mismo tiempo, utiliza porque conoce perfectamente mis límites y sabe que le aguanto casi todo.

—Ha sido algo espontáneo, de verdad —responde, encogiéndose de hombros con fingida inocencia—. Alguien lo puso en el grupo de WhatsApp de la tripulación y se apuntaron.

—La palabra «espontáneo» debería darte auténtico pánico, Gonzalo. En serio. Mi vida consiste en prever el caos, no en sentarme a tomar el sol con él.

Estamos en una cala preciosa de la costa marsellesa, y eso, lejos de aplacarme, me molesta todavía más. Si el lugar fuese horrible y gris, podría concentrarme en odiar el momento con argumentos sólidos. Pero no. El agua brilla con un azul turquesa casi insultante, la arena fina quema bajo los pies, y la brisa marina trae ese aroma inconfundible a sal y a libertad, mientras que el Mediterráneo se extiende ante nosotros como un folleto publicitario indecentemente perfecto.

La idílica vida a bordo, que dicen los pasajeros.

El Marine IV se divisa a lo lejos, enorme, elegante y con su imponente casco blanco recortado contra el cielo despejado del puerto comercial. La mayor parte de la tripulación que no está de servicio disfruta de estas pocas horas libres antes de tener que volver a bordo para el simulacro de las seis y retomar la rutina. Yo también debería estar relajándome. Me costó Dios y ayuda cuadrar los turnos con el primer oficial para poder pisar tierra firme hoy. Debería estar disfrutándolo.

En cambio, aquí estoy, intentando con todas mis fuerzas no pensar en lo que pasó anoche. En una cubierta superior a oscuras, donde el mar fue el único testigo de cómo Maika me deshizo los esquemas a base de besos. O quizá fuera yo la que la devoró a ella. Todavía tengo la adrenalina tan alta que no logro ordenarlo cronológicamente.

Cierro los ojos un segundo y, de inmediato, me arrepiento. El recuerdo físico me golpea el estómago con una fuerza violenta, sin avisar. El primer roce de sus labios fue una chispa inesperada; el segundo, una detonación que arrasó con mis sacrosantos protocolos. Todavía siento la presión de su cuerpo contra el mío, el calor intenso de sus manos colándose bajo mi ropa, y el sonido entrecortado de su respiración cuando dejó a un lado los rodeos y empezó a besarme de una forma que me supo a gloria y a un peligro total.

Qué absoluto desastre.

Las dos terminamos empujadas contra la barandilla de la cubierta, besándonos con una necesidad tan salvaje que, por unos minutos eternos, olvidé absolutamente todo: las cámaras de seguridad del barco, el código de conducta, el pasado que nos fracturó y las consecuencias de que cualquier pasajero insomne nos viera. Solo existía ella. Su boca exigente, sus dedos clavándose en mi cintura, la forma en que mi propio cuerpo respondió como si llevara años de sequía esperando exactamente ese maldito contacto.

Esperando *exactamente* a Maika Aranda.

Y luego… luego recuperé un rastro de cordura. Cuando me di cuenta de que estaba a un segundo de arrastrarla por el pasillo hacia el primer camarote vacío para perder por completo el norte, me aparté como una cobarde y salí huyendo. Una maniobra táctica impecable, vaya. Desde entonces, la he evitado con una maestría digna de medalla.

Y ahora va Gonzalo y decide que pasemos mi única tarde libre en la playa con todo el maldito equipo de animación. Maravilloso.

Está claro que necesito revisar mi círculo social.

—¿Te echo un poco de crema en la espalda? —pregunta él de repente, agitando el bote delante de mis ojos con una expresión demasiado alegre.

—Lo que deberías hacer es tragártela, a ver si te deja lo suficientemente tonto como para no volver a organizar emboscadas —respondo con sequedad, y clavo la vista en la línea del horizonte.

Gonzalo abre mucho los ojos, fingiendo una ofensa dramática, aunque la diversión le brilla con fuerza en la mirada.

—Vaya, si la señorita protocolos se ha dejado el buen humor en el puente de mando. Qué novedad tan inesperada. —Se echa a reír, logrando que lo odie un poco más. Solo un poco—. Lo que de verdad deberías hacer —añade, recolocándose las gafas de sol con

gesto despreocupado—, es disfrutar del paisaje. Hay ciertas vistas en el agua que merecen toda tu atención.

No necesito preguntar a qué vistas se refiere. Mi pulso se acelera antes incluso de que mi cerebro procese la orden. Giro la cabeza hacia la orilla casi de forma magnética, incapaz de contenerme.

«Mierda».

Maika está saliendo del mar, con el agua escurriendo por su piel bronceada y el sol de Marsella reflejándose en las gotas, creando destellos que parecen destrozarme los nervios. Lleva un bikini sencillo que resalta cada curva de su cuerpo con una naturalidad insultante. Su pelo, completamente empapado, le cae hacia atrás, y camina con esa seguridad desbordante de quien sabe perfectamente el efecto que causa a su alrededor. O, mejor dicho, el efecto de demolición que causa exactamente en mí.

Para terminar de calentar la situación —y hacer que mis entrañas protesten— se pasa ambas manos por el pelo para apartarlo, y el agua empieza a resbalar por su cuello, por la línea de sus clavículas, hasta descender por la curva de su cintura en un recorrido anatómico que me resulta geométricamente imposible ignorar.

«Aparta la mirada, Helen. Es una orden. Gira la cabeza *ya*».

Pero no puedo. Y esa falta de autodisciplina me resulta humillante. Porque no solo la estoy mirando. Me la estoy comiendo con los ojos con el mismo descaro que tanto le critico a los pasajeros de primera clase.

—Se te va a caer la baba sobre el protector solar… —se burla Gonzalo en un susurro.

—Cállate si aprecias tu vida, Gonzalo.

Maika levanta la vista en ese preciso instante, como si tuviera un radar para mis crisis nerviosas. Nuestras miradas se cruzan a través de la distancia de la playa, y siento cómo el calor me sube por

el cuello con una violencia ridícula y delatora. Ella se detiene apenas un segundo, rompiendo la ola con los tobillos, el tiempo justo para que el recuerdo de su boca húmeda vuelva a golpearme sin piedad.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me incorporo de la toalla con una rapidez tan brusca que por poco tropiezo con el borde de la bolsa de playa.

—Voy a dar un paseo por la orilla —anuncio, sacudiéndome la arena de los muslos.

Gonzalo no hace ni el más mínimo intento por disimular la sonrisa burlona que le deforma la cara.

—Disfruta de la inspección de la costa, oficial.

Le lanzo la toalla directamente a la cara antes de alejarme a zancadas. Aún oigo sus carcajadas a mi espalda mientras echo a caminar por la línea donde rompen las olas. La arena caliente se hunde bajo mis pies, y el sonido rítmico del mar acompaña mi respiración, que sigue peligrosamente alterada. A mi alrededor, los turistas franceses disfrutan del día: niños que construyen castillos torcidos, parejas tumbadas al sol sin la menor preocupación de rangos, normativas o uniformes. Qué envidia de vida.

Yo, en cambio, llevo horas sintiendo el cuerpo como si la red eléctrica del barco me cruzara por debajo de la piel; un hormigueo constante y exigente que no consigo apagar ni con agua fría. Intento concentrarme en las obligaciones, en la reunión de seguridad que tengo programada con el departamento de operaciones. Pero mis defensas mentales están caídas. Totalmente bloqueadas. Cada vez que parpadeo, aparece Maika besándome; y no de esa forma sutil que se enseña en las novelas de las tres, no.

Aprieto la mandíbula con fuerza y acelero el paso. No voy a repetir ese error. No puedo permitírmelo. Ya sé cómo terminan las cosas cuando se trata de Maika y de mí en el mismo espacio. Lo sé de sobra, y las cicatrices tardaron demasiado en cerrar.

Avanzo hasta que las voces del grupo de animación y la música quedan atrás. La cala se vuelve más escarpada en esta zona, rodeada de rocas, con menos bañistas y un mar más abierto. Me detengo justo donde la espuma me lame los tobillos. El agua del Mediterráneo está fresca y la necesito como un auténtico extintor para la cabeza. Sin pensarlo dos veces, me adentro en el mar. El agua me envuelve con un frío reconfortante que debería, por pura lógica, devolverme el sentido común.

Claramente, la lógica no se aplica el día de hoy.

Porque incluso aquí, flotando en el agua, sigo sintiendo el fantasma de las manos de Maika en mi espalda.

Me sumerjo por completo, buscando el fondo, y durante unos segundos maravillosos solo existe el silencio líquido del océano. Cuando emerjo a la superficie, me retiro el pelo mojado de la cara y respiro hondo, llenándome los pulmones. Me obligo a estructurar mis pensamientos; como si eso pudiera ayudarme. «No puedes caer otra vez, Helen. Un desliz es un accidente; dos es negligencia», me repito como si fuera un manual de emergencias.

Porque el problema real no es la brutal atracción física que siento hacia ella. Si solo fuera tensión sexual, sería incómodo, algo que podría gestionar. El verdadero problema es que con Maika nunca ha sido solo esa cuestión. Durante estos primeros momentos hemos vuelto a encajar trabajando juntas en las cubiertas de una manera tan fluida y natural que da miedo; como si los años de distancia no hubieran existido. Eso es lo que realmente me aterra. Besarla anoche en la cubierta fue un error táctico. Pero sentir que vuelvo a encajar con ella… eso podría convertirse en el iceberg contra el que voy a estrellar mi carrera.

Necesito recuperar la distancia profesional que siempre me ha caracterizado. Necesito recordar quién soy: Helen Müller, Oficial de Seguridad, respetada por la tripulación y con un futuro brillante en la naviera. No una mujer incapaz de pensar en otra cosa que no sean los labios de la coordinadora de animación. Aunque, técnicamente, esa sea mi patética realidad actual.

—Maldita seas Maika —murmuro hacia el cielo.

Regreso despacio hacia la playa. Y conforme salgo del agua y camino hacia la arena, el calor del sol empieza a secarme la piel, dejándome una fina capa de sal. A lo lejos, veo que Maika ya se ha unido a un partido improvisado de vóley playa con Nico y los técnicos de sonido. Se ríe a carcajadas cuando Nico falla un remate ridículo, y acto seguido salta para salvar una pelota con tal energía que parece contagiar a toda la línea de la playa. Su risa me llega nítida, arrastrada por el viento.

La observo un segundo. Ella gira la cabeza en ese mismo instante, casi como si pudiera sentir el peso de mi mirada sobre su espalda. Pero yo aparto la vista de ella y salgo corriendo hacia mi nueva víctima.

—Échame crema pedazo de idiota —le pido a Gonzalo—. Y no te atrevas a decir nada —advierto.

Él sonríe y se pone con la labor. Va a ser muy complicado mantener el control durante el resto del crucero. Aunque quizás, esa no vaya a ser la peor de mis tormentas.

12

Maika

Haber tenido la oportunidad de bajar a la cala de Marsella y disfrutar de esa jornada libre con el equipo no solo me ha permitido desconectar. También me ha servido para confirmar lo que sospechaba: no soy, ni de lejos, indiferente para Helen. Por mucho que ella se resista tras su fachada de oficial estricta, he sentido su mirada fija en mi cuerpo en más de una ocasión. Y esa insistencia silenciosa dice mucho más que el beso que nos dimos anoche en la cubierta.

Cuando Gonzalo me dejó caer en la playa los planes que tenía con ella, no dudé en mover mis hilos con los chicos de animación para improvisar esa excursión conjunta. Necesitaba una coartada, un escenario natural para romper sus defensas y recordarle lo que somos capaces de encender cuando bajamos la guardia.

Ahora estoy en la zona reservada a los camarotes de los oficiales, frente a la puerta del suyo. Los latidos de mi corazón retumban en mis sienes, provocando un calor que nada tiene que ver con el sol de junio que acaba de ocultarse tras el puerto. Me he echado un vestido playero ligero sobre el bikini; la tela fina aún conserva la humedad del mar, pegándose a mi piel y marcando con descaro la dureza de mis pezones.

A través de los mamparos se escucha el murmullo de la tripulación preparándose para la salida y el regreso del pasaje, pero yo no pienso dejar pasar esta oportunidad. No después de haber visto el hambre de sus ojos en la arena. Tras el beso de anoche —ese que interrumpió antes de huir como si le quemaran los labios—, me ha quedado claro que estos años de distancia no han servido para nada. La deseo con la misma intensidad desbocada que la

primera vez. Un deseo crudo, animal, que me tiene latiendo antes siquiera de rozarla.

Llamo a la puerta. Cuando el pestillo cede, la puerta se abre para mostrar a Helen envuelta en una toalla blanca de la naviera que apenas le cubre la mitad de los muslos. Tiene el pelo mojado goteando sobre la frente y sus ojos reflejan una tormenta instantánea: sorpresa, incredulidad, dudas y ese mismo impulso ardiente que ahora mismo me quema a mí.

—¿Maika…? —pregunta de inmediato, sacando la cabeza para inspeccionar el pasillo de oficiales a ambos lados—. ¿Qué haces aquí? Faltan menos de cincuenta minutos para que tengamos que estar listas. Deberías estar cambiándote para la actividad de la cubierta de popa. No tenemos tiempo.

—Yo creo que tenemos el suficiente —respondo.

Doy un paso al frente. Helen retrocede por puro instinto y cierro la puerta tras de mí, pasando el cerrojo. El camarote es un espacio íntimo y modular típico de a bordo, iluminado solo por la luz dorada de la lámpara de la mesa de cartas. El ambiente está saturado con el aroma de su perfume, el rastro de salitre que traigo en la piel y el vapor limpio del gel de ducha con el que acaba de lavarse. Una mezcla embriagadora que me acelera el pulso de golpe.

—No creo que esto sea una buena idea —dice, aunque sus ojos bajan por el escote de mi vestido con una avidez que la delata. Tiene las pupilas dilatadas, negras. Miente. Las dos lo sabemos.

—No digas tonterías, Helen.

Me acerco hasta eliminar el espacio entre las dos. Levanto la mano despacio y acuno su mejilla, rozando su labio inferior con el pulgar. Está temblando.

—No estuvo nada bien que me dejaras plantada en la cubierta. Lo sabes, ¿verdad? —murmuro con la voz ronca, pegada a su rostro—. Me costó muchísimo conciliar el sueño. Pero algo me dice que a ti también.

Helen parece haberse quedado sin respiración. La rigidez militar de su postura se desmorona por segundos.

—Llevo todo el día imaginando esto en la playa —continúo en un susurro, descendiendo los dedos por su cuello—. Y no pienso seguir fingiendo más.

Noto el segundo exacto en el que su resistencia se rompe. Helen reacciona agarrándome de la nuca con una fuerza sorprendente y me estampa la boca con la misma furia y necesidad contenida que por la noche. Sus labios son exigentes, calientes, desesperados. Su lengua invade mi boca y yo la recibo con un gemido ahogado, enredándola, saboreándola como si el barco fuera a hundirse mañana. Mis manos descienden por su espalda y tiran del nudo de la toalla, que cae al suelo del camarote.

Tiene la piel aún caliente por el agua, brillando bajo la luz dorada. Mis palmas recorren su culo, apretándolo con posesión para pegarla contra mis caderas, buscando un contacto eléctrico que me hace gemir.

—Lo de la playa… fue una encerrona con tu firma, ¿verdad? —jadea ella contra mis labios, sin romper el ritmo de nuestras bocas—. Te juro que voy a mandar a Gonzalo a hacer guardia al cuarto de anclas…

Suelto los lazos de mi bikini por encima del vestido y mis pechos quedan libres, pesados y con los pezones rígidos. Las manos de Helen los cubren al instante, amasándolos y pellizcando lo justo para arrancarme un gemido largo que llena el habitáculo. Me empuja hacia el colchón y caemos enredadas en un tropel de extremidades. Mi ropa desaparece en cuestión de segundos, arrojada a alguna parte del suelo. Ahora solo somos piel contra piel, sudor y un hambre visceral que no atiende a razones.

Beso su cuello, muerdo la piel justo donde su pulso late desbocado bajo mi lengua. Desciendo por su clavícula, devorando el camino hasta capturar uno de sus pezones con la boca. Lo succiono

con fuerza, rodeándolo con la lengua mientras Helen arquea la espalda hacia arriba y clava las uñas en mi nuca, reteniéndome allí.

Mis manos exploran cada palmo de su anatomía: la curva marcada de su cintura, la tensión de su vientre y la piel ultrasensible del interior de sus muslos. Separo sus piernas con firmeza y me deslizo hacia abajo. Beso su ombligo, lamo la línea de sus caderas y aspiro su aroma más íntimo. Cuando mi boca presiona por fin su sexo, Helen se estremece entera.

Está completamente empapada. Separo sus labios hinchados con los dedos y paso la lengua con una lentitud tortuosa desde su entrada hasta el clítoris. Sabe a deseo, a Helen. Lamo con un hambre voraz, trazando círculos concéntricos alrededor de su punto más sensible, succionándolo hasta que se le corta la voz. Introduzco dos dedos en su interior, y la penetro con un ritmo constante mientras mi boca sigue devorándola ahí abajo.

Helen gime, perdiendo por completo el decoro, moviendo las caderas contra mi rostro sin ninguna vergüenza.

Acelero el movimiento, sintiendo cómo sus paredes internas se contraen a mi alrededor, calientes y resbaladizas. Succiono su clítoris con fuerza y Helen explota en un orgasmo violento. Grita mi nombre mientras su cuerpo convulsiona; sus muslos me aprietan la cabeza con fuerza y me baña los dedos. Sigo lamiéndola con delicadeza, prolongando sus espasmos hasta que se reducen a pequeños temblores.

—Estaba deseando hacer esto… —murmuro.

Me incorporo de inmediato y la beso con profundidad, compartiendo su propio sabor en nuestras lenguas. Sus manos recorren mi espalda con urgencia y bajan hasta mis nalgas, dándome la vuelta con una rapidez que me pilla por sorpresa. Sus ojos brillan con pasión.

Se coloca encima de mí. Baja la cabeza y ataca mi cuello, deja varias mordidas y marcas en él. Sus labios descienden por mi pecho, torturando mis pezones con los dientes hasta que arqueo la espalda,

arañando las sábanas. Sigue bajando sin prisa, mientras deja besos húmedos en mi vientre antes de abrir mis piernas con posesión.

Su lengua me recorre entera. Lame mis labios, penetra en mi entrada y sube hasta mi clítoris hinchado. Me devora con una dedicación absoluta, alternando lametones rápidos con succiones que me hacen perder el sentido, mientras introduce sus dedos en mi interior. Mis caderas se elevan solas, buscando su boca de forma espasmódica.

—Más rápido… por favor —suplico con la voz rota, aferrándome a las sábanas.

Helen obedece. Aumenta la velocidad, hundiéndose en mí me devora con la boca sin piedad. El placer sube como una marea de tempestad. Todo mi cuerpo se tensa en un nudo rígido y estallo con un grito ronco, empapándola mientras las contracciones me sacuden entera. Ella se queda ahí, lamiendo el final de la marea, prolongando el orgasmo hasta dejarme sensible y temblando del alivio.

Pero el tiempo corre en nuestra contra y el deseo sigue rugiendo. Nos besamos con desesperación, rodando por el colchón estrecho. Nuestras piernas se entrelazan y buscamos el sexo de la otra con las manos, en un vaivén delicioso.

—Más, Helen… más fuerte —le pido, clavando la mirada en la suya.

Aumentamos el ritmo, llevadas por una desesperación fogosa. Siento la llegada de otra ola de placer, más profunda, y por el modo en que ella gime y me aprieta los muslos, sé que está en el mismo límite.

—Córrete conmigo —le ordeno, sin apartar los ojos de los suyos.

Y estallamos casi al unísono. Un espasmo brutal nos atraviesa a las dos. Grito su nombre mientras mi cuerpo se estremece en una descarga eléctrica. Helen clava las uñas en mi muslo, soltando un gemido ahogado y rindiéndose por completo contra mí. Las olas de

placer se extienden durante unos segundos eternos, dejándonos vacías.

De pronto, un sonido nítido nos devuelve a la realidad de golpe: las tres campanadas de la megafonía del barco, seguidas de la voz que anuncia los preparativos de la maniobra de desatraque. El tiempo se ha agotado.

Ojalá pudiera estirar estos minutos.

Caemos exhaustas sobre las sábanas revueltas, abrazadas y buscando aire. Nos quedamos entrelazadas unos instantes, con mis dedos dibujando sus vértebras y los suyos trazando círculos suaves en mi cadera, saboreando los últimos temblores de nuestros cuerpos.

Levanto la cabeza para mirarla. Sus ojos están brillantes, fijos en mí con una mezcla de satisfacción y un atisbo de preocupación por el reloj. Le doy un beso corto en los labios.

—Al parecer… seguimos formando un buen equipo en la cama, mi querida oficial —digo con una sonrisa pícara.

—Anda, no te burles —responde ella, mientras trata de recuperar su tono serio y busca con la mirada su uniforme colgado en el armario—. Tengo que estar en el puente en quince minutos.

—No te preocupes. Esto lo vas a recordar cada vez que me tengas delante en las cubiertas.

Ella esboza una sonrisa contenida antes de levantarse a toda prisa. Yo hago lo propio, consciente de que lo que acaba de pasar en este camarote es tan bonito como peligroso. Una chispa idílica que, si no gestionamos con cuidado, podría convertirse en una bomba capaz de hacernos naufragar a las dos.

13

Helen

Génova. Tercer día de ruta.

El amanecer en Génova tendría que haber sido un trámite rutinario en este contrato. Pero la realidad acaba de dinamitar mis planes.

A las seis y media de la mañana, el día clarea con una parsimonia exasperante. En otras circunstancias, me habría detenido un instante junto al alerón del puente para admirar el paisaje; para ver cómo el sol se abre paso entre las nubes bajas que flotan sobre el mar de Liguria, cómo las gaviotas graznan con descaro reclamando el muelle o cómo los primeros pasajeros madrugadores asoman a la cubierta exterior con los ojos hinchados y la expresión adormilada. Pero hoy no tengo un solo segundo para romanticismos náuticos.

—No, no, *no*… —murmuro entre dientes, apretando el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se me quedan blancos.

A última hora de la noche entró un correo urgente en el servidor del barco. De no haber estado tan deliciosamente… distraída en mi camarote, lo habría leído a tiempo. Ahora, tengo el pulso tan acelerado que siento los latidos en la garganta. El mensaje del inspector de zona de Transmarine es una declaración de guerra:

«Los auditores de la compañía realizarán una inspección sorpresa de control y evaluación de la gestión a bordo durante la escala en Civitavecchia. Se pide a todos los oficiales y jefes de departamento del Marine IV que tengan los libros de registro y los protocolos de actuación actualizados y listos para la auditoría».

Leo el texto en bucle, como si un milagro de la ingeniería naval fuera a borrar los caracteres de la pantalla. Mañana mismo. ¡Que mañana suben a bordo, joder!

Guardo el teléfono y mi mano va directa al walkie-talkie que llevo enganchado al cinturón de servicio. Debería lanzar un aviso general por la frecuencia interna, pero mi cerebro se niega a desatar el pánico generalizado todavía. Tengo que encontrar a Gonzalo, y tengo que hacerlo *ya*. Antes de que Radio Macuto extienda el rumor por las cubiertas de tripulación, antes de que algún marinero cometa una infracción tonta y, sobre todo, antes de que los coordinadores aparezcan por el comedor con esa actitud relajada de «todo va de puta madre» que a mí me provoca una urticaria inmediata.

Cruzo la cubierta a paso ligero, casi trotando, aunque detesto hacerlo. Correr en una zona de pasajeros es peligroso, resulta poco profesional ante el pasaje y contraviene al menos tres directrices de seguridad que yo misma he repetido como un loro en los simulacros. Pero en este instante, la teoría que tan bonita queda en los manuales de la naviera se está ahogando en la práctica.

Reviso la cubierta de la piscina principal. Nada. Dirijo la vista hacia el bar de popa. Tampoco. Busco la figura alta e inconfundible de Gonzalo entre los camareros que montan las hamacas y los cruceristas que buscan el primer café del día. Nada de nada.

—¿Dónde demonios te has metido? —le reclamo al aire con frustración.

Giro la esquina demasiado deprisa y, por un milímetro, no provoco un abordaje en toda regla contra Maika.

Ella aparece de la nada sosteniendo un vaso de papel con café americano, con el pelo ligeramente alborotado por el viento del norte y esa expresión de absoluta serenidad que parece diseñada solo para poner a prueba mis nervios. El vaso se tambalea peligrosamente entre sus dedos y, durante un segundo terrorífico, imagino mi carrera y mi ascenso terminando no por culpa de una auditoría, sino por achicharrar a la coordinadora de animación más irritante —y exasperantemente atractiva— de la flota con café hirviendo.

—¿Qué haces corriendo por la cubierta? —pregunta, conteniendo una risa y enarcando una ceja con diversión—. Eso va claramente en contra de todos tus amados protocolos de seguridad, Müller.

Me detengo en seco, obligando a mis pulmones a estabilizarse. Ella me mira como si mi agitación fuera el entretenimiento matutino ideal para acompañar su desayuno, como si el mundo no estuviera a punto de colisionar contra un muelle, como si yo no llevara el incendio de lo que ocurrió ayer ardiendo todavía en mi pecho.

Vale, de acuerdo. Quizá mi mente cuadriculada esté sobredimensionando la situación.

—Ahora mismo no estoy para bromas, Maika —respondo con un tono cortante, intentando esquivarla por la derecha.

Ella da un paso lateral de forma fluida y me bloquea. Intento corregir por la izquierda. Vuelve a interponerse. Dos, tres veces. Es un juego de pies desquiciante que está a punto de hacerme perder los papeles en mitad de la cubierta.

—¿Qué te pasa? —insiste. Su tono ha perdido el matiz de burla. De pronto, suena genuinamente preocupada.

Me clava esos ojos suyos con tal fijeza que me resulta imposible sostenerle la mirada sin que las defensas me tiemblen. Odio su tranquilidad, odio su maldito café y odio esa boca que anoche me supo a gloria.

Su boca. Maldita sea.

No debería estar analizando la forma de sus labios a las siete de la mañana, ni rememorando la forma en que pronunció mi nombre contra el cuello mientras nos saltábamos todas las normas de la compañía. Mucho menos con una crisis profesional llamando a las puertas del barco. No, no y *no*. Es inadmisible que me fije en la diminuta gota de café que brilla en su comisura izquierda. Y es totalmente intolerable que sienta un impulso casi físico de limpiársela con el pulgar.

Me obligo a recuperar la compostura y le sostengo la mirada.

—¿Es que en tu departamento no revisáis los correos del sistema central antes de que el barco atraque? —suelto con impaciencia.

—Buenos días a ti también, Helen —responda ella, dibujando una sonrisa.

—Maika, hablo en serio, por Dios.

—Vale, de acuerdo —dice, levantando la mano libre en señal de tregua sin soltar el vaso—. ¿Vas a decirme qué te pasa o no? Porque no por nada parece que lleves un petardo en el culo.

A pesar de la tensión, una risa se me escapa del pecho.

—Los auditores principales de la central suben a bordo mañana en Civitavecchia, en cuanto se autorice el desembarque del pasaje —le suelto de golpe—. Van a evaluar la gestión de los oficiales, la coordinación entre departamentos y las actividades principales del itinerario. Y yo tengo que conseguir que toda la tripulación de seguridad tenga los registros de mantenimiento limpios antes de veinticuatro horas.

Espero un gesto de pánico, una queja, lo que sea. Pero Maika se limita a dar un sorbo lento a su café, saboreándolo con una parsimonia que me saca de mis casillas.

—Ah, ¿corres por la cubierta por eso? —comenta como si le hablara del parte meteorológico.

La fulmino con la mirada.

—¿Cómo que «por eso»?

—Nada, nada. —Se encoge de hombros, dando un paso más hacia mi espacio personal—. Es que, por cómo venías, pensaba que tenías prisa por darme los buenos días de una forma un poco más… privada. —Y seguidamente, mueve las cejas con una picardía descarada—. Aprovechando que la cubierta está vacía y tu equipo aún no ha salido a patrullar.

Me quedo de piedra, con la boca entreabierta. No puede tener tanta sangre fría.

Mi cerebro tarda varios segundos en procesar que Maika se está divirtiendo a mi costa. Esa curva en sus labios parece gritarme que le fascina. Y lo peor de todo no es que lo intente; lo verdaderamente preocupante es que una parte traidora, irracional y absurda de mi ser se muere por devolverle la sonrisa, por arrastrarla detrás del mamparo del bar y volver a besarla hasta que se le olvide el café. Pero me contengo. Esto no es un simulacro, ni un juego. Al menos, no para mí.

Doy un paso atrás de forma rígida, utilizando la distancia para contener el torbellino que desata con solo respirarme cerca. En pocas horas estaremos amarrados en Génova y la maquinaria del crucero seguirá su curso implacable, mientras yo siento que camino por una cuerda a punto de romperse sobre las aguas.

—Puede que a los de animación os dé exactamente igual cómo salga una inspección general de la naviera —le espeto, forzando una voz fría para ocultar el temblor de mis nervios, aunque sé que ella me lee demasiado bien—, pero yo me estoy jugando el ascenso en este contrato.

Su sonrisa se desvanece de inmediato, como si le hubiera echado un cubo de agua.

—Helen… —murmura, y sus ojos se vuelven más oscuros.

—Así que esto… —Señalo el espacio entre las dos con un dedo, moviéndolo una y otra vez—. Lo que pasó ayer en el camarote no puede volver a repetirse. Se acabó, Maika. Tenemos que ceñirnos al reglamento, ser profesionales y limitarnos a trabajar.

Maika me observa en absoluto silencio durante unos segundos que se dilatan como una eternidad. Esa es su mejor arma. Cuando me desafía o me suelta una impertinencia, tengo un manual de respuestas automáticas para protegerme. Pero cuando se queda callada, mirándome de esa manera, como si pudiera ver

perfectamente el pánico que se esconde detrás de mis galones, me deja completamente desprotegida.

—Yo siempre trabajo con profesionalidad —responde, extrañamente tranquila antes de dar otro trago al vaso—. Y, mientras tanto, nos estamos conociendo un poco mejor. No veo qué ley marítima prohíbe eso.

«¿Que qué ley lo prohíbe? Es que la mato. De verdad que la mato».

Frunzo el ceño, herida por la naturalidad con la que lo dice. Lo expresa sin rastro de burla, como si para ella las emociones fueran una maniobra sencilla de puerto. Como si el hecho de «conocernos mejor» no implicara que yo pierda el control de mi brújula mental cada vez que compartimos un pasillo. Como si no tuviera que recordarme a mí misma, a golpe de disciplina, que esto es un empleo serio, una oportunidad laboral única que no pienso tirar por la borda, y no una novela romántica barata con el Mediterráneo de fondo.

Aunque, si soy honesta con mi propio diario de a bordo, las vistas de la cubierta están poniendo mucho de su parte. Y no me refiero precisamente a la costa italiana.

Suspiro con fuerza, endureciendo mis facciones al máximo. Necesito recuperar el control de la situación, de la seguridad del barco y, sobre todo, de mis propios impulsos.

—No tengo tiempo para debatir esto contigo ahora. Te pido que te comportes y te ciñas al plan, ¿vale? Por una vez en tu vida deja a un lado la improvisación.

Las palabras salen disparadas de mi boca antes de que pueda activar el filtro. Suenan duras. Demasiado duras. La expresión de Maika se congela, adoptando una rigidez que nunca le he visto, y me percato al instante de la tremenda estupidez que acabo de cometer. Me encantaría poder volver atrás, recoger la frase del aire, masticarla y tragármela para fingir que jamás ha existido. Pero en ese mismo instante distingo la silueta de Gonzalo cruzando el puente

hacia la piscina de popa y mi pánico profesional regresa para reclamar el control de mi mente.

—Pon a tu equipo al corriente —le ordeno a Maika, sin ser capaz de pedirle disculpas—. Revisa las rutas de los autobuses para la excursión a Roma de mañana y asegúrate de que se lo sepan de memoria. No quiero errores de bulto. No me puedo permitir un solo fallo, por favor. Limítate a ser profesional.

Maika baja la mirada hacia el suelo, apretando el vaso de café entre las manos.

—Entendido, oficial —responde, con una frialdad que me hiela la sangre.

Me doy la vuelta antes de que la culpa me obligue a pedir clemencia y me haga olvidar el correo de Transmarine, los inspectores y todo lo que llevo años tratando de demostrarle a la compañía. Camino a zancadas hacia la popa, rozando el límite de volver a correr, aunque ahora el temblor ya no está restringido a mis piernas. Me late con fuerza en el centro del pecho.

—¡Gonzalo! —le grito en cuanto llego a su altura.

Él se gira de golpe, sobresaltado al ver mi expresión de alerta máxima.

—¿Has leído el servidor interno?

—Pues claro, Helen, pero tampoco hay necesidad de que declares el estado de alarma antes del desayuno.

—Ese chiste se lo cuentas al Capitán —le espeto, agarrándolo del brazo del uniforme para apartarlo de la zona de tránsito—. Vamos a organizar las carpetas de las inspecciones ahora mismo.

—Te recuerdo que ni siquiera hemos completado la maniobra de atraque en Génova, Helen. Tenemos unas cuantas horas antes de llegar.

—Son insuficientes y lo sabes de sobra.

Gonzalo exhala un suspiro de resignación, dándose cuenta de que es imposible escapar de uno de mis ataques de perfeccionamiento.

—Helen, frena un segundo —ordena, plantando los pies en el suelo y obligándome a parar. Me sujeta por los hombros, obligándome a mirarlo—. Eres la mejor Oficial de Seguridad de esta maldita naviera. No hay nada en esos manuales que no tengas controlado. El barco está perfecto.

Pero se equivoca. No lo está. Porque acabo de destrozar la complicidad que tenía con Maika por culpa de mi propia cobardía, y la culpa me está quemando viva. Pero no puedo desmoronarme ahora. Los auditores van a subir a esa pasarela mañana por la mañana y tengo que demostrar que merezco ese puesto que llevo años persiguiendo.

14

Maika

—Había olvidado lo mal de la cabeza que está… —murmuro, apurando el último trago del café—. ¿Cuándo coño no hemos sido profesionales?

Lanzo el vaso de papel a un contenedor de reciclaje de la cubierta y clavo la mirada en la esquina del mamparo por la que Helen acaba de desaparecer, casi a la carrera. Respiro hondo un par de veces, permitiendo que la brisa salada del mar de Liguria me llene los pulmones hasta que logro encajar de nuevo en mi rostro la máscara de «todo está bajo control».

«Por una vez en tu vida». Qué jodidamente injusta es.

—Lo que no soy es una olla exprés con patas. No sé cómo se las apaña para vivir con tanto estrés.

La cubierta empieza a desperezarse. Algunos pasajeros de tercera edad pasean ya con las cámaras colgadas al cuello; otros bostezan encogidos dentro de unos cortavientos que apenas los protegen del aire de la mañana. El perfil del puerto de Génova ya se recorta en el horizonte y, antes de que ocurra una desgracia —traducción: que Helen me abra un expediente disciplinario—, pongo rumbo a la discoteca de la cubierta siete, donde he citado a mi equipo.

Sí, yo también he leído el correo de la central. No es que la llegada de los auditores de Transmarine me traiga sin cuidado. Me importa, y mucho; nos jugamos la renovación del contrato. Pero entrar en pánico jamás ha conseguido que un desembarque salga a tiempo. Al contrario, el miedo es el mejor combustible para que un animador la pague con un pasajero.

Cuando empujo las puertas de doble batiente del local, casi todos están distribuidos por los sofás de terciopelo.

Lara está sentada sobre el respaldo de una butaca, lanzando una pelota antiestrés. Leo y Nico hablan en susurros junto a la cabina del DJ, mientras Iván alinea unas subcarpetas por códigos de color sobre la mesa de mezclas. En todos los barcos del mundo tiene que haber un Iván para que el departamento de entretenimiento no se hunda en la anarquía. «Se llevaría de muerte con Helen», pienso con una punzada involuntaria.

—Buenos días, marineros —saludo, dejando que las puertas se cierren a mi espalda—. Veo ojeras de campeonato, lo que demuestra que anoche el equipo de animación cumplió con su deber en la fiesta. —Me acerco a la mesa central y me apoyo en el borde —. Vamos al grano, que el tiempo apremia.

El grupo se recoloca en los sofás. El murmullo de voces se apaga al instante. Incluso Lara atrapa la pelota y la guarda en el bolsillo de la sudadera corporativa, un milagro logístico que ya merece una mención en el diario de a bordo.

—Imagino que los que tengáis el turno de guardia habréis abierto el correo interno de la naviera —comento, y barro la sala con la mirada. Leo suelta un bufido y se frota el cuello—. Los inspectores de la central suben mañana en Civitavecchia. Van a auditarlo todo: la puntualidad, la coordinación entre departamentos, los cuestionarios de satisfacción del pasaje y, en resumen, si merecemos seguir cobrando o nos desembarcan en el próximo puerto.

Leo suelta una carcajada nerviosa. Todos están tensos. Lo noto en la forma en que sostienen los bolígrafos. Esta auditoría va a marcar un antes y un después en el escalafón de la tripulación. Pero, sinceramente, no pienso consentir que el miedo nos paralice.

—Escuchadme bien —les pido, y planto las palmas sobre la mesa—. Prohibido entrar en modo pánico. Vamos a hacer nuestro trabajo exactamente igual que cada jornada: con energía, con una sonrisa y sin inventos raros sobre la marcha. Mañana la clave no es

la creatividad, son los malditos relojes. La puntualidad nos va a salvar el pellejo.

—¿Cuántas horas de escala tenemos antes de poner rumbo a Nápoles? —pregunta Leo, con el cuaderno abierto.

—Once horas desde que se abra la pasarela —respondo—. La excursión a Roma se comerá al menos ocho, el trayecto de ida y vuelta serán unas dos horas y media con suerte, dependiendo del tráfico que encontremos al salir de Civitavecchia y de lo que tarden los pasajeros en comprender que el punto de encuentro no es una sugerencia.

Varios se ríen y el ambiente de la discoteca se destensa visiblemente. Bien. Eso es lo que busco. Que respiren, que recuerden que son jodidamente buenos en esto. Que entiendan que detrás de una excursión masiva hay horarios, logísticas y listados de embarque, de acuerdo, pero también familias que han ahorrado todo el año para ver algo espectacular. Nuestro trabajo es lograr que esa experiencia no parezca una marcha militar diseñada por un algoritmo sin alma.

Saco los dosieres impresos y los deslizo por la mesa.

—Aquí tenéis los desgloses de los autocares. Cada uno se hará cargo de cuarenta y seis pasajeros. Casi todo son parejas y familias. Ojo con los niños en las paradas del autocar, que se despistan con cualquier puesto de helados. Y para el autocar dos, que es el grupo de tarifa preferente, máxima paciencia con la velocidad de paso; llevamos bastante gente mayor.

—Controlado —asiente Leo.

Lara levanta el pulgar.

—Explicad el itinerario en el micrófono del autobús con voz clara y sin prisas —insisto—. Hora de la panorámica, paradas técnicas, tiempo libre exacto y regreso al autocar sin un solo minuto de cortesía. Machacad los horarios. Nada de «creo que nos vemos a las cuatro». Nada de «me pareció entender». Hora exacta, parada

exacta, y pasad lista antes de que el chófer ponga la primera marcha.

Leo asiente, apuntando con saña en sus notas.

—¿La oficial Müller supervisará la pasarela? —pregunta Lara de pronto.

El estómago se me contrae de golpe, como si hubiéramos pillado una marejada de improviso. Me viene a la mente su mirada herida de esta mañana, el filo de su voz y ese dedo índice trazando una línea invisible entre las dos.

«Lo nuestro». Qué valentía la mía, poniéndole etiquetas en mi cabeza cuando ni siquiera somos capaces de cruzarnos por un pasillo sin provocar un cortocircuito.

—Müller será la primera en montar el control de seguridad en la pasarela —les advierto, forzando la sonrisa—. Así que más vale que nadie le dé una razón para usarnos como cebo para los tiburones.

Las risas vuelven, limpias y necesarias. Yo mantengo la sonrisa porque la necesito como escudo. Porque si dejo de bromear se me va a notar demasiado en los ojos cuánto me afecta lo que ella piense de mí; se notará que una sola palabra suya tiene el poder de amargarme hasta el café de la mañana.

—No quiero fisuras en los equipos —concluyo, recuperando la seriedad necesaria—. De esto depende el éxito del itinerario, el humor del pasaje y que los inspectores no se vuelvan a la base con ganas de firmar cartas de despido.

Repaso los últimos flecos de los horarios de los guías locales y, al terminar, el equipo se marcha con una actitud mucho más centrada. No es que vayan felices a la batalla, pero al menos ya no miran el suelo buscando salidas de emergencia.

Esa es mi función en este barco. No apagar los fuegos a gritos cuando ya están consumiendo el puente, sino repartir los extintores antes de que se huela el humo.

—Muy bien, a moverse —los animo—. Bajad al almacén de la cubierta cero y revisad los adhesivos de los grupos, el agua embotellada y los terminales de radio. Y, sobre todo, cargaos de paciencia. Roma es una maravilla, pero tiene la extraña virtud de convertir a adultos funcionales en niños en plena excursión escolar.

El equipo se dispersa entre bromas hacia los ascensores de tripulación y yo me quedo sola en mitad de la pista de la discoteca, viendo cómo las luces de servicio mueren en las esquinas de la sala. Me apoyo en la barra, exhalando todo el aire que he retenido en los pulmones sin darme cuenta.

La silueta de Helen regresa, impertinente, a mi cabeza. Su expresión de terror puro. Esa necesidad casi patológica de levantar un muro de hormigón entre las dos en cuanto nos acercamos demasiado. Me ha dolido su desprecio, no voy a negarlo. Pero, detrás de su coraza de oficial recta, he vuelto a ver a la misma chica de hace tres años: la que se ahoga en el miedo a fracasar, la que teme que un error ajeno le robe la oportunidad de su vida. Helen no quiere esos galones por ego; los necesita para demostrarse a sí misma que es válida en un mundo que no perdona un fallo. Quiere un lugar seguro en el mar donde nadie pueda cuestionar su valía. Es una meta que lleva persiguiendo con uñas y dientes desde que la conozco. Y, aunque me duela el desprecio, la entiendo perfectamente.

Y yo no voy a ser la roca contra la que naufrague su carrera. No como ocurrió en el pasado.

Camino de vuelta hacia mi camarote. Al pasar frente al espejo del pasillo técnico, me observo de reojo. El cuello del uniforme esconde las marcas que las manos de Helen dejaron en mi piel anoche, pero no es eso lo que busco en mi reflejo. Es la sombra de decepción que me amarga el entrecejo. No va a cambiar. Da igual cuántas temporadas pase en alta mar; para ella siempre seré la irresponsable, la impredecible, la «poco profesional». Aunque me deje la piel en cada evento del barco para demostrar lo contrario.

Entro en mi cabina, paso el pestillo y me siento en la litera, contemplando de reojo los folletos de la excursión de Roma distribuidos sobre el escritorio. La escala de Génova va a ser corta, pero estas horas en puerto me vendrán bien para repasar lo que debo hacer.

Me tumbo bocarriba, con la vista fija en las placas del techo del camarote, y cierro los ojos. Dejo que la vibración sorda de los motores y el rumor de los extractores me acunen. A cualquiera le parecería una tortura claustrofóbica, pero a mí, después de tantos contratos, me hace sentir que estoy en mi hogar.

Abro los ojos y suelto una carcajada.

—Menudo naufragio, Maika… —susurro para las paredes.

Porque lo es. Porque lo que hay entre Helen y yo no es un juego nuevo de este contrato. Ella sigue siendo la misma mujer cuadriculada a la que dejé tirada en aquella sala, la misma a la que le destrocé la estabilidad cuando decidí joderlo todo y marcharme sin más.

Y yo…

—Sigo siendo la misma idiota de siempre.

Me incorporo de golpe en la cama, pasándome las manos por la cara con fuerza. No puedo permitirme ser su maldición dos veces. No con los auditores a punto de llegar y con Helen convencida de que soy un peligro público para su hoja de servicios. Si algo te enseña la vida a bordo es que los chismes navegan a más nudos que el propio barco. No voy a ser el motivo por el que Transmarine le deniegue el ascenso, aunque eso signifique que este sea el último contrato que compartamos en la misma compañía.

Saco el teléfono del bolsillo. Nuestra pantalla de chat sigue ahí, estancada en mensajes de texto de otra época que jamás tuve el valor de borrar.

Mi pulgar se queda flotando sobre el teclado.

Podría teclear algo. Un mensaje escueto, maduro. Pero desisto y bloqueo la pantalla. La conozco demasiado bien. Sé que en este momento lo único que necesita de mí es metros de distancia, no palabras bienintencionadas. Presionarla solo servirá para que levante el muro dos palmos más alto.

Así que me levanto, ordeno las carpetas sobre el escritorio y paso los siguientes cuarenta minutos revisando por tercera vez las listas de pasajeros VIP, los teléfonos de los conductores de Civitavecchia y las coberturas de los seguros médicos hasta que mi mente se ancla a datos reales, fríos y manejables.

El amor no hay forma de organizarlo en una hoja de Excel. Roma, por fortuna, sí.

Unos golpes rápidos en la puerta me sacan de los papeles.

—¿Sí?

La hoja se abre apenas unos centímetros y la cabeza de Lara asoma con esa sonrisa típica de quien trae una mala noticia.

—No quiero meterte prisa ni asustarte —comienza, lo que en el código de animación significa exactamente lo contrario—, pero Helen está en la oficina de excursiones preguntando por ti.

La miro fijamente, sin parpadear.

—Maravilloso. ¿Trae esa cara de perro enrabietado?

Lara ensancha su sonrisa.

—Yo diría que casi se le ha hinchado la vena del cuello.

Me pongo en pie de un salto, quitándome las arrugas del uniforme.

—Entonces, con ese «casi», todavía estamos a tiempo de evitar que le dé un síncope en la cubierta de oficinas.

Lara se ríe, dándome espacio en el pasillo.

Antes de cruzar el umbral, lanzo una última mirada al interior del camarote.

Si Helen ha pedido distancia, va a tener un océano entero entre las dos. Si los auditores quieren perfección, van a presenciar la mejor función de mi carrera. Y si Roma pretende ponernos la zancadilla mañana, va a tener que esforzarse mucho más.

15

Helen

Al día siguiente.

El puerto de Civitavecchia nos recibe con un cielo suspendido entre el azul plomizo de la noche y una claridad dorada que apenas empieza a insinuarse. El sol no termina de despuntar, como si también necesitara un café cargado antes de asumir sus responsabilidades náuticas. Por un segundo absurdo, envidio al sol.

Llevo en la estación de la pasarela desde hace media hora, con la tablilla bien pegada al pecho, el dispositivo de operaciones en la mano y la incómoda certeza de haber dormido con los ojos abiertos. En realidad, ni siquiera sé si he llegado a conciliar el sueño. Me he pasado la noche en vela dando vueltas, repasando hasta la saciedad los puntos y las comas de todos los protocolos.

Todo puede pasar en un desembarque de tres mil personas. Y esa es, precisamente, la frase que me ha impedido pegar ojo.

—Ya verás como todo sale bien —intento animarme.

Aspiro el aire de la mañana, que se impregna del aroma a bollos recién horneados que se escapa por los extractores de la cocina de la cubierta tres. El vestíbulo de la pasarela aún no está congestionado. Los pasajeros más impacientes ya hacen cola frente a los tornos con las mochilas al hombro; parejas adormiladas que verifican sus pegatinas de grupo entre bostezos y niños que, misteriosamente, tienen más energía acumulada que los generadores del barco. Lo normal, básicamente.

El pequeño tic en mi párpado izquierdo vuelve a atacarme con una insistencia humillante.

—No empieces tú también —murmuro entre dientes, presionándome el ojo con dos dedos.

Pero mi cuerpo nunca ha entendido de normas.

Me asomo a la escotilla de la pasarela para observar el muelle. Los autobuses de Transmarine ya están estacionados, perfectamente alineados en la dársena asignada. Desde aquí parecen inofensivos, pero yo los veo como lo que realmente son: cuarenta y ocho plazas por unidad; cuarenta y ocho oportunidades de que un pasajero pierda su pase, se retrase en la Fontana di Trevi, sufra una lipotimia, proteste por el aire acondicionado o decida que cinco minutos de cortesía equivalen a media hora de reloj.

Maika estará con el grupo tres. No sé por qué mi mirada se clava en su nombre con esa fijeza, pero lo hace. Por supuesto que lo hace. Como si mi cerebro fuera incapaz de obedecer una orden tan sumamente simple: «no pienses en ella».

Magnífico, Helen. Muy maduro por tu parte centrarte en las distracciones del camarote cuando la auditoría de la compañía está a punto de llegar.

—Estás tan rígida que parece que alguien te haya metido un palo por el… —suelta Gonzalo, que aparece a mi lado en el control de tierra con una carpeta de plástico y una falta absoluta de instinto de supervivencia pegada a su sonrisa.

No termina la frase. Se calla en cuanto capta mi expresión y, por una vez en su carrera, su prudencia me conmueve. Casi.

—Te pido, por favor, que dejes los chistes para el relevo de la tarde —respondo sin desviar los ojos de los vehículos—. No tengo el cuerpo para dinámicas de grupo.

Él ladea la cabeza, torciendo el gesto con ironía.

—¿Y cuándo has tenido tú el cuerpo para eso?

Lo fulmino con la mirada.

—Gonzalo…

—Vale, mensaje recibido. Hoy no se juega con la oficial, no se toca a la fiera de seguridad y quedan prohibidas las analogías náuticas. Recibido y conforme.

—Gracias por demostrar que tu laringe puede estar inactiva más de tres segundos —le espeto con sarcasmo.

—No te acostumbres, que me cuesta un mundo —replica él con una sonrisa pícara.

A pesar del nudo que tengo en el estómago, una parte diminuta de mi ser agradece su presencia. Pero me obligo a mantener la expresión severa. Si relajo las facciones un solo instante, temo que la ansiedad me gane la partida delante de los subordinados, y este no es el puerto adecuado para convertirme en un manojo de nervios.

Gonzalo se apoya en el mostrador del control de acceso y vigila el despliegue de los guías locales.

—A mí me parece que la maniobra va de maravilla —comenta con tono analítico.

—Que lo parezca no significa que sea segura. Significa que todavía no ha salido nada mal, lo cual es muy distinto.

Él exhala un suspiro.

—De verdad, Helen, algún día deberías intentar navegar con el viento a favor.

—Yo prefiero calcular la fuerza de este, comprobar si el casco tiene alguna vía y asegurarme de que nadie vaya a lanzarle un cabo a la cabeza al auditor de la naviera —le respondo con frialdad.

—Qué poesía técnica la tuya —dice, soltando una carcajada.

—Qué poca gracia la tuya.

Gonzalo se limita a sonreír entre dientes, pero decide no tensar más la cuerda. Sabe de sobra lo que hay en juego.

Los primeros grupos de excursión empiezan a agolparse en la zona de embarque de los autobuses. Desde mi posición en la

pasarela, veo a los cruceristas avanzar con esa descoordinación típica de los madrugadores.

Entonces, Maika aparece en el muelle junto a su equipo de animación.

No sé si la presión del aire cambia de golpe o si soy yo, que me vuelvo estúpidamente sensible a la luz en cuanto ella entra en mi sector. Pero ya siento hasta cómo me cuesta respirar.

Maika viste el uniforme formal de Transmarine, aunque tiene el don exasperante de hacer que la americana de la compañía parezca una prenda cómoda de diseño italiano en su cuerpo. A su lado marchan Leo, Iván, Lara y Nico. Todos correctamente identificados con sus acreditaciones y distribuidos por tareas.

Lara levanta la mano y le ofrece una sonrisa genuina a un matrimonio que arrastra a dos mellizos. Leo coteja los nombres en su *tablet* con una calma contagiosa. Iván se inclina con respeto hacia una pareja de ancianos para escuchar sus dudas. Nico distribuye los folletos de emergencia junto al autocar uno. Y Maika… Maika se mueve en mitad de ese engranaje humano como si controlara las corrientes marinas sin necesidad de consultar el radar.

Es superior a mis fuerzas; no puedo apartar los ojos de ella. Me desquicia tener que reconocerlo, pero su liderazgo es impecable.

—Parece ser que el departamento de animación también sabe lo que es una inspección de la central —comenta Gonzalo, observando la misma escena.

Aprieto la mandíbula hasta que me duele.

—Yo nunca he cuestionado su capacidad —miento con voz monótona.

—Al menos, no de cara a la galería —insiste él.

—¿Te has propuesto que te deje sin guardia hoy, Gonzalo?

Él levanta las manos.

—Solo constato que la coordinadora de animación tiene la situación controlada. Y eso debería bajarte las revoluciones, Helen.

Debería. Pero el conflicto con Maika nunca se ha limitado a los horarios del barco. O tal vez sí.

De pronto, Maika levanta la cabeza hacia la pasarela. Nuestras miradas se cruzan a través de la distancia y siento que el puerto entero sufre un bajón de tensión. Sus ojos sostienen los míos con una serenidad aplastante. No llega a sonreír, pero conozco esa tensión en la comisura de sus labios; sé que se está conteniendo. Empiezo a leer sus pausas. Y eso me aterra más que los auditores, porque tener ese nivel de intimidad con ella en mitad de una escala oficial es una negligencia que no me puedo permitir.

Las palabras que cruzamos anoche, justo después de que Lara la avisara de que la estaba buscando, vuelven a resonar en mi cabeza:

—Que no te dé un síncope —me dijo Maika, cruzándose de brazos con una seriedad impropia de ella—. Como profesionales que somos, todo va a ir bien.

Recuerdo haber dado un paso hacia ella, sintiéndome atacada.

—Yo no he dicho que hagáis las cosas mal —respondí, en actitud defensiva.

—No te hace falta redactar una queja, Helen. Tu cara de desprecio lo dice todo.

El reproche me escoció porque contenía una verdad a medias. Y las verdades a medias en este negocio son las que provocan los peores naufragios.

—Solo exijo que las cosas salgan según el reglamento —repliqué, estrujando la tablilla contra mi uniforme—. No tolero los imprevistos y quiero que la central compruebe que los oficiales mantenemos el control absoluto del Marine IV.

Maika me sostuvo la mirada durante un instante eterno, limpia de ironías.

—No, Helen. Tú lo que quieres es que todo sea perfecto para asegurar ese ascenso que perdiste la última vez que compartimos contrato.

Maika supo perfectamente qué herida estaba tocando.

—Eso no es justo, Maika —susurré.

—Puede que no —admitió ella—. Pero tampoco es mentira. Mañana no me saldré de los márgenes, te lo prometo.

Yo debí haber respondido algo. Una disculpa sincera, un argumento técnico, un simple: «No quería hacerte daño». Pero me quedé atrapada entre el orgullo y el miedo a ablandarme.

—¿Helen? —La voz de Gonzalo me arranca el recuerdo de golpe.

Parpadeo repetidamente y el tic del ojo izquierdo me da un latigazo molesto en el párpado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunto, tratando de recuperar el tono.

Gonzalo me observa durante un momento en silencio.

—Nada. Que el primer autocar ya tiene el visto bueno del guía. Deberíamos empezar a cantar los números por la frecuencia de radio.

Asiento con excesiva rigidez.

—Sí. Vamos con ello.

Me obligo a romper el contacto visual con el muelle y clavo los ojos en los listados. Los números no me miran como si supieran qué escondo debajo de los galones. No me recuerdan que detrás de estos hay una mujer agotada, muerta de miedo y bastante menos implacable de lo que aparenta ante la tripulación.

Empezamos con el trabajo, y una vez que está todo listo, me zambullo de lleno en el siguiente paso.

—Voy a pie de muelle.

Desciendo por la rampa y saludo al guía contratado. Después, me aseguro de que todo esté en orden en cada autocar, antes de que empiece la excursión.

Y me sorprende ver que las cosas van de maravilla. Hasta que la voz de ella aparece en la distancia, en cuanto me doy cuenta que hay problemas —como no—, en uno de los autocares.

—Te tiembla el párpado izquierdo, Helen —observa Maika.

—Es una simple fatiga muscular por falta de descanso —me justifico.

—Por lo tanto, te tiembla —insiste, y una levísima sonrisa asoma en la esquina de su boca.

En cuanto la fulmino con la mirada, ella alza las manos.

—Solo es un diagnóstico preventivo de bienestar a bordo. Nada más.

—No recuerdo haber solicitado los servicios del departamento de animación para mi salud.

—Lo sé. Lo que tú necesitas son ocho horas de sueño en una cama que no se mueva, respirar hondo sin pensar en los inspectores y dejar de analizar los listados como si fueran una orden de ejecución inminente.

Intento forzar mi mejor gesto de indignación, pero del pecho se me escapa un suspiro que casi, por una fracción de segundo, se transforma en una risa. Casi. Maika capta el matiz y sus ojos brillan con una intensidad nueva.

—No empieces con tus juegos —le advierto.

—Yo cumplo las órdenes. No he iniciado ninguna maniobra —responde con fingida sumisión.

«Ya. Seguro».

—Nico ya está buscando a la pareja que nos falta —asegura Maika—. Todo va rodado.

—En fin. Notificad la llegada al punto de control de Roma en cuanto estéis allí.

—Hecho.

—Y ante cualquier variación en el itinerario…

—Te lanzo un aviso prioritario por la frecuencia interna antes de que te enteres por la megafonía de la terminal o por una reclamación —concluye Maika, con un sutil toque de humor.

Antes de que pueda añadir otra directriz, Nico aparece por el pasadizo de la terminal escoltando a una pareja rezagada.

—Autocar tres completo y verificado —anuncia Nico, resoplando con alivio.

Maika asiente, tachando los nombres en su *tablet*.

—Excelente. Buen trabajo, Nico. —Luego vuelve a clavar sus ojos en mí—. Cuarenta y ocho de cuarenta y ocho. ¿Ves? Controladísimo.

—Entonces, ya os podéis marchar.

Maika se gira hacia las puertas del autocar y alza la voz el tono exacto para imponerse al ruido de los motores.

—Muy bien, grupo tres. Tened las tarjetas listas en la mano y seguid a Nico hasta las escalerillas. Roma lleva en pie dos mil años, así que no se va a mover de su sitio; no necesitamos correr ni alterar el orden de la fila.

Varios turistas se ríen, aliviados. El resto acata la orden sin rechistar. La columna de pasajeros empieza a avanzar hacia el autocar con una fluidez pasmosa que me permite soltar un poco de aire, aunque la tensión me siga latiendo con fuerza.

Gonzalo se aproxima a mi lado en cuanto el autobús cierra las puertas.

—Admítelo de una vez, Müller —dice con cierta diversión.

—No —respondo sin desviar la vista del muelle.

—Ni siquiera te he dicho el qué.

—Me da igual. Mi respuesta sigue siendo negativa.

—Esa mujer sabe lo que se hace.

Miro al frente, observando cómo el autocar tres inicia la marcha hacia la salida del puerto de Civitavecchia. Maika saluda desde la ventanilla del copiloto con una tranquilidad insultante.

—Ya lo estoy viendo —admito a regañadientes.

—Vaya…, eso viniendo de ti, equivale casi a una propuesta de matrimonio —bromea Gonzalo.

—Gonzalo, estás a un comentario de que te mande a revisar los botes salvavidas de la cubierta de paseo bajo el sol —le advierto.

—Vale, vale. Hoy no se permiten licencias humorísticas. Aunque, técnicamente, eso entraba en la categoría de análisis sociológico.

—Pues mételo por el culo —le respondo.

Él sonríe, pero su rostro adopta una seriedad inusual un segundo después.

Durante toda mi carrera he trabajado bajo la misma norma: si una meta importa, tienes que cargarla sobre tus propios hombros. Si algo puede fallar, revísalo hasta que te sangren los ojos. Si la tripulación duda, demuéstrales que eres de hierro. Si los inspectores te subestiman, trabaja el doble. Si pierdes una promoción, la culpa es exclusivamente tuya por no haber previsto la tormenta. La última vez que perdí el ascenso, tuve claro que la culpa estuvo repartida, pero una parte de mí sigue arrastrando aquello como un fracaso personal imperdonable.

Por eso hoy necesito que todo vaya como la seda.

16

Maika

La visita a Roma comienza mejor de lo esperado. Y eso, viniendo de mí, ya es mucho. Porque una parte de mi cerebro siempre reserva una silla vacía para el desastre. Nunca he sido pesimista, pero un desembarco de más de un centenar de personas, coordinando autobuses, horarios apretados, guías locales, un calor asfixiante, y pasajeros que interpretan «solo cinco minutos» como «media hora en una tienda de recuerdos», siempre trae sus revoluciones.

Pero esta vez el día parece darnos tregua. Los pasajeros bajan de los autocares con los teléfonos preparados y los ojos muy abiertos, como niños ante un escaparate lleno de golosinas.

Las primeras horas, nos movemos como un desfile bien preparado, mientras reportamos lo que va pasando en el chat de equipo:

«Grupo tres dividido. Primer subgrupo en ruta hacia la Plaza de San Pedro. Todo en orden.»

No sé si Helen estará leyendo mis mensajes desde la oficina de seguridad del barco. Me la imagino a bordo, erguida con su uniforme, revisando cada aviso, cada hora del itinerario, incluso controlando el reloj de cubierta. Aunque me moleste admitirlo, saber que ella está pendiente de que todo vaya como la seda, me tranquiliza.

—Maika, ¿podemos ir a tomar unas fotos por aquí? —me pregunta una pasajera, señalando una vista preciosa de la plaza.

—Claro que sí —respondo con mi mejor sonrisa de tripulante —, pero sin bloquear el paso y sin perder de vista al grupo. Que el barco no espera a nadie.

Me gusta ver cómo la gente se emociona ante lugares que ha soñado visitar durante años. Me gusta acompañarlos, resolver esos pequeños problemas que surgen y crear calma cuando el mundo se llena de ruido. Me gusta sentir que hago bien mi trabajo, aunque Helen se empeñe en pensar que la animación solo sirve para bailar el *Follow the Leader* en la piscina.

Quizá por eso el día me sabe a revancha. No contra Helen, sino contra sus dudas. Contra mi propia culpa. Contra la frase que se desliza dentro de mí, pinchándome sin cesar. «Somos profesionales, Helen. Siempre lo hemos sido y hoy pienso demostrártelo».

La primera parte del itinerario transcurre con los imprevistos habituales. Un pasajero pierde el ticket y lo encuentra después dentro de la guía de Roma. Una niña llora porque quiere subir a una fuente que, por supuesto, está protegido tocar. Nada grave. Nada que no se resuelva con paciencia, un poco de agua y una sonrisa que no deje entrever cuánto deseas sentarte cinco minutos a la sombra.

A media tarde, mi subgrupo es el último en visitar la cúpula de la Basílica de San Pedro. Los demás pasajeros ya han completado el recorrido y regresan poco a poco hacia el punto de encuentro de los autobuses. Nuestra parte se ha retrasado ligeramente por el control de seguridad de la entrada y por una familia que necesitó reorganizar sus bolsos, cámaras, gorras, botellas y, al parecer, toda su existencia.

Pero seguimos dentro del margen. Quizá con el tiempo un poco ajustado. Pero dentro del margen, a fin de cuentas.

—Recordad —anuncio a las veintiséis personas que vienen conmigo cuando nos acumulamos—: subiremos con calma las escaleras, sin adelantar a nadie y respetando todas las indicaciones del personal. Es un tramo estrecho en algunas zonas, así que nada de prisas.

Algunos se abanican con los folletos. Otros miran hacia arriba, impresionados por la altura, y por esa sensación de entrar en un

lugar donde el tiempo parece haberse estancado.

Los muros del Vaticano acogen un silencio especial. Una solemnidad que se filtra bajo la piel incluso cuando una está más pendiente de contar cabezas que de elevar el espíritu.

La escalera Giuseppe Momo parece enroscarse sobre sí misma sin final a la vista. La gente avanza despacio, con las manos apoyadas en la barandilla; las respiraciones son cada vez más profundas y se puede escuchar alguna que otra risa nerviosa. Yo alterno posiciones, miro hacia delante y hacia atrás, y compruebo que nadie se quede demasiado rezagado.

Todo va bien. Hasta que, por supuesto, deja de ir bien.

Se escucha un sonido seco, un murmullo y una mujer que grita:

—¡Papá!

Me giro tan rápido que casi me golpeo el hombro contra alguien. Un hombre mayor; don Ernesto, se desploma parcialmente contra el lateral de la escalera. No cae del todo porque su hija lo sostiene como puede, pero su rostro está pálido, los labios han perdido su color habitual y tiene los ojos cerrados.

El mundo se estrecha de golpe para mí.

—Dejad espacio —pido de inmediato mientras avanzo hacia ellos—. Por favor, que nadie empuje. Que todo el mundo se quede quieto en su escalón.

Nico está unos escalones más abajo y me mira con los ojos muy abiertos, asustado.

—¿Qué hacemos, Maika? —pregunta.

—Busca al personal de seguridad del Vaticano y avisa de que necesitamos asistencia médica inmediata. ¡Ya! —le indico.

Él asiente y baja con dificultad, pidiendo paso en un italiano torpe pero efectivo. Yo me agacho junto a don Ernesto, mientras su hija tiembla visiblemente.

—Se ha mareado —me explica—. Ha dicho que le faltaba el aire y…

—Tranquila —le respondo con toda la serenidad que consigo reunir—. Vamos a ayudarlo. ¿Tiene alguna condición médica? ¿Toma alguna medicación?

La mujer empieza a responder entre lágrimas: hipertensión, pastillas, el calor, el cansancio del viaje… Yo escucho con atención, asiento y repito mentalmente cada dato para transmitírselo luego al servicio médico. Saco el teléfono corporativo y veo que no tengo cobertura. Muevo el brazo hacia un lado, como si pudiera negociar con las gruesas paredes de piedra vaticanas. Nada. Un símbolo vacío. Ni una sola línea.

—No, no, no… mierda —susurro para mí.

Intento llamar a Helen o mandarle un mensaje. Pero fallo estrepitosamente.

Esto no puede estar pasándome a mí. Joder. No, no y *no*. No cuando Helen espera tiempos exactos, actualizaciones y confirmaciones antes de dar la orden de salida en el puerto de Civitavecchia. No cuando su confianza en mí pende de un hilo tan fino que casi puedo oír cómo se rompe.

El personal del Vaticano llega al cabo de unos minutos que se sienten eternos. Después aparecen los sanitarios, y rápido, se activa el protocolo de evacuación médica. Nos indican que nadie puede subir ni bajar, y la escalera queda totalmente bloqueada mientras atienden a don Ernesto y organizan la extracción segura en camilla.

—¿Cuánto va a tardar? —pregunto en inglés a uno de los responsables.

Un gendarme me responde con amabilidad: «Lo necesario». Odio esas dos palabras. Lo necesario puede ser diez minutos o puede ser el principio de mi ruina y un informe de abandono de puesto.

Informo al grupo con la mayor calma posible:

—Vamos a quedarnos aquí hasta que el equipo médico termine de evacuar a don Ernesto. Que nadie se mueva de su sitio salvo que se lo indiquen. El pasajero está en buenas manos y en cuanto nos den paso saldremos todos juntos.

—Pero... ¿perderemos el autobús de regreso al puerto? —pregunta alguien con lógica preocupación. Si el barco zarpa, quedarse en Roma es una pesadilla de miles de euros.

Sonrío, aunque no sé muy bien cómo.

—Somos una excursión oficial del barco, nadie se va a quedar en tierra, os lo garantizo. Vamos a solucionarlo. Lo importante ahora es que don Ernesto reciba la atención que necesita.

La hija del hombre me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho, de verdad. Estamos estropeando la excursión de todos.

Niego con la cabeza y le dejo una caricia en el brazo.

—No tienes nada que sentir —le digo, regalándole un apretón en la mano después—. Para eso estamos aquí.

Y lo digo de verdad. El trabajo a bordo no consiste solo en cumplir horarios y sonreír en el *lounge* cuando todo va sobre ruedas. También se trata de sostener a la gente cuando algo sale mal en mitad de un país extranjero. Eso lo sé. Lo creo y lo defiendo con convicción. Pero mi teléfono sigue sin cobertura. Y Helen no sabe nada. Estará pensando lo peor de mí.

Los minutos se convierten en una masa densa y pegajosa. Algunos pasajeros se sientan en los escalones cuando se les permite. Otros murmuran entre ellos. Una mujer reza en voz baja. Nico, que ha conseguido volver a mi lado, me ayuda a mantener al grupo tranquilo, mientras, reparte agua cuando el personal lo autoriza y vigila que nadie más sufra un golpe de calor.

Yo miro la pantalla del teléfono cada treinta segundos.

—Maika —me dice Nico, acercándose—, esto no depende de ti. Ha sido por fuerza mayor.

Lo miro. Pobre Nico. Tan joven y tan optimista. Todavía no sabe cómo se las gastan los jefazos.

—Cuando Helen me arranque la cabeza y me mande a casa en el próximo puerto, recuérdale eso —respondo con ironía.

—Seguro que no lo hará —instintivamente intenta tranquilizarme.

—Tú no conoces a Helen cuando las cosas se salen del procedimiento.

Hemos pasado como media hora bloqueados en la escalera del Vaticano y cuarenta y cinco minutos más rellenando el informe oficial de incidentes. Casi dos horas imaginando a Helen mirando el reloj de la terminal, apretando la mandíbula y pensando exactamente que he vuelto a demostrar que es una irresponsable.

Cuando nos avisan de que don Ernesto ya está estable y en la ambulancia rumbo al hospital, la noticia me devuelve algo de aire. Pero no el suficiente, porque en cuanto salimos al exterior, Roma nos golpea con todo su ruido, su calor y su caos. La Plaza de San Pedro se extiende ante nosotros inmensa, brillante, plagada de turistas, guías y banderas. Mi teléfono recupera la señal de pronto y empieza a vibrar como si quisiera vengarse por este eterno silencio.

Tengo decenas de mensajes, y llamadas perdidas. De Leo, de la mesa de Excursiones, de la centralita del barco. Y de Helen. Muchas de Helen.

Trago saliva.

—Vale, equipo —anuncio al grupo, tragándome los nervios—. Vamos juntos hacia el punto de encuentro de los autocares. Tenemos que seguir todos juntos. Nico, cierra la fila y que no se descuelgue nadie.

—Hecho —responde con decisión.

Avanzamos lo más rápido que podemos entre la multitud. Pero Roma, cuando decide ponerse en contra, lo hace con verdadero arte. Porque delante de nosotros aparece una calle cortada, un flujo

imposible de turistas y semáforos en rojo eternos. Cada minuto que pasa se transforma en una piedra que me hace tropezar y desestabiliza todo mi optimismo.

Y la puntilla llega cuando alcanzamos la zona de estacionamiento, con el espacio está vacío.

—¿Y los autobuses? —pregunta una niña a mi espalda.

Miro a lo lejos y distingo las matrículas de nuestros autocares alejándose por la avenida principal. Durante un segundo mi cerebro se niega a procesar la imagen. Pero eso es exactamente lo que está pasando. Veo el móvil y leo que los conductores han tenido que abandonar la zona de carga debido a las restricciones de la policía local de Roma. No pueden quedarse parados bloqueando San Pedro.

«Mierda, ¡joder!». Vale, vale, tengo que pensar.

Nos hemos quedado en mitad de Roma. Veinticuatro pasajeros, Nico y yo. Consumiendo los últimos minutos antes de que el barco tenga que cerrar las pasarelas en Civitavecchia sin incidencias, retrasos y multas estratosféricas.

—Oh, Dios santo. ¿Y ahora qué hacemos?

El pánico se extiende como una chispa entre los pasajeros.

—No puede ser.

—¿Va a zarpar el barco sin nosotros?

—¿Quién nos lleva ahora?

Levanto ambas manos para captar la atención del grupo.

—Escuchadme todos, por favor —digo proyectando bien la voz —. Nadie va a perder el barco. Las excursiones oficiales están protegidas y el barco sabe que estamos aquí. Vamos a quedarnos juntos a la sombra de aquellos árboles, mientras coordino el regreso ahora mismo.

Ante ellos mantengo la calma, en cambio, mi estómago acaba de tirarse al vacío desde lo alto de la cúpula.

Me alejo unos pasos sin perderlos de vista y marco el número directo de Helen. Cada pitido me arranca una capa de orgullo. Cuando contesta, su voz llega seca, tensa y afilada.

—¿Tanto te costaba seguir los tiempos de la escala, Maika? El capitán está pidiendo el manifiesto de salida.

Cierro los ojos un instante y suelto un suspiro, apretando el teléfono contra la oreja. Podría defenderme. Podría recordarle a gritos que yo no he provocado el desmayo de un pasajero, que no tengo superpoderes para atravesar muros de piedra y que los protocolos de emergencia del Vaticano van por encima de sus malditos horarios de navegación. Podría decirle que llevo dos horas conteniendo los nervios de veinticuatro personas, intentando no perder la cabeza mientras solo pensaba en ella. Pero no tenemos tiempo para lamernos las heridas.

—Un anciano ha sufrido un síncope —respondo, y mientras me aprieto el puente de la nariz—. Han tenido que llevárselo en ambulancia y no había cobertura dentro de la estructura. No es momento de buscar culpables, Helen. Dime que tienes un Plan B para llevar a toda esta gente de vuelta al puerto antes de que nos metamos en problemas.

Siento cómo su respiración cambia a través del auricular, cómo reorganiza el mundo en su cabeza cuadrada, cómo aparta el reproche y la rigidez para dejar paso a la acción. Esa es Helen. Dura, injusta a veces, insoportable casi siempre… pero jodidamente brillante cuando estalla el caos.

—Siempre tengo un Plan B, Maika —me recuerda, y por un instante, las rodillas se me alfojan—. Es lo que tiene no fiarse de nada, ni de nadie. Escúchame bien porque esto es lo que vamos a hacer…

17

Maika

—Lo que vamos a hacer es contactar con la agencia receptiva local de Shorex en Roma y desviar uno de los autobuses de refuerzo para que os recoja en un punto seguro.

La voz de Helen llega al otro lado del teléfono con esa calma que solo ella consigue fabricar cuando todo está a punto de arder. La imagino de pie en la oficina de seguridad del barco, con la carpeta bien apretada contra el pecho, los ojos fijos en el sistema de monitorización y su mandíbula marcada por el esfuerzo de no gritarme. Aunque una parte de mí quiere agradecerle que procese la información con tanta rapidez; la otra desea cruzar la línea telefónica y sacudirla por los hombros hasta que comprenda el infarto que estoy viviendo en directo.

—¿Desviar un autobús? Sabes que la entrada a la autopista de Civitavecchia se convierte en una ratonera a esta hora, ¿verdad? —respondo, esquivando a un grupo de turistas—. Nos comeríamos el atasco entero.

Miro a mi alrededor. La Plaza de San Pedro se ha convertido en un hervidero. A mi lado, Nico está tan pálido que parece haber visto su propio contrato laboral desfilar hacia el fondo del Mediterráneo. No deja de hacerme muecas exageradas, abrir mucho los ojos y señalar el móvil con desesperación, como si no entendiera que, si pudiera resolver una crisis marítima con gestos teatrales, ya estaríamos a bordo con una bebida fría en la mano en el puente de observación.

Tapo el auricular con la palma de la mano y lo fulmino con la mirada.

—¿Quieres que sea yo quien acabe en la enfermería del barco por culpa de tus nervios? —le espeto.

Nico niega con la cabeza de inmediato, aterrado.

—Bien —suspiro—. Pues cierra el pico un segundo.

Vuelvo al teléfono con el corazón latiéndome en la garganta.

—Helen, escúchame con atención…

—Te estoy escuchando, Maika.

—No, estás calculando cuántos informes desfavorables me vas a clavar mientras finges que me escuchas. Hay una diferencia enorme.

—Maika, por favor. No tenemos margen. El capitán ya está pidiendo el manifiesto de tripulación y pasajeros para cerrar la pasarela.

—Escucha —la interrumpo, doblando la esquina a paso ligero —. La Plaza de San Pedro queda a solo diez minutos andando de la estación de tren Roma San Pietro. Si consigo meter a todo el grupo ahí, podemos tomar el Regional Veloce directo a Civitavecchia. Nos saltamos el tráfico de Roma, las entradas colapsadas al puerto y la remota posibilidad de que el conductor del autobús decida que hoy es el día perfecto para jubilarse. ¿No te parece?

Se produce un silencio al otro lado de la línea. ¿La habré matado de un pasmo?

—¿Pretendes cruzar la vía pública con veinticuatro pasajeros del barco a contrarreloj? —pregunta Helen, claramente incrédula.

—No es toda Roma, Helen. Son cuatro calles. Y por si no has mirado el reloj de cubierta, es bastante urgente —contesto, intentando mantener el control—. Sé que es un plan desesperado, pero también es brillante. Mis dos mejores versiones salen a la luz cuando todo se tuerce —ironizo.

A mi alrededor, varios pasajeros comienzan a murmurar con inquietud al ver que los autobuses oficiales ya no están en la

explanada. Me giro hacia ellos y levanto una mano, forzando mi mejor proyección de voz de animadora.

—¡Escúchame todos, por favor! Vamos a dar un pequeño paseo constitucional hacia la estación de tren Roma San Pietro. Está aquí mismo. Necesito que caminemos juntos, en bloque, sin separarnos, sin detenernos a hacer fotos y, por lo que más queráis, sin comprar nada que tenga forma de Coliseo o de Papa sonriente. ¿De acuerdo?

—Pero... ¿vamos a llegar a tiempo antes de que zarpe el barco? —pregunta un hombre, con la voz tomada por la ansiedad.

Sonrío con toda la seguridad que logro reunir, como si tuviera el timón del crucero en mis manos. ¿Es que no leen la información cuando reservan los cruceros o qué?

—Por supuesto. —Estiro una sonrisa—. Nadie se va a quedar en tierra, os lo garantizo.

No añado un «siempre que nadie se caiga o se despiste», porque intuyo que eso no ayudaría a la moral del rebaño.

Helen vuelve a hablarme por el auricular, su tono ha cambiado; ahora es el de la oficial de seguridad analizando los posibles riesgos.

—Necesito que me confirmes el recuento exacto ahora mismo.

—Veinticuatro pasajeros, Nico y yo —respondo con claridad, arrastrando los pies por el pavimento—. Me he quedado con los datos de contacto de la hija de don Ernesto y Nico ya ha pasado el reporte a la mesa de asistencia en tierra. Mi prioridad absoluta ahora es sacar al resto de aquí. Sanos, salvos y a tiempo.

—De acuerdo —dictamina Helen. Escucho el tecleo rápido de su ordenador de fondo—. Modifico el plan. Voy a coordinar que la agencia portuaria os espere con un autobús lanzadera en la misma terminal de tren de Civitavecchia para moveros directos al muelle en cuanto bajéis.

Aquí está Helen en su pura esencia. Y por primera vez desde que vi los autobuses desaparecer, siento que vuelvo a tener suelo firme bajo los pies.

—Perfecto. Yo compraré los billetes de todo el grupo en cuanto lleguemos a la taquilla.

—No los pierdas de vista ni un segundo, Maika. Si me falta una sola tarjeta de embarque al cruzar la pasarela, tendremos un problema muy serio.

—Gracias por el consejo, de verdad. Pensaba soltarlos por la Vía de la Conciliación y desearles buena suerte en sus vidas —ironizo.

—Ni se te ocurra bromear con eso hoy. ¿Estamos?

Me muerdo la lengua. Literalmente. Porque si digo lo que pienso en este momento, el Vaticano nos excomulga a las dos.

—¡Grupo tres, mantened el ritmo! Nico, cierra la marcha. Que nadie se descuelgue.

La expedición arranca como puede. No somos elegantes, ni discretos. Somos un pelotón turístico con pegatinas del barco en el pecho, mochilas, sudor y ojos de pánico, atravesando las calles adoquinadas mientras yo lidero la marcha con el móvil pegado a la oreja y una sonrisa profesional que empieza a darme calambres en las mejillas.

Roma es hermosa incluso cuando te está arruinando la carrera. Las fachadas ocres brillan bajo el sol de la tarde, las motos pasan rozando los bordillos a una velocidad absurda y las terrazas desprenden un aroma criminal a pasta fresca y café expreso. Una pareja se besa apasionadamente junto a una esquina, ajena por completo a que mi estabilidad mental depende de un horario de embarque marítimo. Qué bonito, qué romántico y qué ganas de pedirles que se quiten de en medio porque *nos están bloqueando media puta acera*.

—¿Cómo vais? ¿Dónde estáis exactamente? —insiste Helen.

—Caminando —respondo, y la oigo resoplar al otro lado—. ¿Qué quieres que te diga, Helen? ¿Los nudos a los que marchamos? Por Dios, que estamos en plena calle.

—Solo quiero saber si avanzáis a buen ritmo.

Miro hacia atrás sobre mi hombro. Nico intenta animar a un matrimonio mayor que ya arrastra los pies, y el resto del grupo avanza como una peregrinación militarizada bajo un sol de justicia.

—Vamos bien —digo, apretando el paso—. No tenemos la gracia de una gacela, pero avanzamos.

Treinta segundos después, vuelvo a escuchar su voz.

—¿Y ahora?

—En un callejón romano. Con adoquines infernales, turistas por todas partes —suelto con ironía—. Helen, me estás metiendo una presión insoportable. Como vuelvas a decirme algo en los próximos tres minutos, te juro que los suelto a todos en la Fontana y pido el finiquito.

—Atrévete a hacer algo así y te lanzo por la borda yo misma en cuanto pises la cubierta.

—Pues búscate una tila, un baño de barro o lo que sea que use la gente cuadriculada para relajarse. ¡Joder!

El silencio cae de golpe. Y no solo a través de la línea. También a mi alrededor. Varios pasajeros de la fila delantera se giran para mirarme, incluidos dos niños que abren los ojos como platos, como si acabaran de descubrir que las coordinadoras de animación del barco también saben jurar en arameo.

Sonrío de inmediato, transformando mi rostro en pura dulzura.

—Todo va bien, seguimos disfrutando de la ruta de forma… dinámica —le aseguro a Helen.

Nico se lleva una mano a la cara, arrastrando los dedos por la vergüenza mientras Helen, al otro lado, inspira hondo.

—¿Has dicho eso delante de los pasajeros?

—No sé de qué me hablas. Aquí todo el mundo está viviendo una experiencia cultural intensa y memorable —susurro, metiéndome ya en el vestíbulo de la estación—. Helen, estoy moviendo a veinticuatro personas, con ancianos incluidos, hacia un andén en tiempo récord. Si se me escapa una palabrota, la metes en el informe de incidencias, me descuentas el bonus de la escala y en paz.

—No quiero descontarte nada, Maika —su voz baja un tono, perdiendo la rigidez de antes—. Solo quiero que lleguéis al muelle. Sanos y salvos.

Durante un segundo, mientras esquivo las vallas de la entrada, percibo una pequeña grieta. Una preocupación real y humana. Preocupación… por mí.

Y mi pecho, que es un traidor de categoría, decide ablandarse en mitad del caos.

—Vamos a llegar —le aseguro.

—Más te vale —responde ella.

Sonrío a pesar del sudor y la prisa.

—Eso ha sonado casi cariñoso.

—No te acostumbres, coordinadora.

Llegamos al vestíbulo de Roma San Pietro con la respiración entrecortada y la dignidad por los suelos. Las baldosas de la estación me parecen la antesala del paraíso. Los pasajeros entran detrás de mí entre jadeos y miradas ansiosas hacia las pantallas de salidas.

—Nico, recuento rápido. Ya.

Él empieza a señalar cabezas con un dedo tembloroso.

—Uno, dos, tres…

Yo corro hacia las máquinas expendedoras de billetes, intentando descifrar la interfaz. Regional Veloce hacia Civitavecchia. Salida en cuatro minutos. Tiempo de trayecto: cuarenta y un minutos. Bendito ferrocarril italiano.

—Helen, tenemos un Regional Veloce en el andén —informo por el manos libres—. Tarda cuarenta minutos. Si lo pillamos, ganamos el día.

—Sacad los billetes ya. No lo dejes escapar.

—Eso intento, jefa del universo, pero la máquina va lentísima.

—Usa la tarjeta de crédito corporativa. Si no te lee el código del grupo, saca billetes individuales, lo que sea más rápido. Lo importante es que estéis en ese vagón.

—Entendido.

Saco la tarjeta de emergencias del bolsillo con los dedos húmedos. Introduzco los datos en la pantalla táctil y la máquina se toma una eternidad que probablemente dura solo siete segundos. Justo cuando estoy a punto de pegarle un puñetazo al cristal, la ranura empieza a escupir una tira interminable de billetes. Y al segundo, casi le planto un beso a la máquina.

—Los tengo —anuncio, recogiéndolos al vuelo. Miro a Nico—. ¿Están todos?

Nico levanta el pulgar, con el color recuperado en las mejillas.

—Grupo completo, Maika.

—Bien —interviene Helen desde el otro lado—. El autobús de la agencia portuaria ya está notificado. Os esperará en la salida de la estación de Civitavecchia con el motor en marcha. El oficial de guardia ya sabe que vais justos, así que mantendrán la pasarela Alfa abierta solo para vuestro grupo. No dejes que nadie se despiste al bajar del tren, Maika.

Mi paciencia, que ya venía en reserva desde la crisis de la cúpula, decide evaporarse por completo, me giro de espaldas al grupo para que ningún pasajero me oiga y suelto:

—¡Que sí, Helen! ¡Sé perfectamente cómo hacer mi puto trabajo!

Nico vuelve a abrir los ojos como platos.

—Tú no has oído nada.

—Soy sordo desde que salimos del Vaticano —promete, asintiendo con energía.

Al otro lado del teléfono, se hace un silencio sepulcral.

—Maika —dice ella, con una lentitud que me hiela la sangre.

—Lo siento —respondo antes de que mi orgullo lo impida. Me quedo quieta en mitad del vestíbulo, con el fajo de billetes en una mano y el móvil pegado a la oreja—. Lo siento, Helen. Estoy nerviosa, ¿vale? Y tengo a un montón de cruceristas mirándome como si yo tuviera el poder de detener un barco de cien mil toneladas con las manos.

Helen respira hondo al otro lado de la línea.

—Lo sé. Sube a ese tren. Ya hablaremos a bordo.

—¿Me vas a echar la bronca?

—Sube al tren.

—Voy.

Me giro hacia el grupo, agitando los billetes en el aire.

—¡Atención! Tenemos los pasajes. Todos hacia el andén. Este tren nos dejará directos en Civitavecchia y allí nos espera un transporte privado directo a la misma pasarela del barco. ¡Llegamos a tiempo!

No sé si tengo derecho médico a prometerlo, pero a veces una mentira piadosa con total seguridad es lo único que mantiene a un grupo de turistas en pie.

Nada más entrar, los pasajeros se desploman en los asientos, abanicándose con los folletos turísticos del Vaticano. Nico se sienta dos segundos, pero vuelve a levantarse de inmediato, incapaz de contener la adrenalina.

Por primera vez en tres horas, siento que la jornada deja de pelear contra nosotros.

Me apoyo contra la puerta del vagón, manteniendo la vista fija en el grupo. A través de la ventanilla, los suburbios de Roma empiezan a deslizarse hacia atrás a toda velocidad. Y unos minutos después, Helen vuelve a llamar.

—¿Cómo estás? —pregunta, justo cuando el tren supera la mitad del recorrido.

La pregunta me pilla por sorpresa. Miro mi reflejo en el cristal de la ventanilla: llevo el pelo deshecho, la acreditación torcida y los ojos agotadísimos. Una estampa maravillosa.

—Entera —le contesto—. Que ya es un milagro.

Helen tarda un instante en responder, y noto el peso de su alivio a través de la línea.

—Bien.

El trayecto pasa volando y dura una eternidad al mismo tiempo. Cuando el tren frena por fin en la estación costera de Civitavecchia, la tensión me vuelve a cerrar el estómago.

—Ya estamos en el andén —le digo al teléfono.

—Salid directos por el vestíbulo principal. El conductor de la lanzadera está en la puerta con un cartel de la naviera y acreditación de seguridad. Os meterá en el recinto portuario en tres minutos. Moveros.

—Tres minutos es lo que me queda de vida antes de desmayarme yo también.

—Muévete de una vez, Maika, y déjate de tonterías.

—A sus órdenes, mi oficial.

Bajamos del vagón como una marea compacta. El autobús lanzadera se planta delante con las luces de emergencia encendidas y el conductor haciéndonos señas. Helen ha cumplido. Por supuesto que ha cumplido. Ella siempre tiene un Plan B. «Es lo que tiene no fiarse de nadie», me repito. La frase me vuelve ahora con un matiz

completamente distinto. Me dolió cuando la soltó en cubierta, pero hoy, esa maldita desconfianza nos ha salvado la vida.

El autobús atraviesa los controles de seguridad del puerto a toda velocidad y, de pronto, el barco aparece ante nosotros. Enorme, blanco, imponente, recortándose contra el cielo de la tarde. Las sirenas de aviso de embarque están sonando por los altavoces.

Los pasajeros bajan a toda prisa, pasando sus tarjetas por el escáner de la pasarela y cuando por fin cruzo la línea de la pasarela y piso el suelo del interior del barco, las piernas me tiemblan tanto que amenazan con fallarme. Me apoyo contra el mamparo del pasillo, dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—Dios… Ha sido el peor día de mi vida entera en esta naviera.

18

Helen

Estoy a dos pasos de Maika cuando todo mi cuerpo parece rebelarse contra sí mismo. Una parte de mí arde con el impulso de abalanzarme sobre ella aquí mismo y soltar toda la tensión acumulada en una reprimenda monumental por el caos que ha provocado. La otra, mucho más traicionera, solo desea abrazarla con fuerza —además de besarla hasta el cansancio— para comprobar que está entera. Esa segunda opción, por supuesto, queda completamente descartada y enterrada bajo mi uniforme.

La observo apoyada contra el mamparo del pasillo interior, con la cabeza echada hacia atrás, la chaqueta del uniforme arrugada como si hubiera dormido con ella puesta y el pelo escapándose de la coleta en mechones rebeldes. Está exhausta, y no me extraña nada. Mientras tanto, los turistas avanzan hacia los ascensores centrales, murmurando entre el agotamiento y el alivio.

El barco está a punto de largar cabos y yo sigo sintiendo la adrenalina disparada.

Maika abre los ojos y me ve. Quiero decirle que lo ha hecho bien, que ha sido brillante. Quiero preguntarle si está bien de verdad. Y a la vez, quiero exigirle un informe detallado lo ocurrido. Quiero… No sé qué quiero exactamente. Y odio no tener el control de mis propios pensamientos.

Doy un paso más hacia ella, apretando la carpeta contra el pecho para frenar el temblor de mis manos.

—Maika… —murmuro.

Ella se incorpora apenas, tensando los hombros como si se preparara para recibir el impacto de mi bronca.

—Si vas a gritarme… —responde, y levanta una mano para frenarme—, te pido que me des cinco minutos para elegir un sitio más cómodo contra el que desplomarme después.

Abro la boca para contestar, debatiéndome entre el reproche reglamentario y una pregunta demasiado blanda que me delataría. Pero no llego a hacer la elección.

—Disculpad —interviene una voz masculina a nuestra espalda.

Un hombre se adelanta desde el flujo de pasajeros que acaba de cruzar el control. Hasta ese momento me había parecido uno más: pantalón claro, camisa de lino arrugada por el viaje, gafas de sol colgadas del cuello y una mochila al hombro. El aspecto típico de un crucerista tras una excursión asfixiante en Roma. Pero entonces mete la mano en el bolsillo interior y nos muestra una credencial.

Mi estómago da un vuelco.

La tarjeta lleva el logotipo dorado de la corporación y el distintivo de acceso total a áreas restringidas del barco.

—Soy Arturo Valdés, auditor de operaciones de la flota —se presenta con una parsimonia que me resulta ofensiva dada la urgencia de lo que acaba de pasar—. Y creo que esta conversación debería continuar en un área privada.

Maika parpadea, completamente descolocada. Yo me quedo de piedra. Creo que, si permito que mis músculos se relajen un milímetro, me caeré al suelo.

—¿Perdone? —pregunto, aunque mi cerebro de oficial ya ha procesado la categoría de la credencial.

El hombre gira la tarjeta para que apreciemos el sello holográfico.

—Viajaba de incógnito en el autocar de la excursión. Como pasajero de observación. Y no era el único mando de la compañía presente en el grupo.

Su compañera aparece al instante. La reconozco de inmediato: pelo corto, vestido azul marino, una de las pasajeras que

se sentó en la sección de babor durante la cena de gala. Una de esas personas que miran mucho, hablan poco y analizan los estándares de servicio sin levantar sospechas. En cuanto se planta frente a nosotras, saca su propia identificación corporativa.

—Julianne Ferguson —añade—. Dirección de experiencia a bordo y evaluación de mandos.

El pasillo de embarque parece encogerse a nuestro alrededor. Siento que el aire acondicionado empieza a congelarme la nuca. Maika se queda muy quieta a mi lado. Por primera vez en todo el día, no la oigo ni respirar.

—¿Estaban infiltrados en el crucero? —consigue articular ella.

Julianne esboza una sonrisa e inclina la cabeza.

—Preferimos el término «auditoría de calidad en condiciones reales».

—Claro —replica Maika con una mueca irónica—. Porque decir «infiltrados» suena demasiado a película de espías y desentona con los folletos del club de pasajeros VIP.

Arturo no se inmuta, pero Julianne mantiene esa sonrisa analítica que tanto tememos los oficiales de a bordo. Yo soy incapaz de gesticular; tengo la garganta seca.

—¿Desde cuándo están a bordo? —pregunto, obligándome a mantener la compostura.

—Embarcamos en Marsella —informa Arturo—. Hemos estado monitorizando la coordinación interdepartamental en los desembarques de las escalas previas. Hoy tocaba evaluar la gestión de posibles contingencias en Roma y hemos tenido oportunidad de ver la resolución de esta última… incidencia.

Minutos de asfixia en una escalera del Vaticano, papeleo de emergencia con la gendarmería local, veinticuatro cruceristas en vilo, un tren tomado a la carrera y un regreso al muelle con las sirenas del barco reclamando nuestra salida. Todo resumido en un concepto limpio, de oficina, sin rastro de sudor ni de la angustia que me ha

oprimido el pecho mientras esperaba que Maika apareciera delante de mí.

—Debemos reunirnos de inmediato —dictamina Julianne—. Subamos a la sala de juntas de la cubierta de oficiales.

Observo a Maika. Ella me clava una mirada rápida, cargada de una vulnerabilidad que rara vez se permite mostrar. Hay demasiada historia sin resolver entre las dos como para que quepa en este pasillo.

—Acaba de llegar de tierra —intervengo antes de que mi cabeza sopese las consecuencias de contradecir a un auditor—. Mi compañera necesita unos minutos para pasar por su camarote. Al menos, refrescarse un poco.

No sé por qué la protejo ante los ojos de la cúpula directiva. O quizá sí lo sé, pero me aterra admitirlo. Maika me mira de reojo, descolocada, y esa sorpresa me escuece más que cualquier pulla que haya podido tirarme.

Arturo niega, implacable.

—Lo siento, oficial. El informe debe redactarse antes de que el barco salga de aguas territoriales.

—Entendido.

Caminamos hacia los ascensores de servicio en silencio. Maika camina a mi lado, con los hombros caídos y la mirada fija en las planchas del suelo. Yo no puedo evitar analizar cada detalle de ella. Sus manos rígidas, la marca roja que le ha dejado la correa del bolso en la muñeca, los mechones sueltos sobre su cuello.

Me obligo a clavar los ojos al frente mientras subimos de cubierta.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —murmuro casi para mí misma.

Maika suelta una risa amarga que se corta de inmediato.

—Si lo descubres, me avisas. Yo todavía estoy intentando decidir si he sobrevivido a Roma o si esto es una alucinación por culpa de la deshidratación.

La sala de juntas de la cubierta de oficiales está demasiado iluminada, demasiado fría y con ese olor a cera y limpieza tan característico de las zonas de mando. Una mesa de caoba ovalada, cuatro sillas de piel, las pantallas de navegación apagadas y el rumor sordo de los motores del barco cobrando vida de fondo. Julianne y Arturo nos indican nuestros asientos. Maika se deja caer en la silla, aunque endereza la espalda al instante. Yo me siento a su lado, adoptando la postura rígida que dicta el protocolo.

Arturo despliega una *tablet* sobre la mesa y Julianne entrelaza las manos con parsimonia.

—Antes de analizar los procedimientos —empieza ella—, os informamos de que el pasajero evacuado en el Vaticano está estabilizado en el centro médico de Roma. El equipo de asistencia en tierra de la naviera ya se ha hecho cargo de su alojamiento, la gestión del seguro médico y los billetes para reincorporarse al crucero en el próximo puerto si recibe el alta.

Veo de reojo cómo Maika cierra los ojos y expulsa todo el aire que retenía en los pulmones. Ese alivio ajeno me golpea el pecho con fuerza.

—Gracias —alcanza a decir Maika.

—Bien —continúa Arturo, tecleando en su pantalla—. Centrémonos en el desarrollo de los acontecimientos tras la pérdida de cobertura.

Todos mis sistemas de defensa se activan por reflejo.

—Lo ocurrido… —intervengo—, es que en cuanto la coordinadora restableció el contacto al salir a la plaza, se reestructuró la logística portuaria desde el barco y se aseguró la llegada del grupo completo antes del cierre definitivo de la pasarela de embarque.

Julianne me estudia con ojos clínicos.

—Eso consta en el minutado de la terminal, oficial —admite—. El grupo cruzó el escáner a tiempo.

—Por lo tanto, hemos demostrado que todo ha funcionado como debería —concluyo.

Maika gira la cabeza hacia mí. Noto su desconcierto ante el hecho de que use el plural para defendernos.

Arturo apoya los antebrazos en la mesa, y clava su mirada en la mía.

—El resultado ha sido óptimo, Helen. Pero pudo no haber pasado así y costarnos un dineral, por no hablar de las quejas y denuncias de los pasajeros que llegarán. Porque seguro que llegarán.

La frase me escuece porque da en el blanco exacto de mis propios miedos. Llevo todo el rato calculando el precio de lo ocurrido.

—Cada operación en tierra tiene un margen de riesgo —replico—. Para eso estamos lo mandos.

—Y para eso evaluamos qué sucede cuando los protocolos no sirven para nada —sentencia Julianne con una calma gélida.

Maika se inclina hacia delante, y apoya los codos en la mesa.

—Con todo el respeto. Cuando un señor de setenta años se desploma en una escalera de caracol de sesenta centímetros de ancho, el manual de procedimientos de la naviera sirve de bastante poco para evitar que el grupo entre en pánico o para negociar con la Gendarmería del Vaticano.

Julianne, lejos de molestarse, asiente con lentitud.

—Exactamente, Maika. A eso queríamos llegar.

Siento la confusión atenazarme. Arturo desliza un dedo por su pantalla y carraspea.

—Esta inspección ha revelado dos factores críticos para la central de operaciones. El primero: la capacidad de improvisación y el liderazgo orgánico de la coordinadora en tierra. Mantener la calma de un grupo de cruceristas en una estación de tren extranjera, resolver la compra de billetes bajo presión y dar con una ruta de escape brillante en tiempo real.

Maika no responde, pero percibo el cambio drástico en su respiración. En mi propio pecho se desata una tormenta donde se mezclan el alivio, un ramalazo de envidia y un temor que no sé dónde colocar.

—El segundo factor —añade Julianne, mirándome a mí—: la flexibilidad de la oficial a bordo. Su capacidad para procesar un plan heterodoxo propuesto desde tierra, movilizar los recursos del puerto de Civitavecchia en tiempo récord y, sobre todo, no bloquear la iniciativa de su compañera por un exceso de celo burocrático.

Trago saliva, sintiendo el cuello del uniforme apretándome la garganta. Maika baja la vista hacia sus dedos entrelazados y yo fijo la mirada en la mesa. Si la miro ahora, me romperé.

—La compañía no busca personas autómatas que sigan un código de barras —explica Arturo—. Buscamos directivos capaces de gestionar las crisis cuando el manual se vuelve inservible.

—Ha realizado un trabajo impecable bajo presión, Maika —concluye Julianne con una calidez genuina.

Maika levanta la cabeza despacio, asimilando las palabras.

—Gracias —dice, con una sencillez que me encoge el corazón.

Siento una punzada de culpa en el pecho. Yo debería haber sido la primera en decírselo. Debería haberla valorado, pero me quedé muda y sin saber qué decir cuando la tuve delante. Dios, es que a veces soy insufrible hasta para mí misma.

—Helen también lo ha hecho —suelta Maika de pronto.

La miro de inmediato, pero ella evita mi contacto visual. Mantiene los ojos fijos en los auditores, defendiendo la posición

como si fuera un mero apunte de inventario.

—Si el departamento de seguridad no hubiera presionado a la agencia portuaria para tener esa lanzadera con el motor en marcha en la estación de Civitavecchia, mi plan habría terminado con todos nosotros viendo cómo el barco se alejaba desde el muelle. Trabajamos en equipo.

Me quedo inmóvil en la silla.

Julianne esboza una leve sonrisa.

—Somos plenamente conscientes de ello. Hemos visto la interacción entre ambos departamentos.

Arturo bloquea la *tablet* con un chasquido que rompe la atmósfera.

—Y es precisamente por esa alta competencia entre ambas que debemos poner las cartas sobre la mesa.

Algo en su cambio de tono enciende mis alarmas. Mi instinto detecta el peligro antes que mi cabeza.

—Debido a unos cambios de última hora, el comité os ha seleccionado a ambas como las dos candidatas para el nuevo puesto directivo. A partir de este momento, entráis en fase de evaluación. Creemos que a usted en concreto, Maika, se le queda corto el cargo de coordinadora de animación.

El rumor de los motores parece apagarse de golpe. Mi objetivo. La meta por la que he sacrificado horas de sueño, relaciones personales y años de vida intentando ser la trabajadora más perfecta de la flota para que nadie pudiera cuestionar mi capacidad, se convierte en una competición y con Maika como mi rival directa.

Algo oscuro y muy antiguo revuelve mi estómago. Es exactamente la misma dinámica de nuestro último crucero juntas, cuando la ambición, la atracción, los errores de cálculo y la culpa lo emponzoñaron todo hasta volverlo insostenible.

No. No puedo permitirme tropezar en la misma piedra.

—Si eso es lo que han decidido, lo acepto —respondo y fuerzo la voz.

Maika se recuesta en su asiento, cruzándose de brazos.

—Qué oportuno —murmura con una amargura que no intenta esconder.

Julianne la observa.

—La corporación es consciente de que entre vosotras existe un historial de fricción interdepartamental. Así que os pedimos la mayor profesionalidad.

Mi espalda se tensa. Dudo mucho que la oficina central tenga la menor idea de lo que realmente ocurrió y ocurre ahora entre nosotras.

—Siempre lo somos —responde Maika antes de que yo lo haga—. A pesar de nuestras diferencias, conseguimos que todo salga bien.

—Sí. La improvisación del equipo de animación siempre camina sobre la marcha, y aunque se rompan algunos protocolos de seguridad por el camino, nuestras diferencias nunca han mermado el rendimiento operativo del buque —respondo de forma mecánica, casi defensiva.

Arturo asiente con gravedad.

—Esperamos que siga siendo así, oficial Müller.

Maika suelta una risa seca.

—Por supuesto. No hay nada mejor para resolver los asuntos pendientes entre dos personas que ponerlas a pelear por la misma jefatura.

—Evaluamos el liderazgo en condiciones de estrés —ataja Julianne—. Y, os guste o no, lo de hoy ha demostrado que las cosas salen mejor cuando los departamentos se unen.

Descubrir que somos mejores cuando trabajamos juntas no me alivia; me aterroriza. Porque si somos un equipo perfecto, ¿cómo

se supone que voy a destruirla para quedarme con el puesto?

Cuando los auditores se ponen en pie por fin, siento que las paredes de la sala me aplastan.

—Descansad —concluye Julianne, guardando sus documentos —. La escala de hoy ha sido dura. Pero sumamente reveladora para el informe.

Arturo abre la puerta de la sala de juntas.

—Mañana a primera hora comenzaremos las entrevistas individuales en el despacho del Capitán. Buenas noches a las dos.

Y salen al pasillo.

Durante unos segundos larguísimos, ninguna de las dos se mueve. Yo clavo los ojos en la pantalla negra del monitor de la pared. Maika mantiene la vista perdida en el ojo de buey que da al muelle de Civitavecchia.

—Maika…

—No —interrumpe, y levanta una mano—. Ahórrate el discurso. Porque ahora me dirás que el deber está por encima de todo y que lo personal no tiene cabida aquí.

Cierro los ojos un instante, tragándome el orgullo. Porque sí, esas eran exactamente las palabras que estaba estructurando en mi cabeza.

—Ojalá fuera más fácil.

Entonces se gira y me mira directamente. Desearía que no lo hubiera hecho. Sus ojos están ribeteados de cansancio, pero también reflejan una herida mucho más profunda de lo que sus comentarios irónicos dejaban entrever.

—Para ti siempre es sencillo cuando el objetivo es ascender, Helen.

—Eso no es justo, Maika.

—¿Que no es justo? —Se levanta de la silla con un movimiento brusco, plantándose frente a mí—. Acabo de correr por

el centro de Roma, he tenido a un pasajero desplomado en mis brazos en una escalera claustrofóbica, he pasado minutos sin cobertura, desesperada por reportar lo que estaba pasando y he entrado en la pasarela con las alarmas del barco pitando en mi nuca. Lo injusto es no haber recibido ni una sola palabra de aliento. Ni un "Maika, todo va a ir bien" de tu parte. ¡Ni un abrazo siquiera!

Me quedo muda, con las palabras atascadas en el pecho.

—Yo también estaba aturdida por la presión de lo que había pasado —intento justificarme.

Maika suelta una carcajada amarga.

—Todos estábamos aturdidos, Helen. La diferencia, es que todos tus pensamientos han ido dirigidos a los malditos protocolos de la compañía y no hacia las personas que estábamos sufriendo en tierra todo ese caos.

—No tienes derecho a reducir mis emociones a la ambición únicamente.

—¿Y tú si tienes derecho a juzgarme por un error del pasado?

—¡Yo no he dicho que fuera culpa tuya en ningún momento!

—No hizo falta, Helen. Siempre asumes que soy un riesgo antes de molestarte en mirar o descubrir por qué razón he tomado una decisión. Como si un imprevisto pudiera controlarse o preverse.

Me llevo los dedos a las sienes, sintiendo el inicio de una migraña atroz. Estoy agotada. Asustada. Alterada. Intentando proteger una carrera profesional que de pronto siento amenazada por una supervisión sorpresa y, al mismo tiempo, discutiendo con la única mujer que ha conseguido desestabilizar mis esquemas, y que, para colmo, está compitiendo conmigo por lo único que llevo años persiguiendo.

Y no tengo ni idea de cómo gestionar este escenario.

—La última vez, también hubo… imprevistos —le recuerdo—. Y hoy casi nos cuesta una desgracia.

Maika se tensa, congelándose en el sitio. El fantasma de lo que pasó se materializa en mitad de la sala. Su expresión cambia; la rabia da paso al cansancio, a una decepción que reconozco porque es el mismo espejo en el que me he mirado muchas noches.

—No me hagas la única responsable de lo que se torció por aquel entonces, Helen —me espeta—. Cometí un error, sí. Tuve miedo de perder mi puesto cuando apenas empezaba en la naviera. Pero nunca lo hice para perjudicarte. Mi vida profesional no gira en torno a tus galones.

La frase me atraviesa.

—Yo no he dicho… ¡Y tampoco tienes idea de nada!

Maika me estudia durante un segundo que se estira hasta el infinito. Y entonces, algo se apaga definitivamente en su mirada.

—¿Sabes qué? Tienes razón. No tengo ni idea. Porque nunca me dejas acercarme lo suficiente para averiguarlo.

Quiero tirar la carpeta a la mesa. Quiero confesarle que sí me importa. Que cuando entró su llamada desde Roma y escuché su voz alterada, mi mundo entero se redujo a ese auricular. Que cuando la vi cruzar la pasarela, exhausta pero a salvo, sentí un alivio tan violento que me dolió el pecho. Que el puesto me importa, sí, es mi meta, pero que ella me importa de una forma que no viene detallada en ninguna ordenanza marítima.

Pero las palabras no se abren paso. Se quedan detrás de mi orgullo, de mi rigidez y de esa necesidad enfermiza de parecer siempre profesional.

Maika esboza una última sonrisa sin fuerza y niega con la cabeza.

—¿Sabes lo que te digo? Que hagas lo que quieras. No tengo más ganas de discutir contigo.

Maika pasa por mi lado sin llegar a rozarme, abre la puerta de la sala de juntas y sale sin mirar atrás.

19

Helen

Cuando salgo de la sala de reuniones, no tengo muy claro hacia dónde se dirigen mis pasos. Y en mi caso, eso es una señal de alarma. Porque yo siempre sé adónde voy. Sin embargo, ahora mis pies avanzan solos por los pasillos interiores de la tripulación, como si mi cuerpo hubiera tomado la decisión de alejarme de la cubierta de oficiales antes de que mi mente termine de procesar lo que acaba de ocurrir.

«Arturo Valdés. Julianne Ferguson. Supervisores infiltrados desde Marsella. Maika y yo, candidatas al mismo puesto. Maika abandonando la reunión sin mirarme siquiera». Todo gira dentro de mí con violencia, convirtiendo cada una de esas certezas en un nudo que se aprieta en mis costillas.

«Maldita sea».

El barco ya ha zarpado de Civitavecchia. Fuera, el mar Tirreno se abre de nuevo, indiferente al caos que hemos dejado atrás en Roma. Un mar oscuro, profundo y eterno, que ignora por completo que acabo de perder otra batalla que ni siquiera sabía que estaba luchando.

Termino en la zona de descanso para la tripulación, un rincón discreto escondido en las entrañas de las cubiertas inferiores, lejos de las miradas de los pasajeros. Hay un par de mesas atornilladas al suelo, un tablón de anuncios repleto de cuadrantes de turnos, y notas garabateadas con prisas en tres idiomas diferentes. A esta hora, con casi todo el personal desplegado en sus puestos, no hay nadie por aquí.

«Perfecto. Si voy a desmayarme, al menos podré hacerlo sin testigos».

Me dejo caer en uno de los sofás, abandono la carpeta con los informes a mi lado y apoyo los codos sobre las rodillas. Las manos me tiemblan.

No consigo quitarme la mirada de Maika de la cabeza. Cierro los ojos con fuerza. La última vez que navegamos juntas acabó en desastre, aunque durante mucho tiempo me he permitido llamar «desastre» solo a la parte que me resultaba cómoda. Hubo errores, desde luego. Decisiones mal tomadas, información que no llegó a tiempo, imprevistos que se encadenaron hasta dejarme expuesta delante de nuestros superiores. Pero también estuvo nuestra relación; esa que estalló de golpe en alta mar, con intensidad, y que se transformó en decepción cuando Maika —prefirió guardar silencio.

Yo necesitaba un culpable. Y ella estaba allí, al alcance de la mano. Fue muy fácil poner su nombre a mi frustración. Fue muy cómodo convencerme de que si no conseguí aquel ascenso fue porque Maika no estuvo a la altura, porque no me respaldó y porque se escondió cuando yo más de menos eché que alguien diera la cara conmigo. Quizá parte de eso fuera cierto. Quizá tuvo miedo de comprometer su propia carrera. Quizá no actuó como yo esperaba. Pero yo hice algo mucho peor: convertí su silencio en una condena.

Y hoy, mi cabeza ha regresado al mismo lugar oscuro: si Maika está cerca y algo sale mal, yo acabaré perdiendo.

«Soy una idiota. Una idiota con la habilidad asombrosa para herir precisamente a quien menos se lo merece».

Me levanto, incapaz de permanecer quieta más de dos segundos, y me acerco a la máquina de café. Pulso un botón al azar y el aparato escupe el líquido oscuro.

Cojo el vaso de plástico y doy un sorbo.

—Puaj, qué asco. Esto es petróleo.

Me apoyo contra la encimera y dejo que el calor del vaso se filtre entre mis dedos. Tengo la tensión acumulada en los hombros y un dolor de cabeza punzante. Tenía que haberla abrazado, haberla

besado hasta borrar el agotamiento de su rostro tras el infierno de Roma, pero elegí todo lo contrario.

El universo tiene un sentido del humor especialmente cruel. Me arrincona contra la pared, me arrebata los manuales de procedimiento y me obliga a mirar de frente dos verdades que llevo millas náuticas esquivando. La primera: necesito estabilidad. La segunda: sigo perdidamente enamorada de Maika. Por mucho que llevemos días contados en este barco. Porque sí, aquí las cosas también se magnifican.

Quizá no debería ni de formular esas palabras dentro de mi cabeza. Pero están ahí, ocupando un espacio que antes llenaban las excusas. Estoy enamorada de esa risa que transforma el caos en una anécdota, de esa humanidad que no cabe en ningún informe y que, precisamente, es lo que la convierte en una líder diferente a mí.

Me duele admitirlo, pero Maika está mucho mejor preparada humanamente para la dirección. Yo soy calculadora, eficiente y resistente; sé anticipar brechas de seguridad, trazar planes de contingencia y mantener las estructuras en pie cuando todo tiembla a mi alrededor. Pero Maika conserva algo que yo he ido perdiendo contrato a contrato: la capacidad de no perder de vista a las personas mientras salva el plan.

La puerta se abre de golpe, y me sobresalto tanto que casi derramo el café mientras Gonzalo aparece en el umbral con la expresión de quien ha recorrido todas las cubiertas buscándome.

—Llevo una hora dando vueltas por el barco —dice mientras entra y deja que la puerta se cierre a sus espaldas—. ¿Qué haces aquí abajo metida?

Lo miro en silencio. Luego bajo la vista al vaso de plástico y vuelvo a fijarla en él.

—Intento esconderme del destino antes de que se le ocurra la brillante idea de tirarme por la borda para hacerme desaparecer —respondo con un deje de ironía.

Gonzalo se queda quieto un segundo, procesando mis palabras.

—Vale. Eso ha sido dramático incluso para ti.

—Está siendo un viaje muy completito, desde luego —murmuro mientras me froto la nuca.

—Eso me lo imagino —responde y suelta un suspiro—. Cuando la oficial de seguridad desaparece del mapa suele significar que las cosas van muy mal.

Gonzalo se acerca a mí, y deja a un lado las bromas habituales de a bordo.

—Cuéntame.

Me dejo caer de nuevo en el sofá. Gonzalo ocupa una silla de frente, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

—Los inspectores de la central estaban infiltrados en el pasaje —le suelto de golpe.

Gonzalo parpadea, completamente sorprendido.

—¿Cómo dices?

—Arturo Valdés y Julianne Ferguson. Viajaban con billete de pasajeros normales del Marine IV desde que zarpamos de Marsella. Han estado observando cada movimiento.

—O sea, que teníamos a dos tiburones de la corporación cenando en el restaurante principal —comenta con incredulidad.

—Más o menos así, sí —respondo y después lanzo un suspiro —. Y en cuanto embarcó el grupo de Roma nos citaron a las dos. Evaluaron todo el incidente: la gestión de la emergencia, el retraso del tren, la coordinación entre departamentos… Han dicho que Maika improvisó de maravilla y que yo mantuve la sangre fría al adaptar los protocolos de seguridad a su plan sobre la marcha.

—Hasta ahí suena bien —observa Gonzalo.

—Pero ahora resulta que el puesto al que aspiraba ha cambiado un poco y van a hacer una especie de fusión. Un puesto para el que nos han propuesto y tenemos que competir.

Mi mejor amigo exhala todo el aire y se pasa una mano por la cara.

—Vaya papeleta, Helen…

Me froto la frente con cansancio.

—Después los inspectores nos dejaron solas en el despacho y discutimos muchísimo. Le dije cosas horribles, Gonzalo… —confieso.

—Define «horribles».

—Le recordé, de forma bastante cruel, lo que pasó cuando coincidimos en el anterior crucero y…

Gonzalo cierra los ojos un instante, negando con la cabeza.

—Helen…

—Ya lo sé, no me lo digas.

—No, creo que no lo sabes. Ponte en el lugar de Maika por un momento.

Me levanto de golpe porque las cuatro paredes se me caen encima, y camino un par de pasos por la pequeña estancia, nerviosa.

—No necesito que me des un sermón. Ya me estoy machacando yo bastante.

—No es un sermón. Solo intento que veas las cosas con claridad.

—Estoy cansada, Gonzalo. Cansada de que cada vez que estoy a punto de conseguir la estabilidad, aparezca un imprevisto, aparezca ella, reabra el pasado y todo se tambalee de nuevo.

—A Maika nunca le han gustado los despachos en tierra —responde él, mirándome—. Siempre me ha dicho que es feliz navegando, sintiendo el mar.

—Bueno, a todo el mundo le viene bien un puesto ejecutivo con sueldo fijo y fines de semana libres —replico con amargura.

—No digo que no. Pero Maika sabe perfectamente los años que llevas tú quemándote para conseguir ese puesto, así que dudo que intente pisarte solo porque la central la haya metido en la ecuación.

—El problema no es ese, Gonzalo —admito—. El problema es que ella es perfecta para el puesto. Y me aterra la idea de volver a verla ganar.

Gonzalo me sostiene la mirada unos cuantos segundos.

—Sabes tan bien como yo que Maika nunca quiso perjudicarte aquella vez —me recuerda—. Solo necesitabas cargarle el muerto a alguien y elegiste a la peor persona posible. Porque no solo te quedaste sin el ascenso, Helen. Y ahora estás haciendo exactamente lo mismo, pensando solo en tu ombligo.

Me quedo rígida, como si me hubiera dado una bofetada. Quizá lo ha hecho, solo que usando las palabras idóneas.

—Eso es injusto.

—Puede ser. Pero es la verdad de lo que pasó en aquel buque.

—No estoy pensando solo en mí —protesto.

Gonzalo se levanta y se acerca hasta donde me encuentro, acortando la poca distancia que nos separa.

—Entonces dime qué fue lo primero que sentiste cuando viste a Maika subir a bordo hace una hora.

Abro la boca para soltar una réplica, pero la vuelvo a cerrar. Porque no fue rabia lo que sentí al verla aparecer a salvo. Fue alivio. Un alivio salvaje, feroz, tan intenso que casi me partió las costillas en dos.

—Eso pensaba —dice él, leyendo a la perfección mi silencio—. Ahora dime qué fue lo primero que dejaste que ella viera en ti.

El café de máquina se ha enfriado por completo entre mis manos.

—Reproches y más reproches —susurro.

—Ahí lo tienes —concluye Gonzalo.

Me apoyo contra la pared y cierro los ojos, escuchando el zumbido de fondo. Me siento pequeña de una forma que detesto.

—Yo necesito ese puesto, Gonzalo —digo, y esta vez la voz me sale rota—. No por capricho. Estoy cansada de vivir en tránsito permanente, de que toda mi vida quepa en una maleta. De no tener ni una mísera planta en una ventana porque se secaría antes de mi siguiente período de vacaciones. Llevo años repitiéndome que navegar me hace libre, pero últimamente no me siento libre. Me siento suspendida, como si el barco avanzara constantemente hacia el siguiente puerto y yo siguiera estancada exactamente en el mismo sitio.

Gonzalo me escucha sin interrumpir, permitiendo que el runrún de los motores llene el espacio.

—Necesito sentir que mi vida tiene suelo firme. Que puedo construir algo que dure más que un contrato de seis meses. Quiero levantarme una mañana sin tener que mirar por la escotilla para saber dónde estoy, tener un equipo estable en una oficina y tomar decisiones reales. No solo pasarme las guardias apagando fuegos artificiales o corrigiendo los desastres de otros. Quiero dejar de ser alguien que pasa por la vida de los demás de escala en escala, sin pertenecer realmente a ninguna parte.

La confesión queda flotando en el aire. Dios, hasta me arde la garganta.

—Ese puesto significa mi desembarco definitivo —continuo—. Un futuro que no dependa de la siguiente ruta atlántica ni de si renuevo el contrato la próxima temporada. Y ahora Maika aparece como la candidata ideal. ¿Cómo demonios compito yo contra eso?

Gonzalo suaviza la mirada, perdiendo toda la rigidez.

—No compites contra eso subiéndote los galones y siendo más dura, Helen. Eso desde luego.

—No sé ser de otra manera.

—Mentira. Sí que sabes. Solo que te aterra volver a abrir tu corazón.

Me río sin una pizca de humor, mirando el vaso de plástico.

—Todo me asusta últimamente. El mar incluido.

—Bienvenida al club de los seres humanos. Algo que deberías ser un poco más.

Lo miro con fastidio, tratando de recuperar mi compostura.

—No estoy para frases de autoayuda, Gonzalo.

—Pues entonces deja de castigar a Maika por los errores que tú misma no te perdonas.

Me llevo una mano al pecho, como si pudiera impedir que algo se me rompa por dentro. No solo la culpo por el desastre de nuestro pasado. La culpo porque verla trabajar, ver lo que genera en la tripulación y en los pasajeros, me recuerda exactamente a la versión de mí que falló. A la Helen que no dio la talla. A la que se quedó en la cubierta viendo cómo la oportunidad de su vida zarpaba sin ella. A la que decidió volverse más estricta, más perfecta y más fría para no volver a sentirse tan vulnerable ante nadie.

—La he cagado —admito, mirando al suelo.

Gonzalo asiente con gravedad.

—Sí, bastante.

—Y, aun así, me ha cubierto las espaldas y me ha defendido delante de ellos.

—Porque Maika es de esa clase de personas.

—La odio un poco por eso.

—No, Helen. No la odias en absoluto. Ni siquiera eres buena mintiendo cuando estás agotada.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? —pregunto.

Gonzalo se encoge de hombros y se encamina hacia la puerta.

—Para empezar, podrías dejar de mirar el organigrama de la naviera como si ella fuera el obstáculo en tu carrera y empezar a verla como lo que realmente es.

—¿Y qué es, según tú?

—Una profesional brillante. Una mujer que te quita el sueño. Y, quizá, la única persona a bordo con la que mejor trabajas.

—Eso complica bastante las cosas. Sobre todo, con los inspectores a bordo.

—Bueno, siempre te han gustado las maniobras difíciles. —Me guiña un ojo, me quita el vaso de café de las manos para tirarlo a la papelera y me mira con una seriedad absoluta antes de salir—. Helen, el puesto importa, lo sé. Pero si para conseguir ese despacho tienes que convertirte en una oficial que no reconoce a las personas que le salvan el pellejo, entonces quizás el precio del billete de vuelta sea demasiado alto.

—Quizá sea el precio que me merezco pagar —murmuro para mí misma.

Pero sé que no es verdad. Sé perfectamente que, si sigo permitiendo que el miedo al pasado redacte mis respuestas, voy a perder mucho más que un despacho. Voy a perder a Maika incluso antes de haber tenido el valor de pedirle que se quede conmigo.

20

Maika

Mi cuerpo reclama con urgencia que regrese al camarote. Necesito quitarme esta ropa y descansar un rato. De hecho, fantaseo con meterme bajo el agua caliente de la ducha, dejar que el vapor me envuelva, soltarme el pelo, lavarme la cara y tumbarme en la litera, aunque solo sean cinco minutos para fingir que el destino no me ha colocado de repente en una competición directa contra la mujer que quiero.

Pero no lo hago. Camino dejando atrás los pasillos de la zona de tripulación, las voces lejanas de los compañeros que se preparan para el turno de noche y esa extraña sensación de habitar una vida que se me ha desordenado de repente.

« La última vez, también hubo… imprevistos. Y hoy casi nos cuesta una desgracia».

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo. No. No voy a llorar en mitad de un pasillo. Tengo límites, pocos, pero los tengo.

Subo hacia una de las cubiertas superiores exteriores. El viento sopla con fuerza y las luces de navegación parecen menos acogedoras que las de las zonas de ocio. Aquí, el mar se extiende pintado de los colores plomizos del atardecer, tragándose la estela blanca y espumosa que deja el navío mientras gana velocidad rumbo a Nápoles. El aire salado me golpea la cara y me revuelve el pelo. Me acerco a la barandilla, apoyo las manos en el pasamanos y, por fin, respiro de verdad. O al menos lo intento.

«Qué idiota he sido».

Cuando terminó la reunión, esperaba que Helen dijera que estaba equivocada, que había hecho las cosas bien, y que podríamos seguir adelante con lo nuestro.

Pero no ocurrió nada de eso. Y ahora me encuentro aquí, en mitad del Mediterráneo, con una decepción tan grande en el pecho que no sé dónde guardarla para que no me ahogue.

Saco el teléfono del bolsillo. La pantalla se ilumina con notificaciones de la aplicación interna de la tripulación. Deslizo el dedo, conecto la llamada de datos aprovechando el wifi del barco y busco el contacto que necesito.

El tono de llamada suena una vez, dos, tres.

—¿Mi niña? —responde después de un rato mi abuela, con una voz impregnada de esa ternura que siempre consigue hacerme sentir menos sola en el mundo.

Cierro los ojos y apoyo la frente en el antebrazo, contra el metal frío.

—Hola, abuela —murmuro.

—Ay, mira qué milagro. ¿Pero tú has visto la hora que es? ¿Es que allí no tenéis relojes?

Se me escapa una risa pequeña, torcida y rota, pero sincera.

—La verdad, hoy tiraría por la borda todos los relojes sin pensármelo dos veces.

—Eso suena a que has tenido uno de esos días que solo se arreglan con un buen plato de sopa caliente y alguien que te peine el pelo con calma —responde ella, como si estuviera viéndome a través de las millas náuticas que nos separan.

Me llevo una mano a la boca para contener la emoción. Mi abuela tiene esa capacidad mágica de leer dentro de mí, aunque esté a miles de kilómetros.

—Ha sido un día largo —contesto.

—Claro, y como yo nací ayer, voy a creerme que solo ha sido largo. Venga, mi niña, cuéntame qué te preocupa.

—Abuela…

—¿Todo está bien?

Ahí está la pregunta clave. Una pregunta que me hubiera gustado que hiciera otra persona. Miro el mar. Los destellos de las luces de la cubierta tiemblan sobre la superficie del agua oscura. Trago saliva, pero la garganta se niega a colaborar.

—Sí, abuela —miento, porque a veces una sigue mintiendo incluso a quien mejor nos conoce—. Solo extraño tus abrazos.

Al otro lado se produce un silencio breve pero elocuente. Sé que lo sabe. Mi abuela lo sabe todo.

—Entonces no está todo bien —afirma, arrancándome una pequeña sonrisa—. Porque tú solo extrañas mis abrazos cuando el mundo se te hace demasiado grande para cargar con él tú sola.

No respondo porque no quiero llorar. Aunque acabo haciéndolo igual. La primera lágrima cae sin pedir permiso, luego otra, y después llega esa respiración entrecortada y absurda que detesto porque me convierte otra vez en la Maika pequeña que corría a esconder la cara en su regazo.

—Es que… el día ha sido una locura absoluta. En Roma, un pasajero de mi grupo se desmayó y no tuve forma de contactar con el puerto hasta pasado un buen rato. Después, tuve que arrastrar a veinticuatro personas hasta la estación y llegar al muelle con las alarmas de última llamada sonando…

—Madre mía —exclama ella, y casi puedo verla llevándose la mano al pecho.

—Sí. Madre mía se queda muy corto —admito con una sonrisa triste.

—¿Y llegasteis a tiempo al barco?

—Sí… Nos libramos por los pelos de una buena multa.

—Entonces lo hiciste bien, mi niña. Muy bien.

Esa frase, tan simple y tan necesaria, me envuelve de calidez. Es tan diferente de todo lo que he escuchado de Helen que necesito taparme los ojos con una mano para contener el torrente de emociones que me azota.

—Eso mismo necesitaba oír —confieso.

—Pues te lo repito: lo hiciste bien, cariño mío. Estoy orgullosa de ti. —Me escucha llorar y yo a ella lanzar un suspiro—. Respira conmigo, como cuando eras pequeña y te enfadabas porque no conseguías atarte los zapatos a la primera.

—Ahora sé atármelos perfectamente —bromeo entre lágrimas.

—Sí, pero sigues siendo igual de cabezota.

—Eso lo he heredado de ti.

—Y a mucha honra —replica ella soltando una risita.

Suelto una carcajada entre lágrimas. La necesito tanto que me duele físicamente no tenerla ahora conmigo.

—Abuela, estoy cansada —admito al fin.

—Lo sé.

—No solo por lo de hoy. Estoy cansada de todo. De tener que demostrar constantemente que valgo para el puesto, que puedo resolver cualquier crisis, que no soy solo la graciosa del equipo de animación. A veces me gustaría que alguien me mirara a los ojos y me dijera: «ya está, puedes soltarlo todo, yo me encargo».

—¿Y esa persona tiene nombre? —pregunta con esa intuición suya tan afilada.

El viento se cuela entre nosotras, silbando contra las estructuras del barco.

—Helen —murmuro, casi robando la palabra del aire.

—Ah —dice ella simplemente.

—No digas «ah» así, abuela.

—¿Cómo quieres que lo diga entonces?

Ahora, no puedo evitar echarme a reír.

—Es una mujer insoportable, pero me encanta…

Apoyo la cadera contra la barandilla y miro hacia el horizonte oscuro, donde el mar y el cielo se funden en una misma línea que no termina de ser negra del todo.

—La verdad es que nos atraemos muchísimo… —añado y hasta casi sonrío—, nos entendemos a la perfección cuando trabajamos juntas en una emergencia, pero también nos hacemos daño. Es como bailar con alguien que te pisa constantemente los pies, pero justo cuando decides soltarlo, te das cuenta de que nadie más te sigue el ritmo igual.

—Eso es muy bonito, ¿sabes? —observa ella.

—Pues vivirlo a bordo es una tortura.

—Las cosas importantes no suelen ser fáciles, cariño.

Suspiro profundamente.

—Hoy nos han comunicado que ambas estamos propuestas para el mismo puesto en la alta dirección de la naviera, porque quieren hacer una especie de fusión y ahora resulta que tengo que competir con ella. Y eso no me gusta nada.

Mi abuela guarda silencio durante unos segundos.

—¿Porque podrías perderlo tú? —pregunta.

—No. Porque ella podría perderlo —respondo antes incluso de pensarlo—. Es que Helen lleva mucho tiempo luchando por ese ascenso. Muchísimo tiempo. Sé lo que significa para ella.

—Entiendo…

Me quedo mirando mis manos. Todavía siento el cansancio en los dedos.

—La última campaña que navegamos juntas… —continúo, pero las palabras se me atascan—. Hubo varios problemas serios a bordo. Yo era nueva en el equipo, estaba asustada y cuando las cosas se complicaron, no la apoyé como debía. No mentí contra ella ni quise perjudicarla, pero me quedé callada cuando tenía que haber dado un paso al frente y defendido su gestión de seguridad.

El agua golpea con un ritmo hipnótico el casco del barco, muchos metros más abajo.

—Y tú te has culpado todo este tiempo.

—Sí. Pero no tanto como ella me culpó a mí.

—¿Y por qué no diste ese paso? —quiere saber mi abuela—. El de contar lo que pasó de verdad.

Aprieto el teléfono contra la oreja.

—Porque tenía pánico a que me despidieran. Y si perdía este trabajo, no podía seguir pagando las mensualidades de tu residencia.

La frase lleva una responsabilidad que yo misma me eché a la espalda. Esa fue la verdad por la que me callé. Por el miedo a quedarme sin ingresos, sin estabilidad, sin poder sostener el lugar donde mi abuela recibe los cuidados que necesita. Por el terror a que una mala decisión la afectara a ella, a que el amor más grande de mi vida pagara las consecuencias de mi valentía.

—Mi niña… —susurra mi abuela, visiblemente emocionada.

—No me digas que no tenía que preocuparme por eso.

—No iba a decirte eso. Entiendo tus motivos, cariño.

—Tú necesitabas ese lugar, las terapias diarias. Y yo… yo no podía fallarte.

—Nunca me has fallado, Maika.

—A ti no, pero sí a Helen.

—Puede ser —admite con honestidad. Y ya me la puedo imaginar sonriendo—. Pero una cosa es cometer un error por miedo y otra muy distinta convertirse para siempre en una mala persona. Eras joven, tenías miedo y cargabas con más responsabilidad de la que te correspondía.

—Eso no borra lo que pasó.

—No. Pero quizá explica por qué ocurrió. Y las explicaciones, a veces, son el primer paso para sanar.

Me apoyo de nuevo en la barandilla. Las lágrimas se han calmado, pero me dejan la cara tirante, la nariz irritada y el pecho extrañamente abierto y tranquilo.

—Helen cree que todo lo malo que pasó en aquel contrato fue culpa mía.

—¿Y tú qué crees, de corazón?

Tardo unos segundos en responder, mirando las luces lejanas de algún mercante en el horizonte.

—Creo que me equivoqué. Creo que ella también lo hizo. Creo que ninguna de las dos supo pedir ayuda cuando realmente la necesitaba. Creo que salimos heridas y, en vez de curarnos juntas, decidimos usar esas heridas como un arma contra la otra. Igual que estamos haciendo ahora.

—Sois dos mujeres muy orgullosas.

—No sé de quién hablas. Yo soy encantadora —bromeo débilmente.

—Tú eres un sol, sí. Pero hasta el sol quema si una se acerca demasiado.

Sonrío a pesar de todo.

—La quiero, abuela —confieso, sin bromas ni escapatorias—. Mucho. Quiero a esa mujer que me desespera, que me hiere cuando se protege detrás de sus muros, que me mira como si fuera un riesgo constante para su orden y que, aun así, me hace la persona más feliz del mundo cuando me sonríe. No lo entiendo, pero no puedo dejar de sentirlo.

Al otro lado, mi abuela suspira.

—Ay, mi niña.

—No lo digas como si fuera bonito. Es una catástrofe andante.

—Las catástrofes no te hacen cambiar la voz cuando pronuncias su nombre.

—Yo no he cambiado la voz.

Ella se echa a reír.

—Claro que lo has hecho, y no intentes engañar a tu abuela… —insiste con cariño.

Me río, rendida ante su lógica irrefutable.

—Pues tus poderes deberían decirme qué hago ahora con todo esto.

—Primero, descansar en tu camarote. Segundo, no dejar que un puesto en la compañía convierta tu corazón en una trinchera. Compite siendo tú, Maika, sin apagarla a ella. Y, sobre todo, sin apagarte a ti misma.

—Eso suena muy poético y muy poco práctico para el mundo corporativo.

—Lo práctico te ha llevado hasta esa cubierta a llorar conmigo a estas horas. Quizá lo poético tenga algo importante que aportar a todo este lío.

Miro el cielo, ahora completamente nocturno. Hay pocas estrellas visibles por culpa del reflejo de las luces del barco, pero algunas brillan con fuerza sobre el manto oscuro.

—¿Y si Helen me odia de verdad?

—No creo que te odie. A veces la gente habla desde el miedo y luego se sorprende de la crueldad de sus propias palabras.

Pienso en los ojos de Helen. En ese instante antes de la reunión cuando intercedió y pidió que me dejaran descansar. En su cara al escuchar que yo también reconocía su trabajo delante de Julianne. Tengo muy claro que, la indiferencia no te mira con esa intensidad.

—Estoy cansada de pelear —admito.

—Entonces deja de pelear por un momento. Dale espacio al silencio.

—Ella no sabe dejar de pelear. Es oficial de seguridad, abuela, vive alerta todo el tiempo.

—Quizá tengas que enseñarle tú cómo se baja la guardia.

La frase me deja sin aire durante unos segundos. Mi abuela siempre ha sabido qué decir cuando me siento tan perdida como ahora.

—No sé si podré —susurro.

—Claro que puedes. Pero no tienes que descifrarlo esta misma noche.

El viento de cara vuelve a soplar con fuerza. Me abrazo a mí misma, resintiendo la falta de sus brazos físicos.

—Te extraño mucho, abuela.

—Y yo a ti, mi niña. Pero estoy siempre ahí, en ese trocito de corazón que te llevas a cada puerto. Y seguro que pronto puedes hacerme una visita.

Pienso en la residencia, en las transferencias mensuales, en las llamadas de cada escala, en los mensajes que le mando cuando tengo buena señal o puedo aprovechar el wifi como hoy, en las culpas que cargo porque nunca me parece suficiente el tiempo que le dedico. Mi abuela no es una obligación. Nunca lo ha sido. Es mi hogar. Mi raíz más profunda. La mujer que me enseñó a bailar en la cocina, a responder con gracia cuando el mundo se ponía feo y a no dejar que nadie confundiera mi risa con falta de carácter.

—Prométeme algo —me dice de pronto.

—Lo que quieras.

—No dejes que nadie te arranque esa luz que tú tienes, mi niña. Ni Helen, ni un ascenso, ni los errores del pasado. Tú brillas porque has aprendido a flotar en tormentas muy grandes. No te hundas ahora por miedo.

Me limpio la última lágrima con el dorso de la mano y sonrío.

—Tranquila, abuela, que yo brillo más que el equipo de iluminación al completo.

Mi abuela suelta una risita.

—Eso quería oír.

Hablamos unos minutos más de tonterías cotidianas que me devuelven poco a poco a la realidad de la tierra firme y cuando colgamos, me quedo con el teléfono apoyado contra el pecho durante un rato largo. El barco avanza mientas yo sigo exhausta, pero algo dentro de mí ha dejado de temblar. No sé qué va a pasar con Helen. No sé cómo se compite por un puesto contra alguien a quien deseas proteger incluso cuando te hace daño. No sé si ella será capaz de aceptarme sin que los fantasmas del pasado nos persigan constantemente.

Pero sí sé que no voy a apagarme para que esto duela menos.

Mañana tal vez tenga que enfrentarme a Helen, a Julianne, a Arturo, al proceso de selección y a todo lo demás. Pero al menos, por esta noche, me quedaré aquí arriba brillando.

21

Helen

Al día siguiente.

Después de la conversación con Gonzalo, decido que tengo que ser más humana, más abierta y más flexible. Quiero encarnar todo eso que las personas emocionalmente equilibradas parecen hacer de forma natural, sin necesidad de un plan detallado al dedillo, tres indicadores de rendimiento y una alarma en el móvil que les recuerde respirar.

Y como no, lo convierto en un proceso. A las seis y cuarenta y cinco de la mañana, antes de que el barco complete la maniobra de atraque en Nápoles, me siento en el borde de la cama de mi camarote con una libreta abierta sobre las rodillas y un bolígrafo en la mano. En la primera página, con letra clara y decidida, he escrito: «PLAN PARA SER UNA HUMANA OPERATIVA». Y debajo, la lista que debo cumplir al pie de la letra:

Uno: saludar sin que parezca una inspección sanitaria.

Dos: preguntar cómo está Maika y escuchar la respuesta completa, sin interrumpirla.

Tres: no justificarme antes de disculparme.

Cuatro: evitar frases como «tus imprevistos».

Cinco: respirar antes de hablar.

Seis: no mirar su boca durante las conversaciones laborales.

Tacho el punto seis. No porque no sea importante, sino porque me resulta poco realista a estas alturas de la película, para qué os voy a engañar.

—Perfecto —murmuro para mí misma—. Empezamos el día de maravilla.

Sí, es ironía.

Me levanto y me miro en el espejo del baño. Practico una expresión amable, aunque el resultado es una extraña combinación entre un dolor abdominal agudo y la cara que se me pone cuando amenazo a Gonzalo. Lo intento de nuevo, pero sale peor. A la tercera, parezco una oficial en mitad de un simulacro explicando el procedimiento de abandono del buque. Si mi mejor amigo quiere que sea más humana, podría haber tenido el detalle de pasarme un manual con ilustraciones y ejemplos prácticos.

Salgo del camarote con el uniforme de diario impecable, el pelo recogido en un moño tirante y una presión incómoda en el pecho que no tiene que ver solo con la jornada que nos espera. Nápoles ya se intuye envuelta en esa luz temprana y dorada que hace brillar el golfo con una belleza caótica. La ciudad parece despertarse poco a poco, al igual que los miles de pasajeros que empiezan a agolparse en las cubiertas de paseo.

Yo, en cambio, arrastro una noche de insomnio y una disculpa que llevo atravesada en la garganta como un cabo mal enrollado.

Nada más entrar en el comedor de la tripulación, me la encuentro de cara. Maika está sentada en una mesa pequeña del rincón, con una taza entre las manos y la mirada perdida hacia un ojo de buey por el que apenas se distingue la línea del horizonte. Lleva el polo reglamentario de animación habitual, aunque hoy ella parece diferente. Su mirada no brilla con esa intensidad eléctrica que suele desplegar; es como si habitara su propio mundo.

Me acerco a ella y sonrío.

—Buenos días —le digo.

Muy bien. Punto uno completado. No he sonado como una inspectora de seguridad. Creo.

Maika levanta la vista. No sonríe, tampoco me lanza ningún comentario mordaz ni se escuda tras una de sus bromas habituales. Solo me mira. Es como si su cerebro hubiera entrado en bucle.

—Buenos días, Helen.

Me quedo de pie un segundo de más, con las manos ligeramente tensas a los costados. Debería sentarme. Una persona normal se sienta y comparte mesa. Una persona humana no se queda plantada frente a su compañera como si estuviera a punto de confiscarle el desayuno.

—¿Puedo…? —pregunto, señalando la silla vacía frente a ella.

—Claro.

Me siento y el silencio se instala entre las dos. Si en algún momento he deseado que se abriera una vía de agua bajo mis pies y me tragara el océano, es ahora mismo. Aprieto las manos sobre la mesa y noto el latido del pulso en las muñecas.

—Quería saber cómo estás —retomo, recordando el punto dos.

Maika ladea la cabeza, más sorprendida que desconfiada.

—Cansada —responde.

Asiento y me obligo a guardar silencio.

—Y un poco dolida —añade después de un momento.

Claro, porque era imposible que no me lo dijera.

El estómago se me contrae de inmediato. Pero enseguida, respiro hondo, tal como indica el punto cinco.

—Lo siento —le respondo sin rodeos.

Maika parpadea, visiblemente impactada. Yo también me asombro de haberlo soltado así, sin preámbulos, sin justificaciones y sin una presentación digital titulada «Circunstancias atenuantes de mi comportamiento».

—Lo de ayer… —continúo, antes de perder el poco valor que me queda—. Lo que te dije…, mi tono…, la forma en que convertí una crisis real en algo que pareció solo tu culpa. Lo siento de verdad, Maika.

Ella baja la mirada a la taza que sostiene entre las manos, acariciando el borde.

—Gracias —responde simplemente.

¿Solo eso? «Gracias». Pues vaya mierda esto de ser humana. Pero como diría Emily Charlton: «Que los puentes que quemo iluminen mi camino».

—Ya… no sé hacerlo muy bien, está claro —confieso.

Ella vuelve a mirarme, analizando cada milímetro de mi expresión.

—¿Disculparte?

—No. Comportarme como una persona normal —aclaro, intentando esbozar una sonrisa que probablemente parezca un tic nervioso.

La comisura de sus labios tiembla ligeramente, rompiendo su seriedad.

—Sí… ya había notado algo de eso —me recuerda.

—Estoy trabajando en ello —respondo, y por primera vez siento que no es un objetivo de la empresa, sino algo mío.

—Has hecho una lista para ver cómo conseguirlo, ¿verdad? —pregunta ella, y entorna los ojos con perspicacia.

Me quedo inmóvil. Siento un calor súbito que me recorre la nuca. Después, Maika abre un poco más los ojos, asombrada.

—Dios mío. No me lo puedo creer… La has hecho.

—En realidad no es… —protesto débilmente, sintiéndome acorralada.

—¿No es… qué?

—Una lista. Es una estructura de mejora interpersonal —admito, defendiendo mi terreno con un orgullo absurdo que no me cabe en el uniforme.

Por primera vez en veinticuatro horas, Maika suelta una carcajada tan limpia y auténtica que mi corazón se desboca por completo, saltándose el ritmo.

—Eres increíble, Helen —dice, negando con la cabeza, pero con los ojos iluminados.

—No estoy segura de que eso sea un cumplido en tu escala de valores —respondo, aunque noto que la tensión de mis hombros desaparece.

—Mmmm… todavía lo estoy evaluando —contesta con esa chispa tan suya.

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Esta vez ella no evita mis ojos ni se protege detrás de la ironía de siempre.

—En serio. No quería hacerte daño —le seguro, y de una vez, dejo caer todas mis defensas.

—Pero lo hiciste —responde ella.

—Lo sé.

—Y yo no quiero quitarte el puesto, Helen.

No sé por qué, pero la sinceridad en esas palabras me duele en el corazón.

—No deberías frenar tu carrera en la naviera por mí —añado.

—No he dicho que vaya a retirarme. He dicho que no quiero quitártelo —precisa ella.

O sea, que va a competir con todo. A la mierda el plan de humanidad.

Antes de que pueda armar una respuesta corporativa, la radio ruge en mi cinturón con un pitido de alta prioridad. Inmediatamente después, el busca de su bolsillo empieza a pitar. Ambas miramos los aparatos al mismo tiempo.

La tregua a bordo dura exactamente lo que tarda en enfriarse un café.

. . .

Media hora después estamos en la oficina de operaciones de tierra, con Arturo y Julianne frente a nosotras. El ambiente tiene esa molesta vibración de las malas noticias camufladas. Gonzalo está apoyado cerca de la mampara, revisando una *tablet* con el ceño fruncido. Maika se mantiene a mi lado, serena pero con la postura tensa.

Julianne toma la palabra, directa y sin rodeos.

—Tenemos una situación compleja en el puerto de Nápoles. Hay una huelga imprevista de transportes locales y taxis que está bloqueando los accesos principales a la terminal y afectando a la mitad de las excursiones programadas.

Cierro los ojos un instante. Por supuesto. El universo ha decidido que la crisis de ayer en Roma solo era el simulacro.

Arturo continúa con el *briefing*:

— Algunos pasajeros que habían contratado tours privados no podrán salir como estaba previsto. La naviera va a reforzar los buses lanzadera, pero necesitamos coordinar el flujo de salida, calmar las reclamaciones y negociar con las autoridades portuarias la zona de espera.

—¿Cuántos pasajeros afectados tenemos ahora mismo en los listados? —pregunto.

—De entrada, unos doscientos treinta —responde Julianne—. Pero si el bloqueo de tráfico aumenta en la ciudad, la cifra se duplicará en las próximas dos horas.

Maika suelta un silbido bajo.

—Nápoles nunca defrauda cuando decide ponerse dramática —comenta con una sonrisa resignada.

Arturo nos mira a ambas, fijando sus ojos primero en mí y luego en ella.

—Queremos que gestionéis esto juntas.

La palabra «juntas» resuena en la sala con un eco extraño. Maika no se mueve, pero noto cómo se concentra.

—¿Juntas bajo qué organigrama? —pregunta ella.

—Helen se encargará del perímetro de seguridad, el control de accesos y el flujo en el muelle. Tú te encargarás de la gestión directa del pasaje, el despliegue del equipo de animación para contener los ánimos y la reubicación en los vehículos.

Mi mente protesta de inmediato.

—Normalmente yo coordino las incidencias de tierra desde la jefatura.

—Lo sabemos, Helen —interviene Julianne—. Pero para que esta evaluación de sea efectiva, necesitamos verte fuera de tu entorno. Lejos de las pantallas de control.

Gonzalo tose de forma sospechosa detrás de su *tablet*. Estoy dispuesta a apostar mi rango a que está ahogando una risa. Lo fulmino con la mirada antes de volverme hacia la dirección.

—Necesitamos tu liderazgo ahí abajo, en el muelle —insiste Arturo—. Cara a cara con las autoridades del puerto y controlando la masa. El muelle de Nápoles es un avispero en días normales; hoy va a ser una olla a presión.

Excelente. Lección de humanidad en vivo y en directo, embutida en un chaleco reflectante y con riesgo real de motín a pie de barco. Si Gonzalo quería que fuera más empática, debería bajar él a tragarse esta mierda.

Maika me mira de reojo, divirtiéndose claramente con mi debate interno.

—¿Alguna directriz específica de la central? —pregunta ella a Julianne.

—Mantened el orden y la transparencia. No aseguréis ningún servicio que no esté confirmado por la agencia local. Y, sobre todo, queremos ver cómo resolvéis un conflicto trabajando en paralelo, sin interferir en las competencias de la otra.

Sin pisarnos. Qué concepto tan idílico.

El desembarque en el muelle de Nápoles es un torbellino de ruido, pitidos y calor. En cuanto cruzo el control de la pasarela con mi radio de mano y el chaleco de alta visibilidad, experimento una molesta sensación de vulnerabilidad. Desde el centro de control, el caos se ve en alta definición. Aquí abajo los pasajeros se agolpan contra las vallas: unos perdidos con sus mochilas, otros exigiendo soluciones a gritos, todos con la expresión crispada de quien ve sus vacaciones truncadas por un conflicto laboral ajeno.

El muelle es un territorio hostil. Y a diez metros de mí está Maika.

Se mueve entre la multitud con una soltura envidiable, siempre flanqueada por su equipo. Leo, Lara, Iván y Nico, organizan con ella las filas por colores, y tranquilizan a un grupo que seguro teme perder la excursión a Pompeya.

La observo un instante mientras da instrucciones por megáfono. Ella gira la cabeza y me sostiene la mirada en la distancia. Solo un delicioso segundo.

Durante la primera hora, el puerto nos exprime al máximo. Por si fuera poco, la policía cambia dos veces la zona de parada de los autocares y uno de los conductores locales se mete por el carril de sentido contrario.

—Control, aquí seguridad de muelle. Solicito autorización para habilitar un carril secundario en la zona norte para el pasaje con excursión del barco —pido por la frecuencia—. Si los mezclamos con las cancelaciones, bloquearemos la salida de la terminal en diez minutos.

—Recibido, Seguridad. Autorizado carril norte —responde la guardia del buque.

Maika aparece a mi lado poco después, con las mejillas encendidas por el sol del mediodía y el dosier del pasaje enrollado en la mano.

—Tengo a ciento veinte pasajeros reubicados en los turnos de las lanzaderas. Treinta y seis han aceptado el itinerario a pie por el centro histórico. Veintidós están listos para rellenar las hojas de reclamaciones, pero al menos ya han bajado los puños y no parecen dispuestos a linchar a mi ayudante —explica con una sonrisa.

—Buen trabajo —respondo, manteniendo la calma—. Yo he conseguido que nos cedan la dársena lateral para el embarque de emergencia, pero solo nos dan una ventana de treinta minutos. Hay que moverlos ya.

—Puedo segmentarlos por orden de desembarque. Familias y carritos primero, luego pasajeros de movilidad reducida y dejamos al final los tures alternativos.

—Eso colapsaría la capacidad del primer vehículo —le rebato.

—No si mando a Leo para coordinar la subida de las familias y dejo a Lara ordenando la fila de los mayores. Iván puede entretener al grupo de las reclamaciones ofreciéndoles agua fría y los formularios oficiales. La gente enfadada reduce las revoluciones en cuanto les das un papel con membrete y un bolígrafo; sienten que están haciendo daño oficial —explica.

La miro fijamente, entornando los ojos. Joder, qué sexi está cuando se mete en mi terreno.

—Eso es inquietantemente eficiente.

—La burocracia naval es el mejor sedante que existe —responde ella, guiñándome un ojo.

Se me escapa una sonrisa, una de verdad. Maika la detecta al vuelo, pero tiene la elegancia de no hacer sangre. Gracias a Dios.

Durante las dos horas siguientes nos convertimos en un binomio de verdad. Y en mitad del estruendo del puerto napolitano, comprendo exactamente a qué se refería Julianne cuando habló de perfiles complementarios.

No somos iguales. Y precisamente por eso funcionamos.

Cuando logramos encauzar el grueso del pasaje, la presión ambiental desciende de golpe. Los autobuses de la naviera entran y salen con fluidez y los pasajeros rezagados avanzan con la información clara. Las autoridades del puerto han guardado las libretas de sanciones y nos miran con un respeto justificado.

Maika se acerca, dándole un trago a una botella de agua casi vacía.

—No ha habido bajas —dice, exhalando todo el aire.

—Todavía queda el turno de tarde —le recuerdo.

—Qué apego tienes a los protocolos —bromea, secándose el sudor de la frente con el brazo.

—Intento mantener el estándar operativo —contesto, permitiéndome otra sonrisa.

—Podría haber sido un desastre absoluto. Lo hemos salvado bien.

El walkie de Maika interrumpe el momento con la voz de Nico, y ella escucha el reporte con atención.

—Entendido, voy hacia la dársena dos.

Corta la comunicación y se vuelve hacia mí.

—Tengo que bajar al segundo control. El grupo del itinerario a pie está listo para salir.

Asiento.

—Tu equipo lo ha hecho muy bien.

—Lo sé —responde, con un brillo de orgullo en los ojos.

—Y tú también lo has hecho.

Maika se detiene en seco. Su expresión cambia, suavizándose en una fracción de segundo.

—Gracias.

—Ten cuidado ahí fuera —añado, y la frase sale antes de poder evitarlo.

Ella ladea la cabeza y, por un instante, recupera a la Maika de los contratos anteriores.

—¿Eso es el punto tres de tu plan o una sugerencia de seguridad? —me provoca.

—Es una orden mixta.

—Me quedo con la parte humana —responde.

Maika sonríe abiertamente, da media vuelta y alza los brazos para convocar a su gente.

—¡Grupo de excursión, conmigo! Vamos a enseñarle a Nápoles cómo se organiza una marcha, que el tráfico ya lo tienen superado.

Varios pasajeros se ríen, aliviados. La sigo con la mirada hasta que el grupo cruza la verja exterior de la terminal. Al girarme para regresar a mi puesto de control, me encuentro con Arturo a unos metros de distancia. Lleva la identificación colgada del cuello y me observa con una expresión indescifrable.

Él pasea la mirada por el muelle despejado, observa las lanzaderas operando en orden y el flujo estabilizado en la pasarela. Finalmente, clava sus ojos en mí y asiente con una aprobación lenta y firme.

—Buen trabajo, oficial.

22

Helen

—Al menos, hoy todo ha salido bien.

Todos han regresado sanos y salvos de la excursión alternativa, Nápoles ha dejado de comportarse como una criatura mitológica enfurecida por el tráfico y los autobuses lanzadera han completado el servicio con una coordinación más que decente. Las reclamaciones en el mostrador se han reducido a un murmullo soportable y Arturo me ha dedicado un sobrio «buen trabajo» que, en cualquier otra ocasión, yo habría archivado en mi mente como una pequeña victoria profesional.

Pero no es suficiente. Porque desde que Maika se alejó con su equipo arrastrando al pasaje con esa energía arrolladora, una sensación extraña se me ha clavado bajo las costillas. Es una mezcla confusa de orgullo, alivio y, sobre todo, miedo. No por el caos portuario, las autoridades o las contingencias logísticas. Es miedo por lo que despierta Maika en mí cuando la veo liderar, cuando sus ojos se clavan en los míos o cuando pierdo el control al fijarme en sus labios.

Un pensamiento que me obligo a disipar de inmediato cuando la competición se formaliza tras el regreso del último grupo. Arturo y Julianne nos citan en la sala de reuniones de la cubierta seis: un habitáculo acristalado con vistas a la popa y al puerto de Nápoles, que empieza a desdibujarse en el horizonte mientras el barco inicia la maniobra de salida. Han bautizado este proceso como «entrevista cruzada», un eufemismo elegante para camuflar que van a sentarnos frente a frente para abrirnos en canal con la mayor cortesía posible.

Llego cinco minutos antes, por supuesto. Maika aparece justo a tiempo, como era de esperar. Entra con el polo de animación

impecable, aunque las sombras bajo sus ojos delatan el cansancio acumulado y se sienta frente a mí.

—Gracias por acudir tan rápido —dice Julianne—. Sabemos que la jornada de tierra ha sido exigente.

Maika deja escapar una risa.

—Una forma muy diplomática de describir un motín turístico a pie de muelle —responde, manteniendo su chispa intacta.

Julianne sonríe apenas, inclinando la cabeza.

—Precisamente por eso queríamos convocaros ahora. La presión del directo revela el liderazgo con más nitidez que cualquier entrevista de despacho.

—Qué perspectiva tan alentadora —murmuro, incapaz de morderme la lengua.

Arturo parece esbozar una sonrisa de diversión.

—Helen, Maika, esta sesión no seguirá el formato individual. Queremos evaluar vuestro criterio, vuestra objetividad y vuestra capacidad de análisis observando cómo valoráis el desempeño de vuestra compañera.

La columna se me tensa. Excelente. Ahora no solo tengo que disputar el puesto con Maika, sino que debo evaluarla mientras intento disimular que la he imaginado besándome en mi cama al menos cuatro veces desde el café de la mañana. «Profesionalidad, Helen.», me ordeno mentalmente.

—La intención… —prosigue Julianne—, no es que os destruyáis la una a la otra. Buscamos madurez, honestidad y la capacidad de reconocer las virtudes de la otra, incluso cuando existe una evidente tensión previa entre vosotras.

Maika me clava la mirada durante un segundo. Uno solo. Pero es suficiente para que la palabra «tensión» se quede corta, casi ridícula. Desde luego, para no conocer los detalles de nuestro historial, la dirección está eligiendo las palabras… adecuadas.

Arturo cruza las manos sobre la mesa.

—Empecemos con algo fácil. ¿Cuál consideraríais que es la mayor fortaleza profesional de vuestra compañera?

Maika toma la palabra antes que yo.

—Helen sabe cómo el desastre antes de que pase —afirma. No busca adularme, pero no estoy acostumbrada a que analicen mi trabajo con esa lucidez—. Es capaz de controlar el flujo de desembarque, un cuadrante de horarios o una operación de contingencia y localizar el punto exacto por donde se va a joder el sistema. Su disciplina puede ser desesperante a veces, sí, pero salva contratos enteros. Hoy en el muelle lo ha vuelto a hacer. Mientras los demás veíamos clientes enfadados y un colapso napolitano, ella ha buscado soluciones rápido. Eso no se aprende en los cursos de la compañía.

Siento la boca seca. Julianne toma notas en su pantalla sin levantar la vista.

—¿Definirías esa capacidad de anticipación como su valor principal? —le pregunta.

—Sí —sostiene Maika, obligándome a mirarla—. Helen es la estructura que mantiene el barco a flote cuando los demás operamos más desde la improvisación o buscamos soluciones alternativas que, sobre el papel, parecen más dinámicas.

Quiero desviar los ojos, romper ese hilo invisible que nos une en la mesa, pero mis músculos no obedecen.

Arturo se vuelve hacia mi lado.

—Helen, tu turno. ¿Cuál es la mayor fortaleza de Maika?

Respiro hondo, reteniendo el aire. Podría recurrir a la respuesta segura. Pero la comodidad empieza a resultarme una forma cobarde de maquillar la realidad.

—Maika entiende el factor humano de verdad —respondo, y noto un calor súbito ascendiéndome por el cuello—. No se limita a dirigir al pasaje; los descifra. Sabe exactamente qué necesitan y

cuando. Es empática y resolutiva de una forma que las directrices de la central jamás podrían llevar a cabo.

Maika se queda quieta, pero la intensidad de sus ojos oscila sutilmente. Continúo, asumiendo que he dejado atrás cualquier línea de retirada

—En Roma mantuvo el control de un grupo en una situación de aislamiento y estrés. En Nápoles ha hecho exactamente lo mismo. Su equipo responde porque no los trata como simples trabajadores, sino como parte de una identidad común.

Julianne me observa, evaluando el peso de mis palabras.

—¿Le resulta complejo admitir ese valor en su competidora, oficial? —quiere saber.

Me recoloco en el asiento.

—No —replico. Pero mi mente, saboteada por esta inercia de honestidad brutal, me obliga a matizar—: Bueno… sí. Es complejo. No por falta de reconocimiento profesional, sino porque su metodología se basa en la intuición y el corazón, elementos difíciles de cuantificar en un informe de rendimiento.

En mi mente esas palabras tienen un tinte bromista, pero sé que para ellos no.

Arturo anota algo rápidamente. Maika desvía la vista hacia sus dedos entrelazados. Y yo, siento que acabo de desajustar una pieza crucial de mi armadura frente a los presentes.

—Bien —interviene Arturo—. Pasemos al reverso del análisis. ¿Cuál es la mayor debilidad que observáis en la otra?

Miro a Maika. Podría decir que es impulsiva, que confía en exceso en su magnetismo personal o que desatiende los márgenes de seguridad. Todo tendría su base técnica, pero en este contexto sonaría como un ataque personal.

Sin embargo, es Maika quien asume el riesgo primero.

—Su debilidad es que se exige una perfección absoluta para sentirse legitimada en su rango, cuando su competencia ya es incuestionable a bordo —dispara con una calma que me corta la respiración—. Helen trabaja como si el menor desajuste fuera una prueba de que no merece su puesto. Eso la convierte en una oficial brillante, porque audita, prevé y blinda cada maniobra. Pero también la vuelve implacable consigo misma y, por extensión, con los que trabajamos a su lado. Ante un imprevisto, su primera reacción es buscar el fallo en el protocolo. Y si el protocolo no es suficiente, intenta cargar con todo el peso de la operación ella sola.

Me pasa factura el impacto en el pecho, y no por orgullo herido, sino por la precisión del diagnóstico. Julianne y Arturo levantan la cabeza al unísono.

—¿Consideras que eso penaliza su capacidad de mando? —indaga Arturo.

—Más bien… a cómo delega las cosas —concluye Maika—. Porque un líder no solo debe ser infalible; debe permitir que su entorno comparta la carga del problema. A Helen le cuesta aceptar que el equipo puede resolver cualquier problema igual de bien que ella.

Me siento expuesta, como si Maika hubiera forzado el acceso al lugar donde almaceno mis mayores dudas. No hay rastro de sarcasmo en su voz; solo una verdad desnuda que me deja casi sin respiración.

Julianne se dirige a mi posición.

—Oficial, ¿desea ejercer su derecho a réplica?

—No.

Arturo asiente, registrando mi silencio como un dato más de la evaluación.

—Su turno entonces, Helen. La mayor debilidad de Maika.

Ella aguarda, sosteniendo el contacto visual, y esa valentía me obliga a responder con la misma moneda.

—Maika confía en exceso en su capacidad de resolución sobre la marcha —expongo, midiendo cada palabra—. Su facilidad para la improvisación es sobresaliente, pero a veces ese recurso le hace subestimar el diseño de todo el trabajo que hay a su alrededor.

Maika inclina la cabeza de lado.

—No me refiero al incidente de Civitavecchia —aclaro de inmediato—. Eso fue una emergencia externa. Hablo de una tendencia general en general. Creo que es una mujer que se siente demasiado cómoda trabajando dentro del desorden y por eso, proyecta la falsa sensación de que no existe un método detrás, aunque lo haya. Y para mí…, en una situación crítica a bordo, esa percepción puede generar desconfianza en el resto de los oficiales.

Arturo muestra un interés evidente.

—O sea, que la señorita Aranda, muestra una falta de rigor.

—No —atajo con rotundidad—. Solo digo que camufla su planificación detrás de su carisma. Y los perfiles externos pueden confundir esa naturalidad con una falta de control sobre cosas más serias.

Julianne aparta su *tablet*.

—Interesante. Ambas habéis diagnosticado debilidades basadas en la percepción del rol, no en la competencia técnica.

Maika exhala un suspiro lento.

—Supongo que somos expertas en aparentar.

Abro la boca, pero no soy capaz de articular palabra. Enseguida, Arturo retoma el interrogatorio.

—Analicemos el trabajo conjunto en Nápoles. Helen, ¿qué aportó Maika fuera de los protocolos?

La conclusión es inmediata.

—Sin duda, la gestión del emocional —admito—. Mi función era sectorizar el muelle, negociar las dársenas con la policía portuaria y establecer líneas de flujo seguras. Pero Maika tomó el

pulso al pasaje. En un muelle saturado, la psicología de la masa es un factor logístico prioritario.

Julianne esboza una ligera sonrisa de aprobación.

—Una definición muy exacta.

—No estaba en mis notas —reconozco.

—Se nota —apunta Maika en un murmullo, con una leve curva en los labios.

Le dedico una mirada de advertencia. Ella casi sonríe del todo.

Arturo traslada la misma cuestión al otro lado de la mesa.

—Si Helen no hubiera establecido los perímetros rígidos, el muelle habría sido una marea ingobernable —admite Maika—. Ella sabe dónde fijar un límite, qué acceso clausurar y cuándo sostener una negativa ante las autoridades locales para que la seguridad general no colapse. Yo puedo convencer a un cliente de que espere un autobús; Helen garantiza el espacio físico para que ese autobús pueda maniobrar en el espacio.

Bajo la vista hacia la mesa, consciente de que, si mantengo el contacto visual con ella, nuestros jefes van a leer con demasiada claridad todo lo que me está pasando.

Julianne entrelaza las manos.

—Vuestra coordinación en la dársena de Nápoles es el rendimiento más sólido que hemos registrado desde que embarcamos en Marsella.

Maika y yo cruzamos las miradas al mismo tiempo. «Madre mía. Desde Marsella». La cantidad de cosas que estos dos habrán pasado monitorizando.

—Pero… eso no anula los factores de riesgo —advierte Arturo —. Vuestro historial compartido puede funcionar como un gran catalizador de rendimiento si se gestiona con madurez, o como un foco de inestabilidad si permitís que interfiera en la toma de decisiones.

—Estamos corrigiendo esa última fase —le aseguro.

—A ratos —responde Maika.

—A ratos es mejor que nunca ¿no? —digo, y mi mirada se queda clavada en la de ella.

Maika sonríe. Y Julianne carraspea, devolviéndonos al orden del día.

—Planteemos el supuesto final. Si tuvierais la obligación de recomendar a vuestra compañera para el puesto de alta dirección, ¿cuál sería vuestro argumento?

El pulso se me acelera notablemente. Esto ha cruzado la línea de la evaluación; es una prueba de resistencia emocional. Cada fase de mi plan de humanidad… yéndose a la mierda.

Maika apoya las palmas en la mesa.

—Recomendaría a Helen porque la naviera necesita un mando capaz de mantener la estabilidad cuando el sistema se tambalea. Porque domina la normativa interna mejor que nadie en la flota, porque no busca que una operación salga bien por azar. Y porque, aunque ella crea que su mayor virtud es el control, su verdadero valor es que le importa tanto la seguridad de este barco que es incapaz de dejar a nadie desprotegido.

Me quedo sin argumentos. Arturo se vuelve hacia mí, y eso me obliga a tragar saliva.

—Recomendaría a Maika porque no nos podemos permitir olvidar que detrás de cada estadística de satisfacción hay personas reales. Porque su tripulación la secunda por lealtad. Porque tiene la capacidad de hacer que la gente respire y confíe en mitad de una crisis antes de ejecutar una orden. Y porque tiene una audacia que no se parece en nada a mi concepto de seguridad, pero que la compañía necesita incorporar urgentemente.

Maika baja la mirada hacia su regazo y experimento un alivio extraño al haber verbalizado lo que realmente pienso de ella.

Veo a Julianne carraspear.

—Muy bien. Una última cuestión: ¿sería posible vuestro trabajo en común si una de las dos asume la dirección y la otra permanece en su puesto actual?

Maika suspira, tomándose un margen antes de responder.

—Por mi parte no habría inconveniente —dictamina—. Siempre que los términos de la relación laboral no repliquen los errores de nuestro contrato anterior.

Julianne me traslada el testigo.

—¿Y su postura es…?

—Podría trabajar con Maika si ella obtiene el puesto. No voy a engañar a nadie, porque sí, implicaría un coste muy personal. Pero ante todo… soy una oficial de esta naviera, y sé identificar cuándo un perfil es el adecuado para el liderazgo.

Arturo es el primero en levantarse.

—Es todo por nuestra parte. Buen trabajo a las dos.

. . .

Abandonamos la sala de juntas en un silencio absoluto. El pasillo está despejado. Maika camina unos pasos por delante, con esa soltura innata, como si las declaraciones que acaban de tener lugar ahí dentro no me hubieran demolido por completo las defensas.

No puedo dejar que se retire a su camarote así. Al menos, no otra vez.

—Maika…

Se detiene en seco y gira sobre sus talones. Acorto la distancia entre las dos lo justo para poder bajar la voz, lo suficiente para que mi cuerpo registre que la proximidad con la coordinadora de animación sigue siendo un riesgo operativo de primer nivel.

Un riesgo del que decido ignorar las alarmas.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto.

—¿A qué te refieres?

—Decir todo eso de mí en la entrevista.

Maika me mira y me dedica una sonrisa.

—Porque había que decir la verdad, Helen. Y es exactamente lo que pienso de ti.

—Me estás complicando demasiado mantener las distancias. Lo sabes, ¿verdad? —susurro.

Maika da un paso corto, e invade mi espacio.

—Tal vez es que ese es precisamente mi objetivo —responde, provocándome un pequeño cortocircuito—. No quiero que disimules, quiero que sientas y que actúes sin pensar en todas las reglas que romperás con ello.

Luego me guiña un ojo con complicidad y se marcha, dejándome en el pasillo, con el corazón latiendo con fuerza, justo antes de girarse y añadir:

—La cuestión, es ver qué harás con ello…

23

Maika

Palermo. Sexto día de ruta.

El Marine IV hace escala en Palermo como si, después de lo que pasó en Roma y Nápoles, el universo decidiera ofrecernos una disculpa por tanto revuelo.

A las nueve y media de la mañana ya estoy en el punto acordado, justo al pasar el torno de salida de la tripulación en la cubierta de embarque. Llevo las gafas de sol sujetas en lo alto de la cabeza, una blusa que se mueve con la brisa y un pantalón cómodo. Mi única intención hoy es no pensar en emergencias, supervisores infiltrados, auditorías de la compañía y, sobre todo, en Helen. La tripulación que no está de guardia tiene siete horas libres en tierra. Siete. Eso significa que a las dieciséis treinta debemos estar de regreso a bordo y, si el destino me lo permite, voy a pasar un día de puta madre sin prisas de última hora.

Gonzalo me dijo que vendría. También Lara, Nico y, supuestamente, alguien más. Naturalmente, no aparecen ninguno de ellos. Sorpresivamente, la que cruza el control de seguridad es Helen.

Lleva un vestido camisero azul oscuro, de corte sencillo y elegante, que contrasta con su pelo recogido, y unas gafas de sol que amenazan con desequilibrar mi cordura mientras camina hacia mí.

—Hola —saluda, deteniéndose a una distancia prudente.

—Hola —respondo.

—¿Dónde está Gonzalo? —pregunta ella, paseando la mirada por el muelle con un leve tono de sospecha.

—Eso mismo me gustaría saber —contesto, y me encojo de hombros.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Un segundo después, vibra el suyo. Las dos bajamos la mirada al mismo tiempo.

Hay un mensaje de Gonzalo en el grupo de WhatsApp que tenemos en común.

> **Gonzalo**: O arregláis lo vuestro, u os juro que os tiro por la borda de camino a Cerdeña. Besitos.

Debajo coloca un emoji de ancla, otro de corazón y uno de berenjena que, por mi bienestar mental, ignoro por completo. Helen se queda mirando la pantalla. Frunce el ceño y aprieta los labios.

—Voy a matarlo —murmura entre dientes.

—Pues ponte a la cola —respondo yo.

Helen levanta la vista hacia mí. Durante un segundo parece a punto de disculparse por ocupar mi mismo metro cuadrado. Después inspira profundamente, como si recordara de golpe algún punto de su famosa lista de mejora interpersonal, y recupera la compostura.

—Podemos volver al barco —propone, echando un vistazo hacia la pasarela de acceso donde los pasajeros empiezan a desembarcar en masa.

—Podríamos… —admito—. O mejor, lo que podemos hacer es aceptar que Gonzalo nos ha manipulado descaradamente y aprovechar que estamos en Palermo para desconectar. Nos lo merecemos, ¿no crees?

Helen dirige la mirada hacia la ciudad, luego hacia el barco, que se ve imponente y gigantesco dominando el puerto, y, finalmente, clava sus ojos en mí.

—Tenemos que estar a bordo a las cuatro y media —insiste.

—Sí, mi oficial —respondo con sorna, llevándome la mano a la frente en un saludo militar.

Después, me mira por encima de las gafas, con esa ceja ligeramente arqueada que me deja entre suspiros.

—Ni te atrevas a usar ese tonito conmigo, Maika.

Estoy a punto de volver a hacerlo, y ella lo sabe.

—Perdón, es que me lo pones demasiado fácil —rectifico con una sonrisa traviesa.

Palermo nos recibe envuelta en esa belleza caótica que distingue a las ciudades de la costa italiana. Las calles, iluminadas por un sol que parece teñirlo todo de dorado, están bañadas de un delicioso aroma a pan horneado, tomate, albahaca y cítricos. Varias *vespas* pasan demasiado cerca de nosotras sorteando el tráfico y de los balcones colmados de ropa tendida se filtra una esencia a hogar que, por un instante, me deja maravillada.

Caminamos sin un rumbo establecido, lo cual para una mente como la de Helen supone una experiencia cercana al deporte de riesgo. La observo de reojo de tanto en tanto mientras cruzamos las avenidas. No dice nada, se limita a caminar a mi lado; algo tensa al principio, pero más relajada conforme avanzan los minutos.

—Estás haciendo un esfuerzo sobrehumano para no organizar la mañana, ¿verdad? —pregunto con curiosidad mientras giramos en una bocacalle.

—De hecho, estoy organizándola internamente —confiesa sin mirarme, aunque noto el amago de una sonrisa.

—Ni que lo digas. Tienes cara de estar elaborando un mapa mental con tres rutas alternativas y un plan de evacuación por si una *nonna* siciliana nos bloquea el paso con un carrito de la compra.

Helen gira la cabeza justo en ese momento hacia una mujer que, casualmente, empuja un carro rebosante de limones y naranjas al otro lado de la calle.

—En este trabajo, nunca hay que descartar ninguna amenaza —responde con fingida seriedad.

Me río con ganas. Y entonces ocurre algo sencillo y precioso: Helen también se ríe. Su risa, cálida y poco común, se queda flotando entre nosotras mientras avanzamos hasta llegar a una plaza donde el sol hace brillar las fachadas barrocas como si alguien las hubiera pulido especialmente para nosotras.

Entramos en una pequeña iglesia donde el ambiente es fresco y lo único que se escucha es ese silencio sepulcral capaz de erizarte la piel. Helen baja instintivamente la voz para comentarme el detalle de un fresco del techo y yo me acerco un poco más, solo para disfrutar de su cercanía y de esta tregua que sabe a vida normal.

—No soy tan exagerada como lo pintas, Maika.

—Te recuerdo que escribiste un esquema para aprender a acercarte a mí y comportarte como una persona normal —le recuerdo con cariño.

—Era una herramienta de gestión —se defiende, aunque sus ojos brillan tanto que delatan su diversión—. Es más, funcionó.

—Un poco —concedo.

—Entonces no critiques mis métodos —concluye, dándome un codazo.

Salimos de nuevo al bullicio de la calle entre risas, percibiendo cómo, poco a poco, la falta de rigidez va apagándose. Palermo late al son de la música callejera, del ritmo acelerado de sus gentes y del alboroto de unos niños que juegan a la pelota en un callejón.

A media mañana acabamos sentadas en una pequeña mesa bajo un toldo verde, con vistas a una calle estrecha. Pedimos pasta, ensalada caprese, agua y, por iniciativa mía, una jarra de vino blanco de la casa, bien fresco.

Helen observa la bebida como si se tratara de un artefacto inflamable y me mira con una ceja alzada.

—Maika, tenemos que estar de servicio en unas horas —me recuerda—. ¿No crees que es demasiado…?

—Tú lo has dicho, dentro de muchas horas —la interrumpo, y sujeto mi copa entre los dedos—. De aquí a que volvamos al barco, el alcohol se habrá esfumado. Además, media copa de vino siciliano no va a impedirte recitar de memoria el código de seguridad del barco. Disfruta un poco.

Helen suspira, pero cede y deja que el camarero le sirva un poco. Alza su copa y me mira a los ojos.

—Por Palermo —propongo.

—Por el derecho a tener un descanso —añade ella.

—Por eso también.

Bebemos. El vino está helado, es suave y tiene un punto cítrico que me hace cerrar los ojos un segundo. El cansancio acumulado de las últimas horas de travesía sigue ahí, pero ya no me pesa tanto. Tal vez sea por el sol, tal vez por el vino, o tal vez porque Helen está sentada enfrente, sin su uniforme, sin una carpeta entre las manos y sin fingir que le soy indiferente en cuestión de sentimientos. La verdad es que parece que llevemos una eternidad juntas en el crucero, cuando lo cierto es que apenas han sido unos días intensos. Pero supongo que Helen Müller tiene ese efecto: el de distorsionar el tiempo.

Hablamos de todo y de nada al mismo tiempo. Aunque pronto, la conversación cambia de forma natural cuando el camarero retira los platos y dejamos la última mitad de la copa para alargar la sobremesa.

—La sesión de evaluación de ayer fue intensa —comento con precaución, tanteando el terreno.

Helen se queda quieta un instante.

—Sí, la verdad es que sí —admite—. No esperaba que nos hicieran un cara a cara tan directo, ni que nos obligaran a desnudarnos profesionalmente de esa manera.

—Yo tampoco —confieso—. Aunque lo hiciste muy bien.

—¿Eso forma parte de tu estrategia para que caiga a tus pies? —pregunta con una pizca de ironía.

—No. Es una observación totalmente sincera —aclaro, inclinándome un poco hacia ella—. Bueno, y tal vez un poco de estrategia también. Ya te lo dije. Deberías romper un poco las reglas.

La comisura de sus labios se curva hacia arriba.

—Tú también estuviste brillante —reconoce en voz baja.

—Lo sé…

Helen suelta una risa, negando con la cabeza.

—Qué falta de modestia.

—Estoy practicando lo de aceptar cumplidos sin fingir modestia. El equipo médico del barco dice que es muy sano —bromeo.

—Debería añadirlo a mi lista de tareas pendientes —sigue el juego.

—¿Por qué deseas tanto ese puesto? Que yo recuerde, nunca me has dicho el motivo.

La pregunta me nace del corazón. Helen mira hacia la calle, donde un hombre pasa cargando cajas de limones y una moto arranca.

—Para serte sincera, Maika… estoy cansada de vivir metida en una estructura de metal flotante —responde, acariciando el borde de la servilleta—. Durante mucho tiempo creí que navegar era lo máximo. Al principio me llenaba, me hacía sentir que avanzaba. Pero últimamente… —traga saliva—, siento que el barco se mueve, pero que yo estoy estancada en el mismo sitio.

Algo dentro de mí se ablanda.

—Quiero estabilidad —continúa—. Un despacho en tierra firme, un equipo que no se marche al terminar sus meses de contrato, tomar decisiones que duren más que una temporada de

cruceros. No quiero seguir sintiendo que toda mi vida cabe en dos maletas y un camarote.

La entiendo perfectamente. Los que elegimos este trabajo nos pasamos meses aislados de la realidad. Tu vida social, tus horarios y tu espacio se miden por la duración del contrato, y a veces, esa inestabilidad te devora por dentro.

—Aunque sea una gran oportunidad. Quiero ese puesto porque necesito sentir que mis pies están en el suelo y no en algo que va y viene con las mareas.

La voz de mi abuela se me mete en la cabeza. «¿Y por qué no diste ese paso?». Es curioso que nunca le haya hablado de ella, y que ahora tampoco sea capaz de hacerlo.

—¿En qué piensas? —pregunta ella, notando mi ausencia.

—En nada… Bueno, en que veo lo importante que es esto para ti —digo.

Helen no parece del todo convencida con mi respuesta, pero tiene la delicadeza de no presionarme.

—Lo es —afirma.

Asiento y le doy un sorbo a lo que queda de vino para tragarme las palabras que he decidido callar.

—No quiero arrebatarte tus sueños, Helen. Pero tampoco puedo fingir que a mí no me interesa esa promoción. Nunca había pensado en ello, pero ahora que se ha prestado la oportunidad…

—No deberías fingir —me interrumpe—. Creo que ambas podemos competir por el mismo despacho sin necesidad de destruirnos en el intento.

—Eso sería sospechosamente maduro por nuestra parte —bromeo para aliviar la tensión.

—Estoy madurando, te lo he dicho.

Sonreímos. La brisa mueve el toldo sobre nosotras y el camarero nos trae un par de tiramisús cortesía de la casa. Palermo

sigue viva, ruidosa y preciosa a nuestro alrededor. Y por primera vez en muchos días, no siento que estemos en bandos opuestos de una guerra.

—¿Y si dejamos que decidan ellos? —propongo, apoyando los puños en la mesa.

Helen frunce el ceño, intrigada.

—Nosotras podríamos limitarnos a hacer nuestro trabajo de la mejor manera posible a bordo, y que decidan lo que tengan que decidir. Al fin y al cabo, para eso se han embarcado de incógnito.

Helen juega con el tallo de su copa, pensativa.

—Sabes que, sea cual sea la decisión que tomen, una de las dos va a salir tocada, ¿no?

—Claro que dolerá, Helen. Pero dolerá mucho menos si no nos hemos destrozado la una a la otra antes de recibir la decisión de la naviera.

Helen baja la mirada hacia la mesa, conmovida.

—No quiero estropear lo que sea que estamos construyendo.

Mi corazón da un vuelco limpio. «Lo que sea que estamos construyendo». Viniendo de una mujer que vive encorsetada en los reglamentos y la distancia de seguridad, eso equivale casi a una declaración de amor en toda regla.

—Yo tampoco —confieso.

El mundo entero parece reducirse a esta mesa de madera en Palermo, a los restos de vino, a los postres a medio tocar y a la certeza absoluta de que, si alguna de las dos fuera un pelín más valiente o un poco menos consciente de las normas de la compañía, nos habríamos besado ya por todas partes.

Así que, como el pánico me puede, recurro a mi terreno y levanto la copa.

Entonces, el móvil de Helen vibra sobre el mantel. Al mirar la pantalla, su expresión cambia por completo y recupera la rigidez.

—Es Gonzalo —anuncia, resoplando.

—Miedo me da —respondo—. ¿Con qué tontería sale ahora?

Lee el mensaje de texto en voz alta: «Espero que estéis disfrutando de la maravillosa estampa siciliana, pero se me ha olvidado un pequeño detalle. Necesitamos que traigáis limones frescos de los mercados locales para la Noche del Capitán de mañana. Al parecer, el chef quiere hacer un postre especial y no quedan en el almacén. ¡Disfrutad del paseo!»

La miro fijamente. Ella hace exactamente lo mismo.

—¿Limones? —pregunto, arqueando una ceja.

—Limones —confirma ella.

—¿Para el chef del barco? ¿En serio?

—Eso es lo que ha escrito.

Me pasa el teléfono para que vea la pantalla. Obviamente es una burda mentira; el departamento de provisiones del Marine IV jamás dependería de dos oficiales cargando bolsas por Palermo para el menú de gala. Es la enésima jugarreta de Gonzalo para obligarnos a pasar más tiempo juntas.

Miro mi reloj de pulsera y luego a ella, que intenta contener la risa.

—Ese maldito manipulador está jugando con fuego —digo, aunque la risa ya me sube por la garganta.

—Le gusta vivir al límite —coincide ella, y pierde la batalla contra su propia sonrisa.

Me echo a reír con ganas. Helen me sigue a los dos segundos. Después, me levanto de la silla aun sonriendo y dejo unos billetes sobre la mesa para pagar la cuenta.

—Vamos, mi oficial. Tenemos una misión logística de alta prioridad que cumplir en los mercadillos de Palermo.

Helen se coloca las gafas de sol y me mira de arriba abajo con una sonrisa enorme.

—Por favor, Maika, no lo llames así.

—¿«Operación Citrus» te parece un nombre más adecuado para el informe? —bromeo mientras empezamos a caminar.

—Mucho peor.

—Mmmmmm, ¿y qué tal «Plan Amarillo»? —sugiero, dándole un suave toque con el codo.

—Maika, por favor, un poco de respeto al uniforme —advierte.

La miro con una sonrisa radiante y acorto la distancia entre nuestros pasos. Puede que Gonzalo esté completamente loco, pero ahora mismo le debo la vida.

Porque caminar por Palermo al lado de Helen ya no se siente como avanzar por la cuerda floja hacia un conflicto inevitable, sino como el inicio de una tregua que, si tengo un poco de valor, podría convertirse en el mejor viaje de mi vida.

24

Maika

—Esto va a ser un desastre.

Afirmo mientras observo la cocina improvisada junto a la piscina principal, como quien contempla el escenario de una tragedia que se anuncia con música tropical a todo volumen. Delante de nosotras, varias mesas de trabajo de acero inoxidable se alinean en el centro. Las cubiertas de teca relucen bajo el cielo, las hamacas están abarrotadas y, al fondo, el equipo de sonido de animación ya tiene listos los micrófonos. Los pasajeros disfrutan de sus cócteles y siguen con interés el concurso culinario benéfico que ha organizado la naviera para el día de navegación.

Y ahí estamos Helen y yo, con delantales corporativos sobre la ropa, rodeadas de limones y con una nula experiencia a la hora de preparar un *sorbetto di limone* delante de más de trescientas personas en chanclas. Desde luego, esto no puede acabar bien.

Por mucho que Helen esté estudiando la receta con suma concentración.

Lleva las gafas apoyadas sobre la nariz y el ceño fruncido. Su uniforme blanco de oficial —camisa de manga corta con sus galones dorados y pantalones— está impoluto, de momento, bajo el delantal. Lleva el pelo recogido en una coleta que parece capaz de resistir un huracán de categoría cinco en alta mar.

Lo que viene a ser, una mujerona en toda regla.

—Ahora sí puedes llamarlo «Operación Citrus» —responde ella sin levantar la vista del papel—. Tenemos que ser las mejores, sin más opciones. Como oficiales y tripulación, daremos ejemplo.

La miro con total incredulidad y dejo escapar un suspiro largo.

—Helen, preciosa, esto es territorio desconocido para mí. Yo coordino las clases de bachata y los bingos, no me manejo con la cocina. Así que no pidas imposibles.

—La receta tiene instrucciones muy claras —insiste ella, serena, y me pone el papel en la cara, como si tener las letras a Times New Roman 14 fuera a obrar el milagro de convertirme en chef.

—También las tienen los muebles de Ikea, y una vez me sobraron seis tornillos y terminé con una estantería que parecía una escultura de arte moderno.

Ella suspira como si reuniera toda la paciencia del universo antes de contestar.

—Concéntrate, Maika. Solo un poco.

—Eso intento, de verdad, pero me distrae mucho la idea de provocar una intoxicación colectiva a bordo y tener que poner el barco en cuarentena. Imagina los titulares en tierra.

Helen levanta la vista al fin y me atraviesa con esa mirada seria que, últimamente, ya no me intimida tanto. Al contrario, me enciende. Debajo de su habitual control percibo otras cosas, *cosas* que me encantan mucho más.

A nuestro alrededor, las demás parejas ocupan sus estaciones. El primer oficial de puente, el jefe de máquinas, algunos compañeros de mi propio equipo de animación e incluso el médico de a bordo intentan batir algo que tiene pinta de cemento armado. Gonzalo pasa por detrás de nosotras con una copa de blanco bien frío en la mano y una sonrisa tan satisfecha que me entran ganas de lanzarle un limón directo a la cara.

—¿Disfrutando de vuestra cita culinaria, queridas? —pregunta con sorna, encantado de habernos apuntado al evento benéfico.

—Voy a asesinarte y a tirarte por la borda mientras duermes, Gonzalo. Te lo prometo —le amenazo con el rallador en la mano.

—Vaya… sí que está alta la tensión sexual por aquí —responde él, riéndose por lo bajo.

Helen carraspea, visiblemente molesta.

—Gonzalo, desaparece de mi vista ahora mismo si no quieres que te abra un expediente.

—Uy, uy… Que la oficial de seguridad se pone agresiva. Me encanta.

—Tienes tres segundos —advierte Helen y empieza a enseñarle los dedos con una mirada que derretiría los icebergs del Atlántico Norte.

—Me voy, me voy. Pero recordad que esto es por una buena causa, que los fondos van para la ONG. Y, Maika… —Me guiña un ojo con descaro—, no incendies la cubierta, por favor.

Gonzalo se aleja riéndose a carcajadas, hundiéndose entre la multitud de pasajeros que toman el sol.

—Le odio —murmuro entre dientes mientras lo veo marcharse.

—No, no lo haces —replica Helen con calma, aunque detecto un matiz divertido en su voz—. Es un pesado, pero tiene buen fondo.

Helen deja la receta sobre la mesa y comienza a ordenar los ingredientes. Sus movimientos son metódicos, casi hipnóticos. Es una delicia verla mandar, la verdad.

—Bien. Necesitamos azúcar, zumo de limón recién exprimido, ralladura fina, agua fría, hielo picado y…

—Y un milagro. Un milagro del tamaño del transatlántico —añado yo.

—Maika, déjalo ya —me reprende.

—Eh, que estoy ayudando con el apoyo emocional. Eso también debería puntuar para el jurado.

Ella me mira durante un segundo largo, y luego niega con la cabeza mientras una sonrisa mínima amenaza con asomar a sus

labios. Dios mío. Creo que estoy empezando a redescubrir todas sus sonrisas. Y alguna que otra más. La pequeña y resignada. La irónica que usa cuando algo le parece absurdo. La que reserva para las estupideces de Gonzalo. Y la que intenta esconder porque sabe perfectamente el efecto devastador y sísmico que provoca en mí.

El director de crucero sube al escenario de la piscina, micrófono en mano, y alza la voz con un entusiasmo contagioso que retumba en los altavoces.

—¡Bienvenidos al concurso benéfico de postres de la oficialidad! ¡Un aplauso para nuestros valientes!

Los pasajeros, acomodados en sus hamacas y en las mesas del bar de la piscina, aplauden y silban con ganas.

—Esta tarde, nuestras parejas competirán preparando el mejor sorbete de limón italiano del mediterráneo. El jurado lo componen nuestro chef ejecutivo, el Capitán del barco y… —Hace una pausa dramática—, miembros de la dirección de la naviera que están a bordo inspeccionando el barco.

Miro hacia la mesa del jurado, colocada a la sombra del toldo. Arturo Valdés y Julianne Ferguson levantan sus copas con absoluta tranquilidad, como si evaluar postres de la tripulación fuera parte de su rutina diaria.

—Esto empieza a parecer un tribunal de la Inquisición —murmura Helen, siguiendo mi mirada.

—¿Verdad? En cualquier momento nos pedirán sacrificios humanos o, peor aún, que les cuadremos los balances de seguridad en un Excel a medianoche.

—Los informes irán primero, seguro —responde ella con ironía.

—Qué miedo das cuando eres graciosa sin proponértelo, de verdad te lo digo.

Ella me ignora olímpicamente y se centra en los utensilios. El concurso arranca entre aplausos, gritos del público y el sonido de

una música caribeña de fondo. Las parejas se ponen manos a la obra mientras los pasajeros observan encantados, algunos de pie apoyados en la barandilla de la cubierta superior.

Y entonces descubro algo fascinante: Helen cocina exactamente igual que trabaja en el departamento de seguridad. Perfectamente organizada.

—Cinco gramos más de azúcar alterarían por completo el equilibrio de la acidez del sorbete… —me informa, golpeándose los labios con el índice antes de pesar cada ingrediente en la balanza.

—¿Estamos haciendo un postre para el pasaje o desactivando una bomba? —bromeo, apoyando la barbilla en mi mano.

—La cocina es precisión, Maika —afirma ella.

—La cocina requiere fe, amor, un buen chorrito de alcohol y algo de improvisación, Helen.

—Eso no tiene ningún sentido científico.

—Y aun así estoy convencida de tener razón. Recuerda que la intuición es mi superpoder.

Ella resopla, y yo aprovecho el descuido para robar un poco de la mezcla líquida con el dedo. Helen me mira completamente horrorizada, como si hubiera violado el código marítimo.

—¡Maika!

—Está bueno. De verdad. Un poco ácido, pero promete —digo relamiéndome los labios.

—No puedes meter el dedo ahí. Estamos delante de los pasajeros y de los jefes. Ten un poquito de higiene, por favor.

—*Ups*, pues ya lo he hecho. Demasiado tarde para abrirme un parte —aclaro y me encojo de hombros.

—Estamos trabajando en público —insiste Helen, aunque noto cómo contiene una sonrisa y cómo sus ojos bajan un segundo a mi boca.

—Pues que el pasaje aprenda técnicas avanzadas de cata.

Helen cierra los ojos un instante, como si rezara a Neptuno por un poco más de paciencia.

—Por favor, intenta comportarte como una adulta durante treinta minutos. Solo eso.

—Eso suena aburridísimo y no va con mi puesto de animación, pero lo intentaré… —Me acerco un palmo a su oído, bajando la voz por encima de la música de la piscina—. Pero solo porque me lo pides tú.

Obedezco. Bueno, más o menos. Rallo los limones con energía mientras ella prepara la base del sorbete y, sorprendentemente, empezamos a funcionar. Como siempre que dejamos de pelear por ver quién lleva la razón. Helen organiza. Yo improviso. Ella corrige medidas. Yo pruebo sabores. Ella piensa en la estructura molecular del hielo. Yo me centro en que simplemente refresque al personal. Y entre medias, en ese espacio estrecho de la mesa, nos rozamos continuamente. Pequeños contactos absurdos de caderas y brazos que mi cuerpo registra como auténticos incendios forestales.

—Pásame el bol de acero, por favor —me pide.

—¿Este?

—No, el otro.

—Helen, hay siete boles idénticos.

—El mediano, Maika —especifica.

—Todos parecen medianos desde mi posición.

Suspira, se acerca por detrás y lo coge ella misma. Y en cuanto invade mi espacio personal, siento cómo el aire se atasca en mis pulmones.

—¿Estás bien? —pregunta, notando mi repentina parálisis.

—Perfectamente. El calor del verano, ya sabes —miento descaradamente.

—Acabas de echar sal gruesa en vez de azúcar refinada.

Miro el recipiente con horror.

—Ah. *Ups*.

Helen me quita el bote de las manos.

—Concéntrate un poco más, anda.

—Es tu culpa por existir, estar así de cerca, llevar esos galones y oler tan bien —suelto sin ningún tipo de filtro.

Las palabras salen de mi boca antes de que mi cerebro pueda ponerles freno. Helen se queda inmóvil apenas un segundo, con las puntas de las orejas tiñéndose de un rojo adorable. Después carraspea, se recoloca la camisa del uniforme y vuelve a la receta.

«Interesante. Muy interesante. La oficial de mi corazón también se pone nerviosa».

Intento no sonreír demasiado mientras el DJ de la piscina cambia a una canción más animada.

Seguimos trabajando con la tensión suspirándonos en la nuca, dedicándonos miradas peligrosamente largas y cargadas de dobles intenciones, hasta que llega el momento fatídico de usar la batidora industrial para mantecar el hielo. Y ahí empieza oficialmente nuestra caída libre hacia el caos más absoluto.

—Déjame hacerlo a mí —dice Helen autoritaria, agarrando el aparato.

—¿Por qué? Confía un poco en mis manos.

—Porque estoy segura de que ese es el primer paso hacia el desastre.

—Eso ha sonado a una crítica muy personal y dolorosa, Helen.

—Ha sonado a una observación empírica basada en tus antecedentes —replica ella mientras esboza una sonrisa sumamente atractiva.

Le saco la lengua discretamente cuando se gira. Helen conecta la batidora a la toma de la mesa. Al principio todo va sobre ruedas. Durante exactamente siete segundos. Luego la máquina emite un quejido extraño, después un traqueteo digno de un motor,

y finalmente decide rebelarse contra nosotras. Vibra con la fuerza de un terremoto —hay que darle drama a la narración ¿no?— y la mezcla semilíquida de limón sale disparada en todas direcciones como un geiser descontrolado.

—¡Mierda! —grita Helen por la sorpresa.

Un chorro espeso de crema helada impacta de lleno contra su uniforme, justo sobre los galones. Otro me da a mí en plena cara, cegándome un ojo. El público de las hamacas estalla en una carcajada unánime. Yo, lejos de enfadarme, me río muchísimo, sosteniéndome la barriga. Y de mientras, Helen mira su ropa como si acabara de presenciar un crimen de guerra pastelero.

—No te rías, que esto no tiene ninguna gracia —protesta, aunque sus ojos brillan de diversión.

—No puedo… no puedo respirar —consigo decir entre carcajadas, limpiándome el ojo con el delantal.

Helen intenta apagar el dichoso artefacto mientras otra salpicadura nos alcanza de rebote. Ahora tengo crema ácida en el pelo y Helen tiene un chorrillo deslizándose por el cuello hacia el escote de la camisa. La escena es tan sumamente ridícula que varias mesas de pasajeros comienzan a aplaudir y a jalearnos.

—Esto es humillante —protesta ella, intentando limpiarse inútilmente.

—Yo opino que estás especialmente sexi con ese trozo de limón en la ceja derecha.

—Pues tú tienes toda la cara pringada de azúcar, pareces un pastelito.

Intento limpiarme con la mano y termino de pringar la situación. Helen suelta un sonido frustrado, mitad risa, mitad desesperación, agarra una servilleta de papel y da un paso adelante, acortando toda la distancia entre las dos.

—Estate quieta un momento, terremoto.

La observo en silencio, conteniendo el aliento, mientras me limpia con un cuidado. Está demasiado cerca, sus dedos rozan mi piel a través del papel y el mundo entero —los gritos de la piscina, la música caribeña, los pasajeros— parece bajar el volumen de golpe. Todo se vuelve borroso, un fondo difuminado.

Helen levanta apenas la mirada, nuestros ojos se encuentran a escasos centímetros y por un instante eterno parece que va a romper todas las normas y me va a besar aquí mismo. Lo veo en sus ojos. Lo siento en su respiración. Está tan cerca que mi corazón se olvida por completo de cómo latir con normalidad.

Entonces alguien suelta un silbido descarado desde las hamacas y nos separamos de golpe, como si nos hubiera pillado el mismísimo Capitán.

—Tenemos que terminar el postre para el jurado —apunta Helen, recomponiéndose como puede.

En el momento del emplatado en las copas de cristal, decido que al sorbete le falta el toque maestro de la animación. Localizo la botella de *limoncello* de la reserva de cocina y le echo un chorro generoso mientras Helen decora el borde con ralladura.

—¿Qué demonios has hecho? —pregunta al percibir el aroma.

—Magia e ingenio italiano. Confía en mis dotes comerciales.

El chef ejecutivo va pasando mesa por mesa probando los postres, mientras el público observa expectante y en silencio. Helen mantiene los brazos cruzados, rígida, con la tensión visible en su postura corporal. Yo intento parecer la viva imagen de la tranquilidad, aunque por dentro le estoy rezando a todos los santos de la hostelería disponibles.

El Capitán del barco prueba nuestro sorbete con parsimonia. Julianne Ferguson hace lo mismo y sonríe apenas, mirando a Helen. Arturo Valdés levanta una ceja con evidente interés tras el primer bocado. Finalmente, el chef ejecutivo deja la cuchara de plata sobre la mesa de los jueces.

—Excelente textura, a pesar del… incidente técnico con la batidora —comunica el chef mirando el uniforme de Helen—. El ácido está muy bien equilibrado… y ese toque final de licor es sorprendentemente elegante y atrevido.

Sonrío saboreando el triunfo. Ya me podéis imaginar con el puño cerrado y saltando por ahí.

. . .

—¡Y las ganadoras indiscutibles del concurso benéfico son… la oficial de seguridad, Helen Müller, y nuestra coordinadora de animación, Maika Aranda, con su sorbete torpedo!

La cubierta de la piscina explota en aplausos, silbidos y vítores. Yo doy un salto y grito emocionada, olvidando las formas. Helen necesita varios segundos. Después, se gira hacia mí y empieza a reírse. Una risa auténtica, libre, luminosa y desordenada que me golpea directamente en el pecho, enamorándome un poco más. Dios. Creo que sería capaz de sabotear todas las batidoras del barco solo por volver a escucharla reír así.

Nos entregan una pequeña placa de madera con el logo de la naviera y una botella de champán de la reserva del barco mientras los pasajeros aplauden encantados desde las plantas superiores.

—La química y el sabor han sido excelentes —nos comenta el chef ejecutivo, y nos quiña un ojo antes de retirarse.

Química. Qué gracioso. Muy, muy gracioso. Ay querido Neptuno si él supiera.

Cuando la multitud de pasajeros comienza a dispersarse hacia los jacuzzis y el resto de las actividades, Helen y yo nos quedamos solas junto a nuestra estación de trabajo, convertida en un auténtico campo de batalla. Tenemos restos de nata en la ropa, las manos pegajosas y aroma a limón hasta en el alma. Helen me observa detenidamente unos segundos y luego niega con la cabeza.

—Eres un auténtico peligro público para la seguridad del barco, Maika Aranda.

«Joder, muero por probar esos labios con sabor a limón», pienso. Y en su lugar, respondo:

—Y aun así … hemos ganado.

Helen baja la vista a mi boca un instante largo, devorándola con la mirada. Después vuelve a mis ojos. Y el aire de la cubierta, se llena de una electricidad imposible de ignorar.

25

Helen

El viento nocturno azota la proa del Marine IV como si quisiera recordarme que acabo de mandar a tomar por saco todos y cada uno de los protocolos de la naviera. Mi uniforme está arruinado, manchado de limón y azúcar. Siento el rastro pegajoso de la mezcla adherido a mi piel, la prueba irrefutable de que, por mucho que intente mantener el control de mi vida, cuando Maika está cerca, mis defensas se cortocircuitan.

El aire fresco del Mediterráneo choca violentamente contra el calor que irradia mi cuerpo. Justo debajo del puente de mando, en esta zona de acceso restringido a la tripulación, el jacuzzi pequeño burbujea, desprendiendo un vapor espeso que nubla mi capacidad de raciocinio. Las luces de los niveles superiores son tenues, casi cómplices. A nuestro alrededor solo hay acero, cabos enrollados y la oscuridad imponente del mar. Nadie puede vernos aquí. Nadie *debería* hacerlo.

Maika está de pie a mi lado, todavía con el delantal del concurso puesto y una chispa traviesa en los ojos que me altera el pulso de inmediato.

—Helen. Hazme un favor y apaga esa cabecita tuya cinco minutos.

Intento aferrarme a la lógica, buscando desesperadamente una frase que ponga orden en mi sistema, pero es una causa perdida.

—Maika, esto es una auténtica imprudencia. La probabilidad de que los de seguridad pasen por aquí, es posible. Y mi uniforme…

Ella no me deja terminar. Da un paso al frente, recortando la distancia, y sus dedos se posan directamente sobre el primer botón.

No aparta sus ojos de los míos, sosteniéndome la mirada con un descaro que me hace temblar. Noto la presión exacta de su tacto, la temperatura de su piel contra la mía y ese leve rubor en sus mejillas que delata que se está muriendo de ganas de devorarme.

—El uniforme ya está echado a perder… —murmura, comenzando a desabotonar la prenda con una lentitud exasperante que me obliga a contener la respiración—. Al igual que tu tan preciado autocontrol.

El primer botón cede. El segundo también. El aire gélido de la noche besa la piel expuesta de mi cuello y mi clavícula, contrastando de forma salvaje con el fuego que empieza a correr de prisa hacia mi pelvis. Huelo a limón, a azúcar, a mar… y a ella.

Mi mente intenta jugarme una última mala pasada, buscando catalogar la situación como un simple desliz, una tregua tras la victoria. Pero es mentira. Maika ya no es mi rival en este barco. Maika es mi absoluta perdición.

Antes de que pueda añadir nada, me desliza la chaquetilla por los hombros y la deja caer sin miramientos. Mis brazos quedan al descubierto, igual que mi camiseta interior blanca. Maika da un paso atrás, se desata el delantal y lo arroja al suelo. Debajo lleva una camiseta ajustada que realza sus curvas y los pantalones de cocina. La iluminación difusa que escapa del jacuzzi perfila su silueta de una manera que me deja sin aliento.

—Ven aquí —ordena en un susurro, y estira una mano hacia mí.

No me lo pienses dos veces. Me deshago del resto de mi ropa con una prisa que no me reconozco, amontonándola en cualquier rincón. Ella hace exactamente lo mismo, desnudándose con una sensualidad innata que me enciende la sangre. Cuando vuelve a tomarme de la mano, me guía directa hacia el borde del agua.

El vapor nos envuelve por completo.

Me hundo en el jacuzzi hasta la cintura. El agua caliente abraza mis caderas, disolviendo los restos de azúcar pegajoso, la

tensión y el agotamiento del día, pero intensificando ese aroma cítrico que llevo encima. Maika entra justo detrás de mí. Siento el oleaje del agua y, de inmediato, su cuerpo caliente se pega por completo a mi espalda. Percibo la firmeza de sus pechos contra mis omóplatos y sus manos, decididas y posesivas, rodeando mi cintura por debajo del agua.

—Maika, de verdad… —lo intento de nuevo, aunque mi voz suena muchísimo más débil y rendida de lo que pretendía—. No deberíamos… Si alguien de cubierta se asoma y nos ve…

Sus labios rozan mi nuca, interrumpiéndome. Me da un beso ligero, tierno, seguido de otro que me hace arquear la espalda. Sus dientes muerden suavemente mi piel y un escalofrío eléctrico me recorre la columna vertebral, mandando a paseo cualquier argumento lógico.

—Cállate de una vez, Helen —susurra contra mi oído, rozando mi lóbulo con los labios mientras su aliento caliente me quema—. Esta noche las órdenes las dicto yo.

Sus manos suben por mi torso. Sus uñas raspan suavemente mis costillas por encima del agua, arrancándome un suspiro pesado mientras disfruto del contraste de temperatura en mis hombros descubiertos. Sin darme tiempo a reaccionar, Maika cubre mis pechos con sus palmas, amasándolos con urgencia que me vuelve loca y haciendo que mis pezones se endurezcan al instante bajo sus dedos.

Un goteo de placer me recorre el vientre y un gemido sordo escapa de mi garganta sin que pueda contenerlo.

—Vaya, vaya… pero si la oficial de seguridad sabe gemir —murmura bromista, pellizcando un pezón entre el pulgar y el índice —. ¿Dónde ha quedado esa postura tan estricta?

Sus palabras actúan como gasolina sobre el fuego. Noto cómo mi mente analítica se pierde por completo. Maika me obliga a girarme dentro del agua para quedar de cara a ella, apoyándome contra el borde del jacuzzi. Al mirar esos ojos suyos, brillantes,

cargados de una necesidad salvaje, me olvido de los riesgos, de la tripulación y de las consecuencias.

Me lanzo directamente a por su boca. Al principio choca con su sorpresa, pero Maika tarda apenas un segundo en tomar las riendas. Su lengua invade mi boca, reclamándola, explorando cada rincón con una autoridad que me fascina. Sabe a limón y a victoria. Mis manos, desesperadas por tocarla, se aferran a sus hombros desnudos, bajan por su espalda y la tiran con fuerza hacia mí, queriendo fundir nuestras pieles.

Maika aprovecha el impulso para pasar una pierna a cada lado de mi cintura, quedando a horcajadas sobre mi regazo. Con ella en esa posición, me inclino hacia delante y capturo uno de sus pechos con la boca, succionando su pezón con un hambre que no sabía que poseía. Maika suelta un gemido agudo, y arquea la espalda hacia mí mientras enreda los dedos en mi pelo con fuerza, tirando de mí mientras jadea sobre mi oído.

—Así… por favor —gime, perdiendo también el aliento.

Escuchar mi nombre en su boca, quebrado por el deseo, me hace sentir más viva que nunca. Ya no estoy en tránsito, ya no pienso en el futuro de la naviera. Estoy aquí. Con ella.

Nos deslizamos un poco más abajo en el agua, dejando que el oleaje burbujeante nos golpee. Nuestros cuerpos se frotan de manera inevitable, generando una fricción que me arranca chispas. Mis manos exploran la sinuosidad de sus curvas: su cintura estrecha, sus caderas generosas y ese culo firme que aprieto con fuerza para estampar su intimidad contra la mía.

Maika me empuja de espaldas contra el borde del jacuzzi. Y después, sus manos descienden por mi vientre, sumergiéndose en el agua caliente, siguiendo un camino ardiente que va directo a mi entrepierna. El agua lame mi sexo expuesto, pero es la anticipación de sus dedos lo que me hace temblar por completo.

—Mírame, Helen —ordena, con la respiración entrecortada.

Clavo mis ojos en los suyos. Maika abre mis piernas un poco más y desliza sus dedos entre mis labios, encontrándome completamente empapada por su culpa. Mi cabeza cae hacia atrás instantáneamente. El cielo nocturno es un manto oscuro sobre nosotras, y el único sonido que nos acompaña es el rugido del mar. Maika empieza a moverse, hundiéndose en mí.

—Maika… —jadeo. Y mi fachada se desintegra—. Esto es demasiado… oh, Dios…

Ella no responde con palabras. Sus dedos se curvan dentro de mí, y logra que sacuda las caderas contra su mano de forma involuntaria. El agua se agita a nuestro alrededor.

—No pares…, por favor, no pares —le suplico, completamente entregada.

Maika acelera el ritmo. Su lengua encuentra mi cuello, mientras sus dedos me repasan por dentro sin piedad. El contraste es una puta locura: el agua caliente, el viento fresco en mi piel, su boca de fuego… Siento la presión acumularse en mi centro hasta que exploto. El orgasmo me atraviesa como una onda expansiva en alta mar.

Pero no me da tiempo ni a recuperar el aliento, porque Maika se mueve con rapidez y, antes de que pueda procesarlo, se sienta sobre el borde, abriendo sus piernas de par en par frente a mí, ofreciéndose sin reservas.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado con hambre? —pregunta con esa sonrisa pícara y desafiante.

Me arrodillo en el agua entre sus muslos. Su sexo está hinchado, brillante y tentador. El aroma de su excitación me golpea, y no espero un segundo más. La pruebo. Dios, sabe a gloria, completamente adictiva. Lamo su sexo de abajo hacia arriba, saboreando cada pliegue con lentitud antes de centrarme en su clítoris. Maika suelta un gemido alto que se pierde en la noche y sus manos se clavan en mi pelo, guiando mis movimientos, antes de

penetrarla sin pensármelo más. Está tan sumamente mojada que mis dedos entran de golpe.

Y cuando me pide por más. Obedezco encantada.

Noto cómo sus caderas se presionan contra mi rostro con desesperación. Sus gemidos se vuelven más agudos, más rotos y libres de cualquier control. Cuando llega al orgasmo, sus paredes internas estrujan mis dedos con una fuerza increíble y gime mi nombre al viento de la proa. Es la imagen más jodidamente hermosa que he visto en mi vida: Maika corriéndose, agitada, ardiente… y mía. Sí, mía.

Nos dejamos caer de nuevo en el agua, abrazándonos con fuerza mientras jadeamos para recuperar el aire, dejando que el silencio de la noche nos envuelva. Siento el viento enfriar las gotas de agua en mis hombros, pero el calor que emana de nosotras lo compensa todo. Beso su cuello y la línea de su mandíbula. Ella acaricia mi espalda, bajando las manos hasta mis nalgas para apretarlas con fuerza, pegando su cadera a la mía de nuevo.

—¿Quién ha dicho que hayamos terminado? —susurra Maika con un deje peligroso en la voz.

Me gira con facilidad, colocándome de espaldas a ella, apoyada contra el borde. Sus pechos se presionan contra mi espalda desnuda y una de sus manos desciende entre mis piernas desde atrás, frotando mi sexo aún sensible. Gimo con fuerza, pero el sonido se transforma en un grito que ahogo contra mi brazo cuando me penetra de golpe, follándome con un ritmo salvaje, constante, mientras el agua nos mece.

—Dime si me sientes, Helen… dímelo —murmura, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—Sí… joder, sí —afirmo, perdiendo la noción de la realidad. Ya no existen las listas de tareas, ni el orden. Solo están sus dedos, su cuerpo y su voz mandando en mí.

Un segundo orgasmo, muchísimo más intenso y devastador que el primero, me golpea las entrañas, haciéndome temblar de

arriba abajo.

A partir de ahí, perdemos la cuenta. Cambiamos de posición innumerables veces. Maika me sienta sobre su regazo, cara a cara, sin dejar de tocarnos. Nos movemos juntas en un compás perfecto, besándonos con una necesidad implacable, mordiéndonos los labios y enredando nuestras lenguas. Los dedos de mi mano libre se clavan en sus pechos. El placer aumenta de manera sincronizada, como dos fuerzas de la naturaleza que encuentran la armonía perfecta en mitad del caos.

Cuando nos corremos juntas esta vez, la sacudida es brutal. Por primera vez en muchísimos años, siento que pertenezco a algún lugar. A ella. A su desorden. He encontrado tierra firme en mitad del océano. Por mucho que este viaje sea efímero.

Minutos después, nos quedamos flotando y abrazadas la una a la otra, dejando que el agua templada nos arrulle. Mi mente, agotada y flotando en una nube de endorfinas, empieza a procesar lo que esto significa de cara a la evaluación.

—Pase lo que pase con el puesto… —murmuro contra su cuello—. Ya me es imposible verte como mi rival, Maika.

Ella deposita un beso tierno en mi frente y yo sonrío contra su piel mojada. El caos de Maika ha derribado todas mis estructuras, y ya no tengo el más mínimo deseo de volver a reconstruirlas.

26

Maika

El amanecer se filtra con una lentitud casi perezosa por la pequeña rendija de la cortina del camarote de Helen, como si el mismísimo mar Mediterráneo arrastrara el mismo y delicioso agotamiento que nos invade el cuerpo tras nuestra noche de locura. Mi uniforme arrugado descansa en una esquina junto a su impecable camisa, mezclado con una toalla húmeda, un zapato solitario y esa dignidad profesional que las dos tiramos por la borda sin el menor remordimiento.

Todavía siento el cosquilleo de su piel pegada a la mía, el calor persistente de sus manos y la intensidad de su mirada cuando, por fin, decidió mandar a paseo los manuales y dedicarse a devorarme. Estoy tumbada boca arriba, con una sonrisa dibujada en la cara y el pecho todavía agitado, mientras el barco avanza con paso firme hacia Cagliari.

De repente, noto el colchón moverse. Helen está sentada en el borde de la cama, envuelta en la sábana blanca hasta la cintura, dejando al descubierto su espalda perfecta. Y de repente, la veo con las gafas de montura negra puestas, una imagen endiabladamente sexi. «Me va a tocar pedirle que las use más a menudo». Al ver que está con la *tablet* suelto una risita ronca.

—Dime que no estás trabajando de verdad, por favor.

Helen levanta la vista por encima de la pantalla y, durante un segundo, regresa a sus ojos esa mirada cálida, y brillante de hace unas horas.

—Solo estoy repasando unas notas de seguridad… —responde con su habitual tono calmado.

—A ver. Hemos cometido como mínimo tres delitos contra el decoro marítimo esta noche y tú te pones a leer informes de cubierta. De verdad, lo tuyo es para que lo mire un médico —comento, incorporándome un poco sobre los codos.

—No fueron delitos —replica ella de inmediato.

—No sé yo… para mí que violamos por lo menos el artículo cincuenta del reglamento de la compañía —bromeo.

Ella se ruboriza un poco, poniéndose de un rojo encantador. Me fascina provocarla.

—No exageres, Maika —murmura.

—¿Que no exagere? Casi me rompo la crisma contra la barandilla al intentar salir del agua a oscuras para que no nos pillaran.

—Te advertí tres veces que no corrieras por el suelo mojado —me recuerda, dejando la *tablet* sobre sus muslos desnudos por un momento.

—Y yo te dije un montón de cosas al oído que decidiste ignorar para seguir dándome caña —respondo con un guiño descarado.

Sus labios se curvan un poco más, rompiendo su fachada de hielo. Dios, qué problema tan serio y tan adictivo es esta mujer para mi cordura. Me incorporo despacio y Helen clava su mirada en mí de inmediato, como si comprobara el alcance de los daños de nuestra batalla nocturna.

—Anda, deja los deberes y ven aquí un momento —le pido, palmeando el hueco a mi lado.

Cuando se tumba a mi lado, el camarote entero parece encogerse hasta volverse el lugar más íntimo del planeta. Le aparto un mechón del rostro y, al mirarla tan de cerca, comprendo que, si esta mujer pierde la oportunidad de ascender, no me lo voy a perdonar.

—De verdad… necesito revisar el informe para la próxima reunión con Julianne —dice, aunque su voz carece de fuerza mientras me regala un beso tierno y lento en el hombro desnudo antes de volver a estirar el brazo hacia la *tablet*.

No sé si fui yo la que provocó que se sienta tan presionada con la inspección, pero Helen sigue obsesionada con demostrar que es perfecta para el cargo. Y quizá porque la quiero tanto, o porque soy una idiota sentimental, decido en ese preciso instante lo que voy a hacer.

—¿Qué ocurre? —pregunta de pronto, interrumpiendo mis pensamientos al notar que me he quedado callada mirándola fijamente.

—Nada importante.

—Te conozco de sobra. ¿Qué estás tramando en esa cabecita loca? —insiste, dejando la pantalla de lado para prestarme toda su atención.

—Solo pensaba que estás increíblemente atractiva cuando te pones en modo trabajo. Me pone muchísimo.

Ella me mira fijamente, intentando aguantar la seriedad, y luego arruga la nariz.

—Eso no es nada profesional, ni sexi.

—Para ti no, porque eres una cuadriculada. Para mí, es pura fantasía —afirmo.

Helen resopla, agarra una almohada y me da un golpe con ella en la cara. Yo estallo en risas, me abalanzo sobre ella y, durante unos minutos preciosos, nos dedicamos a jugar entre las sábanas, logrando que el mundo exterior y la maldita competencia se queden fuera de nuestro refugio.

. . .

El desayuno en el comedor de la tripulación es humillante y vergonzoso. Y no es para menos. Nos hemos pasado la noche entera

besándonos y desatando tormentas por los rincones del barco a escondidas de los oficiales. Pero Gonzalo, que tiene un radar para el chisme, ya lo sabe todo. Solo un ciego no se daría cuenta del brillo que llevamos en la cara. Nos espera sentado en una de las mesas del fondo, disfrutando de cada segundo de nuestro nerviosismo.

—Buenos días, tortolitas —nos saluda en cuanto nos ve aparecer con las bandejas, mientras luce una sonrisa burlona.

Helen casi deja caer el tazón de cereales del susto. Yo, haciendo gala de mis tablas en animación, me siento frente a él con toda la dignidad y el aplomo que consigo reunir.

—Voy a lanzarte a los tiburones en cuanto curvemos la costa de Cerdeña —le amenazo, clavándole el tenedor en una salchicha—. No, mira, creo que lo haré ahora mismo si vuelves a usar ese tono.

—Uy, amenazas de muerte antes del primer café. ¿Qué pasa, que todavía te dura el subidón de la adrenalina? —responde él, completamente inmune a mis ojos de asesina.

Helen se sienta a mi lado totalmente rígida, evitando mirar directamente a Gonzalo. Un error táctico tremendo por su parte.

—¿Qué tal se ha dado la noche? ¿Habéis descansado bien en vuestras respectivas… camas? —pregunta Gonzalo con un deje de ironía.

—Cállate de una santa vez, Gonzalo —le espeta Helen de inmediato.

Gonzalo abre mucho los ojos, encantado con la reacción.

—Madre mía, cómo venimos. Por cierto, chicas, una pregunta técnica… ¿qué tal estaba el agua del jacuzzi de proa? Porque me han dicho que el vapor anoche era cosa fina.

Helen se atraganta con el sorbo de café, y empieza a toser.

—¿Cómo…? —me atrevo a preguntar.

—Maika, por favor, que trabajas en un crucero de pasajeros, no en el cuartel general del MI6. Aquí los secretos vuelan más rápido

que las piñas cortadas en el buffet de la piscina —explica él, apoyando los codos en la mesa—. Las paredes del barco son de papel.

Helen parece querer que la tierra la trague.

—Nadie nos vio allí. Me aseguré de revisar el cuadrante de la guardia —murmura, desesperadamente.

—Puede que no directamente… —aclara Gonzalo, saboreando el momento—. Pero Laura, la de recepción, os vio subir juntas hacia la zona restringida de proa. Y luego, casualmente, vio bajar a Helen con el pelo hecho un nido de grillos y el uniforme arrugado, y a ti, casi igual. Si sumas dos más dos, te sale un orgasmo en alta mar.

Helen gira lentamente la cabeza hacia mí, con los ojos como platos.

—¿De verdad llevaba el pelo tan mal? —me pregunta en un susurro horrorizado.

—Cariño, seguro que hasta llevabas los galones del revés —añade Gonzalo antes de romper a reír a carcajadas.

Ver a la gran y temida oficial de seguridad así, avergonzada, despeinada por mí y tan sumamente humana, me resulta tan jodidamente adorable que me cuesta respirar.

—No vuelvo a dirigirte la palabra en todo el contrato —murmura Helen hacia Gonzalo, tapándose la cara con las dos manos.

—Eso me decís todos antes de acabar llorando en mi hombro para contarme vuestros traumas —responde él, guiñándole un ojo.

—Nosotras no tenemos traumas —protesta Helen, recuperando un poco el orgullo.

Gonzalo y yo la miramos exactamente al mismo tiempo, arqueando una ceja con la misma expresión incredulidad. Ella nos mira, aguanta tres segundos y termina por suspirar profundamente, dándose por vencida.

—Vale. Puede que tengamos algunos.

—Muchos —la corrijo con cariño, dándole un suave toque con mi rodilla por debajo de la mesa.

—Y bastante graves —remata Gonzalo, robándole una tostada de la bandeja a Helen.

De repente, el comunicador oficial que Helen lleva enganchado al cinturón vibra, interrumpiendo el momento. Helen lee la pantalla táctil y su expresión se transforma al instante.

—Julianne quiere vernos a las dos en la sala de juntas en treinta minutos —anuncia con seriedad, guardándose el aparato.

—Uy, uy, uy… —comenta Gonzalo—. Reunión sorpresa con la jefa suprema. Eso nunca trae nada bueno, chicas. Debéis estar al loro.

Y, por desgracia, no se equivoca en absoluto.

La reunión tiene lugar en la misma sala acristalada de la cubierta superior. Desde los enormes ventanales se contempla el mar abierto y la silueta lejana y montañosa de Cerdeña emergiendo entre la bruma del horizonte. Julianne Ferguson nos espera sentada a la mesa de diseño con su *tablet*.

—Antes de entrar en materia —comienza—, quería transmitiros mi más sincera enhorabuena por el excelente despliegue de seguridad en Nápoles y, por supuesto, por el arrollador éxito del evento benéfico de ayer en la piscina. El pasaje está encantado.

Helen carraspea, recuperando su pose. Yo sonrío con picardía.

—Bueno, el *limoncello* que añadimos a última hora hizo gran parte del trabajo, no le voy a mentir —admito con honestidad.

Julianne esboza una sonrisa mínima, casi imperceptible.

—Lo imaginé. Vuestra capacidad para trabajar en equipo y resolver crisis resulta verdaderamente excepcional, incluso en las situaciones más… poco convencionales.

Las palabras «poco convencionales» resuenan en las paredes con un eco sospechoso.

—Sin embargo… —prosigue Julianne, entrelazando los dedos sobre la mesa—, hay un factor crucial que debéis entender de cara al puesto. La compañía busca a una líder capaz de priorizar los objetivos globales de la naviera por encima de cualquier tipo de dinámica personal o afectiva. Aunque sepa entender al pasajero.

Siento cómo Helen se pone rígida a mi lado. A mí se me borra la sonrisa de golpe. Porque por primera vez nos están diciendo a la cara que lo nuestro es evidente, tangible, y que puede costar una carrera profesional.

—¿Eso significa que cree que somos un problema? —pregunto, directa y sin filtros.

Julianne me sostiene la mirada sin pestañear.

—Creo que sois dos mujeres extraordinariamente brillantes. Pero debéis decidir por vosotras mismas si esta creciente… colaboración entre ambas suma al día a día del buque, o si, por el contrario, compromete vuestra capacidad de liderazgo y vuestra objetividad a la hora de competir por un puesto.

Helen inspira lentamente.

—Yo creo que nuestro trabajo no se ha visto afectado —afirma —. Más bien al contrario.

—No lo niego, Helen. Al menos por ahora —reconoce Julianne, guardando la *tablet* en su maletín—. Pero este puesto exige tomar decisiones muy difíciles y a veces solitarias. Y ya os dejamos claro desde el primer día que solo hay una vacante disponible. Pensadlo bien.

La reunión termina pocos minutos después con un frío apretón de manos. Julianne nos despide con un par de recomendaciones sobre la escala en Cagliari. Helen sale de la sala de juntas mucho más callada e introspectiva de lo habitual y caminamos hacia una zona tranquila de cubierta.

—No soporto esta sensación de sentirme analizada y juzgada a cada segundo —confiesa.

—Es que es lo que hacen cuando huelen el peligro —le respondo, colocándome a su lado.

—Gracias por el apoyo emocional. Siempre tan optimista —ironiza ella.

—Para eso me pagan.

Justo en ese instante, al ver la sombra de preocupación en sus ojos, termino de tomar la decisión. Me coloco justo enfrente de ella, cortándole el paso y obligándola a mirarme directamente a los ojos.

—He estado pensando mucho esta mañana, Helen. Te he visto preparando reuniones a las seis de la mañana en el camarote después de… bueno, después de habernos agotado físicamente durante horas.

Helen se pone roja como un tomate de inmediato, mirando a los lados.

—Maika, por favor, estamos en cubierta…

—No, escúchame bien porque lo digo en serio —le corto, agarrándola por las solapas de la chaqueta para que no escape—. He comprendido algo. Tú necesitas este puesto. Lo veo en tus ojos cada vez que hablas de ello, del futuro, de la estabilidad de tu vida… Necesitas este ascenso.

Helen baja la mirada, con la mandíbula apretada.

—Maika…

—He decidido que no voy a pelear por el puesto —declaro.

Ella levanta la cabeza de golpe, como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—No. No voy a competir contigo, Helen. Me retiro de la selección. No me da la gana ser la persona que se interponga entre tú y el sueño por el que llevas dejándote la piel años.

Helen frunce el ceño, visiblemente afectada y enfadada a la vez.

—No puedes tomar una decisión de este calibre así como así, Maika. Tú también eres jodidamente buena en lo tuyo y mereces ese puesto tanto como yo.

—Lo sé, soy fantástica, no me lo recuerdes —reconozco con una sonrisa chulesca—. Pero la diferencia es que tú necesitas ese puesto para estar en paz. Yo… yo solo necesito otras cosas para ser feliz. Cosas que no dependen de un despacho en tierra firme.

Aunque la veo enfadada, no puedo evitar acariciar su mejilla con el pulgar.

—A mí me basta con verte sonreír y dormir tranquila por las noches. Por ello, sería capaz de incendiar este barco entero.

27

Maika

Cagliari. Séptimo día de ruta.

El Marine IV atraca en el puerto de Cagliari bajo un cielo limpio, azul y luminoso que parece recién estrenado solo para fastidiarme la negatividad. Desde la cubierta de paseo, mientras contemplo cómo la bellísima ciudad de Cerdeña se despierta perezosa sobre sus colinas doradas, me invade una absurda e idílica sensación de calma.

Aunque, claro, en el fondo sé que me estoy engañando como una boba. El destino nunca se cansa de dar por saco; solo se toma un descanso, se sienta con una bolsa de palomitas y espera el momento más inoportuno para meterte la zancadilla y ver cómo te pegas el morrazo. Pero en este preciso instante me importa un bledo, porque estoy demasiado ocupada disfrutando de la brisa marina.

A las diez en punto de la mañana, aprovechando que tenemos unas horas libres antes de que comiencen las actividades de la tarde a bordo, ya estamos patrullando las calles empedradas de Cagliari junto al resto de la tropa. Gonzalo lidera la expedición como si lo hubieran nombrado alcalde honorario de Italia, gesticulando como un loco y señalando cada fachada barroca. Nico avanza a su lado con su imponente cámara réflex colgada al cuello, disparando fotos a diestro y siniestro. Mientras tanto, Leo lleva veinte minutos intentando convencer a Lara de que entre en una pequeña *bottega* de productos locales, usando su mejor sonrisa de conquistador y unos argumentos cada vez más delirantes.

Y Helen… bueno, mi recta y maravillosa oficial camina justo a mi lado. Sin esconderse de las miradas ajenas. Sin separarse un solo centímetro de mí. Sin fingir que no me devora con esos ojos

maravillosos que, desde hace días, he catalogado oficialmente como mi perdición. Me siento ridículamente feliz, ella también lo está, y esa simple realidad me resulta tan jodidamente extraordinaria que todavía me cuesta creer que no estoy soñando.

—A ver, Maika, estás sonriendo sola otra vez con cara de haberte comido un camión de golosinas —comenta Gonzalo, girándose a mitad de una calle.

—Y tú sigues respirando y dándome la paliza, lo cual me sorprende bastante más —respondo, arqueando una ceja.

—¿Es que no hay respeto por los mayores en este barco?

—Te lo has ganado a pulso, pesado.

Helen suelta una risa cristalina. Y, para variar, me enamoro un poco más de ella.

La ciudad brilla con una luz espectacular. A nuestro alrededor, los pasajeros de nuestro propio crucero se mezclan con los paisanos que van a la compra con sus bolsas de tela. Todo parece tan fácil, sencillo, como si el tiempo se hubiera congelado y nosotras estuviésemos metidas en una burbuja perfecta donde los contratos, las navieras y los jefes no existieran.

Al cruzar una calle con bastante tráfico, Helen me agarra de la mano durante unos segundos. No sé si es consciente de que ese contacto mínimo casi me provoca una parada cardiorrespiratoria, o si lo sabe perfectamente y lo hace a propósito para desestabilizarme. Conociéndola, las dos opciones me cuadran.

Llegamos a la zona alta, al barrio histórico de Castello, cerca del mediodía. Las imponentes murallas antiguas se alzan majestuosas dominando toda la bahía y ofreciendo unas vistas panorámicas del puerto y de nuestro inmenso barco.

—Si no vuelvo para las cuatro, decidle a mi madre que morí siendo inmensamente feliz entre piedras sardas —anuncia Nico, con su cámara en mano.

—Tu madre ya sabe de sobra que eres un friki de nacimiento, Nico, no hace falta que le mandemos postales —le suelta Lara con una sonrisa burlona.

—Gracias por el subidón de autoestima —dice él, haciendo una reverencia exagerada.

Terminamos acoplándonos en la terraza de una *trattoria* enorme con unas vistas espectaculares al mar. Unimos tres mesas de madera y el ambiente se llena enseguida del jaleo típico de la tripulación cuando baja a tierra. Hemos sobrevivido a tantas catástrofes marítimas juntos que ya nos miramos y nos entendemos, lo que hace que este momento se sienta jodidamente valioso y único.

Helen se sienta pegada a mí, y Gonzalo, que tiene el doctorado en incordiar, tarda exactamente diecisiete segundos de reloj en lanzar el dardo.

—Pero bueno, miradlas —habla con una sonrisa de oreja a oreja, apuntándonos con los cubiertos sin el menor disimulo.

—Gonzalo, ni se te ocurra empezar —le advierte Helen.

—¿Cómo que no? Estoy presenciando en vivo y en directo un romance corporativo de alta alcurnia en su máxima expresión —insiste él, repantigándose en la silla—. Es fascinante.

—No digas tonterías, por favor —protesta mi chica. Después, esboza una sonrisa más que traicionera.

—De tonterías nada. Dentro de tres años os veo perfectamente instaladas en una casa preciosa con vistas al mar, compartiendo despacho, discutiendo sobre presupuestos, planificando las vacaciones y organizando vuestras agendas con códigos de colores —remata, moviendo las manos como si estuviera viendo el futuro en una bola de cristal.

Casi escupo el trago de vino que acabo de meterme en la boca.

—¿Podemos cambiar de tema de una, por favor? —pide ella, dándole vueltas al vino con un nerviosismo.

—No —responde Gonzalo, partiéndose de risa.

—Gonzalo… —le avisa ella entornando los ojos.

—Que no —repite él, disfrutando como un enano.

Nico interviene desde el otro extremo, alzando su copa con picardía.

—Oye, pues yo secundo la moción de la casa con vistas. Hacéis un parejón de revista.

—Y yo secundo que Gonzalo cierre el pico antes de que le estampe la *focaccia* en la cara —añade Lara, arrojándole una servilleta arrugada.

Las carcajadas estallan en la mesa como una ola de aire fresco. En ese instante, rodeada de mi gente y sintiendo el calor de Helen a mi lado, me permito el lujo de creer que esto puede salir bien. Que el universo, por una vez en la vida, va a portarse bien conmigo y nos va a dar una oportunidad de verdad. Porque eso es lo que nos pasa a las personas cuando rozamos la felicidad con la punta de los dedos: que nos volvemos unas optimistas incorregibles sin darnos cuenta.

Spoiler alert: el destino es un hijo de perra y está a punto de darme un bofetón a mano abierta.

Mi móvil empieza a vibrar. Saco el aparato, miro la pantalla táctil y el nombre que aparece reflejado me hiela la sangre de golpe: Residencia Santa Catalina. El estómago se me contrae en un puño de forma automática. Algo va mal. Muy mal. Lo sé antes de deslizar el dedo por la pantalla para descolgar.

—¿Maika? ¿Qué pasa? —pregunta Helen de inmediato. Su mano busca la mía por debajo de la mesa, apretándola con urgencia.

Me levanto de la silla haciendo un esfuerzo titánico para que las piernas no me tiemblen.

—Ahora vuelvo, chicos.

Me alejo a zancadas de la terraza, buscando un rincón apartado y silencioso junto a la vieja muralla de piedra, y respondo con la garganta seca.

—¿Hola? ¿Sí?

La voz de la directora médica de la residencia me llega nítida.

—Buenos días, Maika. Lamento muchísimo molestarte durante tu contrato en el barco, de verdad…

«No. Por favor, dios de los mares, no me hagas esto ahora», ruego, apretando los dientes.

Escucho con atención las explicaciones de la doctora y siento cómo el suelo de Cagliari parece desaparecer bajo mis pies. Al parecer, mi abuela ha tenido una mala caída en el jardín. Gracias a Dios no es muy grave, pero sí lo suficientemente como para complicarme la existencia. La han trasladado de urgencia al hospital para hacerle una valoración completa, y aunque no hay fractura, han detectado una rotura muscular bastante fea y complicada que le va a llevar meses de rehabilitación intensiva, fisioterapia diaria, tratamientos continuados y una atención médica permanente que la residencia ordinaria no cubre. Y aquí viene el gancho directo al mentón: a partir del mes que viene, la cuota mensual de la residencia médica se va a incrementar prácticamente un cuarenta por ciento.

Un cuarenta por ciento más. ¡Maldita sea!

Sigo escuchando el parte médico, asintiendo como una autómata en medio de la plaza y haciendo las preguntas necesarias con un hilo de voz. Pero la conversación empieza a sonarme lejana y distorsionada. Cuando por fin cuelgo, las manos me tiemblan tanto que casi se me cae el teléfono al suelo.

Mi abuela está viva y bien. Eso es lo único que debería importarme. Sin embargo…

Una verdad brutal e inapelable me golpea directamente en el pecho, dejándome sin aire. Vuelvo la vista hacia la terraza y miro a Helen desde la distancia. Niego con la cabeza lentamente, mientras siento una punzada de dolor horrible en el corazón. Qué idiota he sido. El sueldo de ese ascenso, los bonus por objetivos de la naviera, los beneficios, la estabilidad financiera… Todo a lo que estaba dispuesta a renunciar anoche por amor para que Helen cumpliera su sueño, se convierte de repente en una necesidad de vida o muerte.

Mi precioso y noble sacrificio de enamorada era un lujo de rica que ya no me puedo permitir.

Me apoyo de espaldas contra la pared, cerrando los ojos fuertemente e intentando recuperar el aliento. Lo peor de todo este desastre no es el dinero. Lo peor va a ser mirar a Helen. Porque ahora, voy a tener que salir a morder. Voy a tener que competir de verdad contra ella, a cara de perro, y quitarle el sueño de su vida para salvar la mía.

—Maika.

Su voz a mi espalda me hace dar un respingo.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta, acortando la distancia y acunando mi rostro entre sus manos cálidas—. Te has quedado blanca.

Intento forzar una de mis sonrisas chulas para quitarle hierro al asunto, pero fracaso de la forma más miserable posible.

—La residencia… Mi abuela —consigo articular en un susurro.

A Helen se le tensa la mandíbula.

Me derrumbo un poco y, por primera vez desde que la conozco, decido abrir el mapa de mi vida por completo y soltar el lastre. Le confieso, con los ojos empañados, cómo mi abuela me sacó adelante sola cuando mis padres se desentendieron del mundo, cómo trabajó limpiando portales hasta reventar para que a mí no me faltara un plato de comida y por qué juré que jamás la dejaría desamparada cuando le llegara la vejez.

Le cuento la llamada de la doctora sin dejarme nada en el tintero, haciéndola ver que no tengo idea de dónde voy a sacar el dinero.

—Mi abuela siempre ha sido una roca —murmuro, clavando la vista en mis pies—. La mujer más fuerte, echada para adelante y valiente que he conocido en mi vida. No se merece esto.

Helen asiente despacio, y desliza sus pulgares por mis pómulos para limpiarme una lágrima traicionera que se me ha escapado.

—Es exactamente igual que tú, Maika —dice con ternura.

Pero ahora no me siento así. Me siento una cobarde, acorralada y perdida en mitad de una isla italiana. Y sí, también tengo ganas de confesarle que tengo que romper el pacto de anoche, que tengo que volver a luchar por el puesto con uñas y dientes. Pero a la vez, no tengo el valor de romperle el corazón en mitad de la calle. Y en lugar de eso, busco su calor, me pego a su pecho y dejo que me envuelva en un abrazo apretado que me salva durante unos segundos.

—Bueno… volvamos con los chicos antes de que Gonzalo mande un equipo de rescate —le digo, separándome a regañadientes y mirándola a los ojos—. Lo importante es que ella está bien. El dinero… el dinero ya veré cómo lo soluciono.

—Estoy completamente segura de que lo harás. Eres una fuerza de la naturaleza —me responde Helen, dándome un tierno beso en la frente.

Mi corazón se termina de romper en mil pedazos en ese mismo instante. El destino siempre encuentra la forma más retorcida de hacer estallar las burbujas de felicidad. Justo cuando empezaba a creer que por fin habíamos encontrado nuestro rumbo, la puta realidad vuelve para recordarnos que en este barco no hay sitio para las dos. Y que todavía queda una batalla brutal por librar. Una batalla por el mismo puesto en la que, esta vez, ya no valdrán los sacrificios de amor.

28

Helen

El mar parece no terminar nunca. Después de dejar Cerdeña atrás, el Marine IV se adentra en una jornada completa de navegación rumbo a Palma de Mallorca. Normalmente, los días así me encantan. O me encantaban, porque los días de mar tienen un ritmo distinto. La vida como tal, ocurre dentro del coloso de acero. Los pasajeros no se dispersan por tierra firme; se quedan a bordo dispuestos a exprimir cada rincón, devorando los *buffets* y arrasando en las tiendas del Duty Free. En mi cabeza estructurada, menos variables significan más control.

Sin embargo, hoy siento que las más de cien mil toneladas del barco flotan sobre una pregunta que no sé cómo responder: ¿Qué demonios hago con Maika?

La imagen de ella en Cagliari no ha dejado de perseguirme ni un solo segundo. Recuerdo su rostro al recibir aquella llamada, la manera en que se apartó de la mesa, el color pálido de sus mejillas y su voz convertida en un hilo frágil mientras me hablaba de su abuela. La residencia, la caída, que necesita fisioterapia y el maldito aumento del cuarenta por ciento en la cuota mensual.

Desde entonces no he parado de hacer números. Y no es solo una cuestión de billetes; son las consecuencias, los sacrificios y las culpas que se acumulan en silencio mientras el barco sigue su rumbo.

Maika va a necesitar el ascenso, porque hay una mujer mayor en una residencia que depende enteramente de ella. Porque esa mujer es el centro de su universo. Y la muy desgraciada ha estado sosteniendo ese peso sobre sus hombros mientras sonreía, bromeaba, y convertía cada imprevisto a bordo en una fiesta.

Puede que yo haya sudado sangre por ese ascenso. Pero desde Cerdeña, cada vez que pienso en la promoción, algo dentro de mí se parte en dos. Por primera vez en mi cuadriculada vida, barajo una posibilidad que antes me habría parecido absurda, inaceptable y un insulto a mi carrera: renunciar. Dejarle el camino libre a Maika.

—El destino dándome de lleno… —murmuro.

A media mañana bajo al Atrio central con la *tablet* en la mano y la cabeza hecha un bombo. Al ser día de mar, el equipo de animación ha preparado un despliegue digno de las mejores fiestas: juegos en la piscina, clases de ritmos latinos, el bingo solidario que vuelve locos a los jubilados, torneo de trivial y actividades infantiles. Una locura.

Maika está con Leo, Lara y Nico revisando el programa de la tarde cerca del mostrador de atención al pasajero. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, sus habituales pantalones del uniforme y una expresión demasiado tranquila. Demasiado neutra para ser ella. Me detengo a unos metros, disimulando con la *tablet*, en un intento por descifrar qué esconde detrás de esa postura de sargenta de la diversión.

—Leo, tú te encargarás de coordinar el trivial de las cuatro en el pub —le pide ella, encasquetándole una carpeta azul—. Lara, tú supervisarás el acceso a la zona de juegos familiares en la cubierta superior y harás el recuento inicial.

Leo abre los ojos como si acabase de ver al mismísimo Poseidón salir del agua.

—¿Yo solo ante el peligro?

—Tienes las pautas por escrito y a Nico cerca por si los pasajeros se ponen intensos —responde Maika.

Nico levanta la cabeza del móvil a la velocidad del rayo.

—¿Yo? ¿A cuento de qué?

—A cuento de que ya es hora de que madures y parezcas un adulto, chaval —añade ella con una media sonrisa que no le llega a los ojos.

—Eso es pedir milagros, jefa —replica Nico.

Lara se ríe por lo bajo, pero a mí no me hace ni pizca de gracia. Porque aquí hay gato encerrado. El trivial de las cuatro en un día de navegación se llena hasta los topes y, aunque parezca una lindeza, los pasajeros británicos y españoles compitiendo por el orgullo patrio se transforman en criaturas sedientas de sangre capaces de impugnar una pregunta sobre los Beatles como si les fuera la vida en ello. Y la zona familiar necesita un control de aforo estricto para que los niños no terminen saltando por la borda.

No son tareas imposibles, pero sí críticas para el novato que se queda al mando. Y Maika, que es la reina de la improvisación, lo sabe de sobra. Me acerco de inmediato.

—¿Todo bajo control por aquí? —pregunto, cruzando los brazos.

Ella se gira. Al verme, me regala una sonrisa. Pero no es una de sus sonrisas gamberras, de esas que me aceleran el pulso.

—Sobre ruedas —contesta sin pestañear.

—¿Vas a dejar el trivial en manos de Leo? —insisto, arqueando una ceja.

—Sí. El chico tiene que foguearse —afirma.

—Tiene solo un par de travesías de experiencia, Maika —señalo, y miro de reojo a los aludidos, que de repente parecen muy interesados en sus propias manos.

—Y un manual de doce páginas que tú misma aprobaste en el comité de seguridad. Si sobrevive a los jubilados tramposos del trivial, sobrevivirá a cualquier naufragio —responde, aunque noto que a su voz le falta ese brillo vacilón de siempre.

—La actividad familiar de la cubierta doce también se suele desmadrar —continúo al ataque.

—Lara tiene carácter para pararles los pies.

—No te digo que no. Pero quizá sería más prudente que Nico la cubriera durante la primera media hora para evitar que el aforo se les vaya de las manos —sugiero.

—Nico se vendrá conmigo a la cubierta once. Lo necesito para el montaje de la demostración culinaria y después va a supervisar las cosas con Leo —explica ella, y por fin clava sus ojos en los míos.

—¿Para cargar cuatro mesas necesitas a tu mejor activo? —pregunto con ironía.

Maika me sostiene la mirada y una chispa de cabezonería brilla en sus pupilas.

—Helen, sé perfectamente cómo hacer el trabajo.

—No he dicho lo contrario —respondo, dando un pasito hacia delante.

—No te ha hecho falta —replica ella.

Lara mira a Nico como si estuvieran viendo una telenovela en primera fila, Nico se concentra en el suelo radiante y Leo hojea la carpeta como si fuera el manuscrito de un *best seller*. Respiro hondo, obligándome a bajar las revoluciones. No quiero una guerra en mitad del pasillo.

—Solo asegúrate de que los chicos tengan cobertura si la cosa se calienta —le pido en un susurro.

Maika asiente, fría como un iceberg.

—Descuida.

Un escalofrío me recorre la espalda. «Aquí está pasando algo».

La mañana avanza y mis sospechas se confirman, poniéndome de una mala leche monumental. En la clase de ritmos latinos de la piscina, Maika deja que Leo se coma el marrón de dirigir a cien personas mientras ella se queda en un lateral

enseñando los pasos básicos a cuatro señores mayores. ¡Quiere sabotear su candidatura al puesto!

—No me jodas —mascullo entre dientes.

En la zona de juegos, un crío tira un batido de chocolate en mitad de la pista. Lara se despista y no pide el servicio de limpieza. Y yo, que ya preveo el desastre de los padres resbalando con el chocolate, doy el aviso de inmediato. Y cada vez que resuelvo uno de sus «descuidos», siento menos orgullo y más ganas de gritar.

Al mediodía, harta de comerme la cabeza, arrincono a Gonzalo junto a las máquinas de agua de la zona exclusiva de tripulación.

—¿Has notado a Maika rara, o son paranoias mías? —le espeto, arrimándome para que ningún camarero nos oiga.

Gonzalo levanta una ceja.

—Define «rara» en el diccionario de Maika.

—Está delegando marrones en los nuevos del equipo. Tareas que normalmente debería supervisar ella.

—Pues yo creo que quiere ver si se espabilan ahora que estamos llegando al final de la travesía —responde con un encogimiento de hombros.

—No me jodas, Gonzalo, que tú la conoces...

—Puede que esté de bajón, no sé —añade.

Él suspira, suelta el termo y me devuelve la mirada. Ahí está. Él también se ha dado cuenta.

—No me metas en vuestros dramas, Helen. Bastante tengo con lo mío.

—¿Te recuerdo que estás metido hasta el cuello, Cupido? —replico.

—Que no. Yo estoy en la barrera, disfrutando del espectáculo de ver cómo dos tías espectaculares e inteligentísimas intentan sacrificarse profesionalmente por amor mientras fingen que juegan

al ajedrez. Es un drama griego, pero las vistas son cojonudas —comenta con una sonrisa guasona.

Me quedo de piedra. Gonzalo enrosca el tapón.

—A ver, Helen, por favor. Ni tú ni ella tenéis que sabotearos.

—Yo no estoy haciendo nada.

—Todavía. Pero estás a un paso. Y lo sabes.

Odio cuando tiene tanta razón.

Más tarde, durante el cambio de turno, coincido con Maika en la sala de descanso de la tripulación. Maika está sentada en el sofá, con una botella de agua entre las manos y la mirada fija en las baldosas.

—¿Se puede? —pregunto.

Ella levanta los ojos.

—Adelante. El sofá es público —responde.

Me siento a su lado, pero dejo un espacio prudencial entre las dos. Una soberana estupidez considerando que nos hemos comido a besos en el jacuzzi y en mi propio camarote. Pero hoy ese palmo de distancia parece un abismo insalvable.

—Estás rara —le digo después de un rato.

Maika suelta una risa.

—Vaya, gracias. Directa al grano.

—No te lo digo de broma, Maika —insisto, girándome hacia ella.

—Lo sé.

—Le has dejado los marrones más gordos a los chicos.

Ella le da un trago largo al agua, ganando tiempo para no mandarme a la mierda.

—Tienen que aprender a volar solos, Helen. No puedo estar encima de ellos todo el santo crucero.

—Pero no tienes por qué hacerlo echándolos a los leones para que se los coman vivos.

—¿Ahora me vas a dar lecciones de cómo gestionar la animación? —pregunta. Se nota que no tiene ganas de pelear.

—No quiero discutir contigo —admito.

—Pues disimulas de pena —replica con un deje irónico.

—Maika…

Ella cierra los ojos, tomando aire como si le faltara el oxígeno.

—Estoy cansada, Helen. Agotada.

—Yo también lo estoy —le confieso.

—Pues mira qué bien. Ya tenemos otra cosa en común además de una tensión sexual que se sale de las gráficas y una puntería magnífica para joder los momentos bonitos —ironiza, y esboza una pequeña sonrisa que se esfuma al instante.

Se me escapa una risa tonta, pero el estómago se me vuelve a cerrar.

—No tienes por qué hacerlo ¿sabes?

Maika evita mirarme.

—¿El qué?

—Sabotear tu propio trabajo de forma sutil para que yo quede como la empleada del mes ante los jefes.

La línea de su mandíbula se tensa.

—No sé de qué me hablas, de verdad.

—Claro que lo sabes —insisto, acercándome un milímetro—. Me estás poniendo el ascenso en bandeja de plata, Maika. Y no me da la gana. No necesito que me salves el culo ante ellos.

Maika gira la cabeza y clava sus ojos en los míos. Hay un brillo de cansancio mezclado con una rabia que me corta la respiración.

—No estoy haciendo eso —niega, tozuda.

—Maika, por favor…

Ella aparta la mirada y ese gesto me duele más que cualquier bofetada.

—No quiero ganar esta competición así, Maika. No me hace feliz —admito con total sinceridad.

—¿Y cómo quieres ganar entonces?

Me quedo en blanco. Hace veinticuatro horas le habría dicho que por méritos propios. Hace una semana, que me daba igual con tal de ascender. Pero ahora… ahora no tengo ni puñetera idea. Mi mente está colapsada con la historia de su abuela, con las facturas de la residencia, con el futuro, con su risa franca en Cagliari y con este amor que me ha atropellado sin avisar. Estoy atrapada entre la opción de renunciar yo o la de acabar las dos tirando nuestra carrera por la borda por miedo a perdernos.

Quiero decirle que he pensado seriamente en retirar mi candidatura. Que se quede ella con el puesto, que lo necesita un millón de veces más que yo. Que yo me buscaré la vida en otro barco, o en tierra, o donde sea, con tal de que su abuela tenga el tratamiento que se merece. Que no quiero verla elegir entre su futuro y su familia. Que la quiero tanto que me asusta, pero que me asusta más un futuro donde ella no me mire como antes.

Abro la boca… pero soy una cobarde, y me quedo muda. Atrapada en mis propios esquemas. Si se lo digo ahora, con lo orgullosa que es, se va a pillar un rebote monumental. Pensará que la compadezco, que voy de sobrada, y romperemos este hilo tan fino que nos une.

Así que me callo. Y el silencio se vuelve más oscuro y más pesado.

Maika deja la botella sobre la mesa de centro con una lentitud exasperante.

—¿Te das cuenta? Esto es lo que hacemos siempre.

—¿El qué? —pregunto, con el corazón en un puño.

—Llegamos al borde del precipicio, a lo que de verdad importa, y ninguna de las dos tiene las agallas de hablar claro —dice con una tristeza que me cala hasta los huesos.

La miro, incapaz de articular palabra.

—Porque me cuesta saber cómo gestionar esto, Maika… El amor no se enseña en los protocolos.

Ella sonríe de lado, con los ojos vidriosos.

—A mí tampoco me lo enseñaron en el curso de animación.

Esa confesión debería romper el hielo, pero hoy solo ensancha la distancia. Me quedo mirando sus manos, esas manos que me han vuelto loca en la intimidad. Me muero por cogerlas y apretarlas. Por decirle que pare esta locura, que no quiero que me regale nada. Que ahora soy yo la que quiere hacer de escudo, aunque eso me convierta en lo que siempre odié: alguien que toma decisiones por los demás creyendo que hace un bien.

—Maika…

—Tengo que irme —dice, poniéndose en pie antes de que pueda frenarla—. La demostración culinaria en el teatro empieza en nada y, como no vigile a Nico, es capaz de soltarle un chiste verde al chef en mitad del show —añade, forzando un tono alegre.

Intento imitarla y sonreír, pero me sale una mueca horrorosa.

—No vuelvas a dejarle toda la responsabilidad a los nuevos —le pido, clavando mis ojos en su espalda.

Maika se detiene un segundo junto al marco de la puerta y me mira de reojo.

—Y tú no vuelvas a pensar que eres la única que puede salvar a todo el mundo.

29

Helen

Después de que Maika salga de la sala, me quedo paralizada. Y no es porque me falte faena, es que mi cuerpo ha decidido declararse en huelga general. Las palabras de Maika se me han quedado grabadas a fuego en la frente.

«Y tú no vuelvas a pensar que eres la única que puede salvar a todo el mundo.».

A ver, el viaje directo al mentón me ha dolido porque tiene toda la maldita razón. Pero lo peor de todo es que, aun sabiendo que voy de superheroína por la vida, mi cabeza cuadriculada ya ha tomado una decisión y no hay marcha atrás. Soy una cabezota de manual, para qué negarlo.

No pienso consentir que su abuela se quede sin sus tratamientos solo porque yo sea una egoísta empeñada en perseguir un ascenso por el que llevo suspirando años. No puedo mirar a Maika a los ojos, ver el peso brutal que lleva encima y seguir compitiendo contra ella en plan lobo de Wall Street. Sería de ser muy mala persona. Y vale, sí, si lo analizo con mi frío cerebro, apartarme también es una forma de egoísmo: lo hago porque prefiero pegarme el batacazo profesional antes que cargar con la culpa de verla ahogarse en facturas. Sea como sea, no voy a permitir que Maika sea quien me salve. Antes me tiro a los tiburones.

Durante el primer turno de la cena de gala, cuando el restaurante principal es un hervidero de risas y música en directo, aprovecho el jaleo para escabullirme. Diviso a Maika al fondo del salón. Está espectacular con el uniforme de noche, hablando con Nico cerca de los accesos de los camareros. Tiene una sombra de cansancio tremenda bajo los ojos, pero ahí está: sonriendo a los

comensales, derrochando carisma y ocultando sus dramas personales tras esa fachada de mujer todoterreno. Qué tía, de verdad.

Se me cae la baba y el alma a los pies al mismo tiempo.

Le mando un mensaje rápido a Julianne pidiéndole una reunión urgente. Recorro los pasillos con la espalda tan recta que parezco un sargento de la Marina. Por dentro, os juro que voy hecha un flan. Sobre todo, antes de llamar a la puerta con tres golpes secos.

—Adelante —se escucha desde el otro lado.

Entro en el despacho. Julianne está concentrada ante su *tablet* corporativa, con cada pelo en su sitio, y me clava esa mirada analítica que te hace sentir como si te estuvieran haciendo un escáner de aduanas.

—Helen —dice, entornando los ojos—. Me ha sorprendido tu mensaje. ¿A qué viene tanta urgencia?

Cierro la puerta, clavo los talones en la alfombra y suelto todo el aire.

—Quiero retirar mi candidatura para el puesto.

Julianne se queda completamente de piedra. Por primera vez en todo el contrato, le pillo una expresión de pura sorpresa. Abre los ojos de par en par y tarda un par de segundos en reaccionar.

—Perdón… ¿He oído bien? —pregunta, como si pensara que el balanceo del barco le estaba jugando una mala pasada.

—Ha oído perfectamente. Quiero que me saquen de la evaluación.

La tensión que se forma en el despacho se podría cortar con un cuchillo. Julianne deja la *tablet* sobre el escritorio con una lentitud que da hasta miedo y me señala el asiento frente a ella.

—Siéntate, por favor.

—Prefiero quedarme de pie.

—Helen —repite, y esta vez usa ese tono de mando—. Siéntate.

Hago caso. Me desplomo en la silla y entrelazo los dedos sobre las rodillas. Julianne se apoya en el respaldo, estudiándome como si fuera un bicho raro.

—Supongo que eres consciente de lo que significa esto, ¿verdad?

—Totalmente.

—Llevas años dejándote la piel por esta oportunidad —me recuerda.

—Lo sé.

—Y en la última evaluación te quedaste a las puertas.

Ese comentario me da donde más me duele y, de golpe, mi mente viaja en el tiempo. Me veo a mí misma en otro barco, en otra travesía, sentada ante un comité de evaluación muy parecido. Aquella vez intentaba justificar ante los inspectores de tierra que el caos que se había montado había sido una cadena de imprevistos imposibles de frenar. Maika estaba sentada a mi lado, muda, con la vista fija en sus zapatos, completamente bloqueada. Éramos más jóvenes, más inexpertas, y aquella fue la noche en que nuestra primera oportunidad de estar juntas se hundió por culpa de su silencio. Yo necesitaba que me defendiera, que diera la cara, y su mutismo me dolió tanto que cuando embarqué en el Marine IV y vi su nombre en la lista de animación, me quise morir. Pensé que nos mataríamos a bordo. Lo que no me esperaba era descubrir que esa Maika alocada se había convertido en una profesional con un don de gentes que ya quisiera yo para mí, y que lo que sentía por ella seguía vivo y pegando más fuerte que nunca.

Todo el rencor que guardé en mi pecho durante estos años se ha evaporado. O tal vez es que me he hecho mayor. Ahora que sé lo de su abuela, entiendo que aquel día Maika no se calló por falta de lealtad, sino por pánico a perder el empleo que mantenía a su familia.

—¿Se puede saber por qué tiras la toalla ahora? —pregunta Julianne, inclinándose hacia delante.

Le sostengo la mirada con orgullo.

—Porque Maika está el doble de capacitada que yo para ese puesto.

Julianne alza una ceja, escéptica.

—Los informes de rendimiento que tenemos sobre la mesa no dicen exactamente eso, Helen.

—Con todos los respetos, los informes solo miden números —rebato—. Yo soy eficiente, organizada y cuadriculada. Sé contener una crisis de seguridad y aplicar los manuales a rajatabla. Pero Maika tiene algo que a mí me falta: una empatía que no se compra con dinero.

Julianne esboza una sonrisa.

—Interesante término.

—No se lo tome a broma, por favor —le pido con una sonrisa un tanto amarga.

—No me lo tomo a broma en absoluto. Te escucho.

Tomo aire, colocándome bien el cuello de la camisa.

—Maika entiende el factor humano. No se limita a dirigir a la gente; sabe leer a los pasajeros y a su equipo. Sabe cuándo dar un grito a tiempo, cuándo dar un abrazo y cuándo explicar las cosas tres veces para que un novato no se sienta un inútil porque tiene miedo. A rellenar presupuestos, cuadrar balances en Excel y redactar informes de incidencias para la naviera se aprende en dos semanas. Pero esa magia para conseguir que la gente te siga con una sonrisa en mitad de un temporal… eso no se enseña en ninguna academia.

Julianne me mira con una intensidad nueva, como si estuviera descubriendo a una Helen completamente distinta.

—Tú tienes virtudes de mando que ella no, Helen. Eres un pilar para este barco.

—Lo sé —admito, y hacerlo me escuece en el alma—. Pero Maika es una esponja. Absorberá la parte técnica en un abrir y cerrar de ojos porque le sobran luces y capacidad de adaptación. Y cuando domine esa parte, será una trabajadora mil veces mejor de lo que yo podría ser jamás.

Las palabras me salen del tirón.

—La compañía va a salir ganando si la pone a ella al frente de las oficinas de tierra —remato con convicción.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con tu carrera?

La pregunta me sienta como un jarro de agua fría.

—Seguiré al pie del cañón en mi puesto actual. Cumpliendo con mi deber, como siempre. Supongo que tendré que aprender a echar raíces y buscar mi equilibrio de otra manera. Lejos de los despachos en tierra firme.

Julianne se toma su tiempo antes de volver a la carga.

—¿Esta sorprendente retirada tiene que ver con los rumores sobre tu relación personal con la coordinadora de animación? —pregunta de frente. A estas alturas del crucero, intentar ocultarle algo es como intentar tapar el sol con un dedo.

—Sí —respondo con el corazón en la mano. Ya no me quedan ganas de inventar milongas—. Tiene que ver con que la quiero con locura y paso de convertir lo que tenemos en otra batalla campal. Pero le prometo por mi honor que también lo hago porque creo firmemente que ella es la persona ideal para el cargo.

—Helen, una decisión tomada por amor puede ser igual de ciega e irracional que una tomada por despecho —me advierte con sensatez.

—Lo sé —reconozco, tragando saliva—. Por eso no vengo a pedirle que le regalen el puesto. Solo les pido que me saquen de la ecuación. Evalúen a Maika con la dureza que consideren oportuna. Si al final deciden que no da el perfil, será cosa de la dirección. Pero yo no voy a competir contra la mujer de mi vida.

Julianne entrelaza las manos sobre el escritorio y me clava una mirada de lo más seria.

—¿Estás segura al cien por cien? Si cierras esta puerta, es muy probable que el tren del ascenso no vuelva a pasar delante de ti.

Ahí está el carpetazo definitivo. Siento un vacío horrible bajo las costillas, el mismo vértigo que sufrí tiempo atrás. La sensación de ver cómo tus metas se evaporan mientras te quedas compuesta y sin corona. Pero esta vez hay una diferencia: no me están echando, soy yo la que decide bajarse del barco. Y, milagrosamente, eso me hace sentir un poquito más dueña de mi destino.

—Estoy completamente segura —afirmo. Y os juro que me siento orgullosa de mí misma.

Julianne me observa un instante largo.

—¿Maika sabe algo de esto?

—Ni una palabra.

—¿Quieres que se lo comuniquemos?

—¡No! —suelto, demasiado rápido y con un tono un pelín histérico.

La jefa ladea la cabeza, picada por la curiosidad.

—¿Se puede saber por qué?

Me aprieto las manos hasta hacerme daño.

—Porque tiene más orgullo que un pavo real y jamás lo aceptaría. No quiero que sienta que le he cedido el puesto por caridad, ni que nuestra relación empiece con una deuda de este calibre apuntada en su cuenta. Ya tiene bastante con las cosas que arrastra en tierra.

Julianne me mira de una forma totalmente distinta. Creo que hasta le ha conmovido mi momento romántico.

—Le ruego que no le cuenten que he sido yo la que se ha quitado del medio —añado, y el «por favor» me cuesta un imperio

porque odiaría parecer vulnerable ante mis superiores.

—Helen…

—Por favor —insisto, poniéndole ojitos de cordero degollado dentro de mi seriedad habitual—. Invéntense lo que quieran. Digan que el proceso se ha cancelado, que buscan otro perfil, lo que les encaje en el guion. Pero que ella no se entere de mi renuncia.

—Eso es una bomba de relojería, Helen. Si se entera por terceros, se va a sentir muy traicionada —me advierte con buen criterio.

—Correré el riesgo.

Julianne baja la vista a su *tablet*, reflexiva. Yo me quedo conteniendo la respiración, con las pulsaciones a mil por hora y la extraña sensación de estar firmando mi propia sentencia de muerte.

—Que aceptemos tu renuncia no significa que Maika tenga el puesto asegurado —aclara al fin.

—Lo tengo clarísimo. Y se loa gradezco mucho.

—Helen, sigo pensando que habrías sido una líder soberbia para esta compañía.

—Es posible, pero ahora mismo mis prioridades han cambiado. —Me pongo en pie antes de que se me salten las lágrimas, porque mantener la compostura está empezando a ser una misión imposible—. Solo quiero que ella tenga que soportar menos peso en los hombros.

—El puesto en tierra es un nido de víboras. Y te recuerdo que las dotes de mando no se estudian en los libros. Pero es tu elección y la respeto.

Asiento con la cabeza y salgo del despacho a toda prisa. El pasillo de oficiales me recibe y camino de vuelta hacia la zona de tripulación con el piloto automático encendido. He hecho lo correcto. Sí, estoy casi segura. El problema es que hacer lo correcto a veces te deja con el cuerpo más vacío que el *buffet* de un crucero a las once de la noche.

. . .

Cuando paso cerca de las cocinas del restaurante principal, el bullicio me golpea con fuerza. La vida a bordo sigue su curso. El barco avanza y el mundo no se para por nadie. Y yo, en cambio, siento que me he dejado la mitad de la vida atrás.

Gonzalo me sale al paso antes de que pueda esconderme en mi camarote y, en cuanto me clava los ojos, sé que estoy acabada.

—Madre mía. ¿Qué cara es esa? Parece que hayas visto al fantasma del Titanic.

Miro a mi alrededor buscando una vía de escape, pero no veo a Maika por ningún lado. Estará en la cubierta superior organizando el baile de fin de fiesta, sin tener ni la más remota idea de que acabo de dinamitar el tablero de juego a sus espaldas.

—He hablado con Julianne —le suelto a Gonzalo sin anestesia. No sé cómo suavizar el golpe, así que lo suelto del tirón—. He retirado mi candidatura.

A Gonzalo se le borra la sonrisa de golpe y se le desencaja la mandíbula.

—Dime que es una de tus bromas, porque no tiene ni puta gracia.

—Pues no, ya está hecho.

—¿Cómo que está hecho? —insiste con los ojos como platos, agarrándome del brazo para arrastrarme al pasillo de servicio de tripulación, lejos de las miradas de los pasajeros—. ¿Te has vuelto loca o qué?

Gonzalo me mira como si le hubiera dicho que he tirado los botes salvavidas por la borda.

—Era mi carrera y mi decisión —le respondo.

—¿Maika lo sabe?

—No.

—¡Pues claro que no! Si llega a olerse algo, te habría esposado a la cama del camarote y te habría soltado un mitin de tres horas para quitarte la tontería —dice, dándose un golpe en la frente con la palma de la mano—. ¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

Gonzalo suelta un bufido de los gordos.

—De verdad, Helen, estás para que te encierren.

—No me des el sermón tú también, por favor. Bastante tengo ya.

—¿Que no te dé el sermón? ¡Pero si llevas veinte mil contratos matándote por ese puesto de dirección! —me echa en cara, como si yo no me acordara—. Lo ansiabas tanto que dabas hasta miedo, tía.

—Lo sé, Gonzalo, lo sé perfectamente.

—Si casi me matas de un disgusto aquella noche que me obligaste a hacer un simulacro de entrevista con fiebre.

—Por favor, que tenías treinta y siete y dos décimas, eres un exagerado —replico, intentando meter un poco de comedia para no echarme a llorar.

—¿Por qué coño lo has hecho, Helen? Cuéntamelo.

—Porque Maika lo necesita un millón de veces más que yo.

—¿Y tú qué? ¿Tú no cuentas?

—No de la misma forma —insisto, acorralada—. Su abuela necesita unos cuidados médicos. Y Maika no puede permitirse el lujo de rechazar ese sueldo. No podía quedarme de brazos cruzados.

—Haberlo hablado, coño. Las cosas se hablan —me suelta.

—¿Para qué? ¿Para entrar en un bucle de «no, renuncia tú», «no, tú primero» y acabar las dos haciendo las idiotas como dos protagonistas de telenovela?

—Bueno, para evitar hacer la idiota ya vas un poco tarde, bonita —comenta con una sonrisa de lástima.

No me hace gracia, pero no le rebato. Gonzalo suspira, se apoya en el mamparo del pasillo y me pone una mano afectuosa en el hombro.

—¿Cómo estás? Pero de verdad.

Aliviada y cabreada con el mundo, enamorada hasta las trancas y con una sensación de vacío que asusta.

—He hecho lo correcto —susurro, mirando al suelo.

Gonzalo me levanta la barbilla con un dedo.

—No te he preguntado si eres la más noble del barco. Te he preguntado cómo estás tú.

Me muerdo el labio inferior. El eco de la música caribeña del restaurante me llega distorsionado. Me viene a la mente el fiasco del anterior crucero juntas, la rabia, la humillación de quedarme estancada. Esto es diferente. Ahora no hay jefes incompetentes a los que culpar, la decisión ha sido mía y eso lo hace más limpio, pero también mil veces más doloroso.

—Siento lo mismo que aquella vez —confieso—. Como si una puerta blindada se hubiera cerrado en mis narices y yo me hubiera quedado en la parte oscura del muelle. Solo que esta vez la llave la he tirado yo al fondo del mar. Y se supone que eso tendría que hacerme sentir como una heroína de película romántica… pero no. Aunque no me arrepiento de haberlo hecho. Eso te lo juro por lo más sagrado.

—Se puede tener claro que has hecho lo correcto y que te duela como si te hubieran clavado un puñal, Helen.

Cierro los ojos un segundo, inspiro hondo y, al abrirlos, me planto frente a él.

—Es vital que Maika no se huela nada, Gonzalo —le advierto, mordiéndome el labio con nerviosismo—. Sé de sobra que tarde o temprano la verdad saldrá a flote, las mentiras en los barcos tienen las patas muy cortas, pero con que el secreto aguante hasta que el comité firme el ascenso de Maika, me doy por satisfecha.

—Lo que tú digas. Pero que sepas que te estás escondiendo por pánico a su reacción, no por protegerla a ella. Allá tú con tu mecanismo de defensa, luego no me vengas llorando si la cosa sale rana.

30

Maika

La escala nocturna en Palma de Mallorca llega como agua de mayo después de tantas horas seguidas tragando millas náuticas y aguantando a pasajeros impertinentes. El Marine IV se queda imponente en el muelle de poniente mientras nosotros, los currantes del mar, bajamos a tierra en tropel con ese subidón que te entra en el cuerpo cuando te dan unas horas de libertad condicional.

Leo, Nico y Lara han sido los cabecillas de la expedición. Según sus ilustres teorías, «necesitábamos un respiro antes de que nos salieran escamas». Según Gonzalo, más metomentodo, «había que celebrar que este contrato infernal se está acabando». Yo, que los conozco como si los hubiera parido, sé perfectamente que montan este circo porque huelen la tensión que hay entre Helen y yo. Y aunque me repatea que jueguen a ser celestinas de pacotilla con mi vida privada, les agradezco en el alma el detalle de sacarme a flote.

Después de cenar unos bocatas rápidos y unas raciones en una terraza del paseo marítimo, nos plantamos en la playa de Can Pere Antoni. La arena se siente fresca y gustosa bajo mis pies descalzos. Palma brilla a nuestras espaldas con ese embrujo mediterráneo que te susurra al oído que, si te empeñas, los milagros existen.

Qué bonito es todo cuando estás de paso, de verdad.

—Esto sí que es la gloria, coño —suelta Nico, dejándose caer sobre la arena con una bolsa de patatas fritas que ha mangado del *buffet*—. Como mañana me obliguen a organizar otro trivial de jubilados, tiro el micrófono al agua y me convierto en gaviota.

—Pues lo tienes claro, chaval, porque las gaviotas tienen más mala leche y bastante más espabile que tú —le lanza Lara, sentándose a su lado.

Gonzalo aparece en escena como el rey mago de la tripulación, cargando con un pack de cervezas cero heladas y una cara de pillo que no puede con ella.

Helen, que se ha sentado a mi vera simulando una distancia prudencial, mantiene los ojos clavados en el horizonte negro como si estuviera sola en el planeta. Aprovechando que los chicos están a su bola, me quedo mirándola de reojo. Está preciosa, joder. Lleva el pelo suelto, revuelto por la brisa marina, y esa cara de intensa que pone cuando le da mil vueltas al coco.

—¿Estás bien? —le pregunto en un susurro bajito.

Helen tarda un siglo en responder, como si cada palabra tuviera que pasar por el filtro de seguridad de su cerebro.

—Sí —dice, carraspeando.

Mentira podrida. La conozco demasiado bien.

—Palma es preciosa —añade ella.

—Vaya, vaya. Comentario de folleto turístico aprobado —le lanzo con una sonrisilla pícara.

—No sé qué pretendías que te dijera, Maika —replica ella, mirándome de reojo—. Y más después de lo que me dejaste claro.

—Ya… sabes que soy una idiota integral.

Por un segundo, el agobio de los barcos se esfuma y el mundo parece un lugar un poquito más amable.

—Te he echado de menos —se me escapa, sin filtros. Helen baja la vista a la arena al momento—. Estos últimos días han sido… un puto infierno.

—Tensos —murmura ella—. Yo también te he echado de menos… —confiesa tan bajito que el viento casi me roba las palabras.

Helen suspira hondo y me clava esos ojos cargados de promesas. Me muero por acortar este palmo de distancia, agarrarla del cuello, comerle la boca y decirle que le den por saco al ascenso, al barco y a todo. Decirle que todo va a salir bien, que yo me buscaré la vida para sacar el dinero de mi abuela debajo de las piedras y que no hay de qué preocuparse. Pero la vida es muy perra, y justo cuando mi boca está a punto de rozar la suya, el maldito móvil me empieza a vibrar en el bolsillo del pantalón como si tuviera prisa por joder el momento.

—Tengo que cogerlo.

—Claro, no te preocupes.

Me alejo del grupo a zancadas, hundiéndome en la arena fresca hasta llegar a una zona más oscura, cerca de unos espigones de roca donde el romper de las olas tapa las voces de los chicos.

—¿Sí?

—Hola, Maika, siento molestarte a estas horas —suelta la directora de la residencia—. Te llamaba para confirmarte que tu abuela está estable, la valoración médica es buena, pero los médicos insisten en que hay que empezar ya con el tratamiento de para que no pierda movilidad.

—Vale… ¿Y qué pasa entonces? —pregunto, aunque sé perfectamente por dónde van los tiros.

—El problema es que necesitamos que nos ingreses el primer pago del nuevo plan de cuidados especiales antes de que acabe la semana —me suelta con delicadeza pero con una firmeza que me hiela la sangre—. Si no se hace efectivo el pago, nos veremos obligados por protocolo a tramitar el traslado a una plaza pública de la red regional… y ahora mismo solo hay disponibilidad en un centro geriátrico en un pueblo de la sierra, en la otra punta de la comunidad.

—¿Cómo que trasladarla? —salto, claramente nerviosa—. Mi abuela no aguantaría un cambio así ahora, allí no conoce a nadie.

—No sería algo de hoy para mañana, Maika, pero tenemos que abrir el expediente asistencial por normativa. Entiendo que te pille fatal, pero las normas del centro son estrictas si queremos mantener su plaza aquí.

Menuda forma tan fina y corporativa de decirme que a mi abuela la van a mandar al quinto pino por culpa de que su nieta no tiene un duro en la cuenta.

Le hago cuatro preguntas seguidas sobre plazos, fechas de ingreso, cantidades exactas y si hay opción de pagarlo a plazos, pero todo son pegas. Escucho sus respuestas con la mirada perdida en el mar borroso por las lágrimas que amenazan con salir y el zumbido de las olas metido en el cerebro.

Al colgar, me quedo plantada frente al agua, mirando la pantalla negra del móvil mientras el viento me estampa el pelo contra la cara. La maldita realidad me ha cogido por el pescuezo y me obliga a mirar de frente una verdad que ya no puedo maquillar con sonrisas de animación: estoy entre la espada y la pared.

—Maika… —escucho la voz de Helen a mi espalda.

Me giro, limpiándome la cara con el dorso de la mano. Está a un par de pasos, con los brazos cruzados y cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

Me muero por mentirle. Decirle que era una tontería, sonreír como si nada, volver con el grupo y tomarme una cerveza. Pero ya no tengo fuerzas para seguir con esto.

—Como no haga el ingreso para el nuevo tratamiento esta misma semana, se llevan a mi abuela a una residencia en un pueblo perdido de la sierra —le confieso de golpe, con la voz temblando.

Helen se queda petrificada, como si le hubiera pegado un tiro. Un destello de dolor puro le cruza la mirada y os juro que por un momento parece que le duele más a ella que a mí.

—Maika… —empieza a decir.

—No me digas que lo sientes, Helen, te lo pido por favor —le corto—. No lo soportaría.

Ella se muerde el labio, asiente en silencio y se limita a quedarse a mi lado. Es justo lo que necesito.

—Qué ridícula soy… Yo que pensaba que podía jugar a ser la más noble del barco boicoteando mi propio trabajo —suelto con una risa amarga—. Qué bien sonaba en mi cabeza, ¿eh? Maika la generosa, la romántica empedernida, sacrificando su futuro por la mujer de su vida como si esto fuera una peli de tarde. Menuda bofetada de realidad.

Helen me agarra de las mejillas con las dos manos, obligándome a mirarla fijamente.

—No tienes por qué seguir cargando con este calvario tú sola, Maika. No te lo voy a permitir —me dice con convicción.

—Ya… pero es lo que hay, Helen.

Baja la mirada a la arena y un silencio espeso se traga todas las palabras que nos quedan por decir. A lo lejos, el grupo sigue de juerga y Nico ha subido el volumen de la música. El mundo sigue bailando mientras mi universo entero se tambalea por culpa de una maldita factura mensual.

—Necesito volver al barco.

Helen hace amago de retener de nuevo mis manos, pero se frena a tiempo.

—Te acompaño al puerto.

—Que no, de verdad. Quédate con los chicos, tómate algo y disfruta. Yo necesito meterme en la cama y pensar.

El trayecto de vuelta al Marine IV lo hago como si fuera un zombi. Las luces del puerto de Palma se reflejan en el agua del muelle y, al cruzar la pasarela de tripulación, siento un crujido horrible dentro del pecho. Estoy acorralada: no hay forma humana de conseguir ese dinero sin quitarle a Helen el ascenso por el que

lleva desviviéndose media vida. ¿Por qué no habré ahorra más durante los últimos años?

—Joder… —protesto.

Solo quiero llegar a mi cama, quitarme este uniforme y taparme con la sábana hasta el cuello. Voy caminando por uno de los pasillos interiores de la cubierta de tripulación, cuando la figura de Arturo se materializa en mitad del pasillo.

—Buenas noches —me saluda, con una carpeta corporativa bajo el brazo—. Pensaba que estarías de descanso con el resto del equipo.

Me paro en seco, conteniendo un suspiro de frustración. Lo que me faltaba para rematar el día.

—Hola, Arturo —le digo, forzando la voz—. Es que estoy molida, la verdad. Así que he preferido retirarme a tiempo.

Arturo me clava la mirada.

—A mí me resulta fascinante que tengas el mejor perfil que he visto en esta naviera en los últimos cinco años y que estés tan decidida a tirar tu reputación por la borda —me suelta.

—No tengo ni idea de qué me está hablando.

Arturo ladea la cabeza, mirándome con una ironía aplastante.

—Claro que lo sabes, Maika. No me tomes por tonto.

Miro instintivamente a ambos lados del pasillo para comprobar que no hay ningún tripulante escuchando la conversación.

—Mire, de verdad, Arturo, estoy muerta de cansancio. Si esto es otra de sus pruebas psicológicas, le ruego que la dejemos para mañana.

—No es ninguna evaluación oficial, quédate tranquila —aclara con calma.

—Qué alivio, oye. Las encerronas informales en los pasillos siempre han sido mis favoritas —le lanzo con todo el sarcasmo que me queda en el cuerpo.

A Arturo se le escapa una sonrisa de medio lado.

—Helen es una oficial impecable, Maika —continúa Arturo con tono serio—, pero es un tremendo error que pongas las llaves de tu futuro profesional en manos de otra persona. Por muy enamorada que estés.

La frase me deja sin respiración, pero es que a mí mi futuro me importa tres pimientos ahora mismo. Lo que me quita el sueño es mi abuela y el miedo de que la trasladen a un pueblo perdido. Por muy contradictoria que esté sonando ahora mismo.

—Es que no tiene idea de cómo son —murmuro.

Él da un paso hacia mí, ablandando un poco el gesto.

—¿Qué es lo que no sé, Maika? Habla.

—Que no es solo mi futuro lo que me estoy jugando en este crucero —le suelto con los ojos llenos de lágrimas.

—Pues si hay más cosas en juego, con más razón deberías dejarte de jueguecitos —me espeta él.

—¿Y por qué me dice todo esto ahora?

—Porque he visto pasar a mucha gente brillante por estos barcos que ha echado a perder su carrera por culpa del miedo, de los remordimientos o de una mala decisión. Te vendría bien tenerlo en cuenta para el futuro.

Suelto una risa amarga.

—Vaya, qué charla tan motivacional. Gracias.

—Y también te lo digo porque este puesto en tierra necesita a alguien valiente. Alguien capaz de tomar decisiones difíciles e incómodas. Incluso cuando esas decisiones escuezan o hagan daño a las personas que más queremos.

En ese momento me viene a la mente el rostro de Helen, lo que sufrimos en el pasado y todo lo que le debo por mis errores. Pero también me viene la cara de mi abuela y la promesa que le hice

de cuidarla. No quiero fallarle a ninguna de las dos personas que más quiero en este mundo.

—Anda, ve a descansar, Maika. Que mañana nos espera un día de los largos.

—Todos lo son últimamente.

—El de mañana lo será especialmente. Porque Julianne y yo ya hemos tomado una decisión.

Se da la vuelta y se aleja por el pasillo interior, dejándome allí sola, con las pulsaciones a mil y una certeza que me recorre el cuerpo como un escalofrío: que da exactamente igual la decisión que tomemos Helen o yo, porque al final, la vida real siempre se encarga de pasarte la factura y destrozarte los planes.

31

Helen

He intentado por todos los medios mantener la cabeza fría, obligarme a no darle vueltas al tema de Maika y disfrutar de una de las últimas noches libres que pisaremos antes de llegar al caos del puerto. Pero es imposible. Tengo el cuerpo en la playa y la mente encerrada en el barco, reviviendo una y otra vez la forma en que ella ha salido corriendo después de esa dichosa llamada. Me he pasado todo el rato dándole vueltas a lo mismo: la solución a sus problemas no pasa porque yo me baje de la carrera y le dejen el maldito puesto. Maika necesita dinero ya, de manera urgente; no puede cruzarse de brazos a esperar que se tramite un ascenso y le llegue la primera nómina dentro de un mes.

—Chicos, os dejo. Voy al barco a ver cómo está Maika —suelto de golpe, interrumpiendo una de las parrafadas de Nico. Me levanto sacudiéndome la arena de las piernas—. Pasadlo bien y no terminéis arrestados.

—Anda, ve —me anima Lara con un guiño cómplice—. Yo me encargo de evitar que estos dos terminen bañándose en cueros y tengamos un problema con la policía local.

Con una sonrisa a medias, dejo atrás el jaleo del grupo y enfilo el camino hacia el muelle a paso ligero, con el corazón martilleándome con fuerza contra las costillas. En cuanto llego al Marine IV, cruzo la pasarela de tripulación de tres en tres y me hundo en el laberinto de pasillos que conduce a los camarotes.

El camarote de Maika está a apenas cuatro pasos del mío. Podría pasar de largo, meterme en mi cama, dar por zanjada la jornada y tratar de olvidarme de esa mirada rota que me ha dejado helada en la playa. Pero sería mentirme. Me planto frente a su puerta, tomo aire para serenar el pulso y golpeo suavemente con los

nudillos. No recibo respuesta, pero al empujar, la puerta cede. Está abierta, como una invitación silenciosa a descubrir el desastre que se esconde al otro lado.

Maika está sentada en el borde del colchón, completamente encorvada, con los codos clavados en las rodillas y la cara oculta entre las manos. Solo lleva un pantalón corto de algodón gris que se le ajusta a las caderas. Su espalda desnuda, dorada por el sol mediterráneo de estos días de travesía, sube y baja al ritmo de una respiración errática y entrecortada.

—Maika…

Ella levanta la cabeza muy despacio. Tiene los ojos encendidos, hinchados de haber llorado. Los surcos del llanto brillan todavía en sus mejillas y le tiembla el labio inferior de una forma que me parte el alma. No me dice ni una sola palabra, pero su rostro es un grito desesperado de auxilio. Me acerco sin hacer ruido y me arrodillo entre sus piernas. Mis manos, que aún conservan el frío de la brisa del puerto, acunan su rostro con una delicadeza infinita mientras mis pulgares limpian el rastro húmedo de sus pómulos.

—¿Qué haces aquí metida llorando tú sola? —le pregunto, sosteniéndole la mirada.

Un gemido roto, casi un sollozo, se le escapa de la garganta. Se vence hacia delante y busca el apoyo de mi frente contra la suya. El calor que desprende su piel me golpea de lleno, embriagándome con su olor tan condenadamente suyo. Nuestras respiraciones se mezclan en el segundo que tardamos en encontrarnos. El primer beso es torpe, ansioso, con el sabor salado de sus lágrimas impregnándolo todo.

Hago el intento de apartarme para decirle algo, pero ella me gana la partida, devorándome la boca, buscando mi lengua con una urgencia tan brutal que me arranca un gemido sordo contra sus labios. El beso se vuelve profundo, posesivo. Nuestras lenguas se enredan sin prisa, pero sin pausa. Mis manos empiezan a perderse por la calidez de su espalda desnuda, reconociendo cada vértebra,

mientras acaricio la musculatura tensa bajo esa piel que me vuelve loca.

Me incorporo lo justo para ganar terreno y me siento a horcajadas sobre sus muslos, encajando nuestros cuerpos a la perfección. Puedo sentir el latido desbocado de su pecho rozando el mío. Sin romper el contacto de nuestras bocas, me tiro de la camiseta hacia arriba con una mano y la mando directa al suelo. Cuando nuestras pieles desnudas se encuentran por completo, Maika suelta un quejido ahogado y sus manos trepan por mi espalda, clavándome las uñas con fuerza, como si necesitara aferrarse a la única roca firme en mitad de su tormenta.

—Helen… —jadea contra mis labios, con la voz hecha jirones —. Te necesito. Joder, te necesito ya.

Esas palabras me entran directas al pecho. No es un capricho, no es solo calentón; es una súplica por sentirse bien. La pego más a mí, mordiéndole el labio inferior antes de empezar a trazar un camino de besos ardientes por su cuello. Saboreo el pulso que le late a mil por hora bajo la piel de la garganta, lamiendo esa curva perfecta mientras noto cómo traga saliva a duras penas. Bajo un poco más, dejando un rastro húmedo que la hace temblar, hasta concentrarme en uno de sus pechos.

Atapo su pezón entre mis labios, y juego con él, envolviéndolo con la punta de la lengua en círculos lentos. Maika arquea la espalda hacia delante, buscando más, y enreda los dedos en mi pelo para guiar mis movimientos. Aprieto el ritmo, succionando con más ganas mientras mi mano libre se ocupa del otro pecho, amasándolo y pellizcando su pezón. Sus gemidos, graves y roncos, empiezan a llenar las cuatro paredes del camarote.

Mi mano derecha empieza a descender por su vientre, disfrutando de cómo se le contraen los abdominales a cada paso de mis dedos. Deslizo la mano por debajo de la goma del pantalón corto hasta dar con su centro. Está ardiendo, hinchada y empapada de deseo por mí. Me tomo mi tiempo para recorrer sus pliegues, separándolos con mimo antes de empezar a acariciar su clítoris.

Maika abre las piernas de par en par, encajando mis movimientos con un gemido largo que se le quiebra a mitad de la boca.

Con suavidad, la empujo hacia atrás hasta dejarla tumbada en la cama, enredando nuestras piernas en la penumbra. Le despojo de los pantalones cortos con su ayuda impaciente y me quito los míos en un segundo. Me coloco sobre ella, y presiono mi muslo justo entre sus piernas.

Empiezo a moverme contra ella, buscando el roce continuo de nuestros sexos. Y cada embestida me devuelve una descarga eléctrica que me recorre toda la espalda. Maika eleva las caderas para no perderse nada del contacto, aferrándose a mi cintura para romper toda distancia posible.

—Más… más cerca, por favor —me pide, al borde de las lágrimas.

Voy bajando por su cuerpo a base de besos lentos, casi religiosos. Me entretengo en el canal de sus pechos, en las costillas que se le dibujan con cada bocanada de aire, en el ombligo, en su vientre… Cuando llego a su sexo, deslizo la lengua en una caricia larga, firme y empapada desde su entrada hasta el clítoris. Joder, sigue teniendo un sabor increíble.

Maika gime fuerte, abriendo más las piernas.

Le hundo la lengua sin contemplaciones, recorriéndola por dentro con mientras presiono la nariz contra su clítoris. Al mismo tiempo, la penetro sin aguantarme más, y Maika da un respingo violento sobre el colchón.

—Helen… joder… ahí… no pares, no pares…

Ni loca me detengo. Mis dedos entran y salen cada vez más rápido, lubricados por su propia esencia. Le chupo y le lamo el clítoris sin darle un segundo de respiro. Siento cómo sus paredes internas me abrazan los dedos, cómo su cuerpo entero se tensa. Y entonces, llega el orgasmo. Maika se corre con un gemido gutural, un grito que lleva liberación y llanto; le tiemblan las piernas y las caderas se le sacuden contra mi boca.

Subo gateando por su cuerpo y le planto un beso de los que hacen historia. Saborea su propio jugo en mi lengua y gime de nuevo dentro de mi boca. Tiene los ojos vidriosos, cubiertos por una nueva capa de lágrimas, pero esta vez brillan con una gratitud salvaje y descarnada.

Ahora soy yo la que se tumba bocarriba en el colchón. Maika se acomoda entre mis piernas sin perder un segundo y me clava una mirada de fuego antes de descender. Tiene la boca caliente y hambrienta de mí. Me lame con una devoción que me pone los vellos de punta, repasando cada rincón, devorándome con la lengua y succionando mi clítoris con una soltura que me hace ver las estrellas en el techo del camarote.

El placer se me dispara en cuestión de segundos, volviéndose casi insoportable. Le enredo las manos en el pelo, empujándola contra mi sexo para fundirme con ella.

El clímax me pasa por encima como una ola gigante y preciosa. Me corro, gritando su nombre. Maika sigue ahí abajo, lamiéndome hasta que me quedo sin fuerzas, temblando y buscando aire.

Después, Maika esconde la cara en el hueco de mi cuello, respira hondo mi aroma, y yo le acaricio la espalda con parsimonia.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías? —murmuro.

—Tú lo eres más.

Después de un buen rato, nuestras manos vuelven a enredarse de forma espontánea. Esta vez el ritmo es más perezoso. Mis dedos viajan por su costado, descienden por la cadera y vuelven a tocar su zona, que aún late con timidez. La acaricio con una delicadeza extrema, dibujando círculos casi imperceptibles sobre su clítoris. Maika suspira contra mi boca y vuelve a abrir las piernas, entregándome el mapa de su piel sin reservas.

Hacemos el amor por segunda vez con una ternura que llega a doler, y cuando el placer nos vuelve a reclamar, nos corremos casi a la par, mirándonos fijamente a los ojos, desnudándonos el alma.

Al final, nos quedamos acurrucadas bajo la fina sábana. Tengo mi pierna enredada entre las suyas, su brazo amarrado a mi cintura y sus pechos aplastados contra los míos. Siento el ritmo constante de su corazón contra mi propia piel. Es inevitable pensar en lo de su abuela, en el pánico que debe tener encima y en la que se nos viene encima mañana con la decisión del ascenso. Pero esta noche, que le den al mundo. Esta noche solo importa esto: su calor, su olor y su vulnerabilidad entregada a mí de par en par.

—Gracias por venir… —murmura Maika, casi vencida por el sueño, acurrucándose más en mi cuello.

—No podría estar en ningún otro sitio del mundo.

32

Maika

Ibiza. Décimo día de ruta.

—Os lo digo completamente en serio, este viaje debería cerrarse con una medalla para cada uno de nosotros —declara Gonzalo, alzando el cuchillo untado como si fuera el mismísimo rey Arturo blandiendo la Excalibur.

—¿Una medalla por qué? ¿Por sobrevivir a los turnos dobles? —pregunta Lara.

—Por sobrevivir sin haber acabado locos. Que ya es bastante —la corrige él, apuntándola con el cubierto—. Que parece que se os olvida todo lo que llevamos a las espaldas.

El día más decisivo de toda la travesía arranca con Gonzalo y sus habituales burradas mientras se come la tostada como si dentro de unas horas, fuera a llegar el fin del mundo.

El Marine IV avanza con parsimonia, mientras surca las aguas baleares y la silueta de Ibiza empieza a recortarse en el horizonte. Afuera, el sol de la mañana se cuela con timidez por los ojos de buey del comedor de tripulación —este bendito rincón subterráneo que donde también se libran un millón de batallas—. Hoy nos hemos saltado el protocolo por el forro y hemos juntado dos mesas, solo para darnos calorcito humano antes del juicio final.

A mi lado, Helen está mucho más muda de lo habitual. Lleva los ojos clavados en su taza, como si esperase que el fondo del café le fuera a predecir algo. La conozco y sé que rumia algo. Me lanza miradas de reojo, fugaces, y supongo que tendrá que ver con el maldito ascenso.

Mientras juego con mi taza entre las manos, siento que el estómago se me ha cerrado por completo.

Hoy van a sentarnos en el banquillo, y lo único que quiero, es que esta maldita competición, se acabe de una vez por todas. Por mucho que el futuro profesional, pueda destrozar este amor que ha vuelto a nacer.

—Escucha, Maika —me susurra Leo, poniendo cara de drama absoluto—. ¿Tú crees que cuando una de las dos sea la nueva jefa nos va a seguir consintiendo estos desayunos clandestinos?

—Pues todo dependerá de la jefa que os toque —respondo yo, y me encojo de hombros mientras vigilo las reacciones de Helen.

—Si gana ella, id olvidándoos —bromea Nico, y se lanza a por otra de las tostadas—. Capaz es de hacernos rellenar un formulario por triplicado solo para mover una silla de sitio.

El grupo estalla en carcajadas, y Helen le apunta con su cucharilla, entornando los ojos.

—No me des ideas, Nico, que soy muy capaz de implantarlo mañana mismo.

Durante este instante de gloria, la mañana parece sacada de un día normal de travesía. Es una estampa de las que me guardaría en el pecho para siempre. Sobre todo, al ver a Helen sonriendo de esa manera que solo yo tengo el privilegio de conocer en la intimidad.

Sin embargo, el pecho se me vuelve a estrujar en cuanto la miro fijamente. La quiero muchísimo. La quiero cuando se pone en plan sargenta, y la quiero cuando intenta comportarse como un ser humano corriente. La quiero con sus dudas, con sus miedos y con esos silencios donde parece que me va a confesar el secreto de su vida para luego recular y soltar una frase más del protocolo. Pero ahora mismo, el miedo me gana la partida. Porque el amor propio es muy bonito, sí, pero no paga las facturas de los centros de mayores. Y el bajón me borra la sonrisa de la cara.

Los ojos de Helen buscan los míos como si hubiera leído qué es lo que me pasa.

—Maika…, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes —miento, sosteniéndole la mirada.

Gonzalo, que o bien no se entera de nada o es el tío más estratega del barco, empieza a largar una historia sobre un pasajero que ayer le montó un pollo porque quería que el capitán frenara el crucero en mitad del mar porque se había dejado las gafas de sol en una tienda de la terminal. El grupo se parte de risa, pero Helen no me quita el ojo de encima.

De repente, el comunicador de su cinturón empieza a pitar. Al segundo, el mío. Y acto seguido, los móviles de las dos vibran sobre la mesa con una sincronización que da miedo.

Leo mira su taza con cara de funeral.

—Por favor, que no se haya inundado la cubierta de pasajeros otra vez.

Nico se santigua con una servilleta de papel. Pero es un mensaje citándonos a Helen y a mí en la sala de la cubierta 9.

—Bueno —dice Lara con ternura, rompiendo el hielo—, acabe como acabe esto, que sepáis que sois un orgullo. Las dos.

—Y un par de intensas de manual, que tampoco se nos olvide el detalle —añade Nico, que si no mete la puyita se muere.

—Eso también, para qué negarlo —concede Lara con una sonrisa.

Gonzalo nos mira fijamente a las dos.

—Lo único que tenéis que hacer… —dice arrastrando las palabras—, es no permitir que este maldito barco os vuelva idiotas.

Helen y yo le miramos a la vez, sorprendidas.

—Quiero decir, más idiotas de lo que ya venís de fábrica —bromea.

Y no podemos evitar reír. Helen vuelve a inclinarse hacia mí para susurrarme:

—Necesito decirte una cosa importante antes de entrar a ese despacho. —No le da tiempo a decir más porque mi teléfono empieza a sonar como un loco.

Miro la pantalla y la sangre se me congela al ver que me llaman —otra vez— de la puta residencia.

—Dame un momento —anuncio, levantándome de la silla con tal ímpetu que las patas chirrían contra el suelo del comedor.

Me alejo unos pasos hacia el pasillo, lo justo para tener algo de intimidad, pero sintiendo los ojos de Helen clavados en mi nuca.

—¿Sí? Buenos días.

—Maika, buenos días, cariño. Te llamaba para decirte que acabamos de constatar que ya se ha recibido el primer pago correspondiente al plan de rehabilitación de tu abuela. De hecho, el equipo médico se pondrá con las sesiones de fisioterapia esta misma semana sin falta.

Me quedo de piedra. El zumbido de los motores del barco desaparece de mis oídos.

—¿Cómo? —pregunto, con las neuronas haciendo cortocircuito —. ¿Ya tenéis el ingreso? Pero si yo no he…

—Sí, sí. Me han confirmado que ha sido una transferencia gestionada por la naviera, desde administración del Marine IV, con referencia al programa interno de asistencia extraordinaria. Así que respira, que la plaza de tu abuela está asegurada.

«¿La naviera? ¿Con el programa extraordinario de asistencia?». Se me vacía el cuerpo entero y me quedo con la cara más blanca que el uniforme de gala de un capitán. ¿Quién coño …? Giro la cabeza y me encuentro con la mirada de Helen.

—Vale… entonces, muchas gracias.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pantalla apagada, sintiendo cómo una ola de rabia, orgullo herido y humillación me empieza a quemar las entrañas.

Avanzo hacia ella a zancadas.

—Maika… —empieza a decir en cuanto me tiene cerca.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho? —le suelto en un siseo, sin levantar la voz para no montar el número delante de la mesa.

El comedor entero parece enmudecer a nuestro alrededor. Helen traga saliva, y clava los ojos en los míos, con un silencio cobarde que me termina de confirmar la jugada.

—¿A mis espaldas, Helen? ¿De verdad? —le recrimino—. ¿Has decidido solucionar mi vida por tu cuenta y riesgo, como si mi abuela, mis problemas y mi puñetera dignidad fuesen solo un trámite de seguridad que podías gestionar tú solita?

—Maika, escúchame un segundo, por favor —me suplica, dando un paso hacia mí—. Solo quería quitarte ese peso de encima. Te vi destrozada, no podías ni respirar y yo… no podía quedarme de brazos cruzados teniendo recursos para ayudarte hasta que tengas ese puesto.

Me río, y os aseguro que es la risa más amarga y triste que he soltado en mi vida.

—Claro, se me olvidaba que siempre tienes recursos para todo —le espeto—. El problema es que has jugado a ser mi salvadora sin pedirme permiso. Has pisoteado mi orgullo.

Gonzalo hace el amago de levantarse.

—A ver, Maika, relájate un poco, que la gente…

—Tú te callas y no te metas en esto si aprecias tu vida —le corto, sin dignarme a mirarlo.

No sé si tengo ganas de ponerme a chillar en mitad del comedor, de romper a llorar o de agarrar a Helen por las solapas de

la camisa y exigirle que me devuelva mi puñetera autonomía. Pero no me da tiempo a decidirlo, porque Arturo aparece por la puerta, escoltado por Julianne.

—La reunión de evaluación se adelanta —anuncia Arturo—. Tenemos que gestionar otros asuntos.

Miro a Helen de frente y me trago el nudo de la garganta.

—Genial, vamos para arriba y fingiremos que aquí no acaba de pasar absolutamente nada.

. . .

Arturo y Julianne se colocan al otro lado de la mesa. Helen toma asiento justo a mi izquierda, pero yo arrastro mi silla un palmo hacia el lado contrario. Ella acusa el golpe de inmediato, tensando la mandíbula.

Es Julianne quien toma la palabra.

—Lamentamos las prisas, pero la central ha querido cerrar los antes de que el buque toque el puerto de Ibiza.

Las sienes me laten con una fuerza brutal. No puedo concentrarme. Solo tengo en bucle la llamada de teléfono que acabo de recibir.

«Y la puta traición de Helen».

Arturo carraspea, tomando el control de la reunión.

—Hemos analizado minuciosamente vuestro rendimiento durante estos días. Y aunque la idea inicial era otorgar una única plaza en tierra, tras analizar vuestros informes, la directiva regional ha decidido reestructurar otra vez el departamento.

Helen levanta la cabeza de golpe. Yo hago lo mismo, frunciendo el ceño.

Julianne se permite una sonrisa de satisfacción profesional.

—No va a haber una ganadora y una perdedora, chicas. La central quiere implantar una dirección compartida para la nueva

división de Experiencia Global y Operaciones de la flota. Son dos puestos directivos de igual rango: uno enfocado a la estructura, la seguridad y los procesos, y el otro destinado a la experiencia humana, los eventos y la gestión de equipos. Pero confluyendo en una misma directriz.

El mundo se detiene por un segundo. En cualquier otra circunstancia de la vida, este habría sido el momento de saltar de alegría, de ponerme a chillar como una loca y de comerme a besos a Helen.

Pero la noticia me llega envenenada, sucia y con olor a chamusquina.

—Dejé muy claro que no quería seguir en esto —suelta Helen de repente.

Y me deja helada en el sitio.

—Lo siento, pero no podíamos permitirnos perder a una excelente trabajadora como tú —le anuncia Julianne.

«¿Pero qué coño?»

Helen mira a Julianne y, de repente, todo encaja en mi cabeza. No solo se ha dignado a humillarme con el pago de la residencia, sino que también había rechazado el puesto.

Me levanto del asiento, y los miro a los tres.

—Lo siento. Pero yo no pienso trabajar ni compartir despachos con una mentirosa y una traidora —declaro con una nitidez sorprendente.

Agarro mi teléfono móvil de la mesa y enfilo la puerta de salida, sin mirar atrás ni un solo segundo. Sé que, si me giro a mirarla, me romperé en mil pedazos. Así que, cierro la puerta, dejando atrás el ascenso de mi vida, y el futuro resuelto de la única mujer que ha sido capaz de hacerme sentir la mujer más amada y la más traicionada de todo el planeta al mismo tiempo.

33

Helen

Y así es como empezó el desastre. Con una decisión hecha desde el amor que se convirtió en una cagada monumental.

—Pues yo no sé qué demonios esperabas —suelta Gonzalo mientras camina a mi lado, lamiendo su helado de pistacho—. ¿Que saltara de alegría y te hiciera la ola por haberle solucionado la papeleta como si fueras su hada madrina?

Lo fulmino con la mirada, esforzándome al mismo tiempo por controlar mi helado de limón. El sol de la tarde baña Ibiza con una luz dorada y densa que rebota en las fachadas blancas de los edificios del puerto, hace brillar las palmeras y arranca destellos a ese mar Mediterráneo que parece cachondearse en mi cara.

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Viniendo de la mujer que se supone que me ama, sí, Gonzalo, eso esperaba. Que por lo menos me hubiera concedido el beneficio de la duda y cinco minutos para explicarme.

Gonzalo se frena en seco en mitad de la acera. Se gira hacia mí, me clava la mirada y alza una ceja con su teatralidad habitual.

—Ya, claro. El pequeño problema técnico, es que tú no le dijiste nada de eso a la cara. Ni una sola palabra. Te limitaste a mover hilos en el departamento de administración del barco a sus espaldas, usando tus contactos, y te quejas de que se sienta con el orgullo herido.

Abro la boca dispuesto a soltarle una réplica. Pero vuelvo a cerrarla. Odio con toda mi alma cuando tiene razón.

Han pasado exactamente cinco días desde que el Marine IV amarró en este muelle. Cinco días desde aquella bendita reunión con

Arturo y Julianne. Cinco días desde que el futuro perfecto, ese que no cabía en una maleta, se plantó ante mis ojos. Y cinco días también desde que Maika me crucificó con la mirada, me llamó mentirosa y traidora delante de los jefes, y se marchó.

Desde ese maldito instante, no ha respondido a un solo mensaje. Ni una mísera señal de vida.

Como el barco está en parada técnica antes de iniciar la siguiente travesía, la tripulación disfrutará de unas jornadas libres. Algunos han cogido vuelos exprés para ver a sus familias; otros prefieren quedarse por la isla, exprimir las terrazas, y dormir del tirón en sus hoteles. Yo, sobre el papel, debería estar descorchando champán. Porque en cuanto termine este contrato, me despediré de la vida flotante. Y, sin embargo, arrastro desde hace cinco días un vacío justo debajo del esternón.

—Ni siquiera se digna a leerme los WhatsApps —murmuro, sintiéndome patética.

Gonzalo retoma la marcha, observándome de soslayo con una pizca de compasión.

—A los chicos les mandó un mensaje diciendo que iba a estar metida con su abuela. Dale aire, Helen.

—¿Y si decide no perdonarme en la vida? —pregunto.

—Bueno, pues en ese caso tendrás que reconvertirte en esa típica señora trágica y estirada que mira el horizonte desde la cristalera del puente de mando, suspirando cada vez que un pasajero pida un zumo de limón —se mofa.

Le pego un manotazo.

—No estoy para tus chistes, Gonzalo, te lo advierto.

—Lo sé. Por eso te estoy dando mi versión descafeinada, la que no incluye rimas ni bromas sobre naufragios emocionales.

Seguimos callejeando, subiendo por las cuestas empedradas de Dalt Vila, alejándonos del jaleo turístico del puerto. Esta parte de Ibiza está preciosa a estas horas, y mi vista se fija en una pareja de

chicas jóvenes que se ríen sentadas en una escalinata de piedra, besándose con libertad.

Qué envidia más insoportable me dan, joder.

—Es que yo solo quería quitarle ese muerto de encima…

Gonzalo suelta un suspiro.

—Lo sé, Helen.

—Y Maika es tan sumamente orgullosa que, si le llego a soltar el talón en mano, me lo hace tragar hoja por hoja. Jamás lo habría aceptado.

—Eso también lo sé yo y cualquiera que la conozca —asiente él.

—¡Entonces! ¿Qué se suponía que tenía que hacer, quedarme mirando cómo se le caía el mundo encima? —exclamo, plantándome en mitad de una plazuela.

Gonzalo se detiene frente a mí. Detrás de él, un par de críos juegan con una pelota gastada y un anciano dormita al sol en un banco.

—Hablar con ella. De frente, mirándola a esos ojos preciosos que tiene y tratándola como a una igual.

—No era tan sencillo —protesto, cruzándome de brazos.

—Contigo nada es sencillo, porque transformas un «te quiero y quiero ayudarte» en una operación con despliegue internacional y formularios ocultos.

—No quería que se sintiera inferior, ni que pensara que le estaba teniendo lástima —confieso.

—¿Y tú te crees que enterarse por una llamada de la directora de la residencia la hizo sentirse muy digna? —me lanza.

Cierro los ojos con fuerza. Sí, me he ganado su odio a pulso.

—No —admito—. Supongo que fue mil veces peor. Sé de sobra que la he cagado hasta el fondo.

Pero tener constancia del error no borra de mi mente la cara de Maika cuando colgó el teléfono en el comedor de la tripulación. No borra el temblor de su voz. Ni borra el momento exacto en que me dejó las cosas claras.

—Joder, he vuelto a tropezar con la misma piedra.

—Bueno, hay que reconocer que eso ha sido un rasgo muy tuyo de toda la vida.

Le arreo un codazo en las costillas.

—No me estás ayudando una mierda, de verdad.

Volvemos a caminar por el empedrado. Mi helado de limón ha decidido batirse en retirada y un reguero líquido y pegajoso me desciende por el dedo. Lo limpio de mala gana con una servilleta de papel arrugada.

—Me he pasado los últimos años rabiando y echándole la culpa de lo que pasó en el anterior contrato juntas. Odiándola por no haber dado la cara por mí.

Gonzalo me escucha sin interrumpirme, acoplando sus zancadas a las mías.

—Y después de saber lo que hay detrás, entiendo por qué lo hizo. Tenía pánico de que la echaran a la calle, de no tener un duro para la residencia, de fallarle a la única persona que le queda en este mundo. Y ahora…

—Ahora ella siente exactamente lo mismo: que la has dejado sin derecho a decidir sobre su propia vida —remata Gonzalo.

Asiento en silencio. El boquete del pecho se me expande un metro más.

—Sí. Exactamente eso.

Nos dejamos caer en un banco de piedra bajo la sombra de unos árboles centenarios, cerca de la plaza de la iglesia. Gonzalo tira el cucurucho vacío a una papelera y se sacude las manos.

—Estoy enamorada de ella —suelto sin más—. La amo con locura, Gonzalo. Mucho más de lo que jamás creí que se pudiera querer a nadie.

Esta vez, gracias al cielo, mi amigo se guarda los chistes en el bolsillo.

—Lo sé.

—No sé ni en qué momento se me fue la situación de las manos.

—Pues yo sí —sonríe él con dulzura—. Se te fue el día en que consiguió hacerte reír a carcajadas cuando tú estabas intentando odiarla con todas tus fuerzas. O tal vez antes. Cuando te demostró que se podía llevar un departamento de animación con un caos absoluto y que los pasajeros la adoraran igual.

Trago saliva, notando el calor del sol en los brazos.

—Tengo miedo, Gonzalo.

—¿A quererla?

—A que me importe más ella que mi plaza en tierra, que los planes a cinco años y que todo lo que tenía apuntado en mi agenda de objetivos.

Gonzalo se queda muy quieto a mi lado, mirándome de perfil.

—¿Y de verdad ella te importa más?

Ahora que tengo el maldito contrato de dirección en la mano. Ahora que tengo la oficina esperándome. Ahora que tengo todo lo que soñé… tengo muy claro que daría el despacho entero y mi futuro a cambio de que Maika me mirara otra vez con ese brillo vacilón en los ojos y me llamara «oficial».

—Sí —respondo, con total rotundidad—. Me importa muchísimo más ella. Todo lo demás me da lo mismo si ella no está.

Gonzalo suelta un silbido, y yo cierro los ojos.

—Qué ironía, ¿verdad? Pasarme la vida buscando tierra firme para descubrir que mi única tierra firme era una mujer preciosa, con

unos ojos preciosos y andares de infarto.

—No tiene nada de irónico —afirma él, dándome un empujón cariñoso—. Y tratándose de ti, que parecías un robot de la naviera, es un avance científico histórico.

Se me escapa una risa.

—Eres un imbécil.

—Pero tengo razón, como de costumbre —apunta Gonzalo, con una sonrisa en los labios.

Yo me apoyo en su hombro y suspiro.

—Lo único que te puedo decir, es que tengo muy claro que Maika ama a lo grande, con todo el equipo y sin frenos. En cuanto se le pase, te escuchará.

—¿Desde cuándo eres tú el gurú del amor, si se puede saber?

—Desde que mis chicas favoritas decidieron convertir un crucero en una novela romántica.

Sonrío a pesar del nudo que me atenaza el estómago.

—Pues espero que tengas razón.

—Ten paciencia. Te va a perdonar. Y cuando lo haga, vais a estar diez veces mejor que antes. Porque esta vez, las dos sabéis perfectamente lo que duele perderse en alta mar.

Por primera vez en cinco días vislumbro un rayito de luz al final del túnel. Maika se merece que cruce el océano a nado si hace falta para recuperarla. Y yo estoy dispuesta a dejarme la piel en el intento.

34

Maika

—Maika, cariño, como sigas mirando ese papelito vas a gastarlo con los ojos —comenta mi abuela con esa voz hecha de miel y la autoridad natural de quien ha vivido varias vidas en una sola.

—Qué va —respondo.

—Claro. Y yo soy la reina de Inglaterra con bata de flores —replica ella, y levanta una ceja con esa picardía que ni los años ni las caídas han conseguido borrar.

Sonrío a medias y dejo la nota sobre la mesita de noche, fingiendo que estoy bien. La habitación de mi abuela en la residencia huele a colonia de lavanda, a crema hidratante, a flores frescas recién cortadas y a esa mezcla inconfundible de mantas limpias y sol de tarde que solo se respira en los lugares donde alguien te cuida con verdadero cariño. No es un sitio perfecto. Pero esta habitación, siempre ha parecido un hogar. Quizá porque ella está dentro.

Mi abuela está sentada en su sillón junto a la ventana, con una manta fina sobre las piernas y el pelo blanco, suave y ligeramente revuelto, iluminado por la luz tranquila de la mañana. En la mesita hay un jarrón con margaritas blancas, pequeñas rosas y ramas verdes que aún conservan el aroma del campo. Junto al jarrón, la nota manuscrita que le envió Helen me observa. La he leído tantas veces que podría recitarla de memoria: «Espero que se recupere pronto. Maika habla de usted como ese lugar seguro que es. Gracias por cuidar de ella antes de que el mundo tuviera la suerte de conocerla».

—Ven, que te voy a peinar —me dice mi abuela, dando unas palmaditas en el brazo del sillón—. Tienes el pelo como si te hubieras peleado con la almohada.

—La almohada siempre ha sido muy traicionera conmigo —contesto.

Que mi abuela me siga mimando de esa forma, es maravilloso. Amor del de verdad. Giro la cabeza y suspiro.

—No me mires así —murmura ella.

—¿Cómo?

—Como si fuera a romperme en mil pedazos en cualquier momento. Solo di un pequeño tropezón. Ya verás como pronto estoy de maravilla —responde con naturalidad.

—Abuela…

Me siento en la cama frente a ella y le tomo las manos. Están tibias, llenas de venitas azules y de historias que ningún libro podría contar. Manos que me hicieron trenzas perfectas cuando era niña, que prepararon meriendas inolvidables, que firmaron papeles complicados para que yo pudiera estudiar, trabajar y volar lejos. Manos que lo soltaron todo para agarrarme fuerte a mí.

—Gracias —susurro, y la voz se me quiebra antes de continuar.

Catalina frunce el ceño con suavidad.

—¿Por qué, mi niña?

Ella cierra la boca, pero me aprieta los dedos con fuerza, animándome en silencio.

—Por haber sido mi madre, mi refugio y mi casa entera —continúo, con los ojos llenos de lágrimas—. Por trabajar hasta que te dolía la espalda cada día. Por fingir que no estabas cansada cuando yo necesitaba que me llevaras al colegio. Por vender tus pendientes buenos para pagarme aquel curso de idiomas. Sí, lo sé —añado al ver cómo abre los ojos sorprendida—. Me enteré hace años.

—Eran horribles —se intenta justificar.

—Eran preciosos —insisto yo.

—Me hacían las orejas gordas.

Una risa llorosa se me escapa.

—Pero aun así, lo hiciste, y yo jamás me sentí como una carga para ti. Porque me enseñaste que se puede tener carácter sin perder la ternura. Y me criaste con tanto amor que, aunque el mundo se me pusiera feo muchas veces, yo siempre supe que había un sitio donde alguien me esperaba con los brazos abiertos.

Mi abuela parpadea varias veces, emocionada.

—No me hagas llorar, que luego se me queda la cara como una pasa.

—Pues llora. Yo llevo días llorando y sigo estando divina —bromeo.

—Tú siempre has sido muy exagerada.

—Y tú muy cabezota.

—Eso también lo heredaste.

Nos reímos entre lágrimas. Apoyo la frente sobre sus manos y cierro los ojos un instante, respirando su olor familiar.

—Tenía mucho miedo de fallarte —confieso—. Aquella vez, cuando empecé en el crucero… cuando pasó lo de Helen… no di la cara como debía porque pensé que si me abrían un expediente o me echaban de la compañía no podría pagar esto. No podría cuidarte como te mereces. Y me odié por ello.

Me acaricia la cabeza despacio, con esa ternura infinita que siempre me ha salvado.

—Mi niña, tú eras joven y llevabas el mundo entero en una maleta demasiado pequeña.

—Eso no justifica que le hiciera daño —respondo.

—No. Pero explica que también te lo hicieras a ti misma.

Cierro los ojos con fuerza.

—Fue ella quien pagó el primer tratamiento a través de la cobertura privada de la naviera.

—Ya lo sé.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Cómo que ya lo sabes?

Mi abuela sonríe con inocencia.

—Las viejas sabemos esas cosas, Maika. La directora de la residencia me lo comentó. Y también me dijo que no te lo tomaste muy bien.

—Porque lo hizo a mis espaldas, y decidió por mí. Me hizo sentir… pequeña. No se trataba solo del dinero —explico, tras levantarme e ir a la ventana para ver el exterior—. Era mi dignidad. Mi decisión. Mi vida. Helen no puede entrar ahí como si yo fuera uno de sus protocolos de emergencia del barco.

—A lo mejor lo ha hecho porque te ama, ¿no crees?

La frase me atraviesa como un rayo. El jardín de la residencia está en calma: dos residentes toman el sol con los ojos cerrados, una enfermera empuja una silla de ruedas con paciencia y un gato gris se tumba como si fuera el verdadero dueño del lugar.

Me quedo quieta. La habitación parece cambiar de repente, aunque todo sigue igual: el olor a lavanda, la luz que entra por la ventana, mi abuela en su sillón. Pero algo dentro de mí encaja. Helen no quiso humillarme. Solo quiso salvarme, proteger a mi abuela porque sabe que ella es mi mundo.

—Ay, Dios —murmuro—. ¡Pero qué idiota he sido!

Me abalanzo sobre mi abuela y le doy un sonoro beso en la mejilla.

—Deberías ir a por ella —me susurra al oído cuando me arrodillo junto a su sillón y me meto en sus brazos como cuando era pequeña—. Y no vuelvas sin dejarle muy claro cuánto la amas.

La abrazo más fuerte, sintiendo su calor.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mi sol.

. . .

El día del reembarque de la tripulación en el puerto de Ibiza, naturalmente, se convierte en un caos para mí. No literalmente, aunque casi. Tenemos que estar a bordo a las dos de la tarde en punto, y parece ser que —otra vez— he calculado fatal el tiempo. El taxi que había pedido decide no aparecer. El segundo se mete en un atasco de proporciones épicas en pleno y, para rematar, una rueda de mi maleta gigante —donde llevo medio vestuario de las noches temáticas del crucero— se rompe en mitad de la acera y termino arrastrándola como si llevara un cadáver dentro.

—¡Vamos, por favor, pise el acelerador, que el barco se irá sin mí! —le grito al conductor, que no tiene culpa de nada.

—Señorita, hay retención por los autobuses de las excursiones —responde él con la paciencia de un santo.

—¡Pues haga algo! —exclamo, casi tirándome de los pelos.

El hombre me mira por el retrovisor como si acabara de confirmar que estoy completamente loca.

Tiene razón.

Cuando por fin llego a la terminal portuaria, el Marine IV está brillando bajo el sol balear con sus cubiertas blancas, a punto de tragarse mi futuro si no muevo el trasero. Quedan exactamente siete minutos para que cierren el acceso de tripulación. Pago al taxista a toda velocidad, agarro mis bártulos y salgo disparada.

Corro por la terminal de pasajeros como si me persiguieran todos mis errores pasados, que son muchos y están en excelente forma física.

Llevo el pelo hecho un nido de cigüeñas por la prisa y el viento del puerto, y la camiseta pegada a la espalda.

—¡Apartaos, por favor! —suelto a voz en grito, esquivando a una pareja de jubilados alemanes con sombreros.

Genial. Voy tarde, sofocada y enamorada, y para colmo, montando el espectáculo.

Maika Aranda en todo su esplendor.

Un guardia de seguridad de la terminal me mira alarmado al verme enfilar la pasarela.

—Señorita, los pasajeros entran por la cubierta 5…

—¡Que soy la coordinadora de animación! ¡Por desgracia para la seguridad del buque!

Subo la pasarela casi a gatas. La maleta coja se me engancha en los raíles de seguridad de la rampa. La insulto con un par de palabras que harían sonrojar a un estibador. Consigo tirar de ella y entro de golpe en la cubierta, en el área de acceso técnico, como un huracán con el brillo de labios completamente derretido.

Y, por supuesto, choco contra alguien con la fuerza de un transatlántico.

—¡Ay!

Las maletas caen haciendo un estruendo horrible contra el suelo. Mi bolso se desparrama y levanto la vista con los pulmones ardiéndome, dispuesta a pedir disculpas.

Helen está de pie justo al lado del escáner de seguridad, impecable con su uniforme, los galones dorados brillando, el walkie-talkie enganchado al cinturón y una *tablet* de control en la mano donde registra las tarjetas de la tripulación. Su cara de sargenta de hierro es un poema; intenta no descomponerse ante el cuadro dantesco que represento.

Durante un segundo infinito, no decimos nada. El pitido de la máquina de tarjetas parece el único sonido a bordo. La tripulación que está alrededor se queda congelada. Gonzalo está en el mostrador de tripulación a unos metros; Nico y Lara, de mi equipo de animación, asoman la cabeza por el pasillo principal. Y la última, abre la boca como si estuviera presenciando el mejor estreno de teatro musical y encima gratis.

—Maika —dice Helen—. ¿Se puede saber que…?

—Sí, soy un desastre —le confirmo.

Sus ojos recorren mi pelo revuelto, las ojeras, las maletas desparramadas por el suelo y mi camiseta arrugada. Después, mira su reloj de pulsera con severidad profesional.

—Llegas tres minutos tarde para el corte. Estaba a punto de pasar el reporte —dice, con una seriedad increíble.

Aunque, un segundo después, me sonríe de oreja a oreja.

—No me había dado cuenta de que venía justa de tiempo —contesto con mi ironía habitual, intentando recuperar el aire.

Gonzalo, desde el mostrador, emite un silbido.

—Aclárense la garganta, señores, que esto promete —susurra Nico.

No tengo tiempo para ellos, ni para las normativas de la naviera, ni para mi maldito orgullo, ni para discursos ensayados frente al espejo. Suelto el bolso, doy un paso al frente y agarro a Helen directamente de las solapas de su uniforme.

Ella abre mucho los ojos, perdiendo por un segundo toda su compostura.

—Maika, ¿qué estás haciendo? Estamos en zona de servicio, el Capitán podría…

—Cállate —le suelto, mirándola fijamente. Luego me lo pienso y corrijo—: Cállate, por favor. Tengo que decir esto antes de que se me escape la poca valentía que me queda después de correr los cien metros lisos con maletas.

Helen se queda quieta, rígida, pero sin apartarse, tan cerca, y tan preciosa con ese olor a mar y a perfume caro, tan mía, aunque yo todavía dude si me la merezco.

—Fui una idiota —confieso—. Una idiota orgullosa y cabezota, que es una combinación altamente peligrosa para la salud mental de

cualquiera. Me enfadé contigo, porque me hubiera gustado que me lo dijeras.

Gonzalo murmura desde el fondo algo que suena como «un punto para la animadora».

—Pero he entendido algo importante —continuó, sintiendo cómo los ojos se me inundan de lágrimas—. Lo hiciste porque me amas. Porque viste mi miedo, mi pánico a no poder afrontarlo, y tu cuadriculada cabeza no pudo quedarse quieta. Porque aunque eres una oficial controladora, también tienes un corazón tan jodidamente grande que no sabe pedir permiso antes de salvar a la gente que le importa.

Los ojos de Helen brillan intensamente bajo el sol de la cubierta de acceso.

—Gracias por ayudar a mi abuela —susurro, apretando más sus solapas—. Gracias por quererme tan mal y tan bien a la vez. Gracias por no mandarme a la porra, aunque sea el caos personificado.

Nico susurra desde su escondite:

—Yo a la declaración le doy un nueve.

—Un diez —le corrige Gonzalo—. Hay lágrimas y el barco está a punto de largar amarras. Esto es cine.

—Te quiero, Helen —digo ya sin importarme nada ni nadie—. Te quiero cuando eres insoportable, cuando haces listas absurdas para ser un poquito más humana, cuando intentas controlarlo todo porque te da pánico que la vida te deje atrás. Te quiero en la cubierta de paseo, en los pasillos de tripulación, en los puertos, con uniforme de oficial y con esa expresión de «te voy a abrir un expediente» que, inexplicablemente, me resulta lo más atractivo del planeta.

Alguien aplaude al fondo. Me da exactamente igual quién sea.

—Y sí, quiero trabajar contigo. En la oficina o donde nos manden. Pero no huyendo, ni sacrificándome, ni dejando que

decidas por mí ni yo por ti. Quiero pelear a tu lado. Quiero que seamos un desastre, pero de los que ganan las batallas y sobreviven juntos a cualquier tormenta. Un desastre perfecto.

Helen suelta una risa, puramente emocional, y deja caer la *tablet* de control sobre el mostrador de seguridad.

—Yo también te quiero, Maika —dice con esa claridad rotunda que me llega hasta los huesos—. Te quiero tanto que me dio pánico perderte y por eso no supe hacerlo bien.

—Pues vamos a tener que practicar mucho —afirmo, sonriendo entre las lágrimas.

—Mucho.

—Muchísimo.

—Maika.

—¿Sí?

Helen me agarra de la cintura con una firmeza que me quita el sentido.

—Bésame de una vez y cállate tú.

Y yo obedezco, vaya si obedezco. La beso delante de todo el mundo: de Gonzalo, que empieza a aplaudir como si hubiéramos ganado la Copa del Mundo; de Nico, que grita algo sobre estrellas y alineaciones planetarias; de Lara, que se limpia una lágrima con el pulgar fingiendo que se le ha metido algo de polvo en el ojo. La beso con el deseo acumulado, con gratitud, con perdón y con todo el futuro por delante.

Cuando nos separamos un poco, ella apoya su frente contra la mía.

—Has llegado tarde, coordinadora —susurra con una sonrisa ladeada, volviendo a su tono profesional—. Y esto va a traer sus consecuencias.

Sonrío contra sus labios, dándole un último toque juguetón.

—Pues estaré preparada para ellas.

Mientras la tripulación sigue vitoreando de fondo y por los altavoces del Marine IV suena el aviso del Capitán anunciando que encendemos motores para zarpar, entiendo con una claridad luminosa que la tierra firme no siempre está en un puerto. A veces tiene manos cálidas, miedos compartidos, listas absurdas y una gorra de oficial tirada por el suelo. A veces se llama Helen. Y esta vez, tengo muy claro que me pienso quedar a bordo para siempre.

Siempre que sea con ella.

Epílogo

Maika

Seis meses después.

Si alguien me hubiera dicho hace un año que yo iba a pasarme las mañanas de los lunes metida en un despacho acristalado con vistas al puerto, rodeada de archivadores, pantallas y vistiendo un traje normal, le hubiera dicho que se dejara de bromas. Yo, que soy mujer de cubierta, de brisa marina, de organizar congas con doscientos turistas pasados de sangría y de sudar la camiseta. Pero claro, la vida te da sorpresas, las sorpresas te dan amor, y el amor… bueno, el amor te pone un contrato de tierra por delante y te ata a la mujer más sexi, eficiente y exasperante del planeta.

—Maika, por favor, dime que no has vuelto a usar el código de color de los chalecos salvavidas para clasificar los presupuestos de las coreografías del Marine IV.

La voz de Helen llega desde el otro lado del gran escritorio doble que compartimos. Levanto la vista de mi pantalla, donde estoy peleándome con un programa de gestión que tiene más botones que una nave espacial, y me encuentro con su mirada. Sigue estando tan guapa como el primer día que la vi a bordo de un navío. Hoy viste una camisa azul celeste perfectamente planchada, y lleva esa expresión de «voy a abrirte un expediente de seguridad» que, muy a mi pesar, me enciende a todos los niveles.

—A ver, un respeto —le respondo, apoyo los codos en la mesa y la apunto con mi bolígrafo de purpurina—. El fucsia es para el vestuario de la noche caribeña, el amarillo chillón para las actividades de la piscina y el azul marino para las reuniones aburridas con los jefes. Es un sistema infalible. Mi mente funciona por estímulos visuales, no por carpetas numéricas como la tuya.

Helen suspira, pero es ese suspiro suyo que esconde una sonrisa que intenta que yo no vea. Se quita las gafas de ver, y me mira fijamente.

—Tu sistema infalible ha hecho que el director de finanzas pensara que el presupuesto para la fiesta de la espuma de la próxima semana era el plan de contingencia contra incendios de la cubierta 7. Casi le da algo cuando leyó que hacían falta «tres cañones de megatrón y dos tiarrones vestidos de marineros» para extinguir el fuego.

Me echo a reír, una carcajada que resuena en las paredes del despacho.

—Vaya tela con el de finanzas, qué poca imaginación tiene el hombre. Pues oye, un buen cañonazo de espuma a tiempo te apaga cualquier fuego, te lo digo yo.

—Maika… —me avisa ella, entornando esos ojos que me vuelven loca.

—Vale, vale, lo corrijo ahora mismo —digo, lanzándole un beso al aire que ella esquiva fingiendo, aunque sé que por dentro se está derritiendo—. Pero admite que desde que estamos aquí, esta oficina tiene mucha más alegría. Antes esto parecía una clínica dental y ahora, mira, ¡he puesto un flotador de flamenco gigante en la esquina!

—El flamenco interrumpe el paso hacia la salida de emergencia en caso de evacuación, ya te lo he dicho tres veces —replica Helen, volviéndose a colocar las gafas.

—El flamenco le da identidad a la empresa, Helen.

Este es nuestro día a día desde hace seis meses. Cuando la naviera decidió crear un puesto pionero en las oficinas centrales para coordinar el área de entretenimiento con los protocolos estrictos de seguridad —básicamente para evitar que los animadores hiciéramos locuras que pusieran de los nervios a la tripulación—, nuestros no han dejado de resaltar. Incluso el Capitán del Marine IV dijo: «Si estas dos mujeres han conseguido no estrellar el barco mientras se

enamoraban y se gritaban por los pasillos, son capaces de dirigir la compañía entera». Y no le faltaba razón. Somos el agua y el aceite, el orden y el caos, la lista de Excel y la rumba. Pero cuando trabajamos juntas, somos absolutamente perfectas.

Me levanto de mi silla, estirando las piernas, y camino por el despacho rodeando la mesa. Helen sigue tecleando en su *tablet*, concentrada, con esa arruga tan mona que se le forma en el entrecejo cuando se toma el mundo en serio. Me coloco detrás de ella, apoyo mis manos en sus hombros y empiezo a masajearle la zona del cuello. Noto cómo se tensa un segundo, pero enseguida deja caer la cabeza hacia atrás, soltando un gemido de alivio.

—Madre mía… —le susurro rozando el lóbulo de su oreja—. ¿Cuándo vas a dejar de tomarte los lunes como si fueran un simulacro?

—Alguien tiene que hacerlo —murmura, cerrando los ojos y entregándose a mis manos—. Si te dejo el control a ti, acabarías cambiando los uniformes de los oficiales por camisetas de tirantes y pantalones de lino.

—Oye, pues los oficiales ganarían mucho, que el lino es muy fresquito para el verano. Además, tú con una camiseta de tirantes estarías fabulosa.

Helen sonríe. Agarra una de mis manos, la aparta de su hombro y me da un beso en el dorso. Luego, tira de mí hasta que me obliga a rodear la mesa y sentarme directamente sobre sus rodillas.

—Maika, estamos en horario laboral y las paredes son de cristal —dice, aunque sus manos ya se han posado en mi cintura.

—Para eso inventó Dios los estores —le contesto, alargando el brazo para pulsar el botón de la pared. En cinco segundos, las láminas se cierran, dejándonos en una penumbra preciosa, iluminadas solo por el reflejo del sol que se cuela por los bordes.

—Eres incorregible —susurra Helen.

—Soy apasionada y estoy locamente enamorada de mi jefa. Bueno, de mi co-jefa.

Helen se ríe. Me encanta verla así, sin la presión del uniforme del barco, sin tener que mantener la distancia reglamentaria frente a la tripulación. Aquí, en la intimidad de nuestro despacho, es simplemente mi Helen. La mujer que me sostuvo cuando sentí que el mundo se me caía a pedazos, la que aprendió a rebajar el control para dejar entrar un poco de mi locura, y la que me demuestra cada noche, en nuestro apartamento frente a la playa, que su corazón es el refugio más seguro que jamás voy a encontrar.

—A veces me quedo mirándote en mitad de las reuniones con la junta directiva —confiesa Helen, subiendo una de sus manos por mi espalda—, y todavía no me creo que estés aquí. Que estemos juntas. Pensé que te perdería en aquel puerto de Ibiza.

—¿Perderme a mí? —respondo, acariciándole la mejilla, delineando esa mandíbula perfecta—. Si yo soy como las pegatinas malas, Helen, no hay quien me despegue de ti —bromeo—. Además, te lo dije en la pasarela: quiero pelear a tu lado, no contra ti. Y mira qué bien se nos da. Hemos bajado las incidencias de seguridad un veinte por ciento y las quejas de los pasajeros un cuarenta. Somos de categoría internacional.

—Somos un buen equipo —admite ella, acercando su rostro al mío—. El mejor.

—Pues demuéstramelo. Menos informes y más acción.

Helen no se lo piensa dos veces. Rompe la última distancia que nos separa y me besa. Mis dedos se enredan en su pelo, deshaciendo el recogido hasta que su pelo cae libre sobre sus hombros, exactamente como a mí me gusta. Ella gime contra mis labios y me aprieta más fuerte contra su cuerpo, demostrándome que detrás de toda esa fachada de orden y disciplina hay un fuego que solo yo sé encender.

—Me has dejado echa un desastre —me regaña nada más separarnos.

—Estás muchísimo más guapa despeinada. Te da un aire de pirata del Caribe que me resulta altamente peligroso para la productividad de la empresa.

Ella suelta una carcajada, me da un último beso corto en los labios y me ayuda a levantarme de sus rodillas. Helen recoge sus gafas del escritorio y yo vuelvo a mi lado de la mesa, pero antes de sentarme, la miro con una chispa de emoción en los ojos, recordando el billete de avión que tengo guardado en el bolso.

—Por cierto —digo, mirándola con una sonrisa enorme—. El viernes por la tarde salimos hacia España. Ya tenemos los días libres aprobados.

Helen levanta la vista, y veo cómo una mezcla de nerviosismo y ternura cruza sus ojos. Sabe perfectamente lo que significa ese viaje.

—¿Está todo listo para el traslado definitivo? —pregunta.

—Todo —respondo, y el corazón se me llena de un orgullo inmenso—. La nueva residencia con vistas al mar ya tiene su plaza confirmada, y ella está deseando mandar a paseo los inviernos del norte para tomarse su limonada fresquita al sol de la tarde.

Helen asiente, conmovida. Sé lo mucho que significa para ella haber ayudado a organizar todo este proceso, asegurándose de que a mi abuela no le falte ni un solo detalle de comodidad y atención médica. Y, sobre todo, sabe lo que significa para mí tenerla más cerca.

—Me alegro mucho, Maika. Se lo merece. Las dos os lo merecéis.

Me muerdo el labio inferior, mirándola con todo el amor del que soy capaz.

—Oye… —le digo, guiñándole un ojo con ese desparpajo que nunca voy a perder—. ¿Y tú? ¿Estás lista para conocerla oficialmente en persona y enfrentarte al tercer grado de una anciana con más peligro que un temporal de fuerza diez?

Helen sonríe con confianza, se cruza de brazos y me sostiene la mirada con esa seguridad que me enamoró desde el primer segundo.

—Por supuesto que sí. He superado inspecciones de la Guardia Costera y simulacros de evacuación con tres mil pasajeros a bordo, Maika. Estoy más que lista para tu abuela.

—Vaya tela… —me río yo, encendiendo de nuevo la pantalla de mi ordenador—. Pues prepárate, porque esa mujer te va a calar en dos minutos. Aunque no te preocupes, que ya le he dicho que también te encanta tomarte limonadas al atardecer.

—Entonces, me va a encantar.

Helen vuelve a sonreír, antes de sumergirse de nuevo en los gráficos de la *tablet*. Yo apoyo la barbilla en la mano y me quedo mirándola durante unos segundos en silencio, saboreando la maravillosa certeza de saber que ya no tengo que huir de nada. Miro el flotador de flamenco en la esquina, los estores que aún nos aíslan del resto del mundo y el reflejo del sol que juega a encenderle destellos dorados en el pelo.

Sé que vendrán más lunes de peleas por los presupuestos, más tardes de café frío y más listas de Excel interminables, pero también sé que cada uno de esos días terminará de la misma manera: conmigo refugiada entre sus brazos y ella perdiendo el control solo por mí.

Agradecimientos

Escribir una novela es siempre un viaje de vértigo, pero hacerlo a cuatro manos —compartiendo no solo el teclado, sino la vida— transforma el proceso en algo mágico. Esta historia es el resultado de tardes enteras de debates, tazas de café, risas al encontrar el diálogo perfecto y la maravillosa locura de ver cómo dos mentes se fundían en una sola voz. A ti, mi compañera de letras y de vida: gracias por hacer que cada capítulo sea mejor que el anterior y por hacer este camino tan jodidamente maravilloso.

A nuestras lectoras, el motor indiscutible de todo esto. Gracias por prestarnos vuestro tiempo y por abrirle la puerta de vuestro corazón a nuestras páginas. Vuestro apoyo, cada mensaje y vuestra fidelidad son el mejor refugio para cualquier escritora independiente. Nada de esto tendría sentido sin vosotras.

Y, por supuesto, no podemos olvidarnos de ellas.

Gracias a nuestras protagonistas por dejarse querer, por sus réplicas afiladas, por su valentía y por revolucionarnos los días desde el momento en que aparecieron en nuestra cabeza. Ha sido un auténtico placer darles vida, verlas tropezar, crecer y, sobre todo, enamorarse. Despedirse de personajes así siempre cuesta, pero nos consuela saber que a partir de ahora se quedan en vuestras manos.

Sobre las autoras

Si quieres leer el resto de nuestras novelas,
solo tienes que acceder a ellas a través de los siguientes códigos QR.

Verónica Espinosa

Lorena Murién